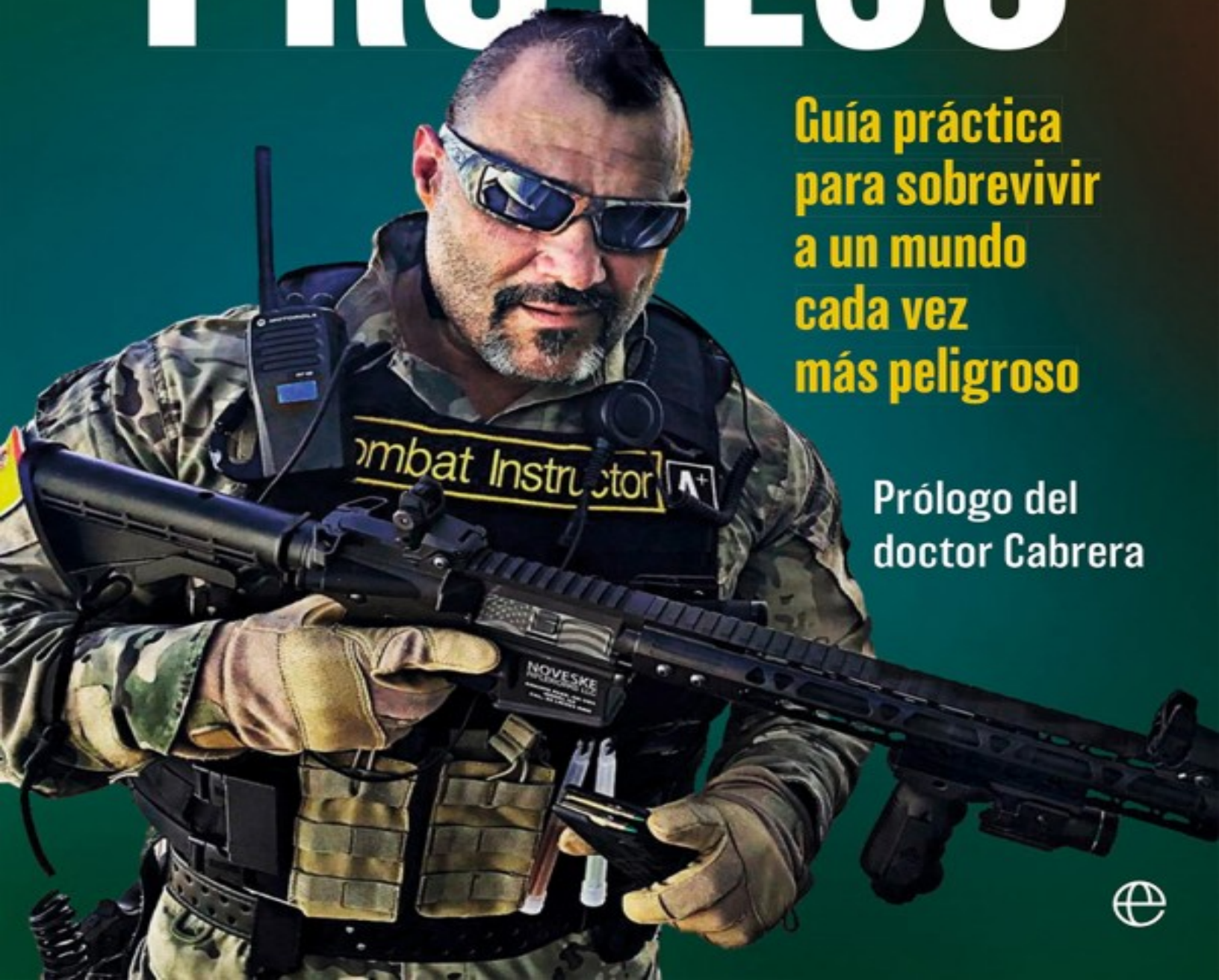
JOSÉ FÉLIX RAMAJO

YO TE PROTEJO

Guía práctica para sobrevivir a un mundo cada vez más peligroso

Prólogo del doctor Cabrera



José Félix Ramajo

YO TE PROTEJO

Guía práctica para sobrevivir a un mundo cada vez más peligroso

Prólogo de
José Cabrera Forneiro

la esfera de los libros

Primera edición: marzo de 2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (*www.conlicencia.com*; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© José Félix Ramajo, 2025
© Del prólogo: José Cabrera Forneiro, 2025
© La Esfera de los Libros, S. L., 2025
Avenida de San Luis, 25
28033 Madrid
Tel. 91 443 50 00
www.esferalibros.com

ISBN: 978-84-1094-006-2
Depósito legal: M. 2.449-2025
Fotocomposición: Creative XML, S.L.U.
Impresión y encuadernación: Anzos
Impreso en España-*Printed in Spain*

ÍNDICE

PRÓLOGO

INTRODUCCIÓN

PRIMERA PARTE
ESPAÑA, LOS AÑOS TENACES

Contra los abusones

El bautismo: mi primera experiencia en el campo de la seguridad

La lucha: aquí empieza realmente mi trayectoria y mi determinación

La salida: la crisis me marca el camino fuera de España

Cómo defenderse y evitar un robo

Todos los tipos de robos

La gran pregunta es: ¿cómo me protejo?

SEGUNDA PARTE
ISRAEL, UN FUTURO DIFERENTE

La dura realidad que te marca la vida

Misión en Botsuana

Cómo protegerse en caso de un ataque terrorista

Qué hacer en caso de un atentado con dispositivo explosivo
Qué hacer en caso de un atentado con arma de fuego

TERCERA PARTE
CENTROAMÉRICA, EL CARIBE Y MÉXICO, ESCUELA DEL MAL

Una balacera en Honduras a modo de bienvenida
Solo en una de las capitales más violentas del mundo
Los demonios
En el objetivo de las cámaras
Consejos para ir a un país peligroso
Cancún, en el corazón de los cárteles
Cómo evitar volver pelado a tu hotel
Pasar la pandemia en República Dominicana y Haití
Sobrevivir a un paraíso fallido

CUARTA PARTE
ESTADOS UNIDOS, EN BUSCA DE NUEVAS OPORTUNIDADES

Famoseo, privacidad y seguridad
No permitas que nadie te espíe
Micrófonos
Cámaras
EPÍLOGO
VOLVER A LA ACCIÓN EN VALENCIA

Qué hacer en caso de una riada
AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO

El mundo es muy grande, demasiado grande quizás, y así cuando nos levantamos cada mañana podemos tener la certeza de que la mayor parte de ese mundo piensa y siente de forma muy distinta a nosotros. Hay que ser humilde, por lo tanto.

Y este mundo que nos ha tocado vivir es muy injusto, muy duro y muy hostil, por eso cuando, sentados en nuestros cómodos sillones vemos la tele como si de una película se tratara, los hospitales están llenos, la mitad de las personas que habitan este planeta pasan hambre, se muere sin razón, se sufre sin sentido y el mal insiste en hacerse hueco entre la buena gente.

En este escenario a veces surrealista, donde desde nuestra sociedad del bienestar apenas alcanzamos a saber a ciencia cierta qué es verdad y qué es mentira, lo que sí es verdad es que hay un mundo oscuro que insiste en hacer daño, y es una amenaza real y duradera.

En este contexto es en el que de vez en cuando hay personas que nacen desde la insignificancia y la adversidad, y sin casi esperanzas consiguen sobreponerse, hacerse a sí mismos, superar las dificultades y conseguir llegar a ser grandes personas que están ahí para ayudar y defender lo justo y lo legítimo.

Una de esas personas es el autor de este libro, José Félix Ramajo, un hombre controvertido y diana de envidiosos, acomplejados y enemigos del orden, que desde la nada casi absoluta se ha hecho un hueco en la seguridad a nivel nacional e internacional y ha ayudado en muchas

circunstancias difíciles a muchas personas, colectivos, instituciones e incluso estados, que han requerido su ayuda profesional.

El libro que el lector tiene en sus manos es un destilado de experiencia vital, sin tapujos, de forma descarnada, espontánea y sincera, en donde la seguridad es el eje fundamental, y la protección de las personas el objetivo diáfano.

No es un texto literario, ni una novela, ni un ensayo y mucho menos filosofía, es la expresión directa de las situaciones reales en las que el autor ha sido protagonista, intermediario o a veces testigo, y en todos estos eventos el dolor está presente ya sea en forma de un secuestro, unos terroristas, una amenaza anarquista a un orden establecido, la protección de la naturaleza o cualquier tipo de amenaza.

Y en este periplo José Félix nos explica cómo llegó a cada caso, qué condicionantes le modelaron, qué actitudes tuvo que adoptar para sortear el peligro o enfrentarse directamente a él, y cómo influyó en estas experiencias su propia forma de ser desde la infancia, que nos relata al principio del libro, y los valores que le enseñaron fundamentalmente su madre y su gran amigo (hermano, como dice él).

El relato no es pretencioso, ni vanidoso ni egocéntrico, cómo es costumbre en los tiempos que corren de narcisismo masivo. Es, por el contrario, un discurso lleno de templanza, sensatez y por encima de todo poniendo al protegido en el eje, escribiendo como si se hablara en un café entre amigos, relatando pormenorizadamente situaciones, diálogos complicados, negociaciones complejas, circunstancias con riesgo de muerte, y detalles que fueron lamentablemente muy reales. No amigos, no estamos en una película, estamos en la vida real.

Algún lector verá radicalismo, dureza, convicciones muy fuertes por parte de José Félix, y tendrá razón, porque él en su vida, día a día, no se dedica a jugar al ajedrez ni a ver series de televisión con un café humeante al lado. Nuestro amigo está en la trinchera, y en la trinchera no hay bromas que valgan, solo la actuación inmediata. Un coronel amigo mío de la Guardia Civil me decía un día que para él los hombres son solo de dos tipos: «Los que yo tendría conmigo en la trinchera, y los que no». Así ha sido la vida de nuestro autor y así seguirá siendo, le guste a quien le guste, y le pese a quien le pese.

Me quedo con la última cita que Jose Félix pone en su libro:

«Al final no recordaremos las palabras de nuestros enemigos, sino el silencio de nuestros amigos».

Y de José Félix solo se puede ser amigo o enemigo, no hay términos medios. Yo, para mi honra, estoy entre los amigos.

Te deseo lo mejor José.

José Cabrera Forneiro

Capitán del Ejército y médico forense

INTRODUCCIÓN

Los dos días más importantes de tu vida son el día en que naciste y el día en que descubres por qué.
MARK TWAIN

Mi vida laboral e incluso la personal siempre han estado cargadas de sobresaltos, como si de una película se tratara, donde las imágenes podían ir en blanco y negro o, de lo contrario, en color. Las imágenes y los recuerdos, según el contexto de mi edad y de mi periodo de vida, han transcurrido a veces de una manera pausada, a cámara lenta, y otras veces a cámara rápida. Ustedes mismos, en cuanto se introduzcan en mi historia, se darán cuenta de que mi trayectoria ha sido como un documental no esperado. Y de que desde muy pequeño he sentido la soledad al ver a mi madre sola y trabajando desde la madrugada hasta el anochecer. Eso me hizo ser más fuerte y que durante años fuera un adolescente con ganas de convertirme en un hombre. En este libro tengo la oportunidad de mostrar al mundo una vida llena de sorpresas y peligros, y de grabar en la memoria de muchas personas que, con el trabajo, la honestidad, la honradez y la lealtad se pueden conseguir grandes objetivos.

La superación y mis ganas de trabajar siempre han sido el reflejo de mi madre, doña Sagrario Blanco Sánchez, madre soltera. Lo más importante es el legado de nuestros padres. Siendo hijo único, espero que este libro se convierta en un pequeño homenaje a esa madre trabajadora y honrada que logró e hizo que hoy en día sea la persona que soy, con todos mis valores. Mi madre no lo tuvo fácil, ella nunca

volvió a reconstruir su vida, ni volvió a estar con un hombre. Unos años atrás, un día le pregunté: «Oye, ama, ¿nunca te planteaste rehacer tu vida?». Y ella me contestó que no, y me dijo que ella, en el momento en que nací, supo que sería su única prioridad. Lo cierto es que lo cumplió hasta su fallecimiento el 21 de febrero de 2023.

Siempre digo que, si ella ha podido, todas esas mujeres que de alguna manera son abandonadas por sus maridos o parejas y las dejan con sus hijos, pueden lograrlo. Mi madre pudo y es una pena, pero sacrificó su vida para que a mí jamás me faltara nada. Tuvo múltiples trabajos en España y Francia. Durante años, vislumbré a una mujer trabajadora. Vi a mi madre como una utopía, porque la veía muy poco. Ella salía de casa a las cinco de la mañana y regresaba a las diez de la noche todos los días después de pasar todas esas horas trabajando a un lado u otro de la frontera. Soy oriundo de Irún, una ciudad muy famosa en aquellos años sesenta por la cercanía con Francia. Mi madre, al igual que su hermana Alicia, migraron junto a sus padres, Francisco y Milagros, desde Extremadura, más concretamente desde Moraleja, un bello pueblo cacereño cerca de la sierra de Gata, hacia varias zonas del País Vasco, como Oñate e Irún. En Oñate fue uno de los primeros lugares donde trabajó, en la fábrica de baterías CEGASA.

De pequeño casi no podía verla por el intenso trabajo que realizaba para que yo tuviera lo mejor, y quedaba al cuidado de mi tía Alicia, que ha sido y será siempre como una segunda madre para mí. De ellas aprendí esos valores y aptitudes relevantes de los que tanto carece hoy nuestra juventud: respeto, trabajo, honestidad, ayudar al prójimo y al más necesitado, lealtad y honradez. Todo aquello que me

transmitieron durante años y que, en definitiva, pude observar en una madre soltera y muy joven tratando de sacar a un hijo adelante.

Con los años, ella se dio cuenta de que quería trabajar para sí misma y, con su esfuerzo y sus ahorros, consiguió por medio de un traspaso tener una pequeña tiendita, una panadería donde vendía de todo. Yo pensaba que aquel negocio le haría tener más tiempo e independencia, pero me equivoqué rotundamente. Se tiró treinta años en un negocio que abría los trescientos sesenta y cinco días del año, desde las seis y media de la mañana, y del que muchos días, sobre todo los fines de semana, subía a casa a las dos de la madrugada. Mi madre era la madre de muchos iruneses, que llegaban a cualquier hora a que doña Sagrario les hiciera un bocadillo. Los fines de semana encima hacía tortillas de patata.

Vamos, que de pensar que trabajaría menos, pasó a trabajar muchísimo más, pero le encantaba su trabajo y poder hablar y conocer a muchas personas. Su amabilidad y generosidad con todo tipo de gente y su especial encanto con los niños hicieron que varias generaciones se acuerden aún de ella. Al jubilarse, traspasó la tiendita, pero duró solo un año abierta porque ya no era lo mismo. Sagrario ya no estaba y el calor de la atención que de ella emanaba no lo ofrecían las personas que lo cogieron. También puedo decir que conseguí que se jubilara y que disfrutara algo de la vida, y de eso que antes jamás pudo disfrutar por estar todo el día trabajando: de su familia. Tenía, además, un nieto, mi hijo Jorel, que necesitaba a una abuela, y lo cierto es que los años que estuvo entre nosotros dejó mucho amor y se convirtió en una persona muy querida y famosa en Irún.

Muchas veces me han preguntado, sobre todo en el sector en el que me he movido y en el que me especialicé, que es el de la seguridad, por qué he tenido el éxito que tengo. El éxito, en cualquier tipo de carrera profesional o de trabajo, sea el que sea, debe tener los mimbres antes mencionados; sin estos, el fracaso será rotundo. Engañar, ser desleal, no ser honrado en tu día a día te llevará al fracaso. No soy un escritor, pero me sentía en la obligación de escribir este libro con mis vivencias reales en cuatro puntos muy definidos hablando sobre mi experiencia profesional. Cada una de las palabras que aquí aparece es mía. He tenido la posibilidad de grabar mi historia y darle a alguien esos audios para que me ayudara a escribir el libro. Quería que estas páginas fueran mi fiel reflejo, auténtico para bien o para mal. Y estoy seguro de que lo he conseguido.

Los puntos en los que he querido dividir el libro son un bloque sobre España, donde me formé y me interesé por la seguridad; luego uno centrado en Israel, donde mejoré mi adiestramiento y conseguí mis objetivos más inmediatos; un tercero sobre América Central, el Caribe y México, donde me realicé realmente como asesor de seguridad e instructor; y finalmente, otra parte sobre mi trabajo en inteligencia en el ámbito más privado de los famosos de Estados Unidos.

Al final de cada uno de los bloques, hablaré sobre qué deberíamos hacer como ciudadanos para mejorar nuestra seguridad y nuestras medidas de autoprotección, con diversos puntos muy interesantes y fáciles de entender. Las explicaciones serán muy divertidas, con anécdotas agradables y, otras veces, menos agradables, teniendo en cuenta que he trabajado en las zonas más violentas del mundo: Kenia,

Sierra Leona, Irak, Afganistán, Honduras, El Salvador, México, Haití, República Dominicana, Estados Unidos…

Todo lo que aquí se cuenta es absolutamente real, e incluso muchos de estos relatos se pueden ver en programas de televisión de diferentes cadenas españolas, francesas, italianas y americanas. En la mayor parte del libro uso nombres reales debido a que mi trabajo con esas personas fue público, pero en otros casos he cambiado los nombres por respetar la privacidad, al no ser conocida mi relación con algunos clientes y no haber salido en ningún medio. Y es que, muchos de mis últimos trabajos los he realizado entre las bambalinas o lo que es lo mismo: priorizando la discreción y salvaguardando la privacidad de quienes me contratan.

El propósito de este libro es que sea entretenido y a la vez instructivo. Vivimos en una sociedad cada vez más violenta, como podemos observar en el día a día. Mi intención es ayudar a la mayor cantidad de personas a mejorar sus hábitos en el campo de la seguridad personal, pues no todo el mundo dispone de suficiente poder económico como para rodearse de medidas de protección. En la mayoría de las ocasiones debemos de ser nosotros los que tomemos directamente esas precauciones y yo quiero ser un referente para ayudar a la mayor cantidad posible de personas en este terreno. Por eso incluyo algunos pequeños trucos, consejos e ideas después de cada bloque.

La película de mi vida es naturalmente excitante, controvertida y, sobre todo, genuina.

PRIMERA PARTE
ESPAÑA, LOS AÑOS TENACES

CONTRA LOS ABUSONES

La primera pregunta que me debería hacer es de dónde nace mi interés por la seguridad, así que voy a intentar resumirlo.

A los siete años, mi madre me metió en el club de judo del barrio para ver si de esa forma conseguía controlar la hiperactividad que siempre tenía. Quizá yendo a esas clases y cansándome físicamente podía empezar a moldearla, y parece ser que funcionó. Mi vida, desde muy pequeño, estuvo marcada por los valores que aprendí de las artes marciales, además de los que mi madre me enseñaba a diario y que siempre tenía muy presentes: el respeto, la honradez, la honorabilidad, la puntualidad, la limpieza y el orden. Todo un acierto, desde luego.

Estuve con el judo hasta los quince años y obtuve el cinturón negro. Luego pasé a hacer kárate con el resto de compañeros que ya lo estaban practicando y eso me llevó a entrar en el mundo del boxeo, donde hice mis pinitos como *amateur*. Incluso llegué a falsificar mi pasaporte, diciendo que era mayor de edad, para ir a boxear a veladas en Francia donde pagaban, si no recuerdo mal, como 200 francos.

A eso se une que ya desde muy pequeño odiaba las injusticias que se cometían con otros compañeros de clase o de colegio. Siempre me erigía en el defensor de los más débiles y hasta usaba mis dotes de judoca para terminar rápido con esos abusos por parte de otros niños que se reían de los más indefensos.

Aunque mi verdadero objetivo siempre fue ayudar a mi madre. Solo la veía un ratito a última hora de la noche, cuando ella volvía a casa, por lo que desde muy joven, desde los trece años, intenté trabajar en lo que fuera, aparte de estudiar, para poder ayudarla. Creía que, si trabajaba yo y llevaba dinero, mi madre estaría más tiempo conmigo. Pero claro, lo que yo podía ganar entonces resultaba insuficiente.

Siempre me gustó el deporte y nunca fui buen estudiante, pero tenía una facilidad de retentiva increíble y eso me hizo aprobar los cursos y sacar el graduado escolar. En vez de ir al instituto, decidí empezar Formación Profesional, FP1, porque siempre me atrajeron las manualidades y me decidí por la mecánica en el colegio de La Salle. Vino después la FP2 y ahí cambié de colegio, y me fui a la rama administrativa. Quería aprender informática, pero eso no iba a durar mucho. Ni siquiera terminé el curso, ya que decidí irme de voluntario al servicio militar.

Un mes antes de cumplir los dieciséis, me incorporé a filas. Mi madre tuvo que autorizar mi ingreso en el Ejército. Ella no quería, prefería que yo siguiera estudiando, pero en aquella época el servicio militar aún era obligatorio y mi idea pasaba por quitármelo cuanto antes de encima para luego buscar trabajo en una empresa de seguridad. Ahí sí que podría ganar un buen sueldo para que ella no tuviera que reventarse trabajando, como siempre la había visto hacer.

Salir tan pronto de casa no fue fácil. Celebré, de hecho, mi dieciséis cumpleaños en el C.I.R. (Centro de Internamiento de Reclutas) de Vitoria, donde pasé la primera fase de adiestramiento militar. Juré bandera y me destinaron al cuartel de Ventas (Irún), a una compañía de montaña de esquiadores-escaladores, como yo había pedido,

aunque antes tuve que pasar por el Acuartelamiento de Loyola, en San Sebastián.

Me licencié como cabo primero y terminé el periodo militar sin haber cumplido la mayoría de edad, ya que por aquel entonces se firmaba como voluntario por dieciocho meses. Aquel fue mi primer contacto con las armas y resultó muy satisfactorio. Aunque, evidentemente, no todo fue perfecto y hubo momentos también caóticos, como mi primer día en Loyola, donde los veteranos —los conocidos como abuelos y bisabuelos— nos esperan a los nuevos —los conejos, según la jerga militar de entonces— para someternos a sus pesadas bromas.

Yo iba mentalizado para pasar ese trago como el resto de compañeros y, en efecto, a partir del tiempo de descanso, por la tarde, empezaron las novatadas a las que nos debíamos someter, como flexiones, abdominales o ponernos unas orejas de burro y llevar a un bisabuelo a caballo sobre nuestras espaldas rebuznando. Todo iba bien hasta que, sin saber por qué, recibí una colleja en la nuca muy fuerte. Alguien se había extralimitado. Como acabo de contar, durante años practiqué diferentes deportes de contacto como el judo, el *grappling* o el boxeo, por lo que mi instinto fue girarme y meterle un potente croché al que me había golpeado. Acción, reacción. Cayó KO allí mismo. Y se hizo el silencio. Nadie se podía creer lo que acababa de pasar. Pero la calma no duró demasiado y, al cabo de unos segundos, los más lanzados empezaron a gritar: «Vamos a matar a ese conejo». Y el conejo, por supuesto, era yo, que no estaba dispuesto a permitir aquello. Cogí una papelera metálica y les dije que le iba a arrancar la cabeza al que se acercara, que el juego había acabado.

Recuerdo que llegó un cabo primero a sacarme de allí y a decirme que me había equivocado, pero yo le respondí que no, los que se habían equivocado eran ellos al cruzar una línea roja que jamás debieron pasar. Las amenazas siguieron durante toda la noche. Yo estaba en mi cama de la litera, sin separarme ni un segundo de la papelera y, de vez en cuando, les gritaba también, les respondía que, si tenían pelotas, vinieran y se iban a encontrar una agradable sorpresa.

Al día siguiente, me vinieron a buscar a la formación, para que recogiera la ropa. Me trasladaron al cuartel de Ventas, como yo quería. Muy pronto allí me nombraron cabo y posteriormente cabo primero. Era uno de los soldados que más trabajaba y que más en serio me tomaba mi trabajo y el desempeño militar.

Para mí y para muchos españoles, el servicio militar debería seguir siendo obligatorio. Los jóvenes aprendían grandes valores que no tienen en la actualidad. Además de los que ya he nombrado antes, y que en parte yo traía aprendidos de casa por mi madre y las artes marciales, a mí me enseñaron la obligación de hacer tus cosas, el trabajo en equipo y, sobre todo, la importancia de la amistad. Incluso a día de hoy aún mantengo la relación con muchos compañeros que conocí allí. Basta ver cómo estamos y hacia dónde se dirige el mundo, para comprender el acierto que sería la vuelta del servicio militar obligatorio.

Durante la escritura de este libro, he tenido la suerte de ser instructor de honor en un campamento para jóvenes rebeldes y sus familias en Sigüenza. El régimen es el militar, pero no se les enseña nada relacionado con el Ejército. Solo el orden, la puntualidad, el trabajo, primeros auxilios, supervivencia en el campo, buceo, técnicas

en el agua y, sobre todo, muchas vivencias por parte de su director, José Gómez Plasencia, del Campamento del Cid. Personas como él valen mucho la pena porque gastan su tiempo, su energía y su dinero para que la juventud cambie y respete a la familia, así como otros valores que cada día se van perdiendo en esta sociedad cada vez más complicada y difícil.

Nada más salir del servicio militar, empecé a trabajar en el mundo de la seguridad privada, algo que tenía claro desde pequeño, que me ha abierto la puerta a otras especialidades y me ha dado la oportunidad de viajar por medio mundo.

También comencé a profesionalizarme en el deporte y a competir en diferentes artes marciales. Fui campeón de Guipúzcoa en el peso superpesado de boxeo contra un rival experimentado, de nombre Urtxi, y perdí la final del campeonato de Euskadi contra Erik Susunaga, otro luchador de gran experiencia. Todo ello me llevó un día a luchar en Dax (Francia), en una abandonada fábrica de resinas a las afueras. Fue una pelea sin reglas ni guantes. Me ofrecieron 1.000 francos franceses de la época, un dineral para mí, solo por pelear y si ganaba, se duplicaba el importe.

Eran mis años tenaces, cuando todo lo podía. Decidí ir junto a mi gran amigo Miguel. Aún no he hablado de él, pero buena parte de lo que tengo y de lo que soy se lo debo. Para mí es ese hermano que, como hijo único, nunca tuve. Llevamos juntos desde parvulitos, nuestra amistad dura ya cincuenta años y sin su ayuda, no habría podido hacer muchas de las cosas que he hecho.

Miguel, como buen amigo, intentó de todas las formas posibles que no fuera, pero lo mío era cabezonería y tenía que hacerlo, yo creo que

por mi propio ego, que en aquellos momentos era muy grande. Siempre he dicho que los egos no son buenos y después de haberme caído y de llevarme golpes muy duros, he acabado entendiendo que ese camino no es el mejor.

Pero volvamos a la pelea. Antes de la firma del contrato, me expusieron varias modalidades de lucha y tenía que elegir cuál era la más idónea para mí: solo golpes con la mano o golpes con piernas y manos. Preferí la primera, solo las manos. Me sentía muy potente.

Aquel día salimos de Irún sobre las dos de la tarde y cruzamos a Hendaya. Paramos varias veces, la primera en Bayona. Recuerdo perfectamente las palabras de mi amigo Miguel: «José Félix, ¿estás seguro de querer hacer esto?». Durante unos instantes titubeé, pero inmediatamente me salió el pronto y contesté: «Vamos hasta el final, Miguel». En aquel momento, arranqué el coche y seguimos nuestro camino. Llegamos al primer punto de recogida —nosotros no sabíamos dónde iban a celebrarse las peleas, la organización lo tenía en el más absoluto secreto ya que eran ilegales— y tuvimos que esperar varias horas. La recogida se produjo a las ocho de la tarde en una gasolinera a la entrada de Dax, tal y como me habían dicho. Llegaron en una furgoneta, nuestro coche debía quedarse en la gasolinera. Era una furgoneta de trabajo grande, sin cristales y con la parte de carga separada de la cabina. Habían colocado unos asientos metálicos soldados a los laterales y el ojo de buey que suelen llevar estos vehículos estaba cerrado con una chapa metálica. Claro, la idea es que no querían que la gente que venía a luchar de fuera conociese el lugar donde se realizaban estas peleas clandestinas.

Tardamos una media hora en llegar a la antigua resinera. Se levantaba junto a otros negocios similares, que sí debían funcionar porque había bastante troncos apilados en el exterior y olía a madera cortada. Nos dijeron que si queríamos cenar, la velada empezaría sobre las once de la noche. Hasta ese momento, yo solo sabía que pelearía con un senegalés de treinta años que ya había luchado en ese evento tres veces más, con el saldo de una victoria y dos derrotas. Yo entonces era un auténtico crío de diecinueve añitos, pero dispuesto a salir adelante de cualquier forma. Vamos, un joven con mucho ímpetu.

———— • ————

La verdadera fortaleza se muestra en la protección de los más vulnerables.

———— • ————

Miguel y yo cenamos un poco: arroz, pollo asado y alguna pieza de fruta. A las diez y media llegaron a buscarme para el pesaje y allí conocí al que sería mi rival. Lo cierto es que no me dio muy buena espina, no tenía ni pelos en las cejas de todas las veces que se las habían roto, por lo menos esa fue mi intuición al verlo. Mi amigo entonces insistió: «Vámonos de aquí, José Félix». Pero yo le dije que no, pelearía sin ningún tipo de duda. ¿Dónde, además, habríamos podido ir, si no sabíamos ni en qué sitio estábamos?

Sobre la una de la madrugada, vinieron a por mí. Hasta entonces no había visto ni el lugar donde pelearía, ya que nos tuvieron en unos vestuarios de obreros de la fábrica. Rápidamente llegamos a la zona del espectáculo y si tuviera que definirla, lo haría como un lugar tétrico, donde decenas de personas se apelotonaban para apostar y ver las peleas. Y, entre pelea y pelea, dependiendo de si los combates

acababan rápido, ponían a unos perros a matarse entre ellos en un foso. El caso es que las apuestas y el dinero negro no dejara de correr. Llegó la hora de salir. Hubo gritos y aplausos. Anunciaron mi nombre y el suyo, que nunca lo olvidaré: Babacar. No había *rounds* y tampoco tiempo, solo se terminaba por KO o abandono, y si abandonabas, te quitaban el 80 por ciento de la bolsa. Sonó la sirena y nos fuimos al centro. Aquello no era un *ring*, estaba construido con tablones puestos formando un cuadrado y acolchados con ruedas de motocicleta usadas que se intercalaban entre las maderas. Comenzamos la pelea. Yo conseguí conectarle un croché de derechas amagando con el *jab*. Le giró la cabeza pero no cayó. Al contrario, se rehizo y me metió una serie de cuatro golpes directos. Uno de ellos, me rompió la ceja derecha. Empecé a sangrar, pero él siguió lanzando golpes y yo me protegí, intentando salir de su línea. Logré conectarle otros dos puños directos que él se los comió con mucha naturalidad. Lo siguiente ya fue una serie de golpes que me rompieron otra vez la otra ceja hasta que me noqueó desencajándome la mandíbula. Me desperté en el vestuario, donde me la estaban encajando con mucho dolor, y así terminó mi primer periplo por tierras francesas en este tipo de pelea. Regresamos a Irún ya de madrugada, con muchísimos dolores y preparando la explicación que le daría a mi madre cuando me viera al día siguiente.

EL BAUTISMO: MI PRIMERA EXPERIENCIA EN EL CAMPO DE LA SEGURIDAD

Como ya he explicado, siempre me llamó la atención la seguridad y proteger al más débil de los abusones, para ello me preparé desde

muy pequeño y, a la edad de dieciocho años, ya tenía una dilatada experiencia en las artes marciales y en musculación. Llevaba años entrenando duro con las pesas para desarrollar mejor mis capacidades de combate, lo que me llevó a tener un físico que no era lo normal en un chico de dieciocho años. Debido a ello, trabajaba desde los quince como portero en varias discotecas de mi ciudad junto a mi mejor amigo, e inseparable compañero, Miguel. ¿Aún no he dicho su nombre completo? Pues que quede bien claro: Luis Miguel Santano. Nos une una enorme e inquebrantable amistad, desde parvulitos hasta la fecha, lo que demuestra la importancia de los valores con los que crecemos. Son fundamentales para el desarrollo de nuestra vida y de nuestras amistades, hasta el punto de que, si no los compartes con ellos, tarde o temprano la relación se rompe y los amigos terminan desapareciendo de tu lado.

A los dieciocho años empecé a trabajar en una empresa de seguridad, Esabe Express, que por aquel entonces era una de las mejores del sector. Me decidí por ellos porque recuerdo ver a sus vigilantes jurados de la época, con sus bigotes, sus cinturones con el revólver, la canana llena de munición y la escopeta de cartuchos. Cuando recuerdo esa etapa de mi vida, aún me viene a la memoria la imagen de alguno de ellos bajándose de los vehículos blindados que movían el dinero entre los bancos. La verdad es que eso me atraía muchísimo.

Empecé desde abajo, como guarda de seguridad, que era la otra figura que aparecía en los convenios para poder dar un servicio de protección, pero sin la categoría de vigilante jurado, que era la que te autorizaba a portar un arma. Yo aspiraba a ser vigilante, claro, y

aspiraba al revólver, pero la ley no lo permitía hasta no cumplir los veintiuno, así que me quedaban tres largos años por delante.

La oportunidad, sin embargo, me llegó tan solo un año después gracias al jefe de seguridad de la empresa, con el que entablé una sincera amistad. No se me olvidará su nombre en la vida: don Antonio Aranjuelo. Era un hombre de talla pequeña pero rudo y muy serio, que atemorizaba a los trabajadores. Aunque quiero que quede claro que solo le temían quienes no eran sinceros y no iban con la verdad por delante.

Antes de la primera entrevista que tuve con él, todo el mundo me aconsejó que si me preguntaba si estaba dispuesto a hacer horas extra, yo respondiera que sí. De lo contrario, no entraría en la empresa, porque eso era lo que él iba buscando por las condiciones de trabajo de la época. Todo iba como la seda hasta que llegó el fatídico momento y la pregunta final: ¿quería hacer horas extras? Sabía que debía decir que sí, pero le respondí que no, porque no quería mentirle.

La razón era muy simple: yo entonces trabajaba también los fines de semana en una discoteca para sacarme un sobresueldo y ayudar a mi madre —cualquier cosa con tal de que ella pudiera descansar y trabajar un poco menos—. De manera que ya no me quedaba ni una hora más para dedicarla a la empresa.

Aún recuerdo, a día de hoy, la cara que puso aquel hombre. Rudo, como ya he dicho, con las cicatrices provocadas por el acné sobre su piel y su gran bigote. Me miró fijamente y me dijo: «Me parece que vamos a ser buenos amigos». Según me contó, aquel día había entrevistado a diez personas antes que a mí y todas le habían respondido que sí.

—Yo sé por qué lo hacen —me explicó—. En la entrada es lo que les dicen para que no pierdan el trabajo, y a ti también te lo han dicho, pero tú no has querido entrar al juego.

—No voy a decir que sí ni a comprometerme con nada que no pueda cumplir —le comenté—. Eso no quita que si, en cualquier momento, usted necesita algo de mí con urgencia, yo por supuesto lo haré. Pero ya tengo otro trabajo los fines de semana y no necesito más que el sueldo que me paga la empresa para ayudar a mi madre y vivir bien, y también un poco de tiempo libre para hacer deporte, que es lo que más me gusta.

Parece ser que acerté porque, a los pocos meses, don Antonio, gracias a sus múltiples contactos, consiguió que pudiera presentarme al examen para la licencia de armas tipo C. Lo importante era pasar la prueba y luego la tramitación era muy sencilla. En aquella época, el registro no estaba aún informatizado, por lo que los carnés y placas de vigilante jurado los firmaba y sellaba de su puño y letra el gobernador civil. Vamos, que le ponían un montón de expedientes delante y él los iba firmando. Así fue como me convertí en uno de los pocos vigilantes jurados de España con solo veinte años.

Y aquí es donde llega mi bautizo en el ámbito de la protección de personas, en un momento de la historia de España en el que los servicios armados eran muy requeridos por el problema de ETA. En 1989 se inició la construcción de un tramo de la autovía de Leizarán para unir San Sebastián con Pamplona. Desde el principio, el proyecto estuvo amenazado por la banda terrorista, que pretendía impedir su construcción. Todas las empresas que participaron en las obras estaban amenazadas.

La primera constructora que metió maquinaria en el tramo guipuzcoano fue la de los hermanos Lera, de Andoáin, motivo por el cual hubo que ponerles a ambos un servicio de escolta. Empecé en compañía de cuatro compañeros más y mis primeros pasos en la protección de personas fueron complicados y difusos. Nadie nos dio un solo curso sobre esta materia. Nos pusieron directamente a trabajar y parece que la condición física era un requisito indispensable. Debíamos tener una apariencia ruda y fuerte, aunque luego fuéramos autodidactas.

Nuestro trabajo consistía en recoger al VIP en su casa y llevarlo a su lugar de trabajo, permanecer con él dentro de las instalaciones o acompañarlo donde fuera necesario. Una de las primeras lecciones que aprendí fue la importancia de llegar, como mínimo, treinta minutos antes al domicilio y tener controlado el entorno para evitar un posible atentado. El miedo entonces eran los ataques con dispositivos explosivos, ya conocíamos la habilidad de los terroristas para matar con bombas, por lo que mi compañero y yo decidimos tener una amplia información de todos los vehículos que eran de la zona y, sobre todo, de los vecinos. El tiempo que empleábamos al inicio del servicio, se usaba para recopilar esta información, y ya en la primera semana tuvimos controlados una media de más de doscientos vehículos. Esos eran los conocidos, no solamente en los alrededores del domicilio, sino también en la zona del trabajo y la oficina. Establecíamos un control de las rutinas e itinerarios diarios, que cambiábamos a menudo —sobre todo las rutas—, e intentábamos que los horarios tuviesen una holgura de más o menos una hora.

Un buen amigo de la Ertzaintza, Yosu Zubia, me enseñó a manejar este tipo de servicio y así tener más seguridad para todos. Yosu ya contaba con mucha experiencia en la protección de personas por haber estado en los Berrozis, la unidad especial de protección de la policía vasca. Ese periodo no duró mucho, pero sí lo suficiente para saber cuál iba a ser mi profesión y, sobre todo, cuál era el objetivo que quería lograr: convertirme en el mejor en mi trabajo.

Entre 1989, cuando empecé este tipo de trabajos, y enero de 1995, presté mis servicios en varias compañías de seguridad. La primera formación específica la recibí en la empresa Prosetecnisa, para dar seguridad a un consejero delegado de Banesto, don Enrique Lasarte, mano derecha de don Mario Conde. En aquellos años, se trataba de uno de los servicios más cotizados de España porque don Mario era uno de los empresarios que más dinero invertía en seguridad. Hasta tenía contratada a una empresa israelí para que le siguiera y elaborara informes semanales sobre las operativas de seguridad de los escoltas. Ellos revisaban todos los protocolos de actuación y detectaban posibles errores para solucionarlos cuanto antes.

Los servicios complicados fueron siempre mi prioridad. Quería tener la mayor experiencia posible y ser el mejor. Durante estos años, también realicé servicios en Renfe y Metro Bilbao, con situaciones muchas veces difíciles y llenas de problemas, causadas por ciudadanos intransigentes, por robos, por peleas y, sobre todo, por la *kale borroka*, que tenía como objetivos las estaciones y maquinaria. Durante este periodo, aprendí a ser paciente, a escuchar y a dialogar con personas que no querían hacerlo. Al principio, me resultó muy complicado. Sabía cómo podía reaccionar y empecé a hacer terapia de autocontrol.

También encontré un sistema de lenguaje no verbal y verbal, el judo verbal, que me introdujo en la parte más complicada de las negociaciones: hacerle ver al individuo agresivo que tiene la razón, a pesar de que no la tenga, para llevarlo a su zona de confort. O, dicho de otra manera: tranquilizar situaciones en vez de llevarlas a extremos violentos. Muchos años después esta técnica que aprendí tras asistir a varios cursos y toda la experiencia acumulada me sirvieron para negociar once secuestros en Honduras y dos en El Salvador.

Una de mis ocupaciones esporádicas, durante las vacaciones, consistía en trabajar para la familia real saudí en Marbella. Contacté con el jefe de protocolo español del consulado de Arabia Saudí en Málaga, don Juan Francisco Benítez Leiva, que servía de enlace entre la diplomacia española y la saudí, y gracias a él, trabajé entre 1998 y 2002 con un hijo del rey Fahd Bin Abdulaziz, el príncipe Abdulaziz Bin Fahed. El poder económico de esta familia era brutal y siempre había largas colas, en el lateral del palacio, de personas que esperaban a que salieran para que les dieran dinero en efectivo. Eran, además, un increíble negocio para la ciudad de Marbella y todos los alrededores. Tenían la posibilidad hasta de abrir El Corte Inglés un domingo para que todo su séquito pudiese adquirir lo que quisieran sin molestias. Por no hablar de las espectaculares compras diarias de comida y flores. El palacio, por cierto, era una copia de la famosa Casa Blanca de Estados Unidos.

A partir del 2002, dejé de trabajar los veranos con la familia real saudí, porque inicié mi aprendizaje en Israel y diversos trabajos en el extranjero. Pero en 2005 falleció el rey Fahd y su hijo, el príncipe Abdulaziz, empezó a visitar más asiduamente España; primero se

decantó por Marbella aunque terminaría yéndose a Ibiza a pasar cada vez más tiempo en la isla. En 2006, mi buen amigo Juan Benítez me dijo que me necesitaba para que estuviera junto al príncipe en sus desplazamientos a París e Ibiza. Yo le comenté que, por trabajo, solo podría atender su estancia en Ibiza y ese mismo verano volví a trabajar con el príncipe, hasta 2009, cuando me fui a Honduras, donde me quedé durante nueve años.

Mi trabajo con la familia real saudí era sencillo y muy bien pagado. Me encargaba de tener todo preparado para las salidas de madrugada del príncipe a los clubs más famosos de la isla. Los vehículos de su comitiva debían tener sitio para aparcar y al príncipe se le llevaba directo a una zona reservada para él y sus amigos, sin esperar en la entrada. Interrumpí este trabajo durante mi etapa en Honduras, pero en agosto del 2014 el príncipe fue víctima de un asalto de película, con vehículos y armas automáticas en París.

El príncipe fue interceptado cuando se dirigía a coger un vuelo con destino a la isla Pitiusa. Acompañado siempre de una comitiva formada por centenares de personas, el convoy estaba formado en esta ocasión por trece automóviles, uno de los cuales fue violentamente asaltado. Se trataba de una furgoneta en la que transportaban grandes sumas de dinero en metálico y valiosos documentos políticos y privados del príncipe. El vehículo fue secuestrado por varios individuos armados con AK47 y luego lo dejaron abandonado, y convertido en cenizas, junto a sus tres ocupantes, amordazados, que recibieron una lluvia de golpes: el chófer, un empleado y un guardaespaldas.

Después de este aparatoso robo, dos de los asistentes italo-libaneses del príncipe, Talal y Vilal, me llamaron y me preguntaron si

podía trabajar ese verano con ellos en Ibiza. Estaban preocupados por la seguridad del príncipe y porque creían que tenían topos infiltrados dentro del inmenso equipo de personas que estaban trabajando con ellos, más los cientos de empleados que contratan cada vez que llegan a Europa. Me quedé con ellos en Ibiza hasta primeros de octubre. Mi negocio ya estaba bien estructurado en Honduras y podía viajar más, por lo que volví a trabajar para la casa real saudí entre 2014 y 2018.

Mi trabajo era ahora un poco diferente y consistía en establecer puntos de seguridad durante los desplazamientos del príncipe por la isla. Regresar a Ibiza fue para mí un soplo de aire fresco después de batallar a diario contra la criminalidad en Honduras. Podría contar muchas anécdotas sobre el príncipe, pero prefiero remarcar su inmensa generosidad, que demostraba allá donde iba. Una noche, por ejemplo, dejó una propina de 80.000 euros en un restaurante cabaré del Grupo Pachá, y lo mismo en infinidad de lugares. También destacaba por su preocupación para que, al menos durante sus estancias, no faltara comida en los comedores sociales de la isla, destinados a los más necesitados.

Tengo otra anécdota que os dejará alucinados. Era el mes de diciembre, yo estaba en Honduras y recibí una llamada de mi buen amigo Benítez Leiva, el diplomático encargado de conectar la diplomacia española y la saudí. La conversación fue así:

–José Félix, ¿no tendrás relación con los dueños de la heladería Los Valencianos?

—Pues sí, conozco a la hija.

—Si la puedes llamar, te lo agradecería. El príncipe quiere 200 kilos de helado de sorbete de limón.

—Vale, yo le pregunto y le digo.

Como ya dije, el príncipe era un asiduo a las grandes propinas y también a ir cada noche al puerto a comerse un helado de sorbete de limón, que costaba cinco euros, aunque siempre pagaba con un billete de 500. Es decir, dejaba 495 euros de propina. Aunque el puerto era uno de los sitios en los que más cuidado debíamos de tener por los ladrones y por la gran afluencia de gente que había cada noche.

Pero mejor regreso al tema de los 200 kilos de helado de sorbete de limón. Llamé a Sara, una de las hijas de los dueños de Los Valencianos.

—Hola, Sara. Soy José Félix, quería comentarte algo y es que el príncipe ha pedido que, por favor, le hagáis 200 kilos de helado de sorbete de limón para llevarlo a Arabía Saudí.

—No creo que pueda ser. Está toda la maquinaria desmontada para su limpieza, porque hasta Semana Santa no volvemos a abrir, pero déjame y le pregunto a mi padre.

Ese mismo día, me volvió a llamar, y me dijo que su padre le había dicho que, por supuesto, montaban la maquinaria y le harían los 200 kilos del helado. Llamé a Juan Benítez y le dije que sí, que se lo hacían y que ellos me avisarían cuando estuviera el helado listo, para mandar un avión privado desde Riad a Ibiza. Y así ocurrió: se le fabricó el helado, llegó un avión, se compró la mejor nevera de Ibiza para ponerla dentro de la aeronave y que el transporte se efectuara en las mejores condiciones posibles. El helado llegó en perfecto estado y se cumplió con esta misión un poco loca que nos habían encomendado.

LA LUCHA: AQUÍ EMPIEZA REALMENTE MI TRAYECTORIA Y MI DETERMINACIÓN

¿Cómo definiría esta parte de mi vida que voy a contaros ahora? Como un aprendizaje diario y como el deber de sobrevivir ante un adversario criminal y ante unos recuerdos terribles que años después me siguen visitando cada noche y que, si los dejas sueltos, te pueden inocular el miedo en todas las partes de tu cuerpo y al final, destruirte. A partir de este momento, es cuando realmente empiezo a darme cuenta del valor de la vida humana y de la importancia del trabajo al que he decidido entregar mi vida. Mi único propósito en esos años consistió en que toda misión que me fuera encomendada alcanzara unos resultados excelentes porque en este campo de la seguridad no existen los notables ni los sobresalientes. Solo y exclusivamente lo excelente. Al fin y al cabo, tenemos uno de los trabajos más complicados y con más responsabilidad del mundo: se nos encarga salvaguardar la vida de una persona y de su familia.

Durante estas primeras etapas, mi vida era rutinaria en las tareas, pero no en los horarios. Viendo la forma de operar de la banda terrorista ETA, debía de ser muy cauto en todos los movimientos que realizaba, no solo cuando estaba trabajando con el VIP, también cuando había terminado mi jornada y debía velar por mi propia seguridad. Siempre me levantaba un par de horas antes de empezar mi trabajo, para marcar el perfil y la ruta que haría primero yo y luego con mi cliente. Por lo general, intentaba tener toda la información facilitada por el VIP un día antes para poder trazar un plan de trabajo.

El día comenzaba con una revisión de mi entorno familiar, en casa ya sabían que no podían tocar la correspondencia hasta mi llegada y

tampoco recibir ningún envío sin que yo lo hubiera avisado. En aquellos años, ETA atentaba mucho con cartas y paquetes bomba de fácil fabricación y manipulación. Este tipo de artefactos se caracterizan por pasar desapercibidos a simple vista, e incluso se preparan con un peso similar al que tendría el objeto dentro del que se esconden. Estos dispositivos se componen de una parte explosiva y otra electrónica. En las cartas se puede introducir cordón detonante y en los paquetes se puede poner hasta dinamita. Hablamos de una cantidad muy pequeña de explosivo, pero 5 o 6 gramos de cordón detonante serían suficiente para matar a una persona y en el caso de la dinamita, 40 o 50 gramos tendrían el mismo efecto. Si el artefacto está bien construido, solo estalla al abrir el paquete. Por lo general, se evita que pueda explotar en otro momento, ya que el objetivo es que llegue a manos de la víctima, y una vez accionado el sistema, tras la apertura de la carta, la explosión se produce en milésimas de segundo. El sistema de detonación enciende el compuesto en el interior y se desencadena la deflagración del explosivo.

La rutina continuaba con otra revisión a la salida de mi domicilio. Resultaba fundamental saber si estaba siendo observado por alguien. A mí me gustaba mucho hablar con la gente que se movía alrededor de mi casa, como el kiosquero, el cartero, el barrendero, el camarero de la cafetería… Tal vez os preguntaréis por qué. Pues muy sencillo: ellos permanecen mucho tiempo en la zona y se dan cuenta de si hay gente nueva o ven algo sospechoso. Aunque las preguntas deben de ser disimuladas y dentro de una conversación amistosa para poder sacar información relevante. Lo mismo hacía en el lugar de residencia o el domicilio del VIP. Es superimportante tener siempre esos ojos en tu

entorno familiar y de trabajo. Al final, funciona como una especie de vigilancia y contravigilancia casera, que utilizas cuando no tienes otros mecanismos ni el respaldo de nadie para conocer tu entorno.

Yo siempre solía llegar, y aún tengo por costumbre, entre una hora y 45 minutos antes a mi lugar de trabajo. En ese tiempo, me gusta controlarlo todo. Además de los detalles ya señalados —como la ruta o los vehículos que hay por los alrededores—, reviso, por ejemplo, que las cerraduras de los coches no estén violentadas ni que salga ningún tipo de cableado sospechoso por debajo de ninguno de ellos. Los vehículos se deben revisar a diario, así como el portal —siempre tenemos llave— y la escalera en cuanto llegas. Al VIP se le da una contraseña, que cambia periódicamente, para indicarle que subes a buscarle o que él debe bajar con su otro escolta de acompañamiento. Y si esa clave no es la correcta, el cliente tiene órdenes de volver a su domicilio y se procede a llamar a la policía.

Se trataba de un trabajo meticuloso porque en todo momento debíamos esperar lo peor, como estar sufriendo un seguimiento por parte de algún vecino que fuese simpatizante de la causa de ETA y les diera a ellos la información. Durante los trayectos, la verdad es que teníamos que jugar mucho con las paradas y las rotondas para controlar los seguimientos que nos pudieran hacer, algo muy complicado, pero no por ello ibas a dejar de intentarlo.

Una de las cosas que tenía muy claras es que el VIP nunca debía permanecer solo. Uno de nosotros siempre debía estar cerca de él, por si surgía cualquier necesidad. Eso explica por qué el trabajo de escolta es tan complicado si lo quieres hacer bien. No había pausas ni paradas para comer. Si se podía comer o se podía cenar mientras el cliente lo

hacía, tú lo hacías, pero de uno en uno y en un lugar distinto que el VIP. La vuelta a casa seguía un procedimiento parecido: nunca se llegaba directo, sino que se dejaba a una persona cerca del domicilio para hacer un chequeo a pie y, después de haber revisado la zona, se llamaba para el desembarque del protegido. O sea, para que bajara.

Si la vivienda era un piso, uno de los escoltas hacía el recorrido a pie por las escaleras y el otro en el ascensor. El de las escaleras siempre debía subir un piso más que el protegido y al terminar el servicio, por lo general, solía quedarme en la zona unos treinta minutos más para poder observar los vehículos y los seguimientos que no pudieran estar haciendo. Como podéis ver, no es fácil realizar un trabajo de protección con las garantías suficientes y los medios que contábamos, que no eran muchos, más bien diría que escasos.

Pero la parte más complicada era la lucha interna y externa que tenía que afrontar en mi propia ciudad y en mi vida cotidiana. El lugar donde había nacido y había estudiado, donde siempre había vivido, se convertía de pronto en una zona hostil. En este sentido, la lucha real en el campo de la seguridad personal y la protección VIP comenzó el 23 de enero de 1995, cuando escuché por televisión que ETA había asesinado a sangre fría en un bar de la Parte Vieja de San Sebastián a un concejal del ayuntamiento, don Gregorio Ordóñez, un dirigente muy destacado del Partido Popular, diputado del gobierno vasco, teniente de alcalde de la ciudad y una de las voces más críticas contra la banda terrorista. En esos momentos, yo estaba trabajando para Esabe Express y por la noche me llamó el jefe de servicio y me dijo que, como tenía experiencia en la protección de personalidades por haber

trabajado con los constructores de la autovía de Leizarán en el tramo guipuzcoano, me necesitaban para empezar a proteger a cargos del Partido Popular de Guipúzcoa.

Los primeros a los que se me encomendó proteger fueron don José Eugenio Azpiroz, secretario general del partido en Guipúzcoa; don Álvaro Moraga; doña María San Gil, quien ayudó hasta su muerte a Gregorio Ordóñez; y Kote Villar, también concejal en el ayuntamiento de San Sebastián. Estas dos últimas personas presenciaron la ejecución de Ordóñez en el bar La Cepa de la Parte Vieja.

Al día siguiente, ya estaba junto a tres compañeros más en la sede del Partido Popular de San Sebastián, en la calle Illunbe, 9. Fuimos los primeros escoltas en trabajar con políticos del PP en el País Vasco, aunque poco después, todo se masificó y también se tuvo que cubrir a los cargos del PSOE, a empresarios, a periodistas y a jueces. ETA se había transformado y había decidido empezar a matar a personas pertenecientes a otros colectivos para crear aún más dolor. Ya no les bastaba con asesinar a policías, guardia civiles, militares y personas inocentes en sus bárbaros atentados con coches bomba.

La situación acabó resultando convulsa para mí y, lo que es peor, para mi familia. En abril del 1996, la *kale borroka* intentó quemar la casa de mi madre, situada en la calle Pinar de la ciudad de Irún. Una vecina la alertó de que había fuego en las escaleras. Mi madre, con un extintor, consiguió apagar el fuego que ya estaba en su puerta y en la de su vecina. Ella ya tenía entonces la panadería al lado de donde vivíamos los dos y los cachorros de ETA sabían quién era yo y dónde estaba trabajando. Habían decidido meternos miedo para que dejara de desarrollar un trabajo fundamental para la democracia en España y

el País Vasco. No fueron momentos buenos para nosotros y mi madre insistió en que dejara el trabajo porque la presión de los *borrokas* y ETA estaba incrementándose en el País Vasco, sobre todo para cualquier persona que no pensara como ellos. Según la investigación, aquel día de 1996 colocaron varios cócteles molotov y prendieron fuego a la entrada. La suerte que tuvimos, y la clave de por qué el fuego no entró en la vivienda y solo quemó nuestra puerta y la de la vecina —aunque las quemara ambas completamente— fue que teníamos una puerta blindada, con acero en su interior, y eso impidió que el fuego lo destruyera todo.

Aquello me puso en alerta y decidí salir de casa de mi madre, sobre todo para su tranquilidad, porque yo estaba en el objetivo de ETA. La mayor parte de los escoltas en el País Vasco, en cambio, eran de fuera, habían desembarcado allí, como quien dice. Pero vascos y nacidos en esa tierra éramos muy pocos los valientes que dimos ese primer paso. Recuerdo, como ya dije al principio, que yo soy irunés, de madre extremeña, y a mucha honra las dos cosas.

Después de este suceso, solicité a la empresa cambiar de destino y trabajé en Vizcaya, concretamente estuve asignado a varios servicios. El primero fue el de un parlamentario del PP; luego, la teniente de alcalde en aquellos años del ayuntamiento de Bilbao; y algún servicio esporádico con el presidente del PP en el País Vasco. Ya entonces mi forma de trabajar había cambiado y me había vuelto más meticuloso y, sobre todo, muy escrupuloso a la hora de realizar mis funciones. Me gustaba el trabajo perfecto y bien desarrollado, y sabía que esa actitud no era bienvenida por un alto índice de compañeros que se tomaban a guasa el trabajo que les había sido encomendado. Sí, es cierto que

desde que se pusieron a los escoltas, los asesinatos a políticos habían descendido, pero no porque los terroristas no pudieran ejecutarlos, sino porque habían decidido emprender otra campaña sanguinaria contra las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado.

En cualquier caso, yo siempre actué con la mayor profesionalidad posible porque sabía que en cualquier momento podía llegar un problema o un atentado de la banda terrorista. Además de las medidas que ya he explicado —llegar siempre una hora antes para controlar el entorno, esperar media hora al acabar para comprobar que no fuéramos objeto de ningún seguimiento, etcétera— resultaba fundamental el binomio entre el conductor-escolta y el escolta. Ambos profesionales deben estar compenetrados al máximo a la hora de recoger y entregar a la persona que están protegiendo, especialmente en los espacios que nosotros denominamos puntos de crisis: el domicilio y el puesto de trabajo. Dos sitios que los criminales conocen perfectamente y que inevitablemente hay que recorrer a diario. Tener un compañero profesional en ese momento es imprescindible.

El vehículo del VIP debía estar siempre controlado porque sabíamos de sobra lo habilidosos que eran los terroristas para colocar explosivos en los bajos de los coches. Esa misma labor que realizábamos durante el trabajo, también teníamos que hacerla de forma habitual en nuestra vida cotidiana. Cada día, por ejemplo, yo dejaba caer mis llaves para recogerlas del suelo y mirar si había algo sospechoso debajo de mi vehículo, que dormía en un garaje, pero aun así, había que revisarlo siempre. Y más aún cuando tenía que aparcarlo en la calle. Intentaba entonces que pudiese ver los bajos desde donde me encontraba. El secreto, muchas veces, consistía en subir la rueda del conductor al

bordillo de la acera. También tenía una brújula muy potente que usaba para detectar si había algún imán debajo del coche. Y, por supuesto, comprobaba que las cerraduras no hubieran sido manipuladas. Imagínate que te centras en revisar los bajos, pero te abren el maletero y depositan allí el artefacto explosivo. Sería un grave error, tanto para la seguridad del VIP como para la mía cuando estaba fuera de servicio.

Y otro aspecto que ya he mencionado antes de pasada: debíamos controlar la correspondencia de la persona a la que estábamos protegiendo. Baste recordar el caso del periodista don Gorka Landaburu, que en mayo de 2001 sufrió un grave atentado que le voló varios dedos al abrir un paquete. De manera que el VIP no podía abrir nada sin nuestra supervisión y, en caso de encontrar algo inusual, se llamaba al centro de asistencia, se les decía dónde estábamos y nos indicaban dónde podíamos llevar el paquete para que fuera revisado por un detector de rayos X. Nuestras referencias para sospechar de una carta o de la paquetería eran detalles como que la dirección apareciera poco clara o estuviera equivocada, el nombre del destinatario mal deletreado o confundido, un franqueo excesivo, un matasellos ausente, una procedencia o un remitente no conocidos, la presencia de manchas aceitosas o restos de grasa en el sobre o en la caja, agujeros o pequeños arañazos en las esquinas —que podría ser por donde el terrorista hubiera armado el artefacto—, una excesiva rigidez para albergar los detonadores o alguna estructura de soporte, peso excesivo o descompensado, sonidos metálicos producidos por los componentes del artefacto, cinta adhesiva reforzando el paquete o carta, etcétera. Eso sin olvidar algo muy característico de los explosivos: los olores extraños, como a almendras amargas o a mazapán.

Durante mi periodo en Bilbao y sobre todo por el buen trabajo que realizaba, el jefe de seguridad del Partido Popular me ofreció ser el responsable de seguridad del partido en Euskadi. Recuerdo su nombre perfectamente: don Fernando Escartín. Yo no me esperaba aquello y no me atreví a asumir el cargo, así se lo transmití, y a los pocos días apareció en ese puesto un tal Andoni Regidor. De este señor no tengo nada más que decir, solo que no tenía ni idea de lo que hacía y que era un auténtico déspota. Por el motivo que fuera, terminé mal con él. Y es que, si había algo que yo odiaba era el «yo soy el que mando y tú te callas». Conmigo esa frase no funciona.

También en aquella época pasé muchas horas dentro de la sede del PP en Bilbao, donde conocí a un joven presidente de las Nuevas Generaciones. Hablamos muchas tardes e incluso le acompañaba a su casa. Ese joven era don Santiago Abascal, ahora presidente nacional de VOX. Se trataba de un joven que desde muy temprano había conocido el terror en sus propias carnes con el asedio desmedido y cruel a su familia y al pequeño negocio familiar de moda que regentaban, una tienda que creó su padre en Amurrio, un pequeño pueblo de Álava de unos diez mil habitantes. Para mí, Santiago Abascal se convirtió en un referente en la lucha contra el terrorismo y contra los asesinos de ETA.

Después de llevar varios años trabajando con cargos públicos, jueces y periodistas en el País Vasco, empecé a darme cuenta de que para ser alguien diferente debes formarte y buscar los mejores lugares para hacerlo. Fue así, recabando información, como encontré una academia de seguridad en Newcastle (Reino Unido), la PBA (Profesional Bodyguard Association). Estamos hablando de 1997 y su

director era M. J. Tombs, un exagente de los SAS —el cuerpo de operaciones especiales y contraterrorismo del Ejército británico—, muy condecorado y con una gran reputación en el ámbito de la seguridad por haber capturado a varios comandos del IRA. El curso duraba un mes. Concedían mucha importancia a conocer los sistemas de espionaje y contraespionaje que ellos usaban, y a cómo detectar si alguien que te estaba siguiendo.

Fue un mes de trabajo duro y de calle, con un montón de supuestos que debíamos analizar y luego recoger en un informe. Lo que más me llamó la atención fue el primer día que llegamos. Nos obligaron a realizar una vigilancia por la noche de una hora en varios puntos de la casa mirando al exterior. Al día siguiente, debíamos exponer todo lo que había ocurrido durante nuestra vigilancia. Fue algo impresionante que nos pidieran datos como el tipo de clima que había fuera, qué personas habían pasado cerca del edificio e incluso si habíamos visto sobrevolar algún avión. Lo que nos querían transmitir es que todo tipo de información era utilizable e importante para elaborar un informe sobre vigilancia. La verdad es que terminé impresionado con todo lo que aún me quedaba por aprender y eso me abrió las puertas para seguir formándome e intentar ser el mejor en la profesión a la que me quería dedicar.

Durante esa época, cuando realicé mi primer curso en el extranjero, me ofrecieron trabajar para el presidente del puerto de Pasajes. En aquellos momentos era el Partido Popular el responsable de los puertos en España y colocaron en el puesto a don José Manuel Aizpurúa, que duraría desde 1996 a 1998. Este fue un periodo muy interesante en mi vida profesional, ya que don José Manuel estaba muy

interesado por la seguridad, tanto la suya como la de su familia, y desde el primer momento que nos reunimos mi compañero y yo con él, siempre escuchó y tuvo en cuenta nuestros consejos. Tenía, por ejemplo, un chófer asignado, y nosotros le propusimos que lo mejor sería añadir un coche de apoyo, con un sistema de radio que conectara ambos vehículos y un potente inhibidor de frecuencia. Ese segundo coche debía tener unas características muy concretas, lo ideal es que fuera pequeño y rápido, por lo que nos decantamos por un Volkswagen Golf VR6. También recomendamos un vehículo blindado para él y lo pudimos comprar de segunda mano en Madrid, un Audi 200 similar al que utilizaba don José María Aznar cuando sufrió el terrible atentado con un coche bomba.

En mi etapa con don José Manuel Aizpurúa viví, al igual que muchos españoles, con angustia y pena aquel 10 de julio de 1997, cuando la banda terrorista ETA secuestró a Miguel Ángel Blanco, un joven economista, afiliado a las Nuevas Generaciones del Partido Popular y concejal en Ermua (Vizcaya), una localidad de menos de veinte mil habitantes. Ese mismo día, asistimos a una concentración para pedir su liberación y acabamos frente al domicilio del concejal. Así es como se inició la rebelión cívica contra la banda terrorista ETA conocida como el espíritu de Ermua. Dos días después, y estando en Bilbao en otra manifestación por la liberación del concejal del PP —ya que el Gobierno no cedió al chantaje de la liberación de presos de ETA—, el reloj marcó la hora fatídica, las 16.40, y ETA cumplió con su amenaza de asesinar a Miguel Ángel Blanco. El etarra Txapote disparó dos veces en su cabeza con una Beretta del calibre 22. Encontraron el cuerpo aún con vida en un descampado del municipio guipuzcoano de Lasarte.

Dos vecinos, alertados por el ladrido de sus perros, fueron quienes lo hallaron. Creo que este fue uno de los días más tristes de mi vida y también cuando de verdad nos dimos cuenta de la gran labor que estábamos realizando al proteger a las personas de estos criminales, que querían coartar nuestras libertades a base del asesinato y la extorsión.

Después de mi primera estancia fuera de España para hacer un curso en protección de personalidades en la PBA, tenía muy claro que el trabajo de un escolta se basa en tres puntos: la organización, la meticulosidad en todo y la alerta constante. Muchas veces nos tocaba ir solos con el VIP debido a que el compañero debía quedarse con el vehículo para poder acceder al mismo lo más rápido posible en caso de una emergencia. En esta parte del servicio de protección, se aprenden cosas básicas que hay que evitar, así como a reconocer que no te están siguiendo, lo que no es fácil de detectar si no pones las medidas adecuadas. Yo, por ejemplo, usaba mucho las rotondas para saber si me estaban siguiendo. El método es muy sencillo: cuando tú entras en una rotonda, sabes perfectamente cuál será tu salida, pero no el que va detrás de ti siguiéndote. Por lo tanto, según te incorporas a la rotonda, te fijas en los coches que van detrás y haces un giro completo de 360 grados para después meterte en la salida correcta. Si detectas que alguien hace lo mismo que tú, seguro que te está siguiendo, porque nadie hace esa tontería. Si lo hacen es porque no saben dónde van, sino que están pendientes de tus movimientos. Otro método muy utilizado consiste en ralentizar la marcha, sobre todo en ciudad y en los semáforos, intentar que la luz verde cambie a roja. A la mayoría de los conductores eso les pondrá nerviosos y tocarán el

claxon o intentarán adelantarte. Desconfía cuando alguien que viaja detrás de ti no actúa así. Otro de los trucos es detenerte de improviso en una parada de autobús, de taxi, o un carga y descarga. Basta con dejar que pasen varios vehículos y luego seguir con la ruta establecida.

Durante este periodo de trabajo como escolta, lo que sí puedo decir es que lo que tenía que hacer, lo hacía a la perfección. Hasta tal punto, que no había muchos compañeros a los que les gustase trabajar conmigo por lo riguroso que era. Si no se podía almorzar o cenar, no se hacía. Nunca se dejaba solo al VIP, ni siquiera cuando estaba en su casa. Por eso, trabajar conmigo era duro para muchos. Los había que hasta se iban los dos juntos a almorzar mientras su VIP estaba almorzando o almorzaban en el mismo lugar. Yo tenía claro que a mí no me pagaban por comer, sino para que esas personas cuyas vidas se me habían encomendado regresaran sanas y salvas a sus hogares cada día. Y eso que la presión de ETA y sus cachorros, la *kale borroka*, era en muchas ocasiones muy dura.

Este periodo en España, como escolta de diferentes políticos en el País Vasco, me sirvió para perfeccionar mis conocimientos y ponerlos en práctica. Viví, por supuesto, varios encuentros muy desagradables que, de no haber estado muy atento, pudieron acabar en desgracia. Durante nuestro servicio teníamos asignado un inhibidor de frecuencia para cada VIP que usábamos en las salidas y entradas de su domicilio y del trabajo. Yo además lo llevaba encima cuando teníamos que ir andando. Recuerdo una ocasión en concreto, el homenaje en el cementerio de Zarautz al concejal del PP José Ignacio Iruretagoyena, asesinado en 1997. Había cuatro kilos de explosivos y metralla en una tumba cercana a la del edil y el propósito era asesinar a toda la cúpula

del PP. Esto ocurrió en 2001 y dicen que el temporizador o el mando a distancia de la bomba no funcionó, pero lo cierto es que la investigación posterior concluyó que había sido un inhibidor de frecuencia el que había impedido la masacre. Nosotros en ese momento portábamos uno. Lo que nunca supimos, ni podremos saber ya, es si realmente fue el nuestro u otro cercano de algún compañero. Pero lo que sí tengo claro es que actuamos como había que hacerlo.

En 1999 sufrí dos ataques terroristas. El primero una noche en casa de mi madre, que todavía tenía puesto mi nombre en el buzón, donde lanzaron varios cócteles molotov contra su puerta. El siguiente fue en mi propia casa, donde usando estos mismos artefactos incendiaron mi coche. Días más tarde me llamaron para que fuera al cuartel de Intxaurrondo, donde un teniente de Información me dijo que estaba en varias listas de ETA que ellos habían capturado, una en SOKOA y otra en la calle Juan de Bilbao. Aparecía como posible objetivo en ambas. En ese momento, y después de los hechos ya narrados, la Guardia Civil me ofreció la posibilidad de obtener la licencia de armas tipo B, que es la que se utiliza en España para personas amenazadas o que por su trabajo deben transportar joyas o dinero. Por mi puesto en seguridad yo ya tenía la de tipo C para portar armas durante mi jornada de trabajo, pero la otra licencia, concedida de manera muy escasa, me daba la oportunidad de tener conmigo la pistola las 24 horas del día.

Acepté la nueva licencia porque vi claro que iban a por mí y ese mismo verano de 1999, la Guardia Civil me comunicó que se preveía un atentado contra escoltas privados para que eso amedrentara o hiciera desistir al resto de los que custodiábamos a políticos, jueces y otras personas amenazadas.

Sin el trabajo y la profesionalidad de la mayoría de los escoltas que trabajamos esos años en el País Vasco, habría sido imposible sostener aquella situación de terror que había puesto en marcha la banda terrorista ETA. Como es normal, en un colectivo de más de tres mil escoltas, muchos eran oportunistas que no habían pasado ni por un servicio uniformado. Habían sacado las habilitaciones y empezaron a trabajar en el País Vasco sin ningún tipo de preparación, solo porque los sueldos eran elevados para lo que se cobra en el sector de la seguridad privada. Un sector, todo hay que decirlo, totalmente denostado por los ciudadanos y los políticos. Más aún desde que hace años se nos quitó el carácter de agente de la autoridad. A partir de ese momento, el sector ha ido a pique, con mucho intrusismo y con trabajadores que solo están de paso o que lo viven como una ocupación provisional a la espera de que les salga algo mejor. La falta de profesionalización está llegando a unos límites preocupantes. Debería haber algún gobierno que se preocupara de un sector tan sensible y necesario en nuestra sociedad para tener verdaderos profesionales y que volvieran a ser agentes de la autoridad. Entre otras cosas, porque las agresiones a los agentes de seguridad son cada día más graves. Pero como iba diciendo, la mayor parte de esos más de tres mil escoltas que trabajaron en el País Vasco y Navarra realizaron un magnífico trabajo en aquellos momentos, cuando ETA estaba muy activa y su ansia de sangre y venganza no tenía parangón.

Durante esos años, vi morir a amigos personales con los que mantenía una estrecha relación, como por ejemplo el policía nacional Juan Manuel Hélices Patiño; yo le llamaba cariñosamente Juanillo. El 23 de abril de 1992 le mataron de un tiro certero en la cabeza. En

aquellos momentos, el País Vasco sufría una atroz oleada de asesinatos por parte de ETA y parte de la sociedad vasca los encubría, con Herri Batasuna como representante político. Más tarde y pasados los años, supe del asesinato de un buen amigo, Joseba Pagazaurtundua, el 8 de febrero de 2003 en el bar Daytona, el mismo local en el que habíamos tomado café muchísimos días juntos. Era el jefe de la policía local de Andoain y solíamos hablar de lo que nos gustaba, sobre todo el mundo de las armas, del cual éramos verdaderos apasionados los dos. Él siempre llevaba un revólver calibre 44 mágnum y yo le decía que tuviese mucho cuidado, que estaba en el ojo del huracán. Andoain fue un laboratorio para los terroristas de ETA, la población más acosada por ellos en el País Vasco. Aunque en esa fecha, cuando mataron a Joseba, yo ya estaba fuera, formándome en Israel.

También durante unos meses estuve trabajando en San Sebastián con un concejal del Partido Popular en el ayuntamiento, Kote Villar. Él estaba aquel fatídico día del 23 de enero de 1995, comiendo con Gregorio Ordóñez y María San Gil en el bar La Cepa de la Parte Vieja. Sin ningún género de dudas, el asesinato de Gregorio tuvo una gran repercusión en el devenir de aquellas otras dos personas que lo vieron en directo. Tengo que decir que no fue sencillo ese servicio de protección, debido a lo que ellos habían pasado, pero el trato y el respeto por parte de Kote Villar fue siempre excelente y exquisito.

Al final, la empresa para la que trabajaba me propuso ser el jefe de escoltas en Guipúzcoa. Para mí era un gran salto en mi carrera profesional. Siempre había destacado por no negarme a ir a ningún servicio complicado o directamente peligroso, y resolvía la mayoría de

ellos con gran acierto, así que accedí al puesto y me asignaron la seguridad de una magistrada del Tribunal Superior de Justicia del País Vasco, doña Garbiñe Biurrun. Su protección fue una misión provisional antes de poder desarrollar mi otra obligación, que consistía en realizar cuadrantes y el control de los ciento sesenta escoltas que en aquel momento trabajaban para Prosetecnisa en Guipúzcoa.

Mi trabajo con Garbiñe era sencillo. La acompañaba a Bilbao una vez por semana y a algún evento oficial, pero por lo general ella siempre trabajaba en casa y eso me daba la posibilidad de realizar inspecciones al resto de los servicios. Algo que no fue sencillo en aquella época, debido al cambio en el sistema de facturación de las empresas al cliente, en este caso el gobierno vasco. Se había endurecido el control sobre las horas que trabajan los escoltas a diario con los VIP y había que llevar una supervisión que consistía en llamar siempre al empezar y terminar un servicio a un teléfono de control de la policía autónoma vasca. Aquello trajo innumerables problemas para los trabajadores y empresas, ya que muchos decían que cómo iban a facturar por ejemplo dos horas al día si el VIP solo salía a comprar el pan o el periódico, y después se quedaba en casa. Pero los escoltas debían de estar siempre con el teléfono operativo para que no hubiese problemas y el VIP no saliera solo de su casa.

La situación hizo que le propusiera a la empresa presentarme a las elecciones sindicales con varias condiciones: que a los escoltas se les facturase un mínimo de diez horas, aun cuando solo hubiesen trabajado dos, por las razones ya explicadas; y que se les mantuviesen todos los beneficios por el trabajo de escolta, incluidas sus vacaciones y días de descanso. La empresa me dijo que lo intentara, pero que su

experiencia demostraba que nadie que hubiera pertenecido a la estructura de mando había conseguido tener una presencia en el sindicato. Lo cierto es que fui el candidato más votado y, por lo tanto, me convertí en el presidente del comité de empresa y, a la vez, en el responsable de los escoltas. Todo aquello debería haber sido fácil, pero la empresa empezó a complicarlo y a no cumplir lo que había pactado conmigo. Eso provocó que pasara de ser el número uno, a que me apartaran de la jefatura de escoltas y de los privilegios del cargo. Pero continué como presidente del comité y empecé a ejercer presión sobre la empresa. Lo que estaba en juego era mi palabra, la palabra que les había dado a todos aquellos empleados que habían depositado su confianza en mí y yo no podía defraudarles.

Después de aquello, llegaron las traiciones, gente a la que consideraba amigos desde hacía años me dieron la espalda e intentaron joderme, pero mi determinación y las denuncias del sindicato ante la justicia hicieron que la empresa se sentara conmigo a negociar mi salida. Yo, por supuesto, acepté buscar un acuerdo, pero lo primero que había que negociar, antes que mi salida, eran las condiciones de los trabajadores. La empresa, como siempre, intentó seducirme con más dinero del que me correspondía por marcharme, con la condición de que no siguiera con las reclamaciones de los escoltas en los juzgados, porque ellos sabían que las tenían perdidas. Como les dije, aceptaba irme de la empresa, pero, a cambio, las condiciones de los trabajadores tenían que ser las mejores del sector en aquella época. Al final, todo terminó como siempre debería haber sido si la empresa no se hubiera empeñado en engañarme utilizando a traidores.

En el año 1999, después de las amenazas de ETA y por las conversaciones mantenidas con la Guardia Civil, me dieron la licencia de armas tipo B y me dijeron que sería perfecto si podía buscarme un destino fuera del País Vasco durante los meses de verano porque, como ya he explicado, creían que podía haber un atentado contra algún escolta privado. De manera que me puse a buscar un empleo lejos de allí que me permitiera seguir manteniendo a mi familia. Tenía varias posibilidades, gracias en parte a la licencia que me acababan de dar. Una era irme a Marbella y encargarme de la custodia del dinero de un gran casino, hasta que por la mañana llegara el furgón blindado de una empresa de seguridad. La otra era en Ibiza, donde debía encargarme también de la recogida del dinero de Pachá y de su traslado a un banco cercano. La discoteca ya había sufrido varios intentos de asalto, debido a que se conocía que, en la fiesta más potente del verano, llamada Manumission, se ganaba mucho dinero y casi todo era en efectivo. En esos momentos, las tarjetas se utilizaban poco y todo el mundo iba con sus pesetas en el bolsillo. Hablé con la Guardia Civil sobre las dos posibilidades y me dijo el capitán que me fuera a Ibiza, ya que era lo más seguro y resultaba muy complicado cometer un atentado allí.

Ese verano, y gracias a Nieves, la directora de contratación y recursos humanos, me llamaron para que empezara con ellos. Además de limitarme a esperar que llegara el dinero al final de la noche, me ofrecieron trabajar unas horas dentro de la sala para que mi sueldo fuera mayor que el del resto de empleados de seguridad. Yo accedí, pero pregunté dónde tendría que estar exactamente. Me respondieron que en el privado, en una zona muy tranquila, donde también se

ganaba mucho dinero con las propinas de los clientes. Me parecía bien, pero me preocupaba el tema de que se me disparara el número de horas si tenía que entrar a las 23.00 y luego algunos días quedarme hasta casi las 12.00 si no cuadraban las cajas. Nieves estuvo de acuerdo y acordamos que entraría sobre las 2.30. El dinero que me pagaban estaba muy bien: 360.000 pesetas de la época —unos 2.160 euros—, mientras que los demás empleados de seguridad ganaban 150.000 pesetas —unos 900 euros—.

Era más o menos el mismo trabajo que muchos años antes había dejado para dedicarme a la seguridad, pero resultaba justo y tenía sentido. No estaba allí por diversión, sino porque me habían comunicado que podían atentar contra mí. Empecé sin muchas expectativas. Para mí era algo sencillo. Sí es verdad que los primeros días notaba cierta tirantez de los trabajadores conmigo. Primero porque llegaba de fuera y me habían dado un trabajo de primera línea en el privado, que es donde todo el mundo quería estar por las propinas, aunque ese, desde luego, no era mi objetivo. Además, yo soy una persona muy respetuosa y saludo a todo el mundo, pero no me pidas mucho más, porque no voy al trabajo a hacer amigos, voy a trabajar. El caso es que, según iban pasando los días y las semanas, me di cuenta de que existía una animadversión contra mí. Lo detectaba en pequeños detalles pero que decían mucho, como, por ejemplo, pedir una Coca-Cola por favor y que me la subieran caliente, o saludar y que no me contestaran, o los corrillos que claramente hablaban de mí. Cada noche, al acabar, el metre y los jefes del privado se reunían en solitario y repartían las propinas. A mí me la entregaban

siempre en las oficinas, donde me quedaba esperando a que terminara el director para acompañarle hasta el banco a depositar el dinero.

El sobre no lo abría hasta llegar a casa. El importe, por lo general, siempre era distinto, pero nunca superaba las 2.000 pesetas —unos 12 euros— de propinas. No le concedí mucha más importancia al tema, tampoco sabía cuánto le daban a los demás y, mucho menos, cuánto se recaudaba en propinas cada noche. Hasta que un día empezó a correrse la voz de que acababa de llegar un árabe, el señor Mammut, un gran empresario residente en París y famoso por dar propinas muy cuantiosas. Aquella noche dejó dos millones de pesetas —unos 12.000 euros—, algo inaudito que solo puede ocurrir en Ibiza. Se me acercó como siempre el metre, un yugoslavo de nombre Goran, y me entregó el sobre. Yo había calculado, según los que estábamos trabajando, más o menos cuánto deberíamos recibir y mi sorpresa fue enorme al abrir el sobre allí mismo y encontrarme 1.600 pesetas —unos 10 euros —. Entonces dije: «Algo aquí no funciona bien». Tenía amistad con un compañero canario, Dani, que trabajaba también como seguridad en el privado y solíamos coincidir en el mismo *gym* para entrenar. Aquel día me animé a preguntarle y le comenté: «Dani, mira, no te lo he preguntado nunca, pero hoy estoy un poco contrariado porque han dejado dos millones de propina y a mí me dieron 1.600 pesetas». Él se quedó pensando y me contestó: «Eso está mal, José Félix, habla con Goran, a mí me dieron 72.000 pesetas —unos 430 euros—».

Dejé pasar varios días sin decir nada, no quería líos, solo terminar la temporada, irme a mi casa y esperar que el panorama se hubiera calmado en el País Vasco, sobre todo, mi situación. Pero empecé a tener problemas para dormir, después de terminar el trabajo, por lo

que estaba pasando, así que una tarde noche llamé a Nieves, la directora de personal, y pedí que nos viéramos al día siguiente para desayunar. Quedamos en una cafetería del puerto de San Antonio y le expliqué lo que estaba ocurriendo, cómo me sentía y que tendría que solucionarlo por mi propia salud mental. Veía que se estaban riendo de mí y eso me quitaba toda la tranquilidad y la paz. Ella me entendió de maravilla porque conocía de sobra a los personajes y literalmente me dijo: «Si lo tienes que hacer, hazlo. Serás el primero, porque muchos se quejan, pero nadie da la cara para evitar que luego les quiten las propinas».

Ese no era mi caso. Yo estaba allí porque una banda terrorista quería matarme, pero no iba a permitir que nadie se riera de mí. Eso no ocurriría nunca, de manera que esa misma noche llegué a las 23.00 a la discoteca y, mientras estaban montando la sala para abrir a las 00.00 como cada día, los trabajadores se callaron al verme entrar. Del típico murmullo que se produce cuando se está organizando todo, se pasó a un silencio sepulcral. Todos pensaron que ahí ocurriría algo y, en efecto, algo ocurrió. Desde la parte de abajo, donde estaba la pista, llamé a Goran para que se acercara. Quería hablar con él, le dije, y él vino muy altisonante y con mucha seguridad, como siempre. Lo que no sabía es que se había equivocado de persona.

«Espero que me des una solución que me parezca razonable —le solté—. De lo contrario, tendremos un problema serio, y si lo que me cuentas es una simple patraña, te daré un tortazo delante de todo el mundo». Él se empezó a poner nervioso, pero le expliqué que, se pusiera de la forma que se pusiera, el problema tenía que terminar allí y en aquel mismo momento. Le lancé la pregunta y le avisé: «Piensa lo

que me vas a decir antes de hablar, porque el día que dejan dos millones de pesetas, más lo que se hizo con otros clientes, a mí solo me diste 1.600 pesetas de propinas, y a los otros de seguridad, 72.000 pesetas». Su respuesta fue que él era el que mandaba y que repartía como quería, según estatus y antigüedad, que no tenía que darme más explicaciones. Por supuesto, aquello no resultó adecuado y se llevó el tortazo anunciado.

———— • ————

Solo tienes un camino y es la verdad, el otro desvío solo te llevara a la mentira.

———— • ————

Esa misma noche, antes de empezar la sesión, el director nos mandó llamar para arreglar la situación. Yo le expliqué lo que había ocurrido y él no pudo negar nada. Estaba quebrando el sistema de reparto de las propinas en su propio beneficio y eso a la empresa no le gustó. Le dije al director que quería seguir recibiendo mi parte de las propinas, pero que el dinero no sería para mí, quería que se lo entregara a él y lo guardara para repartirlo al final de la temporada entre todos los miembros de la seguridad de la sala, que eran los únicos en toda la discoteca que no se llevaban ni una peseta de las propinas. Antes de terminar aquella conversación, pedí que viniera el jefe de barra del privado, por aquel entonces un tal Manolito, con muy mala baba. Tenía que dejar todo solucionado y que se enterara todo el mundo. Manolito subió para saber qué ocurría y la conversación fue rápida y directa. No iba a consentir nunca más que si pedía una bebida, me la subieran caliente, porque bajaría a la barra y se la rompería en la cabeza, algo

que de ninguna manera yo pensaba hacer, pero era una base para que aquello no volviera a ocurrir.

Desde aquel día, las propias empezaron a estar mejor repartidas y todo cambió. Terminé la temporada sin ningún contratiempo más, pero muy bien visto por los jefes. Se había corrido la voz de lo que había ocurrido con el privado y las propinas, y eso llamó la atención del dueño de la discoteca, Ricardo Urgell, que antes de regresar al País Vasco, me invitó a una paella en su casa y me ofreció la posibilidad de ser el jefe de seguridad de Pachá la siguiente temporada. No le pude decir que sí, porque no había cerrado por completo mi salida de la empresa vasca y tenía que consultar con ellos si era posible compaginar ambos empleos.

Volví a Ibiza en el año 2000, ya liberado, para encargarme de la seguridad de Pachá con un sueldo muy interesante y reuní a un equipo de muy buenos profesionales. Puse además en práctica esa frase que tanto me gusta: «En mi trabajo no te metas, porque me resulta muy incómodo». Y es que, durante años el personal de seguridad en Pachá había recogido vasos e incluso había barrido la pista de baile, pero yo dije que no, que el suyo era un trabajo exclusivamente de seguridad y no de limpieza. La discoteca accedió a traer mejores profesionales y a pagarles más, aunque su número fuera menor. Lo que quería demostrar es que con un buen personal se puede hacer el triple de trabajo que con meros aficionados y, sobre todo, evitar las denuncias por agresión.

El verano iba bien, con cero problemas y cero denuncias, hasta una noche que escuché que llamaban para que la seguridad acudiera a los baños de la barra 17. Yo me dirigí hasta la zona contrariado para ver

quién era el que requería nuestra presencia y comprobar si había algún problema. Me encontré al director artístico hablando con el personal de seguridad y diciéndoles que tenían que sacar, para una *performance*, una bola transparente gigante montada sobre un carro. Debían llevarla hasta el centro de la pista porque iban a hacer un espectáculo. Yo me negué en redondo y les di la orden de que no movieran el carro. El director artístico tenía un gran poder en la discoteca, nadie se le enfrentaba porque literalmente acababa en la calle. Pero yo era diferente. Ellos me seguían necesitando para llevar el dinero y sabían que el puesto me lo había dado directamente el dueño. El director se me encaró y me dijo lo típico de: «No sabes con quién estás hablando». Ante lo que le respondí que sí, que hablaba con Francisco y que era él quien no sabía con quién estaba hablando. Se giró, gritó a la seguridad que movieran el carro al centro de la pista y yo dejé las cosas claras: si alguien movía aquello, iba a tener problemas serios conmigo. La respuesta del otro fue salir llorando para quejarse ante el director, quien me mandó llamar al cabo de un rato. Había vuelto a convertirme en la comidilla de todos los trabajadores, que decían que me iban a echar a la calle.

Subí a las oficinas y les expliqué lo ocurrido. Puse, además, mi puesto a su disposición. Si querían rescindir mi contrato, no habría ningún problema por mi parte, y pregunté por qué no movían el carro los bailarines que estaban en los camerinos sin hacer nada, mientras mi equipo estaba para cumplir su función y dar seguridad al espectáculo. La decisión llegó al día siguiente: para evitar más encontronazos con el director artístico, volvería a ocuparme exclusivamente del control del dinero. Mi hora de entrada serían las

cinco de la mañana y esperaría en las oficinas hasta que todo estuviera listo para ir al banco. El sueldo, eso sí, seguiría siendo el mismo. Pero aquello no le gustó nada a Ricardo cuando se enteró y exigió que retomara mis responsabilidades con el cargo y las funciones que él me había otorgado: director de seguridad de Pachá.

También en Ibiza ocurrió un acontecimiento buscado pero inesperado, la llegada al mundo del que iba a convertirse en la lucha de mi vida. El 26 de octubre de 2002 nació mi hijo Jorel en el hospital de Can Misses. Ese día, justo, estaba trabajando fuera de la isla y, por culpa de un retraso en el avión que venía de Madrid, llegué dos horas tarde al parto de Nasty, la que entonces era mi mujer y con la que vivía en Ibiza. Menos mal que en aquella época conocí a gente buena y, en concreto, a Toni, un payés que trabajaba de seguridad en Pachá, una excelente persona a la que más tarde ayudé para que entrara a trabajar de escolta en el País Vasco. Gracias a él, mi exmujer llegó al hospital, y no se conformó con eso: permaneció a su lado hasta mi llegada, para que no se sintiera sola, y la acompañó también durante el parto. Acababa de venir al mundo el que sería, a partir de entonces, el motor de mi vida. Y, por supuesto, tengo que hacer un reconocimiento expreso a mi exmujer por haber cuidado a nuestro hijo como nadie, por ser una gran mujer y porque estaré toda la vida a su lado cuando me necesite.

En esa época conocí también a una persona que se convertiría en un gran apoyo, aunque lo cierto es que no tuvimos un buen comienzo, como me suele ocurrir con mis buenos amigos, ese tipo de relaciones de las que me gusta sentirme orgulloso, quizá porque muchas veces he estado rodeado de más traidores que de personas en las que podía

confiar. Pablo Navascués, el famoso boxeador madrileño, es de quien ahora quiero hablar. Hace ya veinte años que nos conocemos y puedo decir que se trata de una de las personas más leales y amigo de sus amigos que he visto en mi vida. No existe la traición en su cabeza. Pero vayamos al grano: ese año se inauguró la famosa discoteca Penélope, a muy pocos metros de Pachá, y un día apareció uno de sus trabajadores porque quería hablar con el jefe de seguridad. Me presenté y me comentó que tal día su jefe de seguridad quería citar a todos los demás jefes de seguridad de las grandes discotecas de Ibiza para presentarse y hablar con nosotros.

En aquel momento, le contesté que no iba a poder, pero si quería hablar conmigo, no tenía más que acercarse a la discoteca a primera hora de cualquier noche y charlaríamos sin ningún problema. Parece que esto no le hizo mucha gracia al emisario de Pablo Navascués. Se llamaba, y se sigue llamando, Maki y con los años hemos acabado consolidando una excelente amistad. Ahora él sigue en la isla, dando clases de boxeo en un *gym* muy famoso. Pero Maki, aquel día que nos vimos por primera vez, salió de la discoteca diciendo que me estaba equivocando y, como tantas otras personas, pronunció la famosa frase: «Usted no sabe con quién está hablando». Algo que en aquel caso sí era cierto: no tenía ni idea, aunque tampoco es que me importara demasiado.

No fui a la famosa reunión y unas dos semanas después, paré a tomar un café en la heladería Torres Tallón, al lado de Pachá. Al entrar, vi una mesa con unas seis personas que se me quedaron todas mirando. No me llamó demasiado la atención, hasta que uno de ellos se me pegó al costado dentro de la heladería y empezó a tocarme la

cintura de forma disimulada. Me giré y le pregunté: «Hola, ¿nos conocemos?». E inmediatamente caí en la cuenta de que era Maki, el amigo y emisario de Pablo Navascués. Ahora ya solo faltaba por descubrir si iba armado —que, en efecto, iba armado—. Se dio cuenta de cómo le estaba mirando y la cosa quedó en un saludo de cortesía.

Me senté cerca de ellos y empecé a tomar mi café solo con hielo. A los pocos minutos, se presentó una persona frente a mí. Me miró fijamente. La verdad es que fue una situación tensa. Yo para entonces sabía que aquel segundo hombre era el famoso Pablo Navascués.

—Tú eres José Félix, ¿verdad? El jefe de seguridad de Pachá que no vino a la reunión que organicé en Penélope —me preguntó, quizá para calmar un poco la situación, aunque no le funcionó demasiado bien.

—Exactamente, amigo, soy ese mismo —le contesté—. También le comenté a tu emisario que, si quieres tratar algún tema en especial, te puedes acercar a Pachá a primera hora de la noche y hablamos de lo que quieras, pero sin conocerte, no voy a ningún sitio a perder un tiempo que no tengo.

—Te piensas que eres mejor que nadie por llevar una pistola. —Llegó a decirme. La hostilidad, ya se ve, iba en aumento y la situación podía acabar muy mal.

—Claro que no —respondí—, jamás usaría un arma para ser más que alguien, pero no dudes que la utilizaré contra quien sea para proteger mi vida si intentan matarme. Para eso la tengo y para eso me la dio la Guardia Civil. Lo único que me diferencia del que quiere hacerme algo a mí, es que ellos no están autorizados a llevar armas y yo sí. Prefiero dar explicaciones en un juzgado antes que acabar en un

cementerio sin poder darlos. —Esta defensa por mi parte creo que le hizo pensar.

—¿Sabes una cosa, José Félix? Me caes bien, eres un tipo con pelotas y me gusta ese tipo de gente.

Tanto tiempo después, puedo decir que él a mí también me cayó bien y que, como ya he explicado, este tenso encuentro acabó convirtiéndose en el principio de una bonita amistad, como dicen al final de la película *Casablanca*.

Prefiero dar explicaciones en un juzgado antes que acabar en un cementerio sin poder darlas.

Un puesto tan relevante como el de jefe de seguridad de Pachá me daba todo tipo de oportunidades para conocer a muchísima gente. La voz, además, se había corrido por la isla, y mi profesionalidad era de sobra conocida. Estaba siempre rodeado de amigos que a día de hoy siguen a mi lado. Don Paco Llado es otra de esas personas fundamentales en mi vida y cuya amistad no conoce límites. Él es el dueño de uno de los restaurantes más míticos de allí, el famoso Malibu Beach Club, que está situando en Las Salinas, una de las mejores playas de Ibiza. Es una persona muy bien relacionada y gracias a él entré en contacto con el mítico Labi Champion, otro de mis mejores amigos y seguramente una de las personas que más futbolistas conocen en España. Todos los jugadores que llegan a Ibiza contactan con él para que les ayude en cualquier cosa que necesiten y una de esas ayudas consiste, con mucha frecuencia, en buscar paz,

tranquilidad y seguridad durante sus vacaciones. Es decir, que nadie venga a causarles problemas, a molestarles o a estropearles ese tiempo de descanso. Para este tipo de cosas, Labi siempre me llamaba a mí y yo les garantizaba una protección discreta pero efectiva. Luego detallaré el sistema de trabajo que usaba con los futbolistas en Ibiza. Muy pronto, además, iba a marcharme a Israel, donde tendría la oportunidad de comprar mucho material, sobre todo para el control de zonas y personas. Y es que, parte de mi entrenamiento en ese país se centró en el espionaje y el contraespionaje, porque ambos están íntimamente unidos, hasta el punto de que no puedes conocer el uno sin el otro. Y siempre, en mi caso, con la honradez, el trabajo constante y la lealtad como los lemas que me han garantizado el éxito, tanto en la vida como en el trabajo.

Pero vamos a volver a lo que estaba pasando en Pachá. Después de terminar mi primera temporada como director de seguridad de la discoteca, hablé de nuevo con Ricardo Urgel, su dueño, y le expliqué que había descubierto cosas que no me gustaban nada. Le comenté, por ejemplo, que no existía ningún control sobre los empleados que trabajaban allí. Incluso algunos de ellos habían montado su propia mafia —integrada por el jefe de barra, algunos camareros y metres—. Su negocio paralelo y completamente desleal consistía en meter bebida que compraban fuera para luego venderla dentro de la discoteca y quedarse con el dinero. Es decir, cuando un cliente pedía una botella, y ellos sabían que iba a pagar en efectivo, vendían la que habían traído de fuera sin recurrir el estocaje y de esa forma se aseguraban de que no serían descubiertos cuando se hiciera un control de las botellas que había en el almacén. Esto, al final, suponía una

pérdida enorme para el negocio. Ricardo me contestó que iba a pensar cómo lo hacíamos para que no volviera a pasar la siguiente temporada y me pidió que le acompañara a Málaga y Nueva York, ciudades en las que quería abrir una franquicia de Pachá. La primera, en el entonces nuevo centro comercial Plaza Mayor; y la segunda, junto al DJ Erick Morillo. Me encargó que estudiara el tema de la seguridad y les diera unos consejos.

Estaba, además, seguro de que le robaban. No sabía quién ni cómo, pero estaba convencido de ello. Yo le propuse establecer un plan para averiguar qué estaba ocurriendo: comentaríamos entre los encargados que íbamos a colocar unas cámaras falsas en la discoteca para evitar los robos, dar miedo a los trabajadores y evitar de esa forma que se llevaran el dinero. Se supone que las cámaras eran falsas pero los encargados no sabían que entre ellas instalaríamos algunas verdaderas e incluso micros en las oficinas.

La siguiente temporada, la de 2001, fue la ocasión perfecta porque Pachá empezó a retransmitir las sesiones por internet, así que un camión aparcado dentro de la zona de almacenes me sirvió para grabar todo lo interesante. Ya en la primera semana, supe qué estaba ocurriendo y de dónde salía ese fraude que existía en la venta de las entradas. Había dos talonarios de *tickets*, uno auténtico y otro falso, y eso suponía dinero negro que se quedaban los chorizos. Además, metían ilegalmente bebidas de fuera y, si alguien pagaba en efectivo, se quedaban con el dinero de esa venta y luego restituían la botella en el almacén —el precio fuera del local era muy inferior— para que no hubiera sospechas de pérdida en los recuentos semanales.

Ricardo estaba al tanto de lo que ocurría porque yo se lo iba contando a diario, pero un buen día, además, escuchó una conversación grabada y por la noche la comentó en público. Aquello hizo sospechar a los encargados de que alguien les estaba espiando y descubrieron unas minigrabadoras de voz instaladas justo en los cargadores de las radios de seguridad. Estaban muy bien camufladas y para mí resultaban muy fáciles de poner y quitar para obtener las grabaciones, pero por culpa de ese fallo de Ricardo las descubrieron e intentaron chantajearle. Su planteamiento parecía muy sencillo: o me iba yo o se iban ellos.

La primera reacción de Ricardo fue que se largaran esos malnacidos, pero yo le dije que debía pensar con la cabeza. Estábamos entrando en agosto, el mes más importante del año, y si ellos se iban, podría producirse un caos en la discoteca. Lo mejor, por tanto, era que yo me fuera y ellos terminaran la temporada. Luego ya podría decidir con más calma. Él accedió y me dijo no me preocupara porque pensaba pagarme igual, aunque no trabajara. Yo no acepté. Mi norma es que solo recibo dinero si es a cambio de trabajo y no quería que me regalara nada.

Aquella temporada terminó y lo que parecía que iba a ocurrir nunca ocurrió. Decidí hablar con Ricardo en el mes de diciembre y de paso felicitarle las fiestas. Su contestación fue que los abogados le habían aconsejado que no los despidiera para evitarse otros problemas, que dejaría ese marrón a sus hijos cuando se retirara. Fue una de las mayores traiciones que he sufrido: me había tomado mucho trabajo y riesgos recabar las pruebas, involucrándome de lleno en un problema grave en el negocio, para luego ver que, a pesar de todas las promesas,

no se hacía nada contra los responsables por miedo. Intento, eso sí, llevarme siempre algo positivo de las cosas, aunque solo sea la lección para que nunca más vuelva a ocurrir.

Durante esos años en Ibiza, conocí a otro personaje particularmente interesante y, sobre todo, rodeado de una aura mística, en el sentido de que era tan encantador como desconcertante. Una noche de 2000, uno de los encargados me llamó y me pidió que me acercara por favor al privado, a la zona que se le llamaba de Moros porque a los clientes árabes les gustaba ponerse allí, casi a pie de pista de baile. El encargado me dijo que un cliente quería conocer al jefe de seguridad de la discoteca. Esta es una de las zonas más caras de la sala. Fui hasta allí y me presentaron a un personaje muy particular, rodeado de mujeres y de bebida. Me pidió que me quedara con él, pero yo tenía que atender mis obligaciones y eso no era posible. Me insistió y también el encargado me dijo que me quedase. Al final, estuve con él unas tres horas, y quiso que le acompañara hasta su casa. Tenía un apartamento en el ático de uno de los edificios más caros, frente al puerto deportivo. Cuando lo dejé allí, metió la mano en su bolsillo y me dio una propina de 250.000 pesetas —unos 1.500 euros—. No me lo podía creer al contar el dinero y empezó mi curiosidad por saber quién era esa persona. Cada vez que llegaba a Pachá, mandaba que me llamaran y tenía que estar con él. Alguien muy importante debía ser para que aquello ocurriera y solo había dos motivos: o era una persona muy influyente y con mucho dinero, o era una persona con mucho dinero y al que le tuviesen miedo.

Solo conocía su nombre: Jon. No era español y tenía acento extranjero. Un buen día, me dijo que quería tomarse un café conmigo

por la tarde, que nos encontráramos en la heladería Torres Tallón, donde él me recogería con su coche y efectivamente llegó a buscarme con un Ferrari. Fuimos a tomar un café al centro de Ibiza. Había algo raro en todo aquello. Yo no paraba de ver coches de la Policía Nacional de uniforme y otros camuflados que no nos quitaban ojo de encima. Por fin se presentó y me dio una tarjeta suya. Jon Imanol Sapieha Candela, ponía. Entonces empezó a hablar conmigo y me ofreció un trabajo. Sabía que tenía la licencia de armas del tipo B y eso le interesaba. La propuesta fue muy suculenta: me haría un contrato en Madrid para trabajar en una empresa de coches de lujo con chófer, y ganaría 6.000 euros al mes. Solo trabajaría seis meses al año, porque el resto del tiempo él permanecía fuera de España por negocios. Hasta ese punto, todo iba bien, y me parecía un gran trabajo, pero empezó a explicarme a qué se dedicaba realmente: además de tener negocios legales, su mayor pasión era robar bancos. Tal y como lo cuento. Se trataba siempre de robos de guante blanco y sin violencia, por si era capturado aprovechar la debilidad de nuestro sistema jurídico para penar este tipo de delitos.

Me explicó que él, si quería robar un banco por el método del butrón, primero compraba la alarma que tenía la entidad, la instalaba en una casa y la desmontaba para conocer su funcionamiento. En aquella época, ya había robado el famoso banco de Yecla. Salí de aquella reunión un poco contrariado y quise asegurarme de la veracidad de lo que me había contado, así que recurrí a uno de mis contactos en la Policía Nacional. Su respuesta fue rapidísima: tardó solo una hora. Me preguntó si de verdad conocía a Jon y le expliqué las circunstancias en las que nos habíamos encontrado y la oferta que me

había hecho. Su respuesta fue tajante: «Ni se te ocurra, en cuanto te relacionen con él, te quitan la licencia de armas, es uno de los capos más fuertes de España, con conexiones muy peligrosas por todo el mundo». Sabía que era alguien importante por la facilidad que tenía para conseguir todo lo que quería, pero no había sido capaz de imaginar todos los demás detalles ni sus fuentes de ingresos.

Al día siguiente, le llamé y le expliqué que le agradecía la oferta, pero que sus circunstancias legales resultaban muy complicadas para mí. Aun así, mantuvimos una amistad que continúa hoy en día. Él ya está retirado de todo tipo de actos delictivos, tiene sus negocios legales y ninguna causa pendiente con la justicia española. Incluso en mi actual trabajo recurro de vez en cuando a él para que me asesore. Al fin y al cabo, no existe mejor consejero que quien ha sido el mejor en su sector y ese sin ningún género de duda es el caso de Jon, alias el Sapo, autor, entre otros, del espectacular robo de obras de arte en casa de Esther Koplowitz.

Ibiza me aportó otra visión de la seguridad, completamente distinta a lo que había vivido en el País Vasco. Volví allí, como ya he explicado, en 2006, cuando me llamó de nuevo Juan Benítez, jefe de protocolo del consulado saudí en Málaga, y me pidió que le echara una mano, porque el príncipe Abdulaziz quería empezar a veranear en Ibiza e iría con un gran séquito detrás, al menos una decena de príncipes más. Yo le dije que sí, por supuesto. Ya había trabajado con ellos en Marbella, conocía a mucha de su gente y a los saudíes les encanta rodearse de personas con las que ya han tratado.

El príncipe llegó a Ibiza e hizo un gran despliegue de su poder. Se trajo su barco privado, el Turama, el más grande del mundo en

aquellos años; y otros dos más de apoyo: el Al Arabiya y el Abdulaziz, este último se lo había regalado su padre. El gobierno de España le asignó al príncipe una protección oficial las 24 horas del día, lo que incluía un inspector y seis agentes de la Unidad Operativa de la Policía Nacional de escoltas oficiales. El resto de los príncipes llevaban la seguridad árabe que ellos traían. En aquel momento, yo era la única persona de seguridad que trabajaba para ellos y que no era ni árabe ni policía nacional. Mis funciones eran sencillas y siempre nocturnas, porque el príncipe salía cada noche. Iba a una discoteca, donde tenía reservada la mesa más grande y en el mejor lugar. Allí unas chicas le esperaban siempre bailando junto al resto de la comitiva de príncipes. Todos ellos debían estar cuando él llegara para recibirle. Durante unos años, mi trabajo fue logístico: que no le faltara la mejor mesa, tener las rutas limpias y el aparcamiento listo para la comitiva. Cualquier fallo podía desencadenar un serio problema con la seguridad directa del príncipe, que estaba en manos de varios generales de su país y de agentes de la policía nacional, que eran los que le daban la cobertura legal en España.

Una anécdota curiosa era la pasión del príncipe por el cine. Cuando se producía un estreno importante, pedía que inmediatamente se tradujese la película al árabe y que la llevaran a Ibiza. Compraba todas las entradas de una sesión y mandaba poner en el centro de la sala un sillón enorme y muy cómodo para que él la viera. Por lo general, siempre era la sesión de las siete de la tarde, pero el problema surgía cuando se quedaba dormido a mitad de la película y nadie podía entrar a despertarlo. Había que esperar a que lo hiciera él solo cuando hubiera descansado lo suficiente y daba igual si ya había gente

esperando para la siguiente sesión, la de las diez de la noche y con la entrada comprada. Se les devolvía el dinero más 50 euros de compensación por las molestias causadas.

Las excentricidades de los árabes siempre fueron notorias. Les encantaban, por ejemplo, las gominolas y había una marca con sede en Palma de Mallorca que hacía unas bolsitas con estas chucherías de colores y con forma de animales, pero había un problema: solo les gustaban los cocodrilos azules. Imaginaos lo que tuvimos que hacer. Llamamos a la empresa y pedimos 100 kilos de gominolas que fueran exclusivamente cocodrilos azules. Recuerdo que aquel año todas las mesas del barco estaban llenas de estas gominolas azules. O los dátiles, uno de los frutos que más les gustan a los árabes y, más concretamente, los dátiles reales, famosos por su dulzor y su pulpa. Hasta tal punto disfrutaban comiéndolos, que hubo que traer datileras en macetas para que el príncipe pudiera coger los dátiles directamente de las palmeras.

Ese mismo verano de 2006, estaba trabajando una noche en Ibiza con el príncipe Abdulaziz y decidieron ir a la famosa discoteca Amnesia, a la fiesta de la espuma. Generalmente hacíamos un recorrido por las mejores fiestas de la isla y siempre se reservaban las mejores mesas, como para unas cuarenta personas. Aquella noche, como de costumbre, me acerqué a la discoteca para hablar con el jefe del privado, mi amigo Armando. Le estaba pidiendo que reservara toda la parte de abajo, muy cerca de donde bailan las gogós y donde ponen los cañones de espuma. Pero ese día era el primero que íbamos a Amnesia, el séquito real acababa de llegar a Ibiza y solo me dejaron reservar la mitad de la zona que queríamos, ya que en la otra mitad

había un cliente austriaco que llevaba dos semanas alquilándola y no se podía hacer nada. Comuniqué el problema y me dijeron que lo consiguiese al precio que fuera.

Durante las negociaciones, se llegaron a ofrecer 25.000 euros, pero el otro cliente los rechazó, por lo tanto, debíamos compartir ese espacio, lo que nos complicaba todo mucho, sobre todo, para el tema de la seguridad, porque no podíamos tener controlada toda la zona. Los clientes austríacos podían invitar a quien ellos quisieran a pasar a su zona. Para el que no conoce el privado de Amnesia, explicaré que está colocado en la parte alta de la discoteca, con vista central a la pista y a la cabina de música elevada. El privado tiende a ir hacia abajo y las mejores mesas, como ya dije antes, están ahí, en la parte menos alta, justo frente a las plataformas donde bailan las gogós.

Llegué un par de horas antes de que apareciera el príncipe, como es mi costumbre, para comprobar que todo estaba bien. Lo que no imaginaba entonces era que iba a conocer a una persona, de forma no muy agradable, para la que luego acabaría trabajando. Y, en efecto, así fue: había alguien, a quien no conocía, andando por la zona. Le había visto llegar con dos escoltas, que se habían quedado esperándole fuera del privado. Él andaba por todos lados sin que nadie le dijese nada y encima le servían bebida gratis. No le di más vueltas al tema, pero empezaron a llegar las amigas del príncipe y él se puso a molestar a una de las chicas que, casualidades de la vida, era la que estaba con su alteza real. Uno de los asistentes italo-albaneses que siempre acompañaban al príncipe me preguntó si le conocía y le dije que no, pero le expliqué lo que había observado: entendía que podía pertenecer a la mesa con la que compartíamos espacio.

Fui a preguntarle qué hacía allí y si estaba entre los invitados de la mesa del austriaco. Intuí que era extranjero, así que me dirigí a él en inglés.

—Español —me dijo al oír mi acento.

—Sí, soy español —le contesté—. Tú también, por lo que veo. ¿Estás con los de esa mesa de allí?

—No, yo ando por donde quiero.

—Mira, esta zona está reservada y si no estás con ellos, vas a tener que salir de aquí.

—No sabes con quién estás hablando.

—No me importa quién seas, pero tienes que marcharte de esta zona —le insistí.

Al final, le tuve que sacar muy amablemente. Pero, al cabo de unos minutos, vino mi amigo Armando, el jefe del privado.

—¿Qué has hecho, José Félix? —me comentó muy alterado—. Has echado a Javier Hidalgo.

—¿Quién es Javier Hidalgo? —pregunté. Yo entonces ya estaba trabajando como instructor para la International Security Academy, en Israel, y solo venía a España para estar en verano con la familia real saudí, de manera que no me encontraba muy al tanto de la actualidad.

—Es el hijo del dueño de Air Europa, de Halcón Viajes y están intentando comprar también Iberia.

—No tengo ni idea, Armando, pero sea quien sea, ya sabes que no puede estar aquí y mucho menos molestando a las amigas del príncipe.

Armando es un profesional y lo entendió, pero regresó a los cinco minutos con Javier para presentármelo. Estuvo muy correcto y hasta

me ofreció trabajo. Me preguntó cuánto ganaba con la familia real saudí. Él estaba dispuesto a pagarme más, pero cuando le di los detalles, con cifras reales y el tiempo que les dedicaba, le pareció demasiado, y es verdad que era mucho dinero. Pero es que estábamos hablando de una de las personas más ricas del mundo y el primogénito del difunto rey Fhad.

Javier Hidalgo me dio su tarjeta y me dijo que le llamara, que tenía un lugar para mí. Se lo agradecí, pero le expliqué que, al terminar con los saudíes, regresaría a Israel y le conté un poco en qué consistía mi trabajo allí. Aunque durante ese curso como instructor en la academia, empecé a plantearme la posibilidad de volver a vivir en España. Siempre había tenido muchos problemas con mis relaciones sentimentales y siempre habían fracasado por estar demasiado tiempo lejos de mi país. Entonces salía con Diana de Lucero, una chica argentina, y la verdad es que estaba muy bien con ella. Pero veía que si seguía en Israel, tarde o temprano volvería a ocurrir lo mismo que con mis anteriores parejas.

En el mes de diciembre, recién llegado a España, llamé a Javier y le pedí que nos reuniéramos para que me explicara su oferta. En esos momentos, él necesitaba a una persona para que le acompañara durante la noche. La oferta era muy buena. Trabajaría una semana sí y una no, de nueve de la noche a nueve de la mañana, con un sueldo de 3.000 euros al mes. Lo hablé con Diana, a ella también le pareció muy bien, así que en enero fui a Madrid y me instalé justo al lado del famoso gimnasio de boxeo Barceló, en la calle Corazón de María, regentado por dos iconos del boxeo español, el gran José Valenciano y

Pablo Navascués, al que ya he contado que conocí en Ibiza y que considero un gran amigo.

Trabajé con Hidalgo unos dieciocho meses y nuestra relación laboral terminó de no muy buenas maneras, pero sí cordialmente. Lo cierto es que no fue un trabajo sencillo. Estaba con uno de los solteros de oro de España, un joven empresario que, además de ser un lince en los negocios, tenía un alma roquera y fiestera. Todo ello me parecía correcto, siempre y cuando a mí no me afectara en mi trabajo diario. Aunque más bien diría en mi trabajo nocturno. Fueron dieciocho meses en lo que también tengo que decir que me arrepentí de haber dejado mi trabajo principal, que consistía en pasar varias temporadas como instructor de zonas de alto riesgo en la International Security Academy, de Israel. Pero en aquel momento, y después de varios fracasos sentimentales, el corazón me hizo replantearme mis prioridades en la vida y la importancia, quizá excesiva, que estaba dando a la faceta profesional.

Aquel trabajo junto a Javier terminó por una falta de respeto que él tuvo conmigo. Era una de esas cosas que no pensaba contar pero lo haré porque me parece importante y porque creo que explica quién soy y cómo entiendo la vida. Ocurrió un viernes en plena operación salida de un puente de octubre, Javier había ido a la Caja Mágica, a ver un partido de tenis del Open de Madrid. En aquella ocasión, jugaba Rafael Nadal. Al ir a hacer el relevo, mi compañero, que estaba esperando en el *parking*, me comentó que Javier le había dejado unas entradas para unos amigos que vendrían a ver el partido. Me dispuse a esperar allí cuando me llamó el amigo de Javier al que tenía que darle las entradas, y me preguntó si podía acercarme a buscarles. Le

contesté que no sin el permiso de Javier. No podía abandonar la espera y marcharme con el coche, pero le pedí que me dejara unos minutos hasta que le localizara a él. Durante algo más de media hora, lo intenté con mensajes de la BlackBerry, que era el teléfono que teníamos entonces y que funcionaba muy bien para ese tipo de cosas. No recibí respuesta ni tampoco contestó a mis llamadas, por lo que decidí devolver la llamada al amigo de Javier y decirle que era imposible que fuera a por ellos. No podía arriesgarme a que él saliera del evento y que yo no estuviera allí sin su conocimiento. Además, y como ya he dicho, era la operación salida y estaban colapsadas las carreteras y la M-30.

Al final, no pudieron llegar a ver el partido, no sé si por no querer cogerse un taxi o no querer venir con su propio vehículo. Claro, entiendo que les resultaba mucho más cómodo que yo fueran a por ellos. Sobre las doce y media de la noche, recibí una llamada de Javier y me preguntó por sus amigos. Yo le dije que mirara su teléfono porque tenía como cinco mensajes míos y varias llamadas, y no había recibido ninguna respuesta por su parte. A él, aquello le molesto y me di cuenta de que aquel trabajo no era para mí.

El sábado, al llegar, recibí una llamada del jefe de seguridad de Globalia y me dijo que, por favor, el lunes a primera hora fuera a las oficinas porque quería hablar conmigo. Le respondí que allí estaría sin ningún problema. Sabía que tras aquel mal entendido no podría continuar; siempre fui muy claro con él, mi trabajo era exclusivamente de seguridad y nada más, y me debía respeto. Lo que pasara lo asumiría con todo el sentido de la responsabilidad del mundo. El servicio del fin de semana fue supertranquilo. Ni siquiera vi a Javier, ni

el sábado ni el domingo. Y el lunes, según salí, me fui a Globalia, donde me estaba esperando el jefe de seguridad.

Empezó a comentarme que estaban reestructurando el servicio y en ese mismo momento le paré: «No estás hablando con un idiota. ¿O acaso quieres llamarme tú también idiota, como hizo tu jefe el viernes? Seamos claros, Javier te ha pedido que me eches por el problema que tuvimos este viernes. Perfecto, porque a mí no me falta al respeto nadie. Si tú, por un suelo, dejas que te falten al respeto, ese es tu problema. Te voy a decir lo que me debe Javier hasta el día de hoy, tú vas, se lo comentas, me decís cuándo me vais a pagar y todos tan amigos».

Pero aquellas palabras parece que se las llevó el viento y pasé más de un mes sin tener noticias de cuándo me iban a pagar. Una tarde estuve entrenando en el Club Deportivo Barceló y después, salí a cenar con mi amigo Pablo Navascués. Al acabar la cena, cada uno se fue a su casa. Cuando ya estaba volviendo, sobre las dos de la madrugada, vi el coche de Javier aparcado en la puerta de Nells, un local de moda en el Madrid de aquellos años. Su escolta, y antiguo compañero mío, estaba también fuera y, al verme, me dijo: «José Félix, no irás a tener un problema con Javier, ¿no?». Le respondí que no se preocupara, que no iba a pasar nada, que solo quería hablar con él, para saber cuándo me iba a pagar el dinero que me debía.

Entré en el local y me lo encontré en la barra del fondo, hablando con un amigo, que no me vio, así que me puse a su lado y enfrente de Javier, mirándole fijamente a los ojos. Tardó por los menos treinta segundos en reaccionar, treinta eternos segundos, y cuando por fin lo hizo, su cara era la misma que si hubiera visto un fantasma. Me tendió

la mano y yo me negué a estrechársela. «No eres nadie para mí y mucho menos para darte la mano. Yo la mano solo se la doy a mis amigos».

La persona que estaba con él era uno de esos amigos con los que salía de fiesta. Le puso la mano izquierda en el hombro a Javier como para girarle y seguir hablando entre ellos, dándome a mí la espalda y haciéndome un menosprecio. Yo me percaté de todo, pero seguí insistiendo: «¿Cuándo piensas pagarme, Javier? Llevo más de un mes esperando». Me contestó que no sabía nada, que creía que ya habían realizado el pago. Pero eso era mentira y así se lo dije. Nadie pagaba nada en la empresa sin su autorización.

El amigo intentó girarlo de nuevo hacia la barra, pero esta vez me puso el codo a la altura de mi boca. Decía que me largara y que les dejara en paz. Aquello no me pareció correcto, se trataba de otra falta de respeto. Muy educadamente se lo pedí: «Por favor, quita el codo de mi cara». Hasta en tres ocasiones se lo repetí sin que Javier reaccionara. No decía nada.

Llegó otro amigo suyo y de forma mucho más considerada me pidió que dejara ya el tema. «Mira, Rafa, eres de las pocas personas que le rodean que me cae bien, pero, por favor, no me vuelvas a tocar porque no eres mi amigo y no quiero que todo esto acabe mal. Solo vengo a reclamar un dinero que se me debe desde hace más de un mes y del que aún no tengo noticias», le expliqué. Mientras, el del codito seguía en sus trece. Resultaba evidente que se estaba equivocando y tuve que corregirle con una palmada en el pecho que le hizo recorrer medio local. Ya en este punto de la historia, Javier me dijo que no me preocupara, que tendría el dinero al día siguiente.

Me marché y al día siguiente me llamó de nuevo el jefe de seguridad, con un tono bastante chulesco. Primero contándome que había tenido un encontronazo muy desafortunado con Javier la noche anterior y que quería cancelar de inmediato lo que me debía. Me emplazó para el lunes, pero yo le expliqué que no, que no iba a esperar más, que tendrían que pagarme ese mismo día. Él afirmaba que era imposible, que los bancos estaban cerrados los sábados. Pero eso no tenía nada que ver para que me pagaran, porque podían hacerlo por medio de un talón nominal. El jefe de seguridad insistía en que no era posible, cuando en realidad lo único que no era posible era hacerle trabajar a él un sábado. De manera que se le advertí: «Sé que hoy se va Javier a Ibiza y si hoy mismo no se me paga, yo me voy también para Ibiza y le persigo por toda la isla diciendo que me debe dinero con un cártel de dos metros por dos, y el lunes regreso y me pongo con el mismo cártel en las puertas de las oficinas de Pozuelo, y así hasta que me paguéis, se acabó el reíros de las personas».

Al cabo de quince minutos, recibí otra llamada de Jesús, el jefe de seguridad, para que fuera a las oficinas a las cinco de la tarde y liquidarme allí la deuda. Yo llegué como siempre muy puntual. Me estaban esperando el jefe de seguridad y el abogado de la empresa para formalizar la cancelación, pero antes de eso, el jefe de seguridad empezó a amenazarme sutilmente, insinuando que no sabía con quién estaba tratando, que podía ordenar que me quitaran la licencia de armas tipo B y que no encontrara trabajo nunca más en España. Yo miraba al abogado, que también miraba atónito al jefe de seguridad por lo que me estaba diciendo. «Mira, llama ahora mismo a Javier y le dices de mi parte que o se va este idiota que tengo a mi lado

amenazádome, o me levanto de esta reunión y termino lo que empecé», exclamé.

———— • ————

La seguridad no proviene de no tener miedo,
sino de enfrentar tus miedos con valentía.

———— • ————

El abogado salió muy rápido de la sala y volvió a los cinco minutos para ordenarle al jefe de seguridad, de parte de Javier, que se fuera de la reunión. Le miré a la cara y no pude contenerme. «Todos los idiotas tienen un camino», le solté, y al final, terminé firmando mi baja y recibiendo el dinero que me correspondía.

Como aún quería seguir intentándolo con mi pareja en España, empecé a trabajar a los pocos días con Pino Sagliocco, uno de los mejores amigos de Javier Hidalgo. Javier, de hecho, es el padrino de Luis, el hijo de Pino. En cuanto este último se enteró de lo que había ocurrido, me ofreció estar con su familia y cuidar de ellos. Al parecer, la competencia le había amenazado y tenía miedo por los suyos. Puede que muchos os preguntaréis quién es Pino Sagliocco y me gustaría presentároslo como lo que es: uno de los mayores promotores musicales de nuestro país, que ha llevado la música a todas partes con su empresa Live Nation. Desde los años ochenta ha traído a España y Portugal a artistas de la talla de Queen, David Bowie, George Michael, Paul McCartney, Rod Stewart, Madonna, Amy Winehouse, Roger Waters, Elton John, The Rolling Stones, Frank Sinatra, Michael Jackson y unió a Freddie Mercury con Monserrat Caballé en un dúo histórico para cantar la canción «Barcelona» en una premiere organizada en la

discoteca KU de Ibiza. Ha recibido el título honorífico de C*avaliere* de la Ordine della Stella d'Italia y en 2022 fue nombrado embajador especial de la Organización Mundial del turismo (OMT), uniéndose así a una lista, cada vez mayor, de figuras ilustres —como Giorgio Armani o Lionel Messi— que gracias a su influencia y prestigio ayudan a promocionar el turismo.

LA SALIDA: LA CRISIS ME MARCA EL CAMINO FUERA DE ESPAÑA

Pino y su familia fueron de las últimas personas a las que protegí en España, pero no las menos importantes. Todo lo contrario, ya que él resultó fundamental para el trabajó que posteriormente realicé en Estados Unidos relacionado con el mundo de la música y con salvaguardar la privacidad e intimidad de algunos de sus artistas más famosos.

Durante ese último año que estuve en España, Pino me comentó si podía ayudar a la mujer de Guy Laliberté, dueño del Circo del Sol. Quería que la acompañara a la apertura de la discoteca Space. Ella iría con unas amigas y yo conocía a toda la seguridad de la isla. Le respondí que no había ningún problema, que estaría encantado y que yo las acompañaba.

Pino luego me llamó para darme las gracias y decirme que Javier Hidalgo quería disculparse conmigo porque se había equivocado, algo que siempre le dijeron los amigos sinceros, y no toda esa camarilla de chupópteros que llevaba detrás, muchos de ellos por interés y para ver qué podían sacarle. Yo, además, no soy una persona que viva con

rencor, pero tampoco olvido quién me ha hecho mal o intento no hacerlo.

Javier, efectivamente, se acercó una noche a pedirme disculpas y por supuesto yo las acepté. Quedamos como amigos, sin ningún tipo de resentimiento, y he de decir que volvería a ser una pieza clave, como explicaré más adelante, durante la etapa que pasé en Centroamérica, el Caribe y México, cuando trabajé durante seis años como director de seguridad para la cadena hotelera Be Live.

Pero no adelantemos acontecimientos. El 28 de junio del 2009 se produjo un golpe de Estado en Honduras. Yo no tenía demasiados conocimientos entonces ni me importaba mucho el tema. Al fin y al cabo, se trata de un país del que casi nunca se escuchaba hablar, excepto por sus conexiones con las famosas maras. Pero me llamó el que había sido mi jefe durante varios años en Israel, el general Mirza David, para decirme que me necesitaba para ir allí junto con otro instructor de la academia en la que había trabajado, el mayor Avi Gazit, un exoficial de las unidades especiales Sayeret Matkal, que hablaba castellano correctamente por haber estado casado con una cubana durante tres años. En aquellos momentos, él se encontraba trabajando en la zona de Ciudad Juárez, en México, pero se vino a Honduras conmigo para entrenar a los escoltas de Porfirio Lobo Sosa, alcalde entonces de Tegucigalpa y candidato a la presidencia del país.

Salí de España el 8 de septiembre de ese mismo año, cuando arreciaba la crisis económica que vivía el país y las circunstancias laborales me llevaron a mirar fuera de mi mundo conocido. Puse rumbo a Honduras para trabajar solo un par de semanas, aunque luego terminó complicándose todo, como suele ocurrir siempre en mi

vida y como ya contaré más adelante. Quedémonos, de momento, con esa fecha como el punto y final de mi bella etapa en España, y con el recuerdo emocionado de todas aquellas personas que cayeron asesinadas a manos de la banda terrorista ETA.

CÓMO DEFENDERSE Y EVITAR UN ROBO

La idea de este libro no es solo contar lo que yo hice o lo que he vivido, sino también dar esos pequeños *tips* —trucos, consejos, ideas… — de seguridad para que el ciudadano normal sepa cómo tiene que reaccionar y, sobre todo, que conozca unas nociones de seguridad claras y fáciles de poner en práctica mediante sencillos trucos y movimientos. Este será el final de la parte del libro dedicada a mi paso por España, aunque me basaré en el conjunto de mi experiencia dentro del campo de la seguridad y en los diferentes lugares en los que he desarrollado mi carrera profesional.

Me centraré para ello en las situaciones más comunes a las que los ciudadanos nos enfrentamos en el día a día y explicaré, por ejemplo, cómo evitar un seguimiento, un robo, una posible agresión, un intento de secuestro rápido, que nos desvalijen la casa o la cuenta corriente, etcétera.

Todos los tipos de robos

Empezaré con la definición que se está usando en los últimos años para explicar este término y hablando sobre las medidas de seguridad y los conocimientos básicos que debéis tener ante una situación potencial de riesgo. La idea es adelantarse al riesgo que podamos sufrir: prevenir.

Desde hace muchos años, cuando doy un curso sobre medidas de autoprotección, suelo explicar que las personas nos movemos siempre en diferentes estados, o tenemos distintas actitudes y conocimientos respecto a nuestra propia seguridad. Para entenderlo mejor, podemos representarlo mediante cuatro colores: amarillo, naranja, rojo y negro.

Lo bueno es que estos colores no son una condena ni algo inalterable. Quiero decir que, en poco tiempo, cualquiera puede pasar de un estado a otro. Por tanto: podemos prepararnos para evitar el peligro o para hacerle frente cuando aparezca.

➤ Amarillo: seguramente sea el estado que representa a la mayor parte de la población que no tiene ninguna relación con la seguridad y

que sale alegremente cada día a la calle. Por lo general, se trata de víctimas propicias para los delincuentes, personas distraídas y que no ponen ningún tipo de medida de protección en su día a día. El 90 por ciento de las incidencias que sufren estas personas podrían haberse evitado aplicando alguno de mis recursos. Hablamos no solo de robos, sino de cualquier situación violenta, lo que para mí significa una situación que sufrimos contra nuestra voluntad. Voy a poner un ejemplo. Una chica camina por una calle, ve a un individuo sentado en un banco que observa a las personas que pasan. Se trata de un varón con un gorro y aspecto dejado. La chica continúa andando y, al llegar al lugar en el que se encuentra esta persona, es asaltada y robada. ¿Qué es lo que ha ocurrido? Ella analizó todo correctamente y se percató de la amenaza potencial, pero ejecutó mal el análisis. Por eso siempre insisto en que, cuando algo te parezca sospechoso, debes detenerte y analizar la situación. En este caso, siempre recomendamos dar la vuelta o cruzar la calle, y seguir observando desde la distancia las maniobras del individuo que nos parece sospechoso.

➤ Naranja: este es el color idóneo o el estado en el cual todos deberíamos permanecer porque nos mantenemos alerta ante lo que ocurre a nuestro alrededor, pero sin caer en la paranoia. Nos permite, además, profundizar mucho más en las situaciones que estamos viviendo en tiempo real. ¿Qué conseguimos estando en un color naranja? Tener más claro lo que debemos hacer y desarrollar un instinto de supervivencia para defendernos de aquello en lo que se han convertido nuestras calles. Al oportunista de lo ajeno nos lo podemos encontrar en cada esquina, así que hay que tener un poco de cuidado y estar atentos a los movimientos que ocurren a nuestro alrededor. Pero debemos recordar que no es posible estar de forma permanente en un color naranja e inevitablemente en ciertos momentos nos relajaremos y cambiaremos a un color amarillo. Interioricemos esa frase que tanto me gusta decir: «Siempre habrá dos ojos que te estén observando aunque tú no veas a nadie», y procuremos conservar este estado, al menos cuando nos encontremos fuera de casa, para tener una vida más tranquila. Con esto no quiero

asustar a nadie, pero es necesario contar lo que ocurre en el día a día de nuestras ciudades y nuestro entorno.

➤ Rojo: con este color ya entramos en un ámbito más profesional. Lo explicaré con algún ejemplo, pero primero quiero destacar que pasar del amarillo al rojo es imposible una vez que ya estamos sufriendo un percance delictivo. Solo podemos pasar del naranja al rojo, porque si te estás moviendo permanentemente en el color amarillo y te quieren robar, lo harán. No te dará tiempo a evitarlo, por ejemplo, cruzándote de calle o refugiándote en un negocio. Lo más probable es que ni se te ocurra o que no te des ni cuenta. Pero si estás en el naranja, reconocerás la situación peligrosa y cambiarás directamente al rojo. Tu cerebro empezará a trabajar y buscará una zona segura para ti. En ese instante, ya estaremos en el color rojo, porque el estado de alerta nos permitirá dar el salto al siguiente estado para intentar resolver el problema. Los tiempos son también importantes. Quiero decir que en el color amarillo podemos permanecer las veinticuatro horas del día, es un estado de tranquilidad permanente. El estado naranja, en cambio, es el adecuado para situaciones en las que puede surgir una amenaza. Durante un desplazamiento, por ejemplo, a pie o en coche; en lugares de ocio y en un sinfín de situaciones en las que estamos expuestos. Pero en cuanto llegamos a nuestra zona de confort, como puede ser nuestra vivienda, esa intensidad baja directamente al color amarillo. Por lo tanto, la permanencia en el color naranja, aunque puede ser larga, es siempre limitada. En el caso del color rojo, hablamos como máximo de diez minutos. No podemos prolongarlo más, así que debemos actuar rápido para resolver el problema detectado, buscar un lugar seguro y llamar a la policía o al personal de seguridad cercano para que nos presten su ayuda.

➤ Negro: este color ya implica una respuesta profesional, lo que no se encuentra al alcance de todo el mundo. Requiere analizar cómo vamos a contrarrestar nosotros mismos el problema que tenemos. Aquí ya no disponemos de la opción de recibir ningún tipo de ayuda externa. Lo quiero explicar con el mismo ejemplo de la persona que detecta que le van a robar y busca una solución rápida, pero no la encuentra, así que tiene que defenderse y luchar. Por eso digo que se trata de un

color para profesionales y el tiempo de permanencia en él es mínimo, por la alta dosis de estrés y por las situaciones de violencia que a menudo implica.

Los ciudadanos nos podemos encontrar en la calle con los robos más comunes. Empezaremos por el robo del dispositivo móvil que muchas veces llevamos en la mano. ¿Cómo podemos evitarlo?

En primer lugar, hay que tener un control del entorno. Sé que no es fácil mientras caminas y estás mensajeando o hablando por teléfono, pero si quieres evitar que alguien agarre el dispositivo y salga corriendo, deberías pararte y proteger el móvil con tu cuerpo de forma disimulada si vas a ponerte a escribir. Párate también si te llaman, o llamas tú, y vas andando, y protege el teléfono y la mano con la que lo sujetas con algún obstáculo, como una pared, una señal, un semáforo, una furgoneta estacionada, un árbol... En caso de ir en el coche, debes tener cuidado y no usar el dispositivo en los semáforos, además de estar prohibido por el código de circulación, pueden robártelo si llevas la ventanilla abierta. Tampoco conviene llevarlo a la vista en el asiento del copiloto. Desde hace unos años, los ladrones pasan en moto y van buscando qué pueden llevarse mientras los vehículos están parados en un atasco o un semáforo.

Está también el robo directo o, lo que es lo mismo, el robo de carteras o cualquier otro objeto tanto en la vía pública como en lugares concurridos: metro, paradas de autobuses, conciertos, discotecas, manifestaciones, concentraciones, etcétera.

En estos casos, cuando vamos andando, debemos estrechar nuestra seguridad y proteger los objetos que llevamos encima, exponiéndolos lo mínimo posible y bloqueando el acceso a ellos. Si llevamos, por ejemplo, mochilas con cremalleras exteriores, estamos ofreciendo a los ladrones una zona de apertura directa para que se los lleven. Mi consejo es transportar la mochila en la mano y si es muy pesada, llevarla en la espalda, pero ocultando lo máximo posible cualquier objeto de valor, como ordenadores, teléfonos, carteras con la documentación y dinero...

La cartera y la documentación siempre es mejor llevarlas en los bolsillos delanteros. Podemos, además, usar los espejos de los

vehículos aparcados, e incluso los cristales de los comercios, como espejos si sentimos que nos están siguiendo.

Otra buena idea para detectar un seguimiento es hacer una parada de improviso, en un negocio, por ejemplo, y ver quién pasa detrás de nosotros. O hacer un giro brusco en mitad de nuestro itinerario para saber si alguien viene detrás.

Las mujeres que llevan bolsos colgados lateralmente deberían llevarlos delante con una de las manos protegiéndolo, y nunca llevar el bolso cruzado, porque en caso de que venga una moto y le dé un tirón, podría arrastrar a la víctima y hacer que sufra heridas graves.

Evitaremos andar cerca de la carretera y en los pasos de cebra, observaremos si hay motocicletas paradas en primera fila con dos personas encima. Este es uno de los puntos preferidos de los delincuentes para seleccionar a sus víctimas, ya que tienen vía libre para la posterior huida.

Siempre digo a la gente que no mire directamente a la cara de alguien que sospecha que puede ser un delincuente. Es mucho mejor mirar al suelo y fijarse en el tipo de calzado que lleva. Durante mis charlas, siempre hago la misma prueba: si hay cuarenta personas como público, no hay ni dos de ellas que lleven el mismo calzado y eso puede servir luego para describirle e identificarle ante las autoridades, de forma mucho más eficaz que fijándose en el rostro.

En caso de estar parados en un lugar con mucha afluencia de personas, los teléfonos y las carteras con documentación debemos llevarlos en los bolsillos delanteros del pantalón, y las mochilas las dejaremos en el suelo entre los dos pies. Los bolsos, en esta situación, sí podemos llevarlos cruzados por delante, con uno de los brazos protegiéndolo y el otro, libre para agarrarnos a algún punto de apoyo si vamos en el transporte público.

El robo de relojes de marca es cada día más frecuente en nuestro país. Se trata de uno de los delitos preferidos por las bandas delincuenciales y cuenta con verdaderos profesionales para determinar si el reloj que han detectado es auténtico o no. Pero estas bandas no van simplemente a por una persona que lleva un Rolex por la calle. Primero, porque no se arriesgan a que el reloj no sea auténtico

y todos sabemos que España está llena de falsificaciones, por eso buscan en las zonas de ocio caras, en los barrios ricos, en los hoteles de lujo o entre quienes conducen los vehículos más exclusivos. Siempre van a jugar sobre seguro. Sus víctimas son turistas que se alojan en hoteles cuya habitación más barata cuesta 1.000 euros, clientes de restaurantes en los que el menú no baja de los 300 euros o personas que salen de una tienda Cartier. Todos estos son datos que las bandas organizadas manejan y, después de hacer un seguimiento, esperan el momento oportuno para cometer el delito.

Por lo general, los vehículos preferidos para cometer estos asaltos son motocicletas de gran cilindrada que permiten una huida rápida y segura. Durante años, estas bandas utilizaron el método del tirón, pero era un sistema muy violento que podía causar lesiones al propietario del reloj, ya que tenían que arrancarlo de la muñeca y no siempre cedían los pasadores, o no siempre los ladrones manejaban la técnica adecuada. Ahora, en cambio, el robo es a punta de pistola o con un arma blanca. El medio de transporte, eso sí, sigue siendo la motocicleta, pero ya no existe el riesgo de causar daños a la víctima ni se producen caídas al suelo por el arrastre.

¿Qué podemos hacer para evitar estos robos? Podemos empezar por remitirnos a los cuatro colores que he explicado antes y situarnos en el naranja. Es decir, estar atentos a nuestro entorno e intentar detectar situaciones o personas sospechosas. Primero hay que conocer las zonas por donde nos vamos a mover y los delitos más comunes en ellas. En la actualidad, gracias a internet, podemos encontrar todo tipo de datos al respecto. Así que no hace falta conocer a fondo un lugar para protegernos, pero sí informarnos sobre él.

Mi consejo es siempre mirar a tu alrededor antes de salir de cualquier sitio y hacer lo mismo, pero esta vez fijándote en lo que dejas atrás, al entrar en cualquier local. Muchas de las ideas que ya hemos dado para proteger bolsos, carteras o el móvil sirven también en el caso de los relojes de lujo.

Hace unos años, me contrató en Ibiza un emir de Qatar porque le habían intentado robar un reloj de oro y diamantes que llevaba. Entonces, los mayores especialistas eran la famosa banda del Rolex,

muchos de ellos tenían origen napolitano y habían montado una especie de monopolio del robo de relojes de lujo en la isla. Al llegar a ver al cliente, le hice varias preguntas y me demostró que todo lo había hecho mal. Lo primero, pasearse por Ibiza con un Ferrari descapotable con los cristales bajados y el brazo apoyado en la ventanilla del vehículo. Ese reloj en concreto estaba valorado en un millón de dólares, un auténtico escándalo de oro y diamantes. Cómo no iba a ser un reclamo para estas bandas organizadas cuyo único trabajo es ir en motocicletas seleccionando posibles víctimas. Y él era una presa perfecta.

El intento de robo se produjo cerca de su vivienda y supo reaccionar como muchos no hacen porque entran en estado de *shock* y se bloquean. Al detectar que una moto frenaba a su lado y que alguien intenta sujetar su brazo, aceleró el coche. Tuvo ese instinto de supervivencia, pero tuvo suerte también porque las condiciones del tráfico le permitieron que el coche saliera a toda velocidad y los ladrones fallaron al elegir el lugar en el que iban a dar semejante golpe, o no tuvieron otra oportunidad porque el cliente estaba ya a pocos metros de su vivienda y quizá eso hizo que los ladrones se precipitaran.

Siempre digo que cuando exhibes relojes de marca, tan caros que pueden costar 30.000, 40.000, 200.000 euros o muchísimo más, debes estrechar las medidas de seguridad a tu alrededor. Eso en el caso de que, en efecto, te interesen esas medidas de protección porque la mayoría de estos robos se producen debido a la desidia de las personas que disfrutan de estos artículos de lujo. Bien sea porque tienen más dinero para reemplazarlos por otros nuevos o porque cuentan con un buen seguro.

¿Cómo podemos evitar los robos más comunes en vehículos de alta gama? Pues suelen producirse en los aparcamientos de las grandes superficies. Los preferidos son los *parkings* subterráneos, ya que la mayoría de ellos no tienen cámaras. Una medida básica de protección, cuando alguien vaya a recoger su vehículo después de realizar una compra, es no abrirlo nunca a una gran distancia, ya que eso supone alertar a los posibles ladrones. Mucho más prudente es dar una vuelta

discreta, mirando si hay gente dentro de los vehículos cercanos, si algún motor está encendido o tienen la ventanilla abierta.

Y, sobre todo, lleva siempre separadas las llaves de casa o del negocio de las llaves del coche. Recuerda también que la forma de robo más habitual en estos casos es seguir por el centro comercial a la víctima y luego bajar detrás de ella al garaje, así que, si sospechas que existe alguna amenaza, solicita ayuda al personal de seguridad. Vale mucho más la pena perder un poco de tiempo y asegurarnos, que enfrentarnos luego a un problema mayor.

Los hoteles pueden ser otro punto conflictivo. Si sospechas que, estando fuera de la habitación, alguien ha tocado tus pertenencias, existe un truco muy sencillo que no falla nunca, y que puedes utilizar también en tu casa si tienes servicio doméstico y no terminas de fiarte de ellos. La clave es fotografiar cómo dejas tus cosas. Así, en caso de que alguien husmee donde no tendría que hacerlo, inmediatamente lo vas a notar porque se producirá algún cambio. En el caso del hotel, tendrás que comunicárselo al gerente o al director, y mostrarle una primera foto de cuando saliste de la habitación y otra de cómo estaba todo cuando volviste para demostrar que alguien estuvo mirando lo que no debía. Acuérdate también de registrar las horas de ambas imágenes, en caso de que no lo haga el móvil con el que seguramente las tomes. Si esta situación tan desagradable se produce en casa, el asunto es más delicado, aunque todos sabemos que el servicio doméstico no tiene por qué abrir cajones de armarios o mesillas, y cuando alguien empieza haciendo eso, no es buena señal y se debería prescindir de esa persona, pues más temprano que tarde dará problemas.

Te daré ahora algunos *tip*s muy sencillos para tener un mayor control de tu entorno y evitar ser atracado o asaltado. Para empezar, al salir de tu casa o de tu portal, mira siempre hacia ambos lados de la calle. Esto te llevara un máximo de tres segundos, los suficientes para saber si hay alguien o algo que no pertenece a tu entorno y, por lo tanto, llama tu atención.

Al caminar por tu barrio o tu zona, usa generosamente todos aquellos elementos que el entorno te ofrece para garantizar tu seguridad, como

los espejos retrovisores de los coches o los escaparates de los comercios. Haz también paradas breves o cambios bruscos de sentido para detectar si eres objeto de algún seguimiento, ya sea para evitar que te roben o para no sufrir algún otro tipo de daño.

Recuerda, además, que durante el día siempre tendremos más posibilidades de ser ayudados, aunque cada vez hay más gente que evita cualquier tipo de problema y, por lo general, no ayuda a los demás. Como mucho, sacan el móvil para grabar o directamente se van.

Si tienes que usar el transporte público, como el metro, el tren o el autobús, intenta permanecer siempre con la espalda pegada a la pared o sentado. Nunca te pongas a esperar cerca de las vías o de la carretera, porque cada día vemos más enajenados mentales que tiran a sus víctimas sin que exista un motivo para ello. Solo buscan hacer daño y causar dolor a personas indefensas que jamás hubieran imaginado que les podía pasar eso.

Por lo general, cuando yo uso el transporte público, me gusta siempre ir en la parte de atrás, y así, de alguna manera, observar a todas las personas que van a compartir ese viaje conmigo. Para mí es fundamental tener siempre controlado mi entorno, mantener muy buenas relaciones con mis vecinos o las personas que regentan negocios en la zona, así como con el cartero. Porque ellos, como ya expliqué al contar mis años en el País Vasco, te pueden ayudar a tener información muy útil y a detectar si, por ejemplo, merodean personas sospechosas. Muchos atentados, de hecho, pudieron evitarse gracias a los datos que se recibían de las personas y trabajadores de los entornos cercanos. Ahora, afortunadamente, ya no estamos hablando de que vayamos a sufrir un atentado, pero sí nos puede valer para ahorrarnos algún que otro disgusto o avisar a la policía ante cualquier elemento extraño.

Uno de los robos más frecuentes en España son los que se producen en domicilios. Seguro que todos conocemos a alguien al que le entraron en su casa e incluso a nosotros mismos nos puede haber pasado. Por eso voy a ofrecer unas pequeñas recomendaciones que nos van a ayudar mucho a la hora de vivir en un hogar más seguro.

Lo principal es la puerta, porque por ahí es por donde entramos todos, tanto nosotros como los posibles ladrones. Aunque también pueden entrar a través de una ventana que dé al exterior o a un patio.

Según un estudio de la Unión de Cerrajeros de Seguridad de España, el 80 por ciento de las cerraduras de nuestro país tienen una antigüedad de veinticinco años y muchas de ellas ofrecen pocas garantías de seguridad. Esta misma fuente asegura que si hubiese un plan Renove de cerraduras en España, los robos en domicilios bajarían un 30 por ciento, mientras que ahora la realidad es la contraria, ya que todos los años suben los robos de pisos en España. Las tres comunidades en las que más subieron entre 2022 y 2023 —en torno a un 15 por ciento— fueron La Rioja, Cataluña y Extremadura. Aunque conviene tener también en cuenta a la comunidad de Madrid, donde cada veintiséis minutos se produce uno de estos robos. Me gustaría, sin embargo, demostrar que con muy poca inversión se puede tener una casa mucho más segura.

Lo primero —no me cansaré de insistir en ello— es tener una cerradura de seguridad potente porque muchas veces instalar una puerta blindada no te vale de nada si luego la cerradura es de mala calidad y esto tiene una explicación muy lógica. Los robos en los edificios deben hacerse en silencio, no tiene ningún sentido entrar a robar a una comunidad llena y montar un escándalo, porque cualquier vecino puede llamar a la policía si escucha ruidos fuertes, como los que se producen al intentar reventar una puerta o al usar una radial. Por lo tanto, los ladrones quieren ser lo más sigilosos posibles, así que con una buena cerradura de seguridad y colocando un escudo en ella, podéis estar seguros de que en vuestra casa no lo intentarán y optarán por cualquier otra vivienda con una cerradura de mala calidad o vieja.

Las cerraduras que yo aconsejo, porque son las que todos los profesionales me recomiendan, son de la marca KESO 8000. Las encuentras desde los 170 hasta los 240 euros y resultan muy fiables. Si encima colocas un escudo marca DISEC blindado magnético con protección de entrada de llave de acero reforzado con tungsteno o wolframio —el metal más duro del mundo—, van a necesitar una radial

muy potente para intentar reventar la cerradura. Vamos, que resultará más fácil tirar la puerta abajo que abrirla.

A continuación, voy a pasar a explicar las diferentes formas de abrir una puerta y las herramientas que utilizan. Conviene tener en cuenta, eso sí, que la mayoría de estos robos no los realizan expertos sino ladrones aficionados que han sido entrenados para abrir los modelos más comunes de cerradura:

➤ *Bumping*: consiste en abrir la cerradura mediante una llave tallada con diferentes agujeros y hacer saltar los pines a la vez para aprovechar el movimiento de la bajada y girar la llave. Esta es la técnica más usada y rápida, y se puede hacer incluso si le hemos dado la vuelta a la llave.

➤ *Impresioning*: se utiliza una llave preparada previamente, en la que se coloca una lámina de aluminio que, al introducir en la cerradura y realizar unos movimientos, se adapta y consigue marcar el código de la cerradura creando un molde casi perfecto. Esta técnica es muy usada por los grupos delincuenciales de Serbia, Georgia y Albania. Algunos de los modelos de cerraduras más populares en España —los cilindros Ezcurra Ds-10 y Ds-15, o los MCM— se pueden abrir en cuestión de un minuto sin hacer ningún ruido.

➤ Hilo: es la técnica más complicada. Consiste en la introducción de un tipo de tejido que rellena los agujeros de la cerradura creando una especie de molde de la llave. Apenas se utiliza en la actualidad por la facilidad de otros sistemas, como el *impresioning* o la llave topolino, que explicaré a continuación.

➤ Llave topolino: esta es la más nueva de las técnicas y una de las más temidas ahora. Emplea una herramienta super rápida, silenciosa y sencilla de usar. Abre en cuestión de segundos, sobre todo, las cerraduras de gama media y baja. El problema que tenemos en España es que no existe una regulación para la venta de esta llave, que la puede adquirir cualquier sin el menor problema en internet.

➤ *Magic Key*: se usa para las cerraduras antiguas, tipo de gorjas o de borjas, y se trata de una herramienta que abre rápidamente y de forma silenciosa las primeras puertas acorazadas que se instalaron en

España. En su momento, fueron las cerraduras más seguras, pero se volvieron totalmente vulnerables con el lanzamiento de la *Magic Key*.

La gran pregunta es: ¿cómo me protejo?

Aunque existen todos estos métodos de apertura y herramientas, hay formas de mantener nuestra vivienda segura y a salvo, aumentando nuestra tranquilidad y seguridad.

Siempre que quieras cambiar una cerradura, tienes que ser aconsejado por un profesional. Si no conoces a nadie de confianza, en todas las asociaciones de cerrajeros —como UCES, ASMACE, APECS, etcétera— puedes encontrar profesionales acreditados que te van a asesorar muy bien.

No hay ofertas ni milagros, cualquier bombín por debajo de los 150 euros es vulnerable o está cerca de serlo, por lo que yo no me la jugaría. La seguridad es una carrera entre ladrones y tecnología, y cuanto más inviertas, menos posibilidades tendrás de perder la partida.

Pero todo eso no valdrá de nada si antes no tenemos cuidado y seguimos unos patrones de conducta como los siguientes:

➤ Si al salir de casa y cerrar la puerta por fuera, la llave no entra o no gira, llama a un profesional y no dejes sola tu vivienda. Un ladrón podría haber preparado tu puerta para acceder en segundos, bloqueando el bombín para que no puedas cerrar con llave. No importa si la puerta tiene otra cerradura, es posible que esa se pueda abrir fácilmente al ser de peor calidad y no la hayan manipulado para que tengas esa falsa sensación de seguridad.

➤ Cierra siempre la puerta con llave al salir de casa, aunque solo te ausentes unos minutos para bajar a comprar el pan o dar una vuelta a la manzana con el perro. Es posible que alguien esté aguardando a tu salida y si no le das la vuelta a la llave, pueden utilizar un método sencillísimo para colarse en tu hogar: el resbalón.

➤ No te confíes por estar dentro de casa y cierra siempre la puerta con llave desde dentro. Los ladrones aprovechan muchas veces para entrar cuando la gente está durmiendo.

➤ Cierra también cuando estés en casa, sí, pero no dejes la llave puesta por dentro. A veces los ladrones usan potentes imanes para poder manipular la llave desde el otro lado, girarla y abrir la puerta.

➤ Mucho cuidado si tienes las llaves a la vista porque pueden fotografiarlas. Parece de película, pero no imaginas lo fácil que es hacer una copia de la llave partiendo de una fotografía. Y, por supuesto, no publiques fotos en las redes sociales donde se puedan ver tus llaves.

SEGUNDA PARTE
ISRAEL, UN FUTURO DIFERENTE

LA DURA REALIDAD QUE TE MARCA LA VIDA

Primero quiero empezar describiendo el Estado de Israel, un país soberano de Asia y la única democracia consolidada de la zona. Ubicado en la región de Oriente Próximo, en la ribera sudoriental del mar Mediterráneo, limita al norte con el Líbano; al noroeste con Siria; al este con Jordania, Cisjordania (Palestina) y el mar Muerto; al oeste con la franja de Gaza (Palestina); al suroeste con la península del Sinaí (Egipto) y al sur con el golfo de Áqaba, en el mar Rojo. Tiene una población de casi diez millones de habitantes, la mayoría de ellos de origen judío, siendo Israel el único Estado judío del mundo, pero donde también viven árabes musulmanes, cristianos, drusos, samaritanos y otros grupos religiosos y étnicos minoritarios.

Durante mis años de escolta en el País Vasco, y posteriormente como jefe de escoltas en Prosetecnisa Guipúzcoa, tenía un pensamiento, yo diría que a diario, y era que el terrorismo de ETA llegaría un día a su fin. ¿Y luego qué ocurriría? Siempre me gustó la protección personal y tenía claro que quería dedicarme a ello, así que realicé todos los cursos que pude, en Inglaterra con la PBA, en Polonia con ESA, en Francia con EBSSA. Pero a mí me interesaba Israel, porque allí había varios lugares donde ir, especialmente me atraía la ISA Israel (International Security Academy), una academia de seguridad de mucho prestigio y con uno de los cursos más exigentes

que se pueden hacer a nivel mundial. El centro estaba dirigido por varios generales, pero la cabeza visible era el general Mirza David, un hombre de gran corpulencia, creado a sí mismo y condecorado varias veces en los diferentes conflictos en los que estuvo contra los árabes.

La academia estaba situada a 14 kilómetros de Tel Aviv-Yafo, en la preciosa ciudad de Herzliya, con una playa inmensa de arena blanca de coral. Solicité en varias ocasiones acceder al curso más completo que tenían, que era el de instructor en zonas de alto riesgo, y a la tercera, fue la vencida. Me respondieron que tenía que enviar una serie de documentos para empezar los trámites y así poder ingresar en Israel. Entre ellos, se incluía una revisión médica completa, con análisis de sangre, antecedentes penales compulsados, carné de conducir internacional y una declaración jurada.

Lo primero que hice fue buscar dinero. Sabía que me la jugaba con aquello. El precio del curso durante cuatro meses, el alojamiento, la comida, los aviones y dejar a mi familia con todo cubierto implicaba pedir un crédito personal de 90.000 euros a la caja de ahorros. Tendría cinco años para devolverlo, a razón de 2.700 euros mensuales. No le faltaban motivos a Nasty, entonces mi mujer, para decir que estaba loco, aunque yo le explicaba que tenía que confiar en mí. Me concedieron el crédito y empecé mi preparación para afrontar esos cuatro meses de máxima dureza. Me había decidido por hacer el curso más largo y el más difícil, ya que hasta aquel momento, de más de 16.000 alumnos solo nueve lo habían superado satisfactoriamente sin ser judíos.

Durante la entrega de mi documentación, me lo explicaron claramente: solo existían dos posibilidades de terminar el curso, con

un certificado que quiere decir que lo hiciste pero no lo pasaste, o con un diploma, que quiere decir que eres diplomado por una de las academias más prestigiosas del mundo.

La primera fase era complicada, era la previa al curso de VIP Básico, y pedían unas puntuaciones en pruebas físicas muy duras, por lo que durante seis meses las estuve preparando antes de embarcarme. Y no solo eso. Tuve que empezar a estudiar inglés a marchas forzadas. Me terminé marchando a Bristol, Inglaterra. Me matriculé un mes en una academia, ocho horas diarias. Sin saber nada del idioma —apenas lo había estudiado veinte días en España—, me planté en casa de mis anfitriones, una familia de australianos, con la que iba a vivir. Con ellos y con mis compañeros de casa: un japonés y una surcoreana. No entendía ni papa y me las tuve que apañar los primeros días como pude.

Recuerdo la primera cena todos juntos, sentado en aquella mesa. Me preguntaron mi nombre y se lo dije, pero nada más. Solo era capaz de asentir con la cabeza y decir «yes». A los tres días, la señora de la casa me preguntó si me encontraba bien y yo le respondí que sí. Ella estaba muy extrañaba porque no había dejado nada de ropa sucia en el cubo de fuera de la habitación para lavarla. Vamos, que no me había enterado de nada y así se lo traté de transmitir como pude. Pero al final, todo aquel esfuerzo valió la pena. Mi paso por Bristol fue increíble y me hizo empezar a tener una buena base de inglés.

El 27 de julio del 2001 cayó en viernes y supuso el inicio de mi etapa en Israel, donde me esperaba un futuro diferente o la ruina más absoluta. Estaba entre nervioso y excitado. Israel era para mí un país muy particular, donde todas las culturas y religiones se mezclaban en

un mismo lugar. Sus problemas, sobre todo entre judíos e islamistas radicales, son de sobra conocidos, aunque tengo que decir que los judíos y los musulmanes siempre fueron primos hermanos. Incluso existen muchos términos y costumbres que ambos comparten en la actualidad. Sabía que iba a ser enriquecedor estar en el centro de la civilización y hacer ese curso tan prestigioso era un sueño para mí.

Salí de Barajas al mediodía y llegué al aeropuerto internacional de Ben-Gurión. Me sorprendió que, nada más bajar, me apartaron un chico y una chica para empezar a preguntarme en inglés. Les dije que me perdonaran pero que mi inglés no era lo suficientemente bueno como para mantener una conversación con ellos. Fue entonces cuando llamaron a una chica que hablaba español y me interrogaron mucho antes de recoger mi maleta. Eran las típicas preguntas para saber qué iba a hacer en Israel, con quién me iba a ver, dónde me iba a quedar, cuánto tiempo iba a estar y un sinfín de detalles personales también: sobre mi trabajo en España, donde vivía, etcétera. Ese primer encuentro con la seguridad del aeropuerto me llamó mucho la atención y después de algo más de treinta minutos llegué al control de pasaportes donde siguió el interrogatorio. Tenía que presentar toda la documentación e incluso la carta de invitación de la academia, que demostraba que era alumno suyo y llegaba para instruirme. Este paso fue un poco más breve, de unos quince minutos aproximadamente, pero no menos intenso.

Fui a por la maleta y nada más recogerla, me volvieron a interrogar y abrieron mi equipaje, donde llevaba parte del material que nos habían dicho que íbamos a necesitar durante el curso. Fue otro interrogatorio parecido al primero. Luego me enteré de que lo hacen para comprobar

que no caes en contradicciones, pero mi relato era congruente y, sobre todo, veraz. Ya fuera del aeropuerto, cogí un taxi para llegar a la dirección indicada que era el National Olimpic Shooting Range, en el número 85 de la calle Jabotinski, en Herzliya.

La academia estaba en el propio recinto de tiro olímpico. Allí tenían habitaciones para tiradores, pero la academia las utilizaba para sus cursos. Eran unos dormitorios hexagonales con cuatro literas dobles. O sea, que dormíamos ocho personas por habitación y teníamos una gran terraza. El viernes fue para pasear y ver el entorno de la academia. La verdad es que estaba muy bien situada, cerca de un centro comercial muy grande, con un complejo deportivo y una bonita piscina. También la playa la teníamos muy cerca, a unos tres kilómetros, y era el lugar perfecto para ir a pasar el tiempo de descanso, el *sabbat*, que los judíos celebran desde la noche del viernes hasta la noche del día siguiente. Ese mismo sábado fui a dar una vuelta junto a varios compañeros. Decidimos comer cerca de la academia y luego descansar. La presentación del curso fue a las seis de la tarde. Si no recuerdo mal, éramos aproximadamente veinticinco alumnos de todas las nacionalidades. Había italianos, franceses, ingleses, alemanes, noruegos, portugueses, búlgaros, rusos, sudafricanos y de Estados Unidos. El único español era yo.

Un poco antes de la presentación, bajamos todos a las salas de reuniones, donde ya nos esperaba el jefe de la academia, el general Mirza David; varios instructores y el jefe de los instructores, el coronel Zafrir Pazir, jefe de escolta de los últimos presidentes del país y en ese momento, jefe de seguridad del parlamento israelí en Jerusalén.

También conocimos al mayor Avi Gazit, de las fuerzas especiales Sayeret Matkal, y responsable de esa espada de Damocles que iba a ser la instrucción física para todos los alumnos, un auténtico reto mental y físico, del que algunos no saldrían indemnes. A lo largo del curso, aparecerían diferentes generales como instructores en distintas áreas. Recuerdo de manera muy especial al coronel Amnon Maor, jefe de instrucción de la policía antiterrorista, los Yaman, y que a nosotros nos enseñaría el famoso Krav Maga, sistema oficial de lucha y defensa personal desarrollado por el Ejército israelí.

Llegó, por fin, el momento, a las 18.00, con puntualidad marcial. Empezamos la reunión y allí solo se escuchaba la voz del general David. Y de vez en cuando también se oían los tiros que provenían de la galería que teníamos al lado y que también tendría un papel destacado en nuestro entrenamiento. El general empezó presentándose, y uno a uno nos fue llamando. Nos pedía que nos identificáramos y contásemos quiénes éramos, de dónde veníamos y qué trabajo hacíamos en nuestros países. Cuando me tocó a mí, me sentí un poco cohibido. Mi inglés, como podréis imaginar, no era lo suficientemente bueno y me costó presentarme, pero tuve la ayuda del mayor Avi Gazit que, como ya he contado, hablaba español. Luego me comentó que había estado casado con una cubana tres años y había aprendido nuestro idioma. Aunque en Israel no resulta demasiado difícil encontrar personas que hablen español. Hay muchísimos, sobre todo, por la llegada al país de judíos provenientes de Argentina y Uruguay.

———— • ————

Aprende a sobrevivir y no solo a defenderte.

Después de todas las presentaciones, nos dieron una pegatina en blanco con un *nickname* —es decir, un apodo—. El mío era «Joselito». Lo primero que me vino a la cabeza fue nuestro Joselito, el niño cantante de la España de los años cincuenta. También conocido como el Pequeño Ruiseñor. Y no iba tan desencaminado porque cuando por fin me decidí a preguntar el motivo de ese nombre, me lo confirmaron: al parecer, Joselito es muy famoso en Israel por sus películas y muy querido. ¿Y el motivo de cambiarnos a todos los nombres? Pues resulta también muy lógico: para los instructores era más fácil recordar esos apodos que nuestros nombres reales, muchos de ellos, además, en idiomas tan diferentes al suyo como el ruso, el noruego o el búlgaro.

Por lo tanto, me quedé ya de por vida con lo de Joselito. Vida, entiéndase como esos cuatro meses de instrucción y en todo lo que tiene que ver con la academia, como muchos de los trabajos que luego he conseguido gracias a ellos. Durante la presentación, sí entendí parte de lo que sería el curso y cómo estaban distribuidos los horarios. Pero ese mismo día había algo aún más importante: debíamos realizar la prueba estrella de la academia, la famosa Halunka, nombre con el que se designa una camilla militar plegable que se utiliza para el transporte de heridos. Así que fuimos a cambiarnos para estar en el patio a las ocho en punto, donde se formarían los distintos equipos que realizarían la prueba, que consistía en correr tres kilómetros dentro de la academia portando a un herido en camilla y un garrafón de 25 litros de agua para ir bebiendo durante la prueba. Pero en la explicación hubo algo que no entendí bien, creí que la distancia que

teníamos que correr era de un kilómetro y medio, y no tres. El tiempo que nos dieron fue de 20 minutos como máximo, y en caso de no conseguirlo, deberíamos repetir la prueba con una hora de descanso y esta vez 30 minutos como tiempo máximo. Y si volvíamos a fallar, aún tendríamos otra oportunidad, tras otra hora de descanso, y esta vez 45 minutos para finalizar la prueba. En caso de no poder terminar tampoco el tercer intento en el tiempo establecido, al día siguiente a primera hora volvía todo a empezar.

Formamos tres equipos de seis personas y uno de siete. Cuatro personas para portar la camilla, uno para hacer de herido (este puesto, por razones obvias, va rotando para que todos descansen y trabajen por igual) y una o dos personas para hacer los relevos. Antes de llegar al curso, yo había entrenado a fondo durante meses porque sabía las exigencias físicas que me iba a encontrar en la academia. Llegaba, por lo tanto, muy en forma, pero con un peso de 98 kilos porque siempre he sido muy grande.

Comenzó la prueba y cada uno iba a su ritmo, según su velocidad y resistencia. Yo, la verdad, iba pletórico. Me quisieron hacer el relevo varias veces y les dije que no, que estaba bien y fuerte. Seguí corriendo. La meta cada vez estaba más cerca, pero ya no me encontraba tan bien. Empezaba a sentirme cada vez más cansado y si no quería dar el relevo, era por una cuestión de orgullo, por empezar con buen pie el curso y por terminar yo solo el recorrido.

Llegué por fin a la meta y me paré. Pero fue entonces cuando oí que me gritaban: «*Go*, *go*, *go*, *one more*». ¿Cómo? ¿Había que dar una vuelta más? No podía ser, estaba reventado y aún tenía que dar otra vuelta. Eran dos vueltas, tres kilómetros en total, y no solo una. En ese

momento, se me vino el mundo encima. Pero seguí, aunque tuve que parar para vomitar, como muchos de mis compañeros. El esfuerzo era brutal y no ayudaba haber comido unas horas antes de esa prueba tan exigente.

Puedo decir que aquel 28 de julio del 2001 lo recordaré el resto de mi vida. Por supuesto, no conseguimos hacer la prueba en 20 minutos y tuvimos que repetirla, aunque después del primer intento, los instructores nos dieron unos consejos que nos servirían para siempre, cómo llevar siempre al herido con la cabeza hacia atrás y que el de la camilla fuese cantando el relevo cada minuto, eso haría que, cada cuatro minutos de esfuerzo, siempre siguiendo la dirección de las agujas del reloj, tuviéramos un minuto de descanso, y cuando digo descanso, no significa tirarse al suelo o sentarse, había que seguir corriendo a paso ligero pero sin peso.

La segunda vez lo conseguimos por los pelos. Estábamos muertos y, sobre todo, con los hombros pelados después de soportar muchas veces la camilla sobre ellos directamente para relajar los brazos. Pero no nos fuimos a la cama. De los cuatro equipos que éramos, uno no consiguió realizarla en el segundo intento. Por lo tanto, aún le quedaba el tercero. Pasó durante el descanso el general Mirza y nos preguntó si pensábamos dejar solos a nuestros compañeros. Eso nos hizo pensar que la respuesta no podía ser «sí», debería de ser «no», y que tendríamos que ayudarles a terminar el ejercicio en el tiempo máximo establecido.

Era muy curioso porque, mientras hacíamos estos ejercicios, me llamaba la atención que nos pitaba y nos saludaba la gente que pasaba andando o en coche, e incluso nos ofrecían agua y comida.

Unos días más tarde, nos explicaron que se trata de un ejercicio muy común allí, y que resulta muy normal ver a los soldados israelíes haciéndolo por las ciudades. Para ellos, esos militares son héroes que están tratando de salvar a un compañero, sin importarles ni la distancia que tengan que recorrer ni el esfuerzo que deban realizar.

Ya eran algo más de las diez y media de la noche, el tiempo se nos echaba encima, y al final terminamos a las doce. En mi caso, me había pegado seis kilómetros corriendo con un tipo encima y otros tres kilómetros corriendo al lado. Recuerdo subir a la habitación y que el mayor Avi Gazit nos dijo que todo el mundo debía estar preparado con ropa de deporte a las seis de la mañana para correr seis kilómetros y así relajar los músculos después del esfuerzo de la Halunka. Yo no me lo podía creer, no podía ni caminar, tenía los tibiales hinchados y con un dolor terrible. En mi vida me había pasado. En mis adentros pensaba: «Cómo voy a correr diez kilómetros mañana en las pruebas diarias de la academia si no puedo ni andar».

Llegamos a la habitación y salí a la terraza para poner la ropa a secar en la barandilla. Me senté, había una repisa bastante ancha, incluso podías tumbarte en ella, y tengo que deciros que amanecí allí mismo. Me quedé dormido a la intemperie y fui incapaz de irme a mi cama. También debo aclarar que allí, en el mes de julio, las temperaturas rondan los 30 grados. El caso es que me desperté cuando el resto de los compañeros hacían ruido para ir al baño y se preparaban para bajar.

A las 5.50, ya estábamos todos esperando para empezar. La puntualidad era algo fundamental, y eso quedó muy claro desde el principio. En caso de no ser puntuales, tendríamos nuestro merecido

castigo, y ese castigo era la Halunka. Los equipos que competirían estaban designados desde el día anterior, el nuestro se llamaba Ladys. Yo seguía con un dolor brutal en los tibiales, pero empezamos a correr. Los primeros diez minutos fueron terribles por ese dolor. Pero, en cuanto los músculos se calentaron, pude hacer los seis kilómetros a un ritmo suave, el recorrido fue hasta la playa, un ida y vuelta. Entendí en ese momento que ese recorrido lo tendríamos que realizar muchos más días. Entonces no nos iban a evaluar, pero, al final de mes y al acabar el curso de VIP Avanzado, sí lo harían y habría puntuaciones. El examen físico tendría varias pruebas:

1. Carrera de 60 metros.
2. Carrera de 10.000 metros.
3. Dominadas.
4. Fondos en paralelas.
5. Abdominales completas.

Con estas pruebas, se puntuaba el 20 por ciento del curso. Si conseguías las máximas exigidas, te daban ese 20 por ciento de la puntuación final. Pero si no las conseguías, te rebajaban ese mismo porcentaje.

El día comenzaba bien, desde luego, y esa iba a ser la tónica durante el mes siguiente en Israel. Después de esa carrera hasta la playa, tuvimos una hora para ducharnos y bajar a desayunar. A las 8.00 debíamos estar en el patio para recibir las camisetas que llevaríamos durante el curso. Luego hubo una reunión de una hora con el general Mirza, en la que nos advirtió de que en los cursos de la Internacional Security Academy no se regalaba nada y que el que no aprobara todas

las secciones y sacara un mínimo de 80 puntos sobre 100, tendría solamente un certificado y no el diploma.

Durante la charla con el general, nos preguntaron si estábamos acostumbrados a manejar armas de fuego. Casi todos teníamos experiencia en ese terreno, pero la forma de usarlas que íbamos a aprender allí era muy diferente de la que habíamos practicado en nuestros países. Es lo que ellos llaman tiro de combate israelí.

Era domingo y tocaba trabajar. Comenzó una parte muy importante de nuestro aprendizaje: el manejo del arma con porte oculto. No tenemos que olvidar que el curso estaba enfocado en la protección de personas. Por lo tanto, dedicamos la mañana al uso y conocimiento de la pistola con la que tendríamos que trabajar durante todo el curso, una Jericho 941 FS 9 mm, un arma pesada, pero muy efectiva, testada durante años por el Ejército y la policía israelí.

El entrenamiento consistía en largas horas de pie, aprendiendo los desplazamientos y sobre todo el desenfunde y enfunde del arma. Estos ejercicios, junto al aprendizaje de los problemas que nos podría dar la pistola —nos explicaron cuáles eran y la forma de resolverlos—, fueron nuestro día a día durante casi dos semanas, en las que repetimos cada movimiento y ejercicio miles de veces. Por las tardes, siempre tocaba endurecimiento, agresividad y Krav Maga. Todo ello aderezado con ejercicios muy físicos y totalmente destructivos. Los practicábamos en una zona de canchas al aire libre, cerca de la academia, y se prolongaban desde las 14.00 hasta las 19.00, cuando ya casi estaba anocheciendo. Y había Halunka casi todos los días como sorpresa de fin de jornada.

Al cuarto día de estar en el curso, en un descanso, se acercó el general Mirza y me preguntó si estaba bien, si me gustaba. Yo le respondí que sí me gustaba, pero tenía uno dolores horribles en los tibiales. No me estaba recuperando, porque no había tiempo para recuperarse. Él, muy serio, me dijo: «Si quieres abandonar, puedes hacerlo». Pero le contesté que esa era una palabra que no existía en mi diccionario, me quedaría allí hasta que me tuvieran que levantar del suelo. Y así fue. Me recomendó que fuera a la farmacia y me diera una crema llamada Bengue rojo, un calentador muscular muy potente, y que bebiera un mínimo de cinco litros de agua al día, solo agua, ningún líquido más. Por supuesto, el primer *sabbat*, me quedé en el cuartel, tirado todo el día en la cama, con la esperanza de recuperarme de los dolores que acumulaba para así comenzar una nueva semana con la mejor condición posible.

En esa primera semana, perdí unos seis kilos; y la siguiente, cinco. Terminé el mes con 15 kilos menos. Había pasado la parte más dura del entrenamiento y cada dos semanas bajaba el número de alumnos, porque no todos realizaban el curso completo, que era el de instructor en zonas de alto riesgo. Durante ese primer mes, hicimos pruebas que te ponían al límite, como por ejemplo la de localización y llegada a un punto por medio de brújula y coordenadas. Teníamos prohibido pasar por ninguna población, además de que era peligroso, porque allí todo el mundo va armado y si se encontraban por la noche a un grupo de más de cinco personas, no íbamos a ser bien vistos. A todo esto, el recorrido era de 30 kilómetros. Se empezaba a las 18.00 y se terminaba con todo el mundo en el campamento final, al que debías llegar con los testigos que teníamos que buscar y localizar antes de las 6.00 de la

mañana. Pero todo esto no terminaba aquí, en caso de ser detenido por la policía, había que dar el teléfono del general Mirza para que hablasen con él y que se continuara con el ejercicio. El único problema era que eso traería el castigo de una Halunka. Puedo asegurar que aquella fue una de las noches más duras y calurosas de toda mi vida. Anduvimos por sembrados fuera de las carreteras, escondiéndonos de todo el mundo, una verdadera odisea.

Otra de las pruebas más complicadas consistió en que nos asignaban a un VIP a cada pareja para que le protegiéramos. Debíamos andar por la calle con él, entrar en los centros comerciales realizando nuestro trabajo y evitar que nadie le tocara. El general Mirza ponía a gente a seguirnos y sus órdenes eran la de tocar a nuestro VIP. Creedme que es muy difícil tener el control de una persona durante doce horas, y cada vez que tocaban a nuestro VIP, le debíamos al general una Halunka. El estrés que empezamos a sentir era una locura, en ese momento te dabas cuenta de lo complicado que es proteger a una persona.

En las dos últimas semanas del curso, solo quedábamos cuatro alumnos: un policía noruego, un *ranger* de Texas, un policía sudafricano y yo. La parte más dura fue el primer mes, porque todo era físico, hicieras lo que hicieras era físico. Al final, ya sabíamos las puntuaciones que teníamos en tiro, en la parte física y la teórica, pero nos faltaba algo que no sabíamos: la puntuación de nuestros compañeros. Debíamos votar en secreto a cuál de los compañeros nos llevaríamos a una misión y a cuál no. Esto era tan importante que el que resultaba rechazado no pasaba el curso. Desde el primer instante quedó claro, y así nos lo explicaron, lo importante que era el trabajo

en equipo. A los instructores no les importaban tanto las marcas, porque si tú hacías una buena marca pero veías que tu compañero no llegaba, debías pensar también en el otro. De manera que algunos no entendieron el propósito del curso y, a pesar de ser grandes profesionales, no lo pasaron. Parte de la puntuación, un 20 por ciento, la concedían los profesores, por lo que si ellos no te daban su aprobación, estabas suspendido.

Pero al margen de eso, al margen del curso y de los compañeros, Israel fue un país que me dejó marcado. Cada fin de semana aprovechaba para conocerlo. Mi principal destino fue Jerusalén, a escasos 55 kilómetros de Herzliya. Era el lugar al que me escapaba siempre que podía, alquilaba un coche y dormía allí, donde pasaba el resto del tiempo hasta que tuviera que regresar a la academia. Recorría sus calles estrechas cerca del Muro de las Lamentaciones, contemplaba cómo se mezclaban todas las religiones por pasadizos angostos y muchas veces oscuros. Recuerdo de forma especial todos los colores de las tiendas, eran increíblemente hermosas. Te situaban en otra época de la historia al visitar lugares como la Explanada de las Mezquitas, el Santo Sepulcro, el Monte de los Olivos, la Vía Dolorosa, el barrio musulmán, las puertas y murallas de la ciudad vieja, el Cenáculo y la Tumba de David, el barrio judío y la Tumba del Jardín… Cada paseo hasta cualquiera de estos puntos resultaba un momento indescriptible, parece mentira que un lugar con tantas tensiones produzca esa paz que no se tiene en otros sitios. Estoy seguro de que Jerusalén es una ciudad mágica.

Después de terminar el primer mes, cuando se marcharon bastantes compañeros y llegaron otros nuevos, decidí conocer Israel. Siempre me gustó viajar solo y mi escapada fue para visitar Belén, el río Jordán, Al-Maghtas, el mar Muerto, Haifa y Eilat, una zona turística en la frontera con Egipto y Jordania. El viaje transcurrió perfecto, como siempre, parando cada poco tiempo en los puntos de control del Ejército y, a medida que me acercaba a Belén, la seguridad aumentaba, ya que es una ciudad controlada por la Autoridad Palestina al estar en el centro de Cisjordania. Existen unas fronteras vigiladas por el Ejército de Israel, pero no me ponían muchas pegas al ser español y tener una carta de la academia de seguridad que explicaba lo que estaba haciendo en Israel.

Quería ver dónde, supuestamente, nació Jesús, así que entré en Belén. Me avisaron de que casi el 90 por ciento de la población era musulmana, pero vivían del turismo. Entré en la ciudad y pude comprobar que se movía efectivamente por el turismo religioso, sobre todo el cristiano, y todo el mundo hacía su negocio en un lugar donde conseguir dinero resultaba muy difícil. Visité el enclave exacto donde dicen que nació Jesús y también la Basílica de la Natividad. Al medio día estaba de regreso y, como entré con un coche de alquiler, lo tuve que dejar unas tres horas para su revisión, ya que el Ejército es muy estricto a la hora de controlar minuciosamente todo lo que sale de Cisjordania.

De allí, fui directo hacia el río Jordán. Se me hizo tarde y decidí dormir cerca de Yardenit, uno de los sitios donde Jesús pudo haber sido bautizado y donde el mar de Galilea fluye hacia el sur del río Jordán. En este lugar hay una gran tienda de *souvenirs* y se han instalado

unos escalones y pasamanos para que los peregrinos cristianos puedan ser bautizados de forma segura en el río Jordán. Al día siguiente madrugué y fui a ver esa zona, me llevé unos rosarios y compré botes vacíos para poder meter agua bendita y llevarla a España. Es un sitio muy bello y cuando hundes tus pies en sus aguas, sientes algo extraño. Cuando yo llegué, había un montón de coreanos bautizándose en el río y, por lo que me dijeron, era algo bastante habitual. También aproveché para conocer el mar de Galilea o lago Tiberiádes. En esta zona, te encuentras con el lugar donde Jesús, según los Evangelios, anduvo por encima del agua y con una pequeña iglesia que ha sido visitada por varios papas. En el suelo, y protegida por una urna, está la piedra donde Jesús multiplicó los panes y los peces.

Desde allí, continué hacia Jerusalén para comer y dirigirme luego al mar Muerto. Volví a pasear por las estrechas callejuelas llenas de tiendas para turistas y de restaurantes. Tomar allí un café o un té con unos postres deliciosos es un verdadero placer. A mí personalmente me gusta una cafetería que hay nada más acceder a la Ciudad Vieja por la puerta de Jaffa. Paré a almorzar en un italiano cerca del Muro de las Lamentaciones y, cuando más tranquilo estaba, se escucharon disparos. En ese momento, todo se volvió un caos. El restaurante cerró por completo con unas persianas metálicas y la gente se sentó en el suelo por orden de los camareros. Todo parecía perfectamente sincronizado. La misma persona que atendía a los clientes en la entrada, apareció con un chaleco antibalas y un fusil AR15 en las manos. Se acercaron los camareros y, en un perfecto inglés, nos dijeron que se había producido un atentado con cuchillo contra un

policía a escasos veinte metros y que mantuviéramos la calma, que pronto se resolvería todo.

Pasados unos veinte minutos, las persianas metálicas se abrieron y todo volvió a la normalidad. Un terrorista había sido abatido a escasos metros de donde yo estaba almorzando, y nos propusieron seguir la comida y ser invitados, o salir. Yo decidí quedarme y terminar el almuerzo. Lo que quiero explicar con esta pequeña historia es que, cuando viajas a lugares de este tipo, con una presión delincuencial o terrorista muy fuerte, debes extremar las precauciones, y por eso al final de este capítulo daré unos consejos muy útiles para viajar por zonas complicadas y no tan complicadas. La seguridad personal nunca debemos dejarla en casa, debe acompañarnos siempre. Terminé de almorzar y, al no poder entrar en la zona del Muro de las Lamentaciones porque la policía la había bloqueado tras el atentado, decidí salir de Jerusalén destino al mar Muerto.

Iba a Ein Bokek, un complejo turístico que me habían recomendado en la academia, con medidas de seguridad muy estrictas. Me alojé en un hotel muy particular, el Leonardo Inn Hotel Dead Sea. Le viene el nombre por el célebre pintor Leonardo da Vinci, cuyas pinturas decoran casi todo el establecimiento.

El mar Muerto limita con Israel, Cisjordania y Jordania, y es un lago salado que se encuentra a más de 400 metros por debajo del nivel del mar, se trata del punto más bajo en tierra firme. Sus aguas son famosas por su hipersalinidad y te permiten flotar fácilmente. Su barro negro es muy rico en minerales y se usa para tratamientos terapéuticos y cosméticos en los centros turísticos del área donde se encuentra el hotel. Si tenéis alguna herida grande abierta, ni se os ocurra meteros,

porque vais a alucinar lo que os va a picar; pero si tenéis heridas pequeñas, os las curará.

El proceso es el siguiente: primero te das una ducha y luego te introduces en el agua despacio, teniendo muy en cuenta que no puedes sumergir la cabeza en ella. Permaneces unos minutos dentro y, como podréis intuir, el agua está caliente. Al salir, ves cómo tu piel está envuelta por una película de aceite muy suave. Yo compré el barro en una tienda donde lo venden en bolsas. Se puede encontrar en la zona y cogerlo directamente, pero es un lío y no vale la pena. Es mejor gastarse unos shekels y evitarse engorros. Al salir del agua, te tienes que poner el barro, o que te lo pongan, y esperar a que se seque, lo que tarda unos quince o veinte minutos. Luego, te lo tienes que quitar en la ducha de nuevo, porque si te metes con el barro en el mar, los oriundos de la zona no te miran muy bien. Por lo tanto, es mejor una ducha y volver al agua de nuevo otros diez minutos. Y os voy a confesar una cosa: jamás dormí más relajado y feliz en mi vida que después de esa experiencia en el mar Muerto. Es algo increíble o, más bien, diría que mágico.

Cené algo ligero después en la habitación para madrugar a la mañana siguiente, bajar temprano a desayunar y encaminarme hacia Masada. ¿Qué es Masada? Lo explicaré resumidamente, es una elevación rocosa en el mar Muerto, donde existe una fortificación desde el año 40 a. C. El rey Herodes el Grande decidió construir una gran fortaleza en el desierto de Judea para que, en caso de ser atacado por sus enemigos, él pudiera escapar. Pero lo curioso es que levantó una fortaleza a 450 metros sobre el nivel del mar, todo un desafío para los ingenieros de la época, que tuvieron que crear grandes almacenes

para guardar la comida y que allí se conservara durante años, y diseñar un sistema de canalizaciones para retener el agua de las escasas lluvias que caen en el desierto. Aunque este palacio y fortaleza se hizo famoso en el año 70 d. C., cuando el Imperio romano conquistó Jerusalén y unos mil judíos lograron huir y refugiarse allí. Los romanos tardaron tres años en encontrarles y se prepararon para conquistar la fortaleza. Sitiaron el lugar como hacían siempre, colocando a sus legiones alrededor de la fortaleza. En total, fueron ocho campamentos y, a día de hoy, aún se pueden ver los asentamientos al pie de la montaña. Tras varios meses de asedio, en los que no ocurrió nada porque los judíos no se rendían ni los romanos se decidían a atacar, construyeron una gran rampa con piedras y tierra en un lateral de la fortaleza. Los judíos se habían propuesto que no cederían y mucho menos serían esclavos de los romanos, el suicidio era el peor de los pecados para ellos, así que decidieron que cada líder matara a su propia familia y echaron a suertes quién sería el último en morir y el encargado de matar a los demás.

Cuando los romanos alcanzaron la cima de Masada, encontraron 960 cadáveres e infinidad de comida, lo que demostraba que los judíos habían preferido morir a entregarse. A la fortaleza, para su visita, se puede subir en teleférico o por las escaleras de la serpiente, con una subida aproximada de una hora. Yo, dependiendo de la hora del día, desaconsejo esta última opción por el tremendo calor que hace en la zona. Pero es, desde luego, una visita obligada, y luego, al pie de la fortaleza, es una maravilla sentarse a tomar un café, con un zumo de frutas naturales, mientras observas las enormes montañas de Jordania enfrente de ti.

Al día siguiente, me dirigí a la ciudad portuaria más importante de Israel, Haifa, que a la postre sería uno de mis centros de entrenamiento para la capacitación de agentes de seguridad destinados a dar protección a los buques que estaban siendo asaltados por piratas somalíes en el cuerno de África o el golfo de Adén, frente a la península arábiga. Pero eso ocurrió después. De momento, diré que Haifa es conocida por tener uno de los jardines más bellos del mundo, que pertenece a la congregación religiosa de los Bahá'í, y el monte Carmelo, en el parque nacional. Esa noche la pasé recorriendo la ciudad vieja y cenando un rico pescado en el puerto. Me acosté temprano porque debía madrugar, quería llegar a mi último destino antes de regresar a la academia: Eilat, la zona más turística de Israel, en la frontera con Egipto y Jordania. Para ello, debía cruzar el país entero, de punta a punta, una tirada de 400 kilómetros.

En Eilat, tenía pensado estar un par de días y regresar luego a Herzliya. Esas dos noches me quedé en el Hotel Orchid Eilat. Llegué a la hora de comer, después de pasar por el desierto del Néguev, donde vi varias baterías de misiles Patriot desplegados y bastante control militar, por su cercanía con Egipto y Jordania.

Al día siguiente, me dijeron que, al ser turista, podía pasar a Egipto. Justo en la frontera había un hotel Marriot con casino. Ese día decidí pasar a ver la zona, pero en el *checkpoint* me dijeron que si entraba con el coche, a mi regreso debería quedarse 24 horas para su revisión, por lo que decidí dejarlo aparcado y pasar andando. Fue relativamente fácil y, al otro lado, cogí un taxi que me llevó en escasos cinco minutos hasta el hotel, donde compré un pase de día con almuerzo incluido. A

media tarde, regresé a Eilat, para descansar y volver a la academia. Iba a empezar la parte más teórica, el curso de especialista en protección.

Este curso, en buena medida, consistía en adquirir conocimientos de zonas sensibles y, sobre todo, en localizar zonas susceptibles de sabotaje. Recuerdo que nos marcaron muchos puntos a tener en cuenta al hacer un plan o un estudio de seguridad. Más tarde, todo lo aprendido debíamos ponerlo en práctica en lugares reales y plantear posibles debilidades y vulnerabilidades de un sitio concreto.

Durante esta parte del curso, el general Mirza quiso enseñarnos la frontera con el Líbano. Lo más curioso era comprobar que la frontera tenía unas estructuras de piedra muy altas y estrechas. Esos eran los puntos de control de Hezbolá, porque la frontera del Líbano no la controla el Ejército libanés ni la policía, son los terroristas de Hezbolá los encargados. El general nos dijo que esperásemos para ver cómo salían los terroristas de debajo de la tierra. Estábamos a escasos doscientos metros de una de estas torres y, tal y como dijo el general, inmediatamente salieron tres tipos a la superficie, dos de ellos llevaban un AK47 y el otro, un RPG al hombro. Nos observamos mutuamente durante varios minutos mientras nos preguntábamos cómo podía ser que tuvieran ellos el control, pero en ese momento apareció un Black Hawk, un helicóptero del combate artillado, e inmediatamente se volvieron a meter bajo tierra.

Era la primera vez que estaba observando, y en primera línea, cómo terroristas de Hezbolá tenían controlada la frontera del Líbano. Toda esta zona está llena de poblados y ciudades drusas. Los drusos son musulmanes que viven dentro de Israel, que son fieles a este país y que lo demostraron durante la famosa operación Inundación de Al-

Aqsa, en la que apoyaron abiertamente al Ejército israelí y confirmaron su lealtad. Hoy en día siguen estando mal vistos por los árabes. Se cree que en Israel viven alrededor de 120.000 drusos. En su momento, se aliaron con el sionismo y lucharon a su lado en 1948, cuando se fundó el Estado de Israel. Desde entonces, se consagró un pacto de sangre entre judíos y drusos, por el cual, los drusos tienen la obligación de servir en el Ejercito judío y, en muchos casos, los ponen en los puestos más peligrosos, ya que su lengua materna es el árabe, y eso hace que a menudo los manden a los territorios ocupados.

Durante tres meses más, me estuve formando en diferentes capacitaciones: inteligencia, espionaje y contraespionaje, lenguaje verbal y corporal, toma de decisiones, Krav Maga y uno de los puntos más importantes, tener control sobre todas tus respuestas y actuaciones aun en las situaciones más complicadas.

El curso se estaba acabando, llegaba la última semana y era fundamental saber si obtendríamos el tan preciado diploma o el certificado. El viernes por la mañana, el general nos dijo a los cuatro que habíamos realizado el curso entero que iríamos a cenar a Yafo, la parte antigua de Tel Aviv. Dejamos el coche en la parte vieja y nos pusimos a caminar por callejones serpenteantes, llenos de tiendas de artesanías y galerías. Antes de llegar al restaurante, visitamos la Torre del Reloj, la catedral de San Pedro y todas las construcciones de la época otomana. El general había escogido un bello restaurante, The Old Man and The Sea. Estuvimos hablando sobre el curso y nuestras experiencias. Yo solo tenía palabras de agradecimiento, pero lo que más deseaba era tener en mis manos el ansiado diploma, y así ocurrió.

Fui el único que lo recibió, los otros tres compañeros tendrían que repetir el curso para intentar sacar la puntuación necesaria si querían lograrlo.

Llegaba la hora de regresar a casa, pero yo decidí quedarme unos días más para terminar de ver el país, y seguir hablando con el general Mirza. Un día antes de salir de Israel, él me propuso unirme a los instructores de la academia. Le parecía interesante que yo pudiese entrar a formar parte del equipo, sobre todo por los españoles que llegaban cada curso, así como por los alumnos de Hispanoamérica. Desde luego, le dije que sí. Era un gran comienzo, me uniría a su personal y me integraría en su cultura. Había podido terminar con matrícula de honor y había obtenido el diploma de una de las academias de seguridad más importantes del mundo. Aquel reconocimiento tenía validez mundial. Todo el esfuerzo había valido la pena, fueron muchos meses lejos de casa, sin ver a mi hijo ni a mi familia, pero el aprendizaje había sido la mayor recompensa y ahora mi vida iba a empezar a cambiar.

Estuve varios años yendo a Israel como instructor y formando a alumnos de todo el mundo. Cada seis meses, impartía tres de clase, y mientras no estaba en Israel, siempre salían trabajos por mi relación con la academia. Pero el incremento de alumnos se había desbordado. Estaba empezando la guerra en Irak, e Israel se convirtió en un gran campo de entrenamiento para multitud de contratistas. Es más, voy a decir que varias compañías inglesas mandaban a sus empleados un mes a Israel para entrenar con nosotros antes de ir a la zona de conflicto. ¿Cuál era el objetivo? Que todos los integrantes de la compañía operasen de la misma manera y no hubiese ningún tipo de

conflicto en caso de sufrir algún atentado. Durante meses, se vieron multitud de vídeos de cómo la insurgencia o los terroristas atacaban y mataban a todos los integrantes de alguna escolta y eso era, sobre todo, porque no habían tenido un entrenamiento conjunto para saber cómo reaccionar ante las diferentes clases de amenazas. Irak se había convertido en un laboratorio de las nuevas empresas de seguridad internacionales. Se podía ganar mucho dinero, pero también podías perder la vida rápidamente.

Solo voy a recordar un par de sucesos que dieron la vuelta al mundo. Primero, contaré lo que le ocurrió a un convoy que transportaba a agentes del CNI en noviembre del 2003. Ellos sufrieron una emboscada en Latifiya, cerca de Bagdad. Siete agentes españoles de inteligencia resultaron muertos y uno quedó gravemente herido. Este sería el atentado más mortífero contra la presencia española en Irak. Otro ocurrió en 2004, cuando fueron asesinados cuatro civiles o contratistas de la empresa de seguridad Blackwater en Faluya. Después, los colgaron y los quemaron, uno de ellos estaba sin cabeza.

En varios meses, entrenamos a un ritmo endiablado a cientos de contratistas que irían a desarrollar labores de protección en Irak. Para mí fue una de las experiencias más importantes y satisfactorias que hasta ese momento había vivido.

Durante los años que he estado en Israel, he cambiado totalmente el concepto que tenía sobre la situación y la realidad del pueblo judío. Ahora admiro, más incluso que antes, la determinación con la que han construido un país en el desierto y han logrado la prosperidad de su pueblo. Es algo envidiable. Como lo es la cultura de la seguridad con la que cuentan, y no podría ser de otra manera, porque sin su fuerza y

sin los avanzados sistemas electrónicos que se derivan de ella, hace ya décadas que el pueblo judío habría sido exterminado. Aunque Hitler y el nazismo lo intentaron y no pudieron ni siquiera asesinando a seis millones de personas. Eso solo sirvió para hacerlos más fuertes, más duros y más sabios.

Al principio, tenía tantas preguntas que hacer allí... Y todo me llamaba la atención, empezando por el hecho de ver a personas vestidas de civil portando sus fusiles o armas cortas a la vista de todo el mundo. Pero es que el acoso y los atentados de los terroristas dentro de Israel era brutal a finales del siglo XX.

Cuando alguien llega allí, procedente de un país como España, la dura realidad que vive el pueblo judío supone un golpe brutal. Solo el contacto de años con muchos judíos me ha hecho entender su forma de vida y la determinación de cada uno de ellos para no volver a ser sometidos. Luego he continuado yendo al país para seguir perfeccionando todo lo aprendido y, sobre todo, cualquier técnica o conocimiento nuevo que va saliendo de año en año relacionado con la protección de personas.

Esta es una profesión de máximo riesgo si la persona que requiere tus servicios los necesita de verdad, porque muchas veces lo que quiere el VIP es solo aparentar, que los lleves en coche o que seas su ayudante. Ayudante de ellos y de sus familias. Pero cuando hablamos de servicios de protección puros y duros, hablamos de otro perfil de profesionales, más serios y curtidos en mil batallas. Si crees que realizando un curso de un mes te encuentras capacitado para proteger a una persona o a una familia, estás muy equivocado. Se necesita muchísimo tiempo y dedicación para desarrollar una auténtica labor

profesional de este tipo. Aquí es donde muchos trabajadores del sector de la protección se encuentran con la triste y dura realidad de una profesión imprevisible.

Seguramente, y dependiendo de dónde prestes tus servicios, puedes terminar tu vida laboral sin un solo problema. Pero si, como ha sido mi caso, trabajas en algunas de las peores zonas del mundo, te darás cuenta de que los problemas llegan nada más poner un pie en la calle y para eso debes estar preparado. Para mí fue mucho más duro porque mi carrera profesional la realicé solo, sin más ayuda que mis conocimientos. Sí, es verdad que Israel me los dio todos o casi todos, y como bien decía siempre el general Mirza David, tras pasar por la academia vamos a cualquier parte del mundo con el 75 por ciento del trabajo hecho, pero ese otro 25 por ciento depende del lugar al que nos desplacemos y de las cosas nuevas que intentemos aprender y que nos pueden ayudar, según el tipo de delincuencia que nos encontremos en el país al que lleguemos. Para mí, siempre serán esas palabras sabias y mi experiencia en Israel las que marquen mi destino y, sobre todo, una forma de actuar y de trabajar.

———— • ————

Cuando un lobo sacia su hambre, su impulso es seguir matando, incluso sin necesidad ya de comerse a su presa.

———— • ————

Aquel país me lo dio todo y supuso para mí un crecimiento personal y laboral inmenso. Y eso debido a la dura realidad en la que ese pueblo vive a diario, rodeado de lobos queriendo comerse al rebaño cada día, aunque lo de comer es relativo. Más bien diría que quieren asesinar,

porque cuando un lobo sacia su hambre, su impulso es seguir matando, incluso sin necesidad ya de comerse a su presa. Y esta es la situación que sufre el pueblo de Israel.

Cuando empecé a pensar de qué manera y, a partir de qué capítulos contaría mi paso por los diferentes países, este en concreto, el de la dura realidad, fue el primero que tuve claro. Creo que es fundamental para todos nosotros que un día nos encontremos con nuestra dura realidad y gracias a eso sepamos de qué manera tendremos que afrontar nuestra vida diaria. El tiempo pasa y las agujas del reloj no paran nunca para avisarte de que debes llevar tu vida por el buen camino. El reloj continúa quitándonos tiempo sin descanso ni tregua. Y, en parte, me he decidido a escribir este libro y a contar mis vivencias en diferentes partes del mundo para intentar que el lector, al leerlo, vea que todo puede cambiar en minutos, y siempre debería ser para mejor, para encontrar a alguien que te influya y te ayude a ser una persona honrada, leal y fiel a tus ideas, alguien que se supera, que no se conforma ni se resigna, y que destaca entre quienes le rodean.

MISIÓN EN BOTSUANA

Durante mi estancia en Israel como instructor para la academia, salieron diferentes trabajos que podía compaginar con dicha labor que desarrollaba solo seis meses al año. Uno de los que más me gustó fue encargarme de la seguridad y protección de un judío americano de Nueva York. Es de sobre conocido que los judíos tienen el monopolio de la compra y venta de diamantes en el mundo, y ese era justo su

negocio: las piedras preciosas. El trabajo era complejo, pero también muy interesante.

Durante varios meses, antes de empezar, tuve varias citas con esta persona, que se llamaba Tyle, para ver sus necesidades y movimientos, porque quería que le acompañara en un viaje muy especial. Tendríamos que ir juntos a comprar diamantes a Botsuana, en el continente africano. Las reuniones eran para establecer una línea de trabajo desde su llegada al país y durante todo el tiempo que estuviéramos allí. Antes, eso sí, tuve que pasar la prueba del polígrafo para conseguir el trabajo, exactamente igual que los cinco compañeros graduados de la academia que me acompañaron a realizar esta misión. El plan ya estaba chequeado y con el visto bueno de Kyle. Nos apoyaríamos en una empresa de seguridad de Botsuana para la adquisición de armas y vehículos blindados, también necesitaríamos con toda seguridad un helicóptero para recorrer las grandes distancias que había entre las diferentes minas que visitaríamos para adquirir las mejores piezas. El riesgo, como en la mayoría de los países africanos, eran las bandas organizadas que están fuertemente armadas.

El equipo llegaría dos días antes a Gaborone, la capital. Nos alojaríamos en el Hilton Garden inn Gaborone. Mi responsabilidad era solicitar las armas, los vehículos para el trabajo y, sobre todo, los permisos de las autoridades para poder portarlas durante nuestra estancia en el país. Lo cierto es que no fue difícil conseguir los permisos a través de una empresa de seguridad que prácticamente era del gobierno. Nos costó 250 dólares cada una de las armas y las revisamos a fondo. Eran los típicos AK47 de la zona, lo más fácil de encontrar allí. Fuimos a probarlos para que todo estuviera en

condiciones. Los coches eran dos Ford Excursion blindados. Seleccionamos también a cuatro escoltas africanos, dos conductores y un coche de avanzada con dos agentes, este era un Toyota Urban Cruiser, con unos años ya de antigüedad para no dar el cante. Nuestra idea era lanzarlo de avanzada siempre.

Después de esos dos días comprobando todo el material y cerrando los contratos, esperamos la llegada de nuestro cliente. La recogida la hicimos en los vehículos alquilados y al día siguiente tuvimos que ir a visitar la empresa Debswana, que son los responsables de negociar los diamantes con el Estado de Botsuana. La jornada siguiente la dedicaríamos a ir a la mina de diamantes más rica del mundo, una mina a cielo abierto situada en el centro del país, a unos 160 kilómetros de la capital. Aunque esa distancia por carretera en un país africano puede suponer unas seis horas de viaje por caminos intransitables.

Decidí que este primer trayecto lo realizara Tyle en helicóptero junto a su secretario. Yo también iría con ellos. La reunión sería a media tarde para dar tiempo a los equipos de tierra a llegar a la zona donde debía aterrizar el helicóptero y desde allí llevarnos a la mina. Los equipos de protección salieron del hotel hacia las cinco de la mañana. Lo bueno es que esa mina tiene una pista de aterrizaje, lo que nos ofrecía una localización ideal para que todo fuera perfecto, como así ocurrió. La llegada del cliente no supuso ningún problema y se le llevó al centro de oficinas, donde pudo ver el material que iba a comprar y sellarlo para su traslado, junto con todo el papeleo oportuno.

Lo que más les preocupaba es que no fueran diamantes de sangre ni extraídos de forma ilegal, con mano de obra esclava o con niños

trabajando en la mina. Todos esos requisitos se cumplieron, pero aún nos quedaba otra compra, y esta sería un poco diferente. La mina de Orapa se encuentra a más de 500 kilómetros de Gaborone. El traslado del VIP volvería a ser en helicóptero, pero la avanzada necesitaría un día para llegar a la zona, así que nosotros descansamos 24 horas, mientras ellos salieron hacia Orapa. Acordamos que nos avisarían en cuanto llegaran.

Allí también encontramos un sitio para el aterrizaje, pero debíamos hacer parte del recorrido en coche hasta entrar a la propiedad de la mina. Según lo previsto, mis compañeros llegaron y pudieron descansar esa noche para recogernos al día siguiente en el aeropuerto. Aquella era nuestra última compra y saldríamos del país el día siguiente. Vinieron a por nosotros y yo viajé en el primer coche junto a Tyle y su acompañante. Detrás iba mi otro equipo, mientras el coche de avanzada se comunicaba con nuestros conductores. Todo volvió a ser perfecto en la mina y, al terminar, decidimos salir pronto para ir hacia el aeropuerto cuanto antes. Pero el coche de avanzada nos dijo que, en uno de los cruces, fuera del perímetro de la mina y al lado de un pequeño poblado, estaban colocando un carro tirado por bueyes. Aquello no me dio muy buen pálpito y ya no podíamos regresar. La carretera era muy estrecha, así que resultaba imposible dar la vuelta y, mucho menos, circular marcha atrás.

Paré el convoy y le dije a Tyle que teníamos que cambiar de vehículo. Nosotros iríamos en el de detrás y el equipo de apoyo delante. Todo el mundo debía ponerse los chalecos antibalas si iban a salir de los vehículos, porque nos había comunicado la avanzada que había un carro entorpeciendo nuestra marcha. Ellos sí pudieron pasar, y nos

informaron de que se estaba apostando gente con armas a un lado de la calle. Todo estaba claro: intentarían matarnos para robarnos.

Al llegar a la zona señalada, empezó un gran tiroteo. El coche principal reaccionó y bajaron mis compañeros. El intercambio de fuego fue brutal, pero algo me decía que los asaltantes no eran verdaderos profesionales, disparaban a ráfagas los cargadores y no seleccionaban el tiro. Nosotros sí sabíamos lo que teníamos que hacer. Al cabo de unos minutos, llegó una patrulla de militares y nos ayudaron a repeler el ataque. Durante el intento de robo, murieron tres delincuentes, dos de ellos menores de edad. Fue un tiroteo muy duro. Llevar dos vehículos blindados y tener una avanzada nos libró de una muerte segura.

Varias patrullas nos acompañaron hasta el aeropuerto, donde nos esperaba el helicóptero. Mis compañeros iban a emprender el regreso en un solo blindado porque el otro había quedado en muy mal estado por los impactos y resultaba imposible mirar a través de los cristales. Pero Tyle decidió alquilar otro helicóptero y que regresáramos todos juntos a la capital. Habíamos terminado aquella misión y era hora de regresar a casa. Aquel trabajo me hizo valorar aún más todo lo aprendido en Israel. Como no podía ser de otra manera, me llenaba de satisfacción poder montar semejante dispositivo y que todo saliera bien en una de las zonas más complicadas del mundo.

Tengo decenas de trabajos y aventuras semejantes, y en este libro quiero contar algunas de las que marcaron un antes y un después en mi vida, como aquel trabajo de protección a un convoy de Naciones Unidas desde Islamabad hasta Kabul. En este caso, sí nos dieron buen

material. Tendríamos AR15 con diez cargadores y pistolas Glock 17, chalecos antibala nivel lV y cascos balísticos. Cada todoterreno llevaría un par de visores nocturnos. Hablamos de junio del 2005 y sería un convoy de diez camiones y cuatro vehículos 4x4 de escolta. La distancia a recorrer sería unos 500 kilómetros en cinco días como máximo más un día de espera en la frontera de Torkham.

El peligro no era la zona pakistaní, sino la afgana. Se calculaba una media de 150 kilómetros al día en Pakistán y 100 en Afganistán, por los *checkpoints* militares, y ya hemos dicho que había que tener en cuenta que en el paso fronterizo de Torkham deberíamos esperar un día como mínimo. En total, íbamos veintiséis contratistas de seguridad de diferentes nacionalidades. Yo fui asignado a uno de los vehículos 4x4. Había uno de vanguardia, uno de retaguardia y otro de avanzada que nos avisaba de los controles y de las zonas de descanso. Eran los encargados de montar el dispositivo de seguridad alrededor de los camiones, todos debíamos dormir en los vehículos o en tiendas de campaña, pero cada noche habría un servicio de seguridad de 18.00 a 6.00.

Por fin, después de varios días, llegamos al paso fronterizo de Torkham, donde hubo que resolver todo el papeleo y nuestras autorizaciones de las Naciones Unidas para el transporte de mercancías de primera necesidad. Esa noche descansamos cerca de Zulfiqar Hotel, en Torkham, donde tenían buena seguridad, y aún estábamos en Pakistán. Pero al día siguiente habría que emprender la marcha temprano hacia Islamabad, con toda la documentación firmada, y aún nos quedaban 230 kilómetros que tendríamos que hacer hasta Kabul, lo que no sería nada fácil.

Nuestra primera escala fue en Gardi Ghos, donde nos quedamos la primera noche, después de pasar varios *checkpoints* militares. Nuestro segundo punto de descanso, tras dejar atrás Jalalabad, fue cerca de Daruntah y la última noche la hicimos en Shahrak para preparar la llegada del convoy de ayuda humanitaria con la protección de los americanos, ya que la entrada en Kabul era bastante peligrosa. Terminamos sin ningún tipo de percance aquella misión, nos quedamos un par de días en Kabul y salimos de la zona. En mi caso fue vía El Cairo.

Todos estos eran trabajos que me llegaban a través de la academia israelí, hacerlos suponía un incentivo y una forma de seguir con mi labor como profesional en zonas de alto riesgo, además de permitirme ganar un dinero más que merecido.

CÓMO PROTEGERSE EN CASO DE UN ATAQUE TERRORISTA

En esta parte, lo más importarte es la experiencia que adquirí para manejar este tipo de situaciones gracias a los militares israelíes que fueron mis instructores en la academia. Quiero trasladar al lector de forma fácil algunos consejos para saber cómo hay que actuar en un caso real.

Qué hacer en caso de un atentado con dispositivo explosivo

1. En caso de detectar un objeto sospechoso y abandonado en una zona común, no se debe manipular y siempre se debe alertar al personal de seguridad si lo hubiere o llamar a las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado del país donde ocurra.

2. Resulta fundamental conocer las salidas de emergencia, así como los puntos en los que se encuentren los extintores y cualquier otro recurso similar, en los sitios a los que acudimos con frecuencia, ya sea

la oficina, un centro comercial, un cine, un bar o restaurante, etcétera. De esta forma, podremos actuar con la mayor rapidez si ocurre cualquier cosa.

3. Si ya se ha producido el atentado, lo fundamental es alejarse lo antes posible por precaución, porque podría haber réplicas. Utilizaremos para ello las ya mencionadas salidas de emergencia en los espacios cerrados y evitaremos los ascensores o las zonas en las que podemos quedar bloqueados.

4. En estos casos, mi recomendación es siempre mantener la calma, lo que ya sé que resulta muy difícil si no se está entrenado o no te has expuesto a estas situaciones extremas. Por eso es tan importante que se realicen simulacros con civiles. Mantener la calma nos llevará a no sufrir daños innecesarios.

5. Cuando te alejes de la zona del atentado, intenta alertar a las demás personas del peligro para que no se acerquen, y si tienes la posibilidad, ayuda a huir a quienes lo necesiten, siempre y cuando puedas hacerlo y eso no entorpezca tu salida.

6. Es muy importante no perder tiempo en recoger pertenencias u objetos. Es preferible salvar la vida que cualquier cosa material. En este caso, la vida es el principal valor que existe.

7. En caso de explosión, no conviene tirarse al suelo ni fingir estar muerto. Lo principal es huir cuanto antes por si hubiera réplicas.

8. Este es un punto muy serio y en el que se debería incidir bastante porque todos conocemos el impacto que han tenido las redes sociales durante los últimos veinte años y el hecho de ver cada día imágenes inéditas de peleas, atentados, sangre, etcétera. Lo que quiero decir es que no hay que perder el tiempo en sacar el móvil para hacer un buen vídeo o una buena foto, porque eso puede ser lo último que hagamos en nuestra vida.

9. Si en la zona existe ya seguridad privada o Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado, debemos, por supuesto, seguir todas sus

instrucciones sin mediar palabra con los agentes ni molestarles.

10. Si te encuentras en un lugar cerrado en el momento del atentado y no puedes huir, busca un sitio seguro y que te ofrezca la mayor protección posible, como detrás de un muro, por ejemplo, e incluso debajo del mobiliario que veas que puede resistir la caída de piedras u otros objetos pesados.

11. Evita siempre quedarte encerrado en un lugar que no tenga salida.

12. Si no has conseguido escapar, evita hacer movimientos bruscos y alerta a las autoridades de dónde estás, lo que ha pasado, si hay más personas, en qué estado se encuentran, etcétera.

13. En España, existe una aplicación gratuita que se llama Alertcops y que permite comunicarse con las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado en caso de emergencia. Estaría bien que te familiarizaras con ella y aprendieras a usarla. Lo mismo ocurre en la mayoría de los países de nuestro entorno. Infórmate antes de viajar y descárgate la aplicación correspondiente al llegar al país.

Qué hacer en caso de un atentado con arma de fuego

1. En caso de estar en la vía pública o dentro de un edificio, lo que deberías hacer es intentar protegerte detrás de algún muro o mobiliario resistente. Si no puedes salir ni evacuar el lugar, lo principal es poder ocultarte.

2. Si te ocultas en un local, edificio o habitación que pueda cerrarse desde dentro, cierra bien la puerta y si tienes mobiliario a mano, refuerza la entrada poniendo todo el peso y los obstáculos que puedas. Aléjate luego de la puerta o de posibles ángulos de tiro, y túmbate boca abajo buscando las esquinas de la habitación. En caso de estar en un baño con bañera, lo lógico es meterte en ella.

3. Haz el menor ruido posible y silencia tu teléfono.

4. No delates tu posición tampoco mediante el movimiento hasta que no tengas claro que quien está en el lugar es la policía.

5. A la hora del rescate, es fundamental que no lleves nada en las manos y que enseñes las palmas a los agentes. Ellos no te conocen y no saben si eres un ciudadano pacífico o un peligroso terrorista.

Siempre dije, y sigo diciendo, que Israel fue un *stop* en mi vida, una parada imprescindible para seguir avanzando por el camino del bien. Todo lo aprendido allí me llevó a conocer algunos de los lugares más peligrosos y deprimentes del mundo, pero me siento orgulloso de ello y siento un profundo respeto por quienes viven en esos lugares. Las personas no somos superhéroes, eso lo dejo para la ficción, tenemos sentimientos y después de ver en muchos de estos sitios lo que son capaces de hacer los seres humanos, tengo la convicción de que en este mundo vivimos diferentes tipos de personas: las hay que nacen para hacer el mal y las hay que nacemos para luchar contra ese mal. De lo contrario, el mundo estaría destruido. Y aun así, existiendo gente comprometida con ayudar a los más necesitados, somos incapaces de controlar un sistema político degradante que nos lleva poco a poco a la destrucción del ser humano por los egos y las locuras de esos dirigentes a los que pagamos, y en muchos casos nos creemos sus mentiras o sus cambios de posición. Con esto, termino el relato de una de las etapas más importantes de mi vida y os animo a que sigáis leyendo todo lo que pasó después, con mi traslado a Centroamérica, el Caribe y México. Mis experiencias en estos lugares, alguno de ellos muy poco recomendables, seguro que os van a sorprender.

TERCERA PARTE
CENTROAMÉRICA, EL CARIBE Y MÉXICO, ESCUELA DEL MAL

UNA BALACERA EN HONDURAS A MODO DE BIENVENIDA

Empezaré describiendo el país donde terminé poniendo en prácticas mi experiencia y todo lo aprendido en mis años anteriores. Honduras fue un punto y aparte en mi carrera profesional, como muy pronto vais a entender.

Honduras es un país de América Central, regado por el mar Caribe en el norte y por el océano Pacifico en el sur. En el bosque tropical cercano a Guatemala, encontramos el antiguo sitio ceremonial maya de Copán, con jeroglíficos tallados en piedra y estelas, y altos monumentos. En su jurisdicción del Caribe, están las Islas de la Bahía, rodeadas de cayos, son un destino idóneo para el buceo y forman parte de la barrera de coral de Mesoamérica. La capital política está en Tegucigalpa, y la capital industrial es San Pedro Sula.

Como ya he comentado, durante varios años trabajé con la empresa International Security Academy, de Israel, a las órdenes del general Mirza. Mi labor era la de instructor, aunque en los seis meses que no trabajaba cada año, salía a diferentes zonas del mundo a desarrollar algunas misiones. Un buen día, o más concretamente el 22 de septiembre del 2009, recibí una llamada del general Mirza para que cogiera un vuelo hasta Tegucigalpa, donde me esperaría él con otros instructores que hablaban español. La insistencia del general en que

debía ir era por el idioma español y porque requerían nuestros servicios el que sería el próximo presidente del país, don Porfirio Lobo Sosa, y el alcalde de Tegucigalpa y presidente del Partido Nacional, don Ricardo Álvarez. Yo en aquellos momentos estaba trabajando para una compañía de seguridad keniana, Armaments Limits, de un diplomado israelí. El tema de la piratería en el golfo de Adén estaba al rojo vivo entonces y, junto con otros expertos, nos dedicábamos a montar equipos de protección y adecuar los buques en el puerto de Mombasa.

Nuestro cometido era montar alambre de espino en los laterales y en la popa, ya que sabíamos que los piratas utilizaban esas zonas del barco para sus abordajes. También se les proporcionaban troneras con protección para colocar ametralladoras Browning del calibre 50 o, dependiendo del país, otro tipo de armamento. La empresa se encargaba de preparar los barcos en varios astilleros y si no traían su propia protección, nosotros se la facilitábamos metiendo personal de seguridad armado en el buque para que les acompañara hasta Djibouti, porque la zona peligrosa eran las aguas somalíes, de donde salían todos esos piratas que tenían conexión directa entonces con Al Qaeda.

Ese mismo día, compré un vuelo para Madrid, que hacía escala en Abu Dabi, y el 24 de septiembre estaba volando para Tegucigalpa. Recuerdo perfectamente que tuve que hacer escala en Guatemala, ya que no había vuelos directos desde Europa hasta Honduras, y llegué sobre las 20.00. No me percaté entonces de dónde me estaba metiendo, pero sí había leído que la pista de aterrizaje del aeropuerto

de Toncontin, de Tegucigalpa, era una de las más peligrosos por estar dentro de la ciudad y entre dos montañas que formaban un valle.

A mi llegada, me estaba esperando el general con una comitiva policial, porque en esos momentos el país tenía decretado toque de queda y, a partir de las 18.00, nadie podía salir de sus casas excepto las personas autorizadas. Antes de iniciar el viaje, me había informado sobre los problemas por los que estaba pasando Honduras y lo que estaba ocurriendo, aunque luego me contarían de primera mano por qué la situación política había acabado derivando en revueltas muy duras y violentas.

El 27 de enero de 2006, el presidente electo, don Manuel Zelaya, del Partido Liberal, había decidido volver a presentarse como candidato a unas nuevas elecciones y eso estaba prohibido por la Constitución hondureña. De manera que había decidido cambiarla y proponer una nueva carta magna, en contra de todo el panorama político, tanto de los miembros de su mismo partido como de los de la oposición. Y poco antes de que se votara la Constitución, se produjo el fatídico desenlace: las fuerzas armadas entraron en casa del presidente Zelaya por la noche y lo sacaron del país. Unos dicen que lo hicieron de forma ilegal, mientras que otros defienden lo contrario.

Zelaya sí tenía un importante respaldo del pueblo, ya que se convirtió en un político populista y corrupto, cercano a las posiciones de Hugo Chávez en Venezuela, los Castro en Cuba y Ortega en Nicaragua. Aspiraba a ser el nuevo caudillo, pero, al final, tiraron al suelo sus sueños imperialistas y dictatoriales.

Quien lo mandó sacar de Honduras con doscientos militares fue el general Romeo Vásquez Velásquez, amigo mío en la actualidad. El

presidente Mel Zelaya fue expulsado a Costa Rica, donde permaneció exilado hasta el 22 de septiembre del 2009, cuando apareció refugiado en la embajada de Brasil en Tegucigalpa y todos sus seguidores reclamaron que volviera a ocupar su puesto como presidente de Honduras.

El presidente interino entonces era don Roberto Micheletti, que en el momento de la salida de Mel Zelaya y siendo presidente del Congreso Nacional, cogió los mandos para que hubiera unas elecciones democráticas en el mes de diciembre de ese mismo año, 2009. La vuelta al país del presidente Zelaya había desencadenado multitud de manifestaciones y altercados violentos, lo que, sumado al problema de inseguridad por las maras, hacía que el país se encontraba al borde del abismo.

Las maras son una de las grandes preocupaciones en varios países de Centro América, aunque Honduras se llevaba la palma en cuanto a peligrosidad, junto con El Salvador, de donde eran los jefes de dichas bandas: la Mara 18, también llamada «el barrio»; y la MS13, conocida como «la salvatrucha». Ambas llenaban de dolor y sangre las calles de estos dos países centroamericanos. Las principales oleadas de violencia se produjeron durante los periodos del presidente Mel Zelaya (de 2006 a 2009), con más de 5.000 asesinatos al año, así como en el periodo de don Porfirio Lobo Sosa (de 2010 a 2014), cuando subieron a más de 7.000 asesinatos al año, algo increíble para una población que no llegaba a los siete millones de habitantes.

———— • ————

La seguridad no proviene de no tener miedo,
sino de enfrentar tus miedos con valentía y con preparación.

El caso es que, entre las manifestaciones violentas y la actividad de las maras, el país se estaba volviendo ingobernable y podía llegar a haber un golpe de Estado, aunque las autoridades internacionales nunca aceptaron al gobierno de unos meses del presidente Roberto Micheletti y solo reconocieron al ganador de las elecciones de diciembre del 2009, el presidente don Porfirio Lobo Sosa. Por todos estos motivos, al llegar, me encontré con un país sumido en el caos. Esa misma noche, nos llevaron a un hotel de una cadena internacional para que nos alojáramos allí todo el tiempo que durara nuestro contrato, que consistía en entrenar y capacitar durante quince días al personal de seguridad del alcalde de Tegucigalpa, don Ricardo Álvarez; al personal de seguridad de uno de los bancos más influyentes de América Central, el Banco Ficohsa, que luego sería cliente mío; y al servicio de seguridad del que sería el próximo presidente, don Porfirio Sosa.

Al día siguiente, fuimos a reconocer la zona de entrenamiento después de que se levantara el toque de queda para la población, y nos dirigimos hacia la Venta, un cuartel militar donde entrenaban las fuerzas especiales hondureñas, situado a unos cuarenta kilómetros, lo que suponía un tiempo estimado de viaje de algo más de una hora por el mal estado de las carreteras. Queríamos ver las instalaciones y adaptar nuestro sistema de entrenamiento al entorno que nos iban a ceder. El lugar era perfecto, con muchas instalaciones y un campo de tiro enorme para hacer todo tipo de ejercicios, incluso con vehículos.

Al día siguiente, nos levantamos muy temprano, sobre las 5.00 para salir a las 5.30. Tardamos casi dos horas en llegar hasta la Venta, entre

la carretera y enseñar la documentación en los *checkpoints* que tenían los militares en las salidas de Tegucigalpa. Sobre las 8.00, por fin estábamos en el cuartel, desayunando con los mandos militares para hacer las presentaciones. Nos preguntaron si podían meter en el curso a alguno de sus instructores y les dijimos que por supuesto. Ellos nos dejaban sus instalaciones, así que no debía ni discutirse el tema. Entraron varios oficiales y suboficiales para realizar el curso, que era de protección de personalidades, tiro de combate israelí y procedimientos y protocolos en los diferentes servicios de protección terrestres, aéreos y marítimos. Se trataba de un programa muy exigente e intenso, más aún teniendo en cuenta el tiempo tan reducido con el que contábamos. Ese mismo día, sin perder ni un segundo, llegaron todas las personas que iban a hacer el curso y que se quedarían a dormir en el cuartel. Nosotros no, los instructores haríamos a diario el recorrido desde Tegucigalpa.

En nuestro tercer día en el país, empezó la fiesta. Ya nos habían avisado que los únicos que no se sometían al orden eran los mareros, que seguían realizando sus delitos, y, entre ellos, uno de los más comunes era el robo de camionetas violentamente. Y cuando aquí digo violentamente, me refiero a matar a todos los que van dentro del vehículo y llevárselo a Comayagüela, una ciudad pegada a Tegucigalpa, donde se despiezan los vehículos y se venden por partes. Una camioneta tenía el precio de 2.500 dólares, que era lo que costaba la vida de los que iban dentro. El plan de aquella jornada estaba claro y parecía interesante: continuar con la instrucción en el cuartel, pero algo ocurrió a las 5.30, que hizo que ese día no llegaramos a La Venta.

Nos pusimos a cargar el vehículo en el *parking* subterráneo del hotel, entre nuestras pertenencias había dos pistolas marca Taurus 9 mm, muy normales en el país, y un M16 de los antiguos. El conductor era militar y también iba armado. Mi compañero era el mayor Avi Gazit, del que ya he hablado y que sabía español por haber estado casado con una chica cubana durante tres años. Nada más salir del hotel, nos encontramos en uno de los cruces más amplios de la capital y que más afluencia de tráfico tiene, pero entonces no había nadie porque a esas horas aún no se había levantado el toque de queda. El semáforo estaba rojo y nos paramos, aunque el conductor nos preguntó si nos lo saltábamos, y nosotros le respondimos que no, por si acaso había alguna patrulla cerca, nos veía y teníamos que empezar a dar explicaciones desde bien temprano. Le dijimos que no se preocupara y que íbamos con tiempo de sobra para llegar al campo de entrenamiento.

Recuerdo perfectamente estar en la parte de atrás del vehículo, con mi compañero de copiloto. Acabábamos de decirle eso de «tranquilo, tenemos tiempo», cuando empezó una balacera contra nuestro coche. Los cristales se rompieron y se escucharon impactos en la carrocería. Todos los vehículos en Honduras llevan tintados los vidrios. He visto hasta el parabrisas tintado, lo que implica que no se vea nada por la noche. Pero mejor volvamos con la historia: al tener ese tipo de cristales, no sabían quién iba dentro ni qué se iban a encontrar. Lo único que sabían es que era un Toyota Hilux 3.0 y que había salido de un hotel de lujo. Me espabilé de inmediato. A mi compañero y amigo le habían alcanzado. Un proyectil le acababa de atravesar la pierna, pero él pudo hacer fuego con su pistola hacia su lado derecho, por

donde venían dos personas con las caras tapadas y disparando. Yo cogí el fusil y desde la parte trasera empecé a disparar al único que llegaba por la izquierda. Pude abatirlo y quiero recordar que el M16 era de los antiguos, un Colt calibre 7.62. Hay algo que nunca se me olvidará: ver cómo los plomos le estaban impactando y el tipo seguía incorporándose. Era como una cámara rápida, con la imagen de él cayéndose y levantándose. Eso fue lo que ocurrió, que el impacto de la munición sobre su cuerpo era tan brutal que la inercia no dejaba que terminara de caer al suelo del todo. Solo paró en el momento en el que dejé de disparar.

Luego llegó la policía, los militares, el médico y el juez para el levantamiento del cadáver. Nos contaron que eran mareros de la MS13, que se dedicaban a este tipo de delitos. Pasamos todo el día en comisaría con declaraciones e interrogatorios. A mi compañero tuvieron que operarle. La bala le atravesó el gemelo sin tocar hueso y después se le mandó a Israel al día siguiente. Vino otro compañero, Tod, un chico rumano, muy buen profesional, que residía en España y que había hecho también el curso de instructor en zonas de alto riesgo. La verdad es que fue todo un alivio saber que estaríamos juntos en ese país, en el que la violencia es una parte fundamental de su identidad, aunque a partir de entonces nos asignaron una patrulla de la policía nacional para que nos acompañara todos los días al campo de entrenamiento de La Venta.

Después de dos semanas de un entrenamiento tan intenso, nos disponíamos a marcharnos cuando el general me dijo que había estado hablando con el alcalde de Tegucigalpa y que me tenía que quedar con ellos hasta las elecciones para supervisar todo lo que se

les había enseñado, que no me preocupara de nada porque firmaría un contrato con la alcaldía como asesor de seguridad interno y viviría en la casa que tenía el alcalde en el Hatillo, una zona boscosa y de grandes mansiones. No me apetecía demasiado quedarme. Tegucigalpa puede que sea una de las ciudades más feas estructuralmente del mundo, aunque el país es muy bello y tiene grandes paisajes, playas, cascadas, montes y ríos… Lástima que la criminalidad mate toda eso porque los hondureños son personas amistosas y trabajadoras. Hice buenos amigos durante mi estancia en el país, que fue de casi diez años, pero también me encontré con la parte mala y la traicionera, como contaré en breve.

Le intenté explicar al general que prefería regresar a trabajar a Kenia, por el tema de la piratería, pero él me dijo que era imposible, que nos lo pedía como un favor, así que tuve que quedarme controlando las 24 horas del día a los escoltas y al servicio de seguridad del alcalde de Tegucigalpa.

SOLO EN UNA DE LAS CAPITALES MÁS VIOLENTAS DEL MUNDO

Mis compañeros se acababan de marchar del país y yo me quedé solo al mando de toda la operativa. Debía seguir corrigiendo y coordinando el trabajo del servicio de seguridad de los dos políticos ya mencionados y de un empresario. Tenía que dividirme entre todos ellos pero me encargaba, sobre todo, del alcalde de Tegucigalpa. Era todavía mediados de octubre y aún me quedaba una larga estancia hasta finales de diciembre, que era cuando se iban a celebrar las elecciones en Honduras, lo que complicaba todo aún más con los

mítines y recorriendo el país de manera continua. Aunque mi labor era sencilla, estaba dentro de la cápsula de seguridad y me encargaba de ver que se seguía correctamente la operativa, junto a cuatro policías nacionales asignados, dos motos y una camioneta. El servicio de seguridad personal del alcalde también incluía un vehículo blindado y dos coches de apoyo. Las motos se usaban para cortar calles y saltarse los semáforos como apoyo de vanguardia. El resto de la comitiva iba en caravana, también había un vehículo de avanzada con dos escoltas. El problema de la residencia del alcalde es que solo se podía subir y bajar a la ciudad por una carretera estrecha y eso complicaba mucho las opciones para hacer un buen plan de rutas, por lo que tuve que plantearme todas las posibilidades de atentado o emboscada. Cumplía además otras labores dentro de la cápsula de seguridad, sobre todo la cápsula interna. Cuando hablo de cápsula interna, me refiero a las cuatro personas que llevaba siempre el alcalde con él. Mientras que la exterior estaba formada por diez personas, cuatro de ellos eran oficiales de la policía municipal y estaban autorizados a portar sus armas durante el servicio.

La dura realidad llegó a las pocas semanas. El discurso de los manifestantes y seguidores del expresidente Zelaya se volvió más duro, incluso con enfrentamientos armados con la policía y el Ejército. El expresidente aún permanecía dentro de la embajada con el apoyo incondicional, dinero y armas de su amigo personal, el entonces presidente de Venezuela Hugo Chávez.

Sufrimos, de hecho, un atentado bajando del Hatillo. Habían colocado una bolsa con explosivos en una papelera, al lado de un poste de la luz. Parece ser que la avanzada no lo reviso o puede que lo

colocaran después de que pasaran ellos, seguramente ya estaban siendo vigilados. Por eso solía mandar aleatoriamente el coche blindado del alcalde sin el VIP dentro y ese día, por pura casualidad, fue uno de ellos. De manera que, al pasar la caravana, el explosivo se activó dejando heridos a dos escoltas del vehículo seguidor, pero el blindado apenas sufrió daños. El explosivo no era muy potente y la papelera produjo muy poca metralla, pero a partir de entonces empezamos a hacer también otro camino que habíamos descartado en un primer momento porque pasaba por una colonia controlada por la Mara 18. Para ello, nos tuvimos que reunir con el jefe de la zona y llegar a un acuerdo con unos términos de no agresión, de esa forma tendríamos una nueva ruta alternativa.

Las negociaciones las llevé yo junto a un oficial de la policía nacional asignado al servicio de seguridad del alcalde, y con el capitán de la policía municipal. Por medio de uno de los concejales de la alcaldía conseguimos la reunión y, tras ese acuerdo, nos facilitaron el paso por la colonia sin ningún tipo de problema. Además de ese pacto de no agresión, repartimos láminas de zinc y sacos de cemento en la colonia para que la gente pobre arreglara sus casas. Hay que recordar que muchos de ellos no tenían ni siquiera un suelo en sus viviendas, que se levantaban directamente sobre la tierra de la calle. El zinc era para poner en los tejados, ya que ellos no podían pagarlo, al sobrevivir con solo un dólar al día. Y es que estamos hablando de Honduras, el segundo país más pobre de Latinoamérica, después de Haití.

En las elecciones, el alcalde se postulaba para repetir en el cargo, y don Porfirio Lobo era el candidato a la presidencia. Yo me encontraba solo en una de las capitales más violentas del mundo y trabajaba codo

con codo con gente que no sabía si en algún momento terminarían traicionándome. Pero al final, el trabajo y la vida ponen a cada uno en su sitio, y también te proporcionan algunas satisfacciones en mitad de las mayores dificultades, como conocer el país entero, tanto en coche como en helicóptero, durante esas semanas tan intensas de campaña. Por eso puedo hablar ahora de la belleza de Honduras y de sus gentes, personas pobres y humildes pero que te abren siempre sus casas para ofrecerte lo que tienen.

Llegaron por fin las elecciones y ganó el Partido Nacional. Por lo tanto, don Porfirio Lobo Sosa y don Ricardo Álvarez serían presidente y alcalde, respectivamente. Mi trabajo había terminado y quería regresar a España para pasar las Navidades en casa. Lo necesitaba. Aun habiendo sufrido solo un atentado, el día a día era durísimo, sobre todo por el estrés y por estar corrigiendo siempre al servicio de seguridad de los dos políticos, que muchas veces realizaban los mítines juntos, así como los desayunos y cenas para recaudar el dinero destinado a financiar la campaña. Yo siempre dejaba actuar al equipo y procura intervenir solo si cometían algún fallo importante.

Recuerdo una de esas cenas en un hotel céntrico de la capital. Teníamos que llegar y siempre era un problema el desembarco de los VIP por la cantidad de gente que les esperaba, sobre todo gente pobre, que querían que les dieran unas lempiras, como así se hacía en muchos casos. Se encargaba de ello un secretario que llevaba el dinero para dicho menester. Hay que tener en cuenta que el voto más importante en ese país es el de la clase mayoritaria, que son los pobres, y que tienen el mismo derecho a votar que un rico o alguien de clase media. Ese día me enfadé bastante con la seguridad y, sobre

todo, con el jefe de equipo. Yo sabía dónde se celebraría la cena recaudatoria y lo que hice fue adelantarme 24 horas a la llegada de la avanzada del alcalde y el candidato a la presidencia. Me acerqué al hotel y me presenté como asesor de seguridad. Tenía un documento expedido por la policía municipal de Tegucigalpa que así lo certificaba y me enseñaron las instalaciones, así como dónde sería la recepción, en un segundo piso, en unos salones muy amplios, destinados a la cena y a un pequeño mitin electoral.

Mis conclusiones fueron que el hotel, en la parte trasera, tenía un pequeño estacionamiento y un *parking* interior para la llegada de productos, también había un ascensor particular con llave. Estos puntos resultaban clave a la hora de llegar sin ningún tipo de problemas y aparecer directamente en el hotel, pero no fue así. La otra persona que realizó la inspección con 24 horas de antelación no preguntó absolutamente nada, a diferencia de lo que yo sí hice. También les pedí que, por favor, no dijeran que yo había estado. La única salida de emergencia era ese ascensor con llave que estaba situado cerca de las cocinas y en caso de producirse un desastre, la única ruta de evacuación eran unas escaleras de caracol, anchas pero peligrosísimas si hubiera una estampida.

Llegó el día de la cena y le pregunté a Fredy, el jefe de equipo, cómo lo iban a hacer. Yo estaba mosca por algunas actuaciones anteriores y por pequeños detalles que les había tenido que corregir. Lo que veía era aburrimiento en los procedimientos, y siempre se lo dije: el trabajo de escolta no solo es ponerte una pistola en la cintura y unas gafas de sol, el trabajo de escolta es muchísimo más que eso y, desde luego,

nada como estar implicado y comprometido con aquello que tienes que hacer.

Al hablar con Fredy, me comentó la operativa y no me cuadró absolutamente nada, pero le dejé para que viera sus errores él mismo, y que lo vieran también los VIP. Lo que hizo fue lo normal: mandar la avanzada a la entrada del hotel y efectuar nuestra entrada por la misma puerta, lo que se convirtió en un problema para los VIP y sus familias por la cantidad brutal de gente que había pidiéndoles dinero. Meterlos en el hotel sin que esas personas, y posibles votantes, se sintieran mal era otro de los objetivos. Pero de ellos ya se encargaba el secretario responsable de ir repartiendo billetes de 100 lempiras para que pudieran comprar arroz y habichuelas negras en cualquier pulpería de la zona. Llegó el alcalde y se encontró semejante barullo.

—¿Y esto, Joselito? —me preguntó.

—Lo hizo su jefe de equipo, pero luego le explico —respondí.

Sabía que aquello no le iba a gustar nada, pero dejé que ocurriera para darles un toque de atención. Era muy consciente de que el equipo de seguridad estaba molesto conmigo porque les metía mucha caña y les decía que no podían cometer tantos errores después de dos meses trabajando juntos.

Al llegar arriba, aparté al alcalde y le expliqué todo. Le dije que no se preocupara, que ya había mandado los vehículos a la parte trasera y en unos minutos tendría la llave del ascensor privado para la evacuación. Como siempre, a los políticos les gusta desaparecer sigilosamente y así se hizo cuando él me lo indicó con una señal que teníamos siempre establecida, tanto para irnos de un lugar como para quitarle de encima a un pesado. Yo me acercaba y le decía: «Don

Ricardo, lo lamento mucho, pero tenemos que salir, nos están esperando».

Está claro que, para hacer bien tu trabajo, se necesita sacrificio. Al día siguiente, el alcalde reunió a todo el servicio de seguridad y les dijo que, el que no estuviera a gusto o de acuerdo con lo que yo decía, se podía ir marchando, pero que no quería ver más errores como los de la noche anterior. En aquel momento, opté por cambiar a los jefes de equipo y poner a gente más comprometida. A partir de entonces, todo empezó a funcionar mucho mejor.

A finales de diciembre, regresé a casa para pasar las Navidades, pero antes me hicieron una oferta para que siguiera trabajando en Honduras y encargándome de su seguridad. Me propusieron montar una empresa allí y me dieron todas las ayudas administrativas. Querían que me quedara, que esperara a la toma de posesión del alcalde y del nuevo presidente. Bien es cierto que ya llevaba tres meses en el país y me había terminado acostumbrando, así que volví a primeros de enero, alquilé un apartamento en el centro de Tegucigalpa y uno de los hermanos del alcalde me dejó una *pick-up* que no usaba para que me pudiera mover por la capital. Monté la empresa y empecé a firmar cada vez más contratos privados como asesor de seguridad extranjero mientras seguía recibiendo un sueldo de la alcaldía y empezaba a entrenar a escoltas y policías.

Uno de los primeros encargos del alcalde fue que modernizara a la policía municipal y les formara. Ese fue mi primer contrato legal en Honduras. Tenía que capacitar, uniformar y montar con los mejores hombres un buen equipo de intervención dentro de la propia policía. El reto era enorme y me llevé a varias personas para que me ayudaran.

Entre ellos, estaba el capitán Miguel Sileo, de los grupos Halcón de Buenos Aires, el mejor negociador y con más intervenciones que ha tenido nunca esa unidad especial de la policía, todo un tipazo con muchos conocimientos. Él fue el responsable de entrenar a una unidad a la que denominamos G.I.R. (Grupo de Intervención Rápida). Escogimos a doce de los mejores y los llevamos por separado a la base de las fuerzas especiales de La Venta, el primer lugar que conocí nada más llegar a Honduras. Se hicieron todas las gestiones con el Ejército para solicitar esas instalaciones y nos las cedieron sin mayor problema. Otro de los elegidos fue mi amigo Sergio, él había estado varias veces en Israel conmigo y sabía cómo había que funcionar, sobre todo en lo que respecta al manejo de las armas.

El grueso de la policía municipal era de unos doscientos hombres, a los que hubo que capacitar en tandas de entre cincuenta y sesenta agentes. Se buscaba un cambio de imagen y que fueran más profesionales, lo que se consiguió y mejoró de forma considerable la reputación de la alcaldía. Se formaron también a inspectores para que controlaran y sancionaran a los policías corruptos. Había que limpiar la fama de esa policía municipal, tan deteriorada y sucia. La imagen del cuerpo era pésima y en solo seis meses le dimos la vuelta. Se hizo una presentación ante las autoridades de los nuevos uniformes y de las placas identificativas con número por si los ciudadanos querían denunciar algún acto de corrupción policial. También se preparó una demostración del nuevo grupo, los G.I.R., que tuvieron una aceptación brutal, aunque despertaron muchas envidias entre la policía nacional. Era un grupo que se usó para protección VIP, para entradas en domicilios controladas y, sobre todo, para seguridad pública. Incluso

contaban con dos francotiradores que salieron del Ejército y se incorporaron al G.I.R., cuando vieron los entrenamientos que les dimos durante un mes en La Venta.

A los pocos meses, ya tenía mi empresa montada y con todo en regla. La llamé Spartan Global Security y empecé a visitar clientes. Uno de los primeros fue don Camilo Átala, el dueño de uno de los bancos más grandes de Centroamérica y el mayor de Honduras, el Banco Ficohsa, con él ya tenía relación, porque parte del primer grupo de escoltas que entrenamos eran empleados suyos, como ya he contado, y se trataba de uno de los empresarios que apoyaban económicamente al Partido Nacional.

Me mandó llamar para ver si podíamos colaborar y le llevaba el entrenamiento periódico de los escoltas de su familia. Le dije que sí, claro, sin ningún problema y me citó un lunes a primera hora. Para entrar al banco había cola y me dio tiempo de ver cómo funcionaba la seguridad de la entrada. Solo tenían una puerta con arco detector de metales y una pequeña mesa en un lateral para depositar bolsos o cualquier cosa que llevaras para su revisión. Pero ese control, a no ser que fuera un bolso o una mochila, no lo hacían. En ese momento yo iba armado con un revólver de martillo de dos pulgadas y una navaja. La pistola la metí en una carpeta negra y la navaja la guardé en un bolsillo del pantalón. Dejé mi carpeta en la mesa y el detector pitó. Saqué el móvil, lo enseñé y lo dejé también en la mesa. Me hicieron volver a pasar y pitó varias veces, pero ahora por la navaja, que tuve que dejar en un cajón. Yo no pité más, recogí la carpeta y pude entrar armado a ver al presidente y dueño del banco.

—Joselito, ¿qué te ha parecido la seguridad? —me preguntó nada más verme don Camilo Átala.

—Pues la verdad es que no vale para nada —le contesté.

—¿Cómo que no vale para nada? ¿A qué te refieres?

En ese momento abrí mi carpeta y saqué el revólver.

—Me han bastado cinco minutos esperando en la cola para saber cómo podía meter el arma —le expliqué.

—¿Cómo lo hiciste?

—Muy sencillo, me di cuenta de que los artículos pequeños, como mi carpeta, no los revisan, solo lo hacen con los bolsos o las mochilas. Su única preocupación es que no suene el detector de metales, así que dejé el teléfono y una navaja en el bolsillo para centrar la atención del guardia exclusivamente en eso. Cuando localizó la navaja, se sintió recompensado interiormente y se olvidó por completo de la carpeta.

—¿Y qué podemos hacer? —me respondió don Camilo preocupado.

—Lo primero es que tendrá que invertir un poco más de dinero y complementar esa puerta detectora de metales con un escáner para que todo el mundo pase sus artículos.

Me contestó que le parecía correcto y que mandaría a Carlos, su jefe de seguridad, un exoficial de la policía nacional, a pedir presupuesto para ponerlo lo antes posible porque no se podían permitir que nadie entrara armado al banco.

Al terminar la conversación, me comunicó que estaba contratado como asesor de seguridad externo y que trabajaría codo con codo con Carlos para revisar los procedimientos de todos sus bancos del país y para entrenar y capacitar de forma regular a los escoltas asignados a toda su familia, que eran unos cincuenta empleados en total. Ese

trabajo consistía en entrenarles un fin de semana al mes en conducción, tiro, procedimientos y defensa personal.

Cada experiencia vivida es un escudo que nos separa para enfrentar los desafíos del futuro.

Este contrato me trajo muchos más. El siguiente fue con el expresidente Ricardo Maduro, un gran mandatario que tuvo Honduras y que luchó de manera incansable contra las maras durante su ejercicio presidencial. Voy a contar y a poner en contexto por qué don Ricardo luchó con tanta fiereza contra esa lacra del país. El motivo fue que en San Pedro Sula asesinaron unos mareros a su hijo. En un principio, se creía que había sido un secuestro, lo habían interceptado a él y a su escolta en un barrio de esa ciudad. El escolta apareció muerto en el coche y el hijo desapareció. Durante días, pidieron un rescate para dejarle libre, pero todo fue un engaño. El hijo había sido asesinado también. Como expliqué antes, los coches en Honduras llevan tintados todas las lunas y los secuestradores, lo primero que hicieron, fue disparar al conductor. Pensaban que habían matado al escolta, pero no ocurrió así, porque el que conducía era el hijo de don Ricardo Maduro, un importante empresario entonces, con muchos negocios en el país. Luego, al ver los secuestradores que se habían equivocado, ejecutaron al escolta y se llevaron el cuerpo sin vida del hijo. En el momento de la entrega del rescate, se capturó a los asesinos y el cuerpo sin vida del hijo. En ese momento, don Ricardo se propuso ser presidente de Honduras, como representante del Partido

Nacional, y luchar sin descanso contra las maras y contra el crimen. Y lo consiguió. Su mandato duró de 2002 a 2006, cuando le sucedió Manuel Zelaya, del Partido Liberal.

Hasta ese momento, lo normal era que los dos partidos se fueran alternando al frente del país, ya que los presidentes no se podían presentar una segunda vez. Otra cosa curiosa es que, a diferencia de España, no hay un partido político de izquierdas y otro de derechas, sino que los dos partidos hegemónicos, el Nacional y el Liberal, son de derechas.

Al ser don Ricardo del Partido Nacional y al estar muy relacionado con los que eran mis clientes, entablé una buena relación con él y terminé llevando la seguridad de toda su familia y de sus negocios. Me contrató como asesor y tenía que entrenar y capacitar a sus escoltas un par de días al mes, algo parecido a lo que ya hacía con la familia Átala.

Poco a poco, ya se ve, me iba posicionando en el ámbito empresarial y político de Honduras. Y es que, sin apoyo político no habría podido aguantar allí mucho tiempo por los altos niveles de corrupción que hay en todas las instituciones del país. Fue, precisamente, un caso relacionado con este tema lo que acabó marcando mi futuro y el de todo Honduras.

El 22 de octubre del 2012, los diarios amanecieron con la noticia del asesinato del hijo de la rectora de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras (UNAH), doña Julieta Castellanos. El joven, Rafael Alejandro Vargas Castellanos, de veintidós años; y su amigo, Carlos Pineda, de veinticuatro, aparecieron ejecutados a balazos en una cuneta. Doña Julieta quería saber quiénes habían sido los culpables y después de un arduo trabajo por parte de la policía y el personal de la

universidad, se determinó que ambos jóvenes fueron tiroteados en un control policial para robarles el vehículo. Un año después, los autores fueron condenados por el delito de asesinato, y se destapó una gran trama de corrupción policial, que llevó a una depuración total, parecida a la que ocurrió en Colombia. La policía nacional y sus estructuras estaban siendo sacudidas por una mujer con el respaldo de la embajada de Estados Unidos en Tegucigalpa. El planteamiento era muy sencillo: o se procedía a sanear esta institución o se acababan las ayudas para el país.

Una vez que se supo que agentes de la policía nacional habían tenido algo que ver con los asesinatos, se buscó la manera de proteger a la rectora, y la UNAH me pidió que realizara entrevistas para la contratación de un servicio de seguridad que la protegiera, pero nadie se presentó por miedo a las represalias de esas mafias que operaban dentro de la policía nacional y que tenían muchísimo poder.

El alcalde me llamó y me pidió que fuera a ver a la rectora a la mañana siguiente. Cuando llegué, ella ya me estaba esperando y hablamos algo más de tres horas para que pudiera explicarme cuál era la situación y que estaba recibiendo amenazas serias. Querían matarla y tenía que tomar una decisión que podría ser peligrosa y complicada. Salí de la reunión con el compromiso de ayudarla desde ese mismo momento. Me pedía también que por favor fuera todo muy discreto y que no quería llevar a mucha gente a su alrededor. Le respondí que no se preocupara. Lo principal era adjudicarle un vehículo blindado, para lo que recurrí al que yo tenía para mi propio uso, un Toyota Land Cruiser con blindaje nivel III. Llevaría además un conductor armado y un escolta, y dos motos, una de avanzada y otra en la retaguardia. Para

que fuera todo lo más discreto posible, ese día fui yo a recogerla a la salida de su universidad con un conductor de mi empresa.

Necesitaba un buen equipo para trabajar con ella y tenía que encontrarlo, pero mientras eso sucedía, y durante varias semanas, me encargué yo personalmente. Después ya delegué su protección en personas bien entrenadas y con buenas armas, aunque si ella tenía que viajar o salir a zonas complicadas, siempre la acompañaba yo, que me había convertido en un incordio total para los malos. La rectora mejoró su seguridad e incluso ya dejaba que alguien se quedara en su casa durante toda la noche para evitar que pasara nada. El problema es que se produjo una importante depuración en la policía y muchos de los agentes corruptos no terminaron en la cárcel, pero sí fuera del cuerpo y crearon bandas delincuenciales. Esto se prolongó hasta casi mi salida del país.

La rectora, mientras, consiguió mucho poder y prestigio, y fundó el observatorio de la violencia en Honduras, controlado por la universidad, para evitar que se ofrecieran datos falsos. Hasta fue considerada por la revista *Forbes* una de las mujeres más poderosas de Centroamérica y la revista *Foreing Policy* la eligió como uno de los personajes más influyentes del mundo. En 2012, recibió el Premio Martin Luther King. Jr. por su lucha contra la corrupción, la depuración de la policía nacional y el respeto a los derechos humanos; y en 2013 le dieron el Premio Internacional a las Mujeres Coraje, otorgado por el Departamento de Estado de los Estados Unidos, por su lucha contra la violencia y la corrupción.

Llegados a este punto, yo había decidido comprar más carros blindados y me surgió la oportunidad de importar varios vehículos

americanos, modelo Texas Chevrolet Suburban nivel VII plus con motor Vortec 8.100 cc y 780 cv. Eran coches que los habían traído de Irak con muy pocos kilómetros y pude comprar varios, pero mientras llegaban, yo iba en una Chevrolet Silverado, ya que la Toyota la tenía alquilada a la universidad.

Sabía que tarde o temprano intentarían algo contra mí y así ocurrió. Salí una mañana temprano de mi casa para dirigirme a una antigua resinera en Amarateca propiedad de Ricardo Maduro, donde tenía el campo de entrenamiento para formar a los escoltas del banco, y vi un vehículo que me seguía. Al incorporarme a la doble vía de la salida de Tegucigalpa, el coche que me seguía se puso a mi altura. Yo, despacio, desde el carril derecho, cogí el fusil que llevaba en ese momento para trabajar, un AR15 compacto. Los ocupantes del coche de detrás empezaron a bajar las ventanillas y tuve claro que iban a dispararme. Querían matarme o hacerme parar, nunca sabré si por liquidarme o simplemente para robarme el vehículo. Lo que no sabían es que yo ya estaba preparado y con el fusil apoyado en la puerta con ángulo. No les dio tiempo ni a adelantarme. Disparé todo el cargador a ráfaga en la parte frontal del capó y no me paré para ver qué había ocurrido. Llamé a mi amigo en aquellos momentos, el comisario Miguel Martínez Madrid, y cuando llegó la policía, encontraron el otro coche parado sin nadie dentro. Lo habían robado aquella misma mañana de una colonia cercana.

Era muy consciente de que mi apoyo a la rectora no había gustado y que todo aquello iba a continuar, así que decidí dejar el piso del centro y alquilar una casa en una de las mejores colonias de la capital, la Florencia Sur. Se trataba de una vivienda que había sido la residencia

del embajador de Perú, con dos plantas, siete habitaciones, garaje, piscina, una cocina enorme, un salón grandísimo, una terraza que lo rodeaba todo, unos 1.500 metros cuadrados de terreno y 500 construidos entre las dos plantas.

Necesitaba sentirme seguro e intentar estar el mínimo tiempo posible en la calle. Saldría solo y exclusivamente para trabajar, por lo que quité la oficina que había montado en una zona comercial y la instalé en la casa que acababa de alquilar. El gimnasio lo hice yo mismo, todo estaba a mi gusto, y de esa manera evité el riesgo que siempre suponen las rutinas. Al llegar a la casa, no tenía ninguna medida de seguridad y todo el proyecto de la empresa fue una locura, porque necesitaba mucho dinero, sobre todo, para la compra de armas y vehículos. Pero César Puget, una persona que es como mi hermano, me ayudó a salir adelante y jamás ha permitido que se lo devolviera. Un gesto increíble de amistad, y de amor, desde luego. Yo, por supuesto, haría los mismo por él y durante todos estos años siempre ha tenido mi apoyo en los momentos más difíciles, y no hablo ahora del aspecto económico, hablo de lo personal. Pero sigamos con lo nuestro, porque lo único que quería con esta mención era reflejar mi agradecimiento y que quedara constancia de él.

La casa nueva era para mí un lugar seguro, en el que sentirme a salvo, y con el tiempo fui mejorando las medidas de protección. Lo primero fue poner alambre de espino alrededor de la valla y comprar varios perros. Recuerdo que, antes de poner un sistema de cámaras de videovigilancia, coloqué unos espejos sobre unos marcos de metal con la inclinación perfecta para que, antes de salir de casa, pudiera ver desde dentro si había alguna persona o vehículo sospechoso. Muchos

de los asaltos a las viviendas los realizaban de esa manera: vigilaban a la víctima, sabían a qué hora solía salir al trabajo y, según se abría la puerta mecánica del garaje, se introducían en la vivienda para robar, asesinar o secuestrar. Podía ser cualquiera de estas tres cosas tratándose de estos criminales.

Así que me las tenía que ingeniar para saber si me iba a encontrar alguna sorpresa a la salida de casa. Luego, cuando ya instalé las cámaras, todo cambió. Tengo una anécdota curiosa sobre un intento de intrusión en mi vivienda. En Honduras, la Constitución establece que sus habitantes pueden tener armas en casa y, por supuesto, que pueden defenderse de un allanamiento de morada usándolas, porque el problema allí no es que entren y roben, el problema era que violaban y asesinaban a las personas que encontraban dentro. El caso es que una madrugada, sobre las 3.00, oí ladrar a los perros, a los que solía tener en unas jaulas enormes al lado de la entrada peatonal. Me despertaron, conecté las cámaras, porque podía verlas desde mi habitación, y me encontré con dos individuos que estaban rodeando el muro y miraban hacia arriba para ver por dónde podían meterse. Había una zona que hacía esquina, lindaba con la casa de un vecino y estaba más desprotegida. Intentaron subir y colarse por ahí, pero para entonces yo ya me había preparado. Tenía puesto el chaleco antibalas y había cogido el fusil AR15.

Bajé al jardín y, en vez de abrir la puerta del garaje mecánicamente, lo que hubiera hecho mucho ruido y podría haber provocar su huida, la abrí de forma manual. Salí muy poquito y vi que uno estaba aupando y ayudando a subir al otro. Encendí la mira láser del fusil y me presenté. Les pregunté si necesitaban ayuda con el puntito rojo apuntando a su

cabeza. Inmediatamente, el que ayudaba a subir al otro salió corriendo y el que intentaba trepar se cayó y se dio un golpe de categoría. Disparé varias veces al aire para que se llevaran un buen recuerdo mío y se lo pensaran dos veces antes de volver a intentarlo. Y mejor todavía si se corría la voz de que en esa casa, juegos los mínimos. Algo muy gracioso fue escuchar otros dos tiros a mi espalda. Era un vecino, militar retirado, que por lo general dormía poco y al oír mis disparos, se animó y sacó también su arma por la ventana. Todo ello gritando.

—¿Estás bien, Joselito? —me preguntó—. ¿Qué ha ocurrido?

—Tranquilo, don Calidonio, eran unos ladrones que se llevaron lo suyo —le respondí.

—Eres mi ídolo, Joselito, mi ídolo. Ja, ja, ja…

—No se preocupe, que aquí estamos para ayudarnos.

Acto seguido, me metí en casa y seguí descansando. Nada ni nadie iba a quitarme el sueño.

Conocí a dos guardias civiles que estaban destinados en la embajada de España en Tegucigalpa, uno era un brigada que había servido en el norte en la época dura de ETA, formando parte de los GAR de Vitoria. El otro, casualidades de la vida, era un amigo de Irún, que había estado destinado en el cuartel de Belaskoenea. Como comprenderéis, empezamos a salir y a pasar tiempo juntos. Un buen día, conocimos a un cocinero catalán, que trabajaba en un restaurante de Tegucigalpa. Me habían dicho que hacía unas paellas riquísimas e imaginaros la alegría de encontrar en Honduras comida rica española y preparada por un cocinero español. Pues allí que fuimos, le conocimos y nos

gustó muchísimo su comida, así que de vez en cuando organizábamos una comida en mi casa y le invitábamos.

—Joder, Víctor, con lo bien que cocinas, ¿por qué no montamos un restaurante entre los tres contigo como cocinero? —les propuse un día.

Dicho y hecho, esa misma tarde estábamos viendo un local, un sitio maravilloso con dos plantas. Abajo estaría el restaurante y el piso de arriba lo acondicionaríamos para una sala de fiesta y de copas. Pues manos a la obra. Esa semana ya teníamos un acuerdo con el dueño del local y un par de meses más tarde inauguramos lo que sería OH! Madrid. Lo cierto es que fue un éxito, pero tanto trabajo nos mataba a los tres. Sí o sí debíamos turnarnos para estar en el negocio, sobre todo los fines de semana, y terminábamos muy tarde por la discoteca, sobre las 6.00. A mí eso me rompía todo, ya que los entrenamientos de mis clientes los hacía los sábados y domingos. Así que muy a pesar mío, me retiré del negocio porque no me parecía justo que ellos se comieran todas las noches de los fines de semana, y, desde luego, lo que no iba a hacer era dejar de lado mi negocio de seguridad ni a mis clientes.

Al cabo de unos meses, el cocinero de OH! Madrid terminó su contrato y yo decidí abrir un restaurante en la parte exterior de mi casa, lo que nos permitiría usar el jardín para el disfrute de los clientes. Montamos unas carpas de madera, o más bien, una especie de cabañas que se podían separar con cortinas blancas y hacerlas más íntimas. El concepto era traer a Honduras la comida española más representativa, como los arroces, y lo llamamos Ibiza´s Restaurant. Cada cabaña, además, tendría el nombre de una cala de Ibiza, esa isla

que unos años antes, a finales del siglo XX, me había conquistado el corazón. El restaurante fue un auténtico éxito. Había pocos lugares en Tegucigalpa donde la gente pudiera cenar al aire libre y, al mismo tiempo, sentirse seguros. Para ello, utilicé al personal de mi empresa, y todas las medidas que había instalado en mi vivienda. Durante el día y los fines de semana, se permitía el uso de la piscina a la hora del almuerzo, y aparte de eso, había otro plus. Como es bien conocido, me encantan las artes marciales, y por eso mandé hacer un *ring* profesional de cinco cuerdas para instalar sobre la piscina y poder organizar combates de MMA. Lo construyeron en Los Ángeles, en Monster Ring, y a los tres meses ya lo tenía instalado para organizar eventos por la noche de boxeo, MMA y *kickboxing*. Al final, toda mi existencia giraba en torno a mi propia casa. Creo que, quizá de una manera inconsciente, y desde luego, no voluntaria, estaba buscando la forma de protegerme y sentirme seguro. Evitaba salir a la calle por los riesgos que eso suponía para mi vida y había acabado cubriendo todas mis necesidades en ese espacio, en el que tenía mi vivienda, mi empresa, mi propio gimnasio, el restaurante con la comida española que me gustaba, los combates de artes marciales con los que me divertía y hasta mi propio criadero de perros, en el que contaba con doce pastores belgas que utilizaba en labores de seguridad. Pero lo cierto es que todo ello funcionaba y era un auténtico éxito, ¿qué más podía pedir?

Mi madre me llamó un día y me pidió que, por favor, ayudara a un primo suyo, que trabajaba como taxista en Madrid, pero por culpa de la crisis, las cosas le iban bastante mal. Me lo llevé a Honduras para que me ayudara con el restaurante y, al cabo de unos meses, descubrió

que tenía un clan dentro del negocio que se dedicaba claramente a robarme. Los balances diarios no paraban de bajar, lo que no se entendía porque el restaurante estaba siempre lleno. Cuando yo les preguntaba, ellos me decían que seguramente fuera porque la gente pedía los platos más baratos, así que mandé que viniera al encargado de sistemas informáticos para que mirase si encontraba algo raro y, efectivamente, lo encontró: todos los días se borraban mesas enteras por equivocación, pero resultaba imposible que eso ocurriera por un mero error. Las pérdidas ocasionadas por esa supuesta equivocación ascendían a 69.000 dólares.

Al parecer, el encargado y el resto del personal se habían puesto de acuerdo para borrar las mesas del sistema cuando el cliente pagaba en efectivo. El *modus operandi* era bastante simple: se introducía en el sistema todo lo que pedían y, a la hora de cobrar, se hacía una factura manual si iban a abonarla al contado y al cliente le decían que se habían quedado sin papel y no la podían imprimir. Gracias al apoyo de amigos importantes de la policía, pude obligar a los responsables a que reconocieran la deuda para no ir a prisión y se comprometieran a pagar todo lo robado.

Con el restaurante ya sin ladrones, decidí empezar de nuevo y encontré a la persona perfecta para que me echara una mano: mi madre. Ella ya se había jubilado, después de toda una vida trabajando, y se vino conmigo. Era una excelente cocinera, aunque, ¿quién no considera que su madre es la mejor cocinera del mundo? Gracias a ella, pude continuar con el negocio, hasta mi salida del país en el año 2018. En aquellos momentos, era tan famoso, que hasta al

expresidente Zelaya le encantaba meterse en una cabaña y cerrar las cortinas para degustar una rica paella de marisco.

Cosas de la vida, su predecesor en la presidencia del país fue don Ricardo Maduro, para quien también trabajé. Antes conté el asesinato de su hijo en San Pedro Sula, a mano de una de las maras, y cómo eso le llevó a dedicarse a la política. Ahora explicaré la peculiar forma en que empecé a ocuparme del entrenamiento y capacitación de su escolta. Él me pidió que evaluara a su equipo de seguridad, muchos de cuyos integrantes estaban a su lado desde su etapa como presidente, Creía que eran muy buenos, pero llevaban tiempo sin actualizarse, y quería confirmarlo. Ese fin de semana iban a venir al campo de entrenamiento los escoltas de su amigo don Camilo Átala, gracias al cual habíamos entrado en contacto, así que le propuse que se acercaran el sábado y el domingo también.

Me llevé a los dos grupos a entrenar y ya el primer día, el sábado, me di cuenta de que no tenían ni idea de manejar un arma. Para mí esta es la herramienta principal de un escolta y si no la conoces, no sabes nada. Yo enseñaba el tiro de combate israelí, que se basa en conocer el arma a la perfección y los problemas que puede darte, ya que los revólveres y pistolas no son infalibles y, en ocasiones, también pueden jugárnosla. Los israelíes, en concreto, hablan de tres tipos de fallos que hay que saber corregir en cuanto se producen. Hice una prueba con los escoltas del banco, que ya llevaban varios meses formándose conmigo, y la diferencia respecto de los hombres del expresidente resultaba abismal.

El domingo se presentó don Ricardo Maduro con toda su familia en el campo de tiro y repetí la demostración, primero con los escoltas del

banco y luego hice una conjunta. Se trataba de una serie de ejercicios con fallos en el arma provocados por mí. Ponía, por ejemplo, junto con la munición buena, otra munición ya detonada, y cuando entraba esta última en el cañón, no percutía, y había que saber cómo se podía salir de esa situación. El caos que se creó fue mayúsculo. Los escoltas se ponían nerviosos, se bloqueaban y no sabían cómo actuar con rapidez.

Nada más terminar el primer ejercicio, se me acercó el expresidente Maduro y me pidió que pasase el lunes a firmar el contrato por sus oficinas, porque quería que empezase a trabajar con ellos lo antes posible. Don Ricardo era consciente de la importancia de contar con un servicio de protección muy profesional. Tenía, además, otro grave problema añadido. Cada cierto tiempo mandaban al banco a algunos de sus hombres para recoger dinero en efectivo y ya les habían robado dos veces a sus guardias armados. El último asalto se había producido estando al mando su jefe de seguridad. En esa ocasión, no habían ido dos guardias uniformados con revólver, sino dos tipos de paisano con pistolas semiautomáticas. Creyeron que así evitarían el asalto, pero los ladrones bloquearon el paso del otro coche con el suyo. Se bajaron cuatro enmascarados con chalecos antibalas y armas largas. No es solo que perdieran el dinero, es que tuvieron mucha suerte de salir vivos. Cuando me contaron los detalles, me di cuenta de que posiblemente fueran policías. Todavía, además, no había comenzado la depuración policial por el asesinato del hijo de la rectora. Esto ocurrió bastante antes.

El análisis que hice, junto con el jefe de seguridad, es que no les dio tiempo a usar sus armas y, desde luego, fue la mejor decisión que pudieron tomar, porque si no, habrían muerto. Influía también que los

otros llevaran chalecos antibalas. Esto es algo muy normal. El subconsciente entiende, cuando tienes a alguien enfrente con chaleco antibalas, que debes ser muy preciso a la hora de dispararle, ya que la mayoría de los tiros en un enfrentamiento van al cuerpo, que es la parte más expuesta. Aquello había que solucionarlo y la única manera era que los asaltantes, que es muy probable que tuvieran un infiltrado en la empresa, vieran que las medidas de seguridad habían cambiado. Por eso preparé a varios guardias de seguridad y les doté del material y de la capacitación necesaria para hacer ese acompañamiento. Desde entonces, la asistente de Ricardo, encargada de retirar dinero del banco autorizada por la gerencia, iría en su vehículo y llevaría un servicio de escolta de dos hombres uniformados, con chalecos antibalas, pistola semiautomática y escopeta táctica del 12, y siempre realizarían su trabajo a la perfección mientras esperaban a la salida del dinero. A partir de ese momento, se acabaron los asaltos. Los delincuentes se dieron cuenta de que la seguridad era diferente, ya no era el típico servicio de un guardia con uniforme y un revólver a la cintura. Ahora eran dos guardias con uniforme táctico y todo lo necesario para, en caso de asalto, repeler la agresión y que los ladrones salieran mal parados.

También fui el responsable de la seguridad del fiscal general del estado, Óscar Fernando Chinchilla, y del presidente de la Corte Suprema de Justicia, don Rolando Argueta, que en su día fue jefe de fiscales junto al fiscal general. El día a día era muy interesante, ya que éramos la primera empresa de seguridad en el país que empezábamos a trabajar con drones de origen español muy fáciles de usar. Los fabricaba una firma gallega que se desplazó a Honduras para hacer

unas demostraciones y terminé adiestrando a varios agentes de mi compañía para el manejo de drones de vigilancia. Su funcionamiento era increíble: las rutas de los clientes se mapeaban a diario y se daban las coordenadas al dron para que fuera de avanzada por el aire, y así detectara cualquier coche sospechoso o, simplemente, un accidente de tráfico. Otra opción era lanzar el dron desde una *pick-up* y seguir con él la caravana del protegido. En caso de incidencias, toda la comunicación con el jefe de la cápsula se realizaba por radio o por teléfono en ese mismo momento. La experiencia fue tan buena que, al final, los drones terminaron siendo usados por la policía y por un grupo anticorrupción de la fiscalía, la Agencia Técnica de Investigación Criminal (ATIC), una unidad dedicada a la investigación y persecución de los delitos graves y de fuerte impacto social. Solo operaban bajo órdenes expresas de la fiscalía. Era una unidad totalmente autónoma, que siempre trabajaba encubierta y con muy buen material. En este caso, también fui el responsable de su entrenamiento al principio por orden expresa del fiscal general. Ellos fueron la primera unidad frente al crimen que usaron drones para sus intervenciones.

Otra unidad policial que formé y capacité fueron los Cobra, cuerpo de operaciones especiales con base en Tegucigalpa, y más tarde, a los Tigres, unidad especial a las órdenes del entonces presidente, don Juan Orlando. Ellos, junto a su nueva policía militar de orden público, se convirtieron en los garantes de su seguridad personal. Yo creo que el presidente tenía miedo a que le ocurriera lo que le pasó al presidente Mel Zelaya y que los militares le sacaran del país porque cambió la Constitución por la puerta de atrás para convertirse en el primer presidente de Honduras que se proclamaba dos veces

consecutivas. Eso a Zelaya le costó la presidencia. En cambio, Juan Orlando sí consiguió tener su segundo mandato modificando la Constitución, ya que el Ejército no pudo hacer nada frente al blindaje que le garantizaban estas nuevas unidades —armadas hasta los dientes y con el mejor material posible— que estaban creadas para que obedecieran solo órdenes directas de él.

Llegué al país para estar quince días y terminé quedándome casi diez años. Por supuesto, mi experiencia allí fue brutal en materia de seguridad y por lo que aprendí en uno de los sitios más peligrosos del mundo, si no el más peligroso sin estar en guerra. Aquello fue un plus de capacitación y demostré que podía superar las situaciones de mayor estrés que os podáis imaginar. Tuve que convivir con alimañas salvajes, gente sin escrúpulos, asesinos de la peor calaña y sin el menor sentimiento hacia las personas. Honduras fue para mí una escuela del mal, donde aprendí a hacer el bien a pesar de todo, y fue además un teatro al aire libre, donde vi la parte más oscura del ser humano.

LOS DEMONIOS

Este seguramente sea uno de los capítulos más difíciles de contar de mi vida en Honduras. Baste recordar que ya al tercer día de estar en el país sufrí un intento de robo y asesinato. En ese mismo momento, empecé a conocer a los demonios que habitaban allí. Y eso que, por supuesto, siempre antes de ir a cualquier país, lo primero que hago es investigar para saber qué es lo que ocurre allí. En este caso, recurriera a la fuente que recurriera, encontraba el mismo dato fundamental:

operan en Honduras dos bandas criminales, llamadas maras, que se dedican a asesinar, extorsionar, robar y traficar con armas, drogas, personas y órganos humanos. Una vez que tenemos esto claro, quiero hacer una breve presentación para explicar quiénes son esos demonios llamados MS13 o «mara salvatrucha» y la Mara 18 o «el barrio».

El éxito no se logra sin riesgos, sino enfrentándolos y aprendiendo de ellos.

El Departamento de Estado de Seguridad las considera bandas terroristas, y fueron creada en los años ochenta y noventa en Los Ángeles (Estados Unidos), desde donde se fueron expandiendo a otras zonas, primero de Estados Unidos, y luego de Centroamérica, especialmente a El Salvador y Honduras, aunque hoy en día ya están también en Europa e incluso en España. Sus primeros integrantes eran de origen salvadoreño, guatemalteco y hondureño, y su objetivo inicial fue proteger a las personas procedentes de estos países frente a los mil peligros que se ocultaban en las calles de Los Ángeles, y frente al maltrato y la discriminación que sufrían por parte de los mexicanos y afroamericanos.

Los mareros en Honduras son los encargados del sicariato; o sea, de los asesinatos previo pago, y yo tenía muy mala relación con los de la MS13 desde ese primer incidente en el que nosotros habíamos matado a uno de ellos, y el único de todo ese grupo que seguía en el país era yo.

La segunda vez que intentaron matarme también la he contado: fue un sábado bien temprano, cuando iba a trabajar y fallaron porque me di cuenta de lo que iba a ocurrir. El tercer intento me pilló parado en un semáforo, en un cruce del bulevar Centroamérica, sobre las 9.00. Como de costumbre, iba armado y mirando a todos los lados. Conducir por Tegucigalpa de esta manera era muy estresante, pero el único carro blindado que tenía se lo había alquilado a la rectora y aún estaba esperando a que llegaran los que acababa de comprar procedentes de Irak. El resto de coches no estaban blindados, y era uno de esos el que llevaba cuando me di cuenta de que me seguía una moto. Cambié de dirección y me encaminé hacia el bulevar Centroamérica, uno de los más transitados de la capital. Cambié al carril de mi derecha para dejar espacio a mi izquierda y que la motocicleta me pudiera pasar, aunque tenía claro que eso no era lo que pretendían y lo que más me preocupaba era disparar a un inocente.

Me puse como pude el chaleco antibalas y coloqué mi arma cruzada sobre el chaleco. Estaba harto de ver asesinatos desde motocicletas y el *modus operandi* era siempre idéntico: acercarse a la ventana del conductor y ejecutarlo disparando a través del cristal. Aunque, como ya he explicado, casi todos los coches allí tienen los vidrios tintados. Eso para la policía es malo, porque no ven qué ocurre dentro, y para los malos en este caso también, porque no se dieron cuenta de que lo primero que hice, al pararme en el semáforo, fue bajar el respaldo hasta quedarme tumbado con el arma apuntando a la ventana. Fue entonces cuando empezaron a disparar hacia donde se supone que yo

debía estar sentado frente al volante. Pero yo también me puse a disparar con mi pistola y en ese momento dejé de oír sus tiros.

La moto también había desaparecido cuando me incorporé. Más adelante supe que un policía de tránsito les había dado el alto al ver que el copiloto iba sangrando porque estaba malherido. Lástima que el agente acabara abatido por esos criminales que no respetan nada.

Me salvé gracias a mis conocimientos, pero no corrieron la misma suerte dos fiscales en San Pedro Sula, que sufrieron un ataque similar y que hoy seguirían vivas de haber actuado como yo. Ocurrió el 11 de octubre del 2014 y las fiscales se llamaban doña Marlene Banegas y doña Olga Patricia. Las dispararon cuando se desplazaban en un vehículo por la colonia Prado Alto. Estaban destinadas a la fiscalía especial contra el crimen organizado y una de ellas llevaba un caso contra unos mareros. Fue de uno de ellos de quien partió el encargo de su asesinato y el único error de las víctimas consistió en no tener la precaución de mirar siempre hacia atrás en los semáforos o en los cruces en los que hay que pararse. Además de no usar sus armas, porque tengo que decir que la mayoría de los fiscales de Honduras van armados. Pero ellas no pudieron hacer nada. Varios tipos se bajaron de sus motos y las balearon. Después de este suceso, el fiscal general me pidió que recorriera todas las fiscalías para hablar con los fiscales y darles unos consejos de autoprotección. Visto lo visto, los iban a necesitar.

Porque cuando tu adversario es un demonio, no te queda otra que luchar contra él de cualquier manera.

En aquella época, eran muy corrientes también los secuestros. De hecho, yo conocí a una misionera de Estados Unidos, que llevaba

veinte años ayudando a los mareros de la 18. Bueno, no ayudaba exactamente a los mareros, sino a las mujeres que se quedaban viudas y a sus hijos, así como a los criminales que terminaban capturados y heridos. Ella creía que podía ayudar de esa manera y, sobre todo, concienciar a los jóvenes de que no era buena idea entrar a formar parte de una mara porque esa es una decisión para toda la vida. Y es que, según sus estatutos de sangre, una marero es marero siempre. Solo puede dejar de serlo cuando muere o si empieza a predicar a Jesucristo. Estas dos son las únicas formas de salir de los brazos de la muerte de los demonios.

Pero mejor, volvamos a la madre Teresa Andriu, la misionera de la que estaba hablando. Me llamó por teléfono a casa y me preguntó si sabía negociar un secuestro.

—No —contesté algo extrañado y temiéndome lo peor.

—Pues vas a tener que hacerlo —me comunicó—, porque el padre Carlos, el sacerdote que se encargaba de negociar los secuestros con la Mara 18, se encuentra enfermo y hospitalizado.

—Déjeme hacer una consulta antes de nada, madre, porque tengo un buen amigo que es uno de los mejores negociadores que existen en Sudamérica.

Me refería al capitán Miguel Sileo, de los grupos Halcón de Buenos Aires, que ya estuvo conmigo en la instrucción de la policía municipal de Tegucigalpa formando a la unidad especial GIR.

Le llamé y le comenté la situación. Miguel me explicó que no me preocupara, que si se trataba de un tema económico, la cosa iba a ser más sencilla, pero que debía ganarme la confianza de los secuestradores, aunque ellos siempre preferían tratar con la madre

Teresa y que no hubiera policías de por medio por la corrupción que existía dentro del cuerpo.

También me dio unas pautas a seguir que llevé a rajatabla. Hablé con la madre Teresa, le expliqué la situación y me dijo que adelante, que en unas horas me iban a llamar para ver cómo se realizaba el intercambio del secuestrado por el dinero. En este caso, accedí a negociar y a que pagaran porque con la 18 no había ninguna cuenta pendiente y ya tenía suficientes problemas con la MS13, quienes sabían que había matado a uno de los suyos nada más llegar al país.

Recibí una llamada a las dos de la madrugada. Se trataba de un teléfono oculto y me indicaron que tenían a una persona secuestrada y que necesitaban dos millones de lempiras —unos 70.000 euros— para el bienestar del Barrio —ese es el eufemismo que utilizan ellos para cobrar rescates y extorsiones—. El secuestrado, en este caso, era una niña de doce años capturada en la puerta de su colegio. Pedí, antes de nada, una prueba de vida. Quería una imagen de la pequeña y que ella misma me dijera que estaba bien. Le expliqué al secuestrador que la familia era consciente de la situación y sabían que iban a tener que ayudar a la gente del Barrio —o sea, que iban a tener que pagar.

Quedamos en que no se iba a llamar a la policía, que todo se iba a hacer conmigo como intermediario y que volverían a llamarme en dos horas para mandarme la prueba de vida. Mientras, yo me reuniría con la familia para tratar el tema de la disponibilidad del dinero. Muy rápido, en solo veinte minutos, recibí la prueba de vida: un vídeo en el que la niña tenía los ojos tapados y decía que estaba bien pero muy asustada, que papi tenía que dar a esos señores lo que le pedían. Reenvié el vídeo y me fui a casa de los padres. Estudiamos qué

posibilidades había para entregar los dos millones de lempiras, un importe no demasiado elevado si pensamos en el patrimonio del que disponía la familia, por lo que decidimos que se pagara íntegro, sin regatear ni una sola lempira. No ocurrió igual con los otros diez secuestros a los que me tuve que enfrentar, porque hubo casos en los que reclamaron hasta 30 millones de lempiras.

A las 4.00 me volvieron a llamar y les dije que la familia estaba muy feliz por haber visto a su hija en perfecto estado y que no se preocuparan por nada. En cuanto abrieran el banco, iríamos a sacar el efectivo, así que volveríamos a hablar sobre las 10.00 para ver la manera en que haríamos el intercambio. Iba a necesitar, eso sí, otra prueba de vida a las 9.00 para confirmar que la niña seguía bien.

Hablamos a primera hora con don Camilo Átala para que nos atendieran en el banco principal antes de su apertura y tener el dinero lo más pronto posible. Cuando ya estaba en el banco, recibí la segunda prueba de vida. La niña lloraba porque quería ver a sus padres, unas imágenes que preferí no enseñárselas a la familia. Solo les expliqué que la pequeña seguía bien. Una vez que ya tenía el dinero, me dirigí a mi casa y les dije a los padres que esperasen noticias mías, que me comunicaría con ellos en cuando tuviera los detalles para realizar la entrega con garantías.

Tal y como habíamos quedado, sobre las 10.00, recibí la llamada del secuestrador y acordamos que la entrega se iba a hacer en Valle de Ángeles, una pequeña localidad muy visitada a las afueras de Tegucigalpa. Debía esperar en el centro del pueblo y, una vez allí, me dirían a dónde tenía que dirigirme. Entendí, por lo tanto, que la niña

se encontraba secuestrada por allí, en alguna casa del entorno. La hora prevista eran las 12.00.

Después de esperar algo más de una hora, llegó un joven en una moto y me pidió que le acompañara. Yo le seguí hasta las afueras de Valle de Ángeles, dirección a San Juancito, y en una calle de tierra, vi a la niña sentada en un banco de madera. Ese era uno de los requisitos que yo había puesto: ver a la niña esperándome. En cuanto ella entrara en la camioneta, yo entregaría el dinero. En un primer momento, ellos no accedieron por miedo a que les pagara con dinero falso, pero les convencí de que eso no tenía ningún sentido. Lo único que quería la familia era que su hija volviera cuanto antes a casa, sin más problemas ni peligros. Pero, de todas formas, les daría diez minutos sin moverme del sitio para que ellos revisaran el pago. Así fue cómo ocurrió todo. Entregué el dinero cuando la pequeña ya estaba a mi lado y esperé a que aquello terminara bien.

Puedo decir que me sentí liberado. La presión era brutal. Estos casos siempre son impredecibles y existen demasiados factores en juego. Tantos, que en cualquier momento puede salir algo mal. Pero había algo que lo compensaba todo: la satisfacción de ver a la niña abrazada a sus padres. A día de hoy, aún me sigue emocionando ese recuerdo. Como me emociona pensar que terminaron bien los once secuestros que negocié, incluido uno muy complicado porque lo primero que hicieron los secuestradores, antes incluso que negociar, fue mandarle a la familia una oreja cortada de la víctima.

Lo voy a contar porque demuestra que las cosas no siempre salen como uno quiere. Fue, además, todo muy difícil porque lo realizaron en San Pedro Sula, una madrugada de domingo, en una zona de ocio.

El secuestrado era un joven de veintiún años, perteneciente a una familia adinerada de la ciudad y esta vez no tuvieron nada que ver las maras. Los responsables fueron una de las muchas bandas criminales que llenan todo el país de norte a sur.

Recuerdo que aquel domingo yo estaba en el campo de entrenamiento, en Támara, a las afueras de Tegucigalpa. Recibí una llamada sobre las 13.00, de parte del padre Carlos, que ya se había recuperado de sus problemas de salud. Al parecer, el jardinero había encontrado en la puerta de la casa una oreja envuelta en papel de periódico y ensangrentada. El hijo no había aparecido y se esperaban lo peor. Hablé con el padre y le dije que no se preocupara, que todo se iba a solucionar. Pero primero teníamos que esperar para saber qué es lo que querían los secuestradores. Me puse inmediatamente en camino para llegar a San Pedro Sula sobre las 20.00 horas, porque antes tenía que regresar a Tegucigalpa, y eso eran cinco horas como mínimo de coche.

A mi llegada, toda la familia me estaba esperando angustiada en casa. Javier, el hijo, aún no había aparecido y no se sabía nada de él. En aquel momento, y viendo cómo estaba ocurriendo todo, decidí llamar a mi amigo Miguel y explicarle la situación. Me contestó lo que yo ya me temía: aquello no era normal. O los secuestradores eran muy violentos o había algo más de por medio. Tenía, por lo tanto, que hablar con la familia para que me explicaran si habían tenido algún problema con alguien. En la larga trayectoria como negociador de Miguel, muy pocas veces había visto ese *modus operandi*: entregar un trozo del cuerpo del secuestrado antes siquiera de hablar con la familia. No, al menos, si nos referimos a un secuestro por el móvil

económico. También me advirtió que tuviese cuidado a la hora de negociar porque no iba a ser tan fácil como los anteriores casos. Alguien dispuesto, de entrada, a cortar una oreja al secuestrado podía terminar entregando a la víctima por capítulos y en cachitos.

El negocio del padre consistía en la compraventa de terrenos y en la construcción. Él mismo me dijo que no tenía enemigos declarados, pero que había comprado muchas tierras y en alguna de esas operaciones se habían producido desahucios imprescindibles para la construcción de nuevas casas, sobre todo en la zona costera y más turística de Honduras, entre Tela y La Ceiba. Tendríamos que esperar, así que me quedé en su casa, en un apartamento de invitados que había allí mismo, hasta ver si los secuestradores se ponían en contacto. Pero pasó el lunes y no llamó nadie, ni se manifestaron de ninguna manera. Al día siguiente, el martes por la mañana temprano, alguien tocó el timbre exterior de la casa, un chalé grande a las afueras de San Pedro Sula, en una zona acomodada. La empleada de hogar estaba haciendo el desayuno para la familia en la cocina y contestó ella, pensando que se trataría de algún otro trabajador.

Desde el otro lado, una voz respondió que, si querían volver a ver al hijo con vida, el padre, que se llamaba don Juan Carlos, debía ir al parque central de San Pedro Sula y esperar sentado en un banco frente al quiosco. En caso de que apareciera la policía o detectaran cualquier cosa extraña, matarían al chico. La hora del encuentro la fijaron a mediodía. Después, por las cámaras, vimos que el que había dejado el aviso en el telefonillo parecía un chaval jovencito, por la complexión de su cuerpo y por la forma de moverse, y que no se había quitado el casco en ningún momento.

Me mandaron llamar y me contaron lo que había ocurrido. Había que tomar decisiones: dejar que fuera solo don Juan Carlos, como querían los secuestradores; ir yo con él; o incluso ir yo solo. Uno de los problemas de esta última opción es que ellos no sabían quién era yo y lo más probable era que no me reconocieran como parte de su familia. Esa, en cambio, era una gran baza para que le acompañara y me quedara en la distancia vigilándolo todo, aunque en Honduras resulta difícil que pase desapercibido un extranjero de 110 kilos de peso como yo. De manera que don Juan Carlos tendría que ir solo, pero yo estaría allí vigilando. Usaría mi propia camioneta, llegaría muchísimo antes y aparcaría de forma que pudiera ver el lugar donde se iba a producir el encuentro. Estaría, en cualquier caso, muy cerca de él por si me necesitara. Establecimos incluso una seña: para que yo interviniera, él tendría que tocarse el bigote con dos dedos, como si estuviera ampliando una foto en el móvil. Tenía que enterarse bien de qué querían los secuestradores y les dejaría mi número de teléfono para entablar las negociaciones. Podía darles como referencia los secuestros que había negociado de parte del padre Carlos.

Salí de inmediato. Antes de las 9.00 ya había llegado a la zona y había aparcado en el lugar perfecto para tener un amplio campo de visión. Don Juan Carlos llegó quince minutos antes al lugar indicado y se sentó. Nadie apareció a las 12.00. Pasó más de media hora y al padre se le veía nervioso. Pero debía mantenerse firme y aguantar allí. A los pocos minutos, por fin, se acercó una mujer, se sentó a su lado y los dos juntos se levantaron. Un vehículo les estaba esperando. «Joder, esto se está complicando», pensé. Pero, dentro de lo malo, estaba tranquilo porque antes de salir de casa, le había colocado un

dispositivo de localización en la ropa, algo que solía hacer y que me pedían algunos de mis clientes, sobre todo los políticos y empresarios, cuando tenían que ir a alguna reunión o encuentro. Mi misión entonces era chequear su localización en todo momento y para ello compré el material electrónico adecuado, más aparatos que se unían a los que utilizaba en labores de contraespionaje para detectar cámaras ocultas, micrófonos, localizadores que pudieran llevar otras personas, etcétera.

Aunque es evidente que en una situación así le podía pasar cualquier cosa, incluso llevando el localizador. Le seguí a distancia y entraron en una de las peores colonias de San Pedro Sula, la Rivera Hernández. Yo allí no podía meterme. Vamos, ni podía yo ni podía la policía. Ese era el tipo de sitio del que estamos hablando. El localizador se paró y esto quería decir que estaban dentro de alguna de esas casas. Pasó como media hora y el localizador volvió a moverse. Al final, dejaron al padre en el mismo banco del parque central del que le habían recogido, justo enfrente del quiosco.

Cogió el teléfono y llamó a su chófer para que le viniera a buscar. Yo fui directo a su casa para encontrarnos allí y ver qué había ocurrido. Nos reunimos nada más llegar. Él, como es normal, estaba muy nervioso. Le habían dejado ver a su hijo en un cuarto muy pequeño, como una especie de jaula dentro de la vivienda. Estaba acostado sobre un suelo de tierra. Habló unos instantes con él. Le contó cuánto le dolían las heridas causadas por la amputación de la oreja. Aquello puso al padre aún más nervioso y hasta se ofreció a cambiarse por el hijo y que le secuestraran a él.

Pero todo era negociable y aún había posibilidades de arreglar las cosas. La clave estaba en que don Juan Carlos había jodido un gran negocio de tierras en La Ceiba. Iban a construir un hotel y él había reventado los planes de alguien bastante peligroso y con vinculaciones con el narcotráfico y las bandas criminales. Así que ahora esa persona quería recuperar el dinero que creía que le había hecho perder, y con tal de conseguirlo, estaba dispuesto a todo. Lo malo eran las cifras que manejaban: 30 millones de lempiras —como un millón de dólares—, la cantidad más grande que yo había manejado nunca en una negociación de este tipo.

Don Juan Carlos, en efecto, reconocía haber realizado esa operación de compraventa, pero desconocía todas las implicaciones que había detrás. Si él se había quedado el terreno y se lo había quitado al mafioso, fue porque le ofreció más dinero del que el otro quería pagarle. Don Juan Carlos pagó unos cinco millones de lempiras y el mafioso estaba dispuesto a darle solo tres. Ahora era a mí a quien le tocaba solucionarlo y, para ello, los secuestradores ya tenían mi número de teléfono. Esa misma noche me llamaron con un número oculto. Sabía muy bien que eran ellos y contesté.

—Hola, buenas noches, ¿con quién hablo? —pregunté.

—Soy el Yuca —respondió el otro.

—Un placer, Yuca.

—Vamos a ir directos, queremos 30 millones de lempiras en billetes usados en menos de veinticuatro horas o seguiremos enviando trozos de Javier.

—Estén tranquilos —le dije—, porque se les va a pagar, pero tengan en cuenta que es mucha cantidad de dinero y esta familia tiene

inversiones, pero no *cash*. En cuanto deje de hablar con ustedes, hablaré con don Juan Carlos para ver las posibilidades de recaudar el dinero —les pedí que me llamaran sobre las diez de la mañana del día siguiente y que, por favor, le curaran la oreja a Javier y le dieran de comer para que todo terminara bien.

—Se le curará, porque vamos a ser socios, y se le dará de comer, como usted dice, pero solo les vamos a dar veinticuatro horas para conseguir el dinero, y ni un minuto más.

—Todo saldrá bien, no se preocupe. Yo seré quien lo maneje todo de forma privada. La policía no se va a enterar de nada.

Esto último resultaba fundamental para ellos, porque para estas bandas de delincuentes es toda una tranquilidad saber que no va a haber policía de por medio. También les gustaba que el negociador fuera extranjero.

Esa misma noche, me reuní con la familia y les expliqué lo que los secuestradores querían. Ellos tenían el dinero y lo habrían pagado al momento, pero yo les dije que podría ajustar la cantidad. Les veía muy desesperados y de esa forma actuaban. Mi propuesta era ofrecerles 12 millones de lempiras, lo que suponía reducir 18 millones la cantidad, y en caso de que se negaran, podríamos subir hasta los 15 millones.

A la mañana siguiente, don Juan Carlos fue a sacar el dinero en efectivo para tener los 30 millones en casa. En caso de que las cosas salieran mal, pagaría todo lo que los secuestradores le habían pedido.

Muy puntual, a las 10.00, recibí la llamada del Yuca.

—Buenos días —le dije.

—Buenos días, ¿tienen el dinero? —me contestó.

—Aún no, están mirando en las cuentas personales y de la empresa pero solo van a poder llegar a los 12 millones en *cash*, aproximadamente. Para los 30 millones necesitarían más días y vender propiedades.

—Como al mediodía no me den una respuesta satisfactoria, vamos a seguir mandando trocitos —me amenazó y colgó el teléfono.

Miguel me aconsejó que siempre, a la hora de negociar un secuestro, fuera muy claro y les diera la razón a los secuestradores, pero que tampoco les concediera todo lo que pedían porque entonces sería una escabechina. Esa es la fina línea roja que nunca sabes si la vas a pasar y la vas a cagar, o va a ser un éxito. Yo tenía claro que si en la siguiente llamada me exigían que les diera todo el dinero o nos devolverían a Javier en cachitos, les entregaríamos los 30 millones de lempiras. Pero en esas dos horas, seguro que hablaron entre ellos y fueron conscientes de que podían conseguir un buen dinero sin llegar a los 30 millones. Yo estaba dispuesto a subir hasta 15. Trataba de imaginar qué estarían pensando ellos: si se arriesgaban a perder los 12 millones y se quedaban solo con un cadáver —porque ya les había explicado que era imposible conseguir semejante cantidad en tan poco tiempo—, o cogían lo que les ofrecía, que no estaba nada mal, con la posibilidad incluso de rascar otros tres millones, lo que sería la mitad de lo que ellos, en un principio, habían pedido.

Esperé con ansiedad la nueva llamada del Yuca y, efectivamente, sobre las 12.00 del mediodía volvió a sonar el teléfono. Era un número oculto.

—Hola —respondí.

—¿Tienen los 30 millones de lempiras? —me soltó a bocajarro.

—Es imposible para la familia reunir todo ese dinero en *cash*. Si lo tuvieran, no dudarían en entregarlo para liberar a su hijo. Solo han conseguido 12 millones en efectivo, pero don Juan Carlos ha hablado con un buen amigo suyo y puede prestarle tres millones más de lempiras, por lo que nos acercamos a los 15 millones. Para lo otro, para los 30, tendrían que vender activos —yo le intentaba convencer y le decía que sentían mucho lo que había ocurrido con aquella operación en La Ceiba, que don Juan Carlos no sabía que había más gente de por medio y que, por favor, lo único que querían era recuperar a su hijo. Javier, además, no tenía nada que ver con los negocios de su padre y la mejor prueba de la buena voluntad de la familia era que no habían llamado a la policía para evitarle problemas a todos. El Yuca ni siquiera se molestó en contestar. Directamente colgó el teléfono.

En ese momento sentí un escalofrío. Igual no aceptaban mi oferta y nos arriesgábamos a que lo tuvieran más tiempo encerrado, que le mataran o que le siguieran cortando en trocitos, como ya habían anunciado que iban a hacer. Pero en ese caso, jamás recibirían el dinero.

A los diez minutos volvió a sonar el teléfono. Otra vez un número oculto. El escalofrío se transformó en alegría, muy controlada, sin el menor triunfalismo, pero alegría. Supe justo entonces que iban a aceptar mi oferta. Los secuestradores seguramente hablaron con la persona que los había contratado e incluso lo mismo se limitaban a entregarle al mafioso de La Ceiba los cinco millones que don Juan Carlos había pagado por los terrenos, y ellos se quedaban con los otros 10 millones. Pero esto son solo especulaciones, porque cualquier cosa es posible en el submundo del crimen.

—Hola.

—Soy el Yuca.

—Sí, dime... ¿Qué te parece la propuesta? Te lo digo con la mano en el corazón, la familia está destrozada y de tener el dinero en *cash*, lo pagarían rápidamente para que vuelva su hijo lo antes posible y, sobre todo, ellos no han querido perjudicaros en ningún momento para no agravar la situación.

—Hemos decidido que vamos a aceptar el dinero —me respondió —. Haremos el intercambio esta misma tarde, a las 20.00, en la entrada de la Rivera Hernández. Dígame qué coche llevará para que vayan a recogerle. El dinero nos lo dará en quince bolsas separadas con un millón en cada una de ellas.

—Me parece todo perfecto, pero voy a necesitar una prueba de vida para que la familia se tranquilice, que Javier hable unas pocas palabras…

—Sí, sí, mando un vídeo… —Y el Yuca colgó.

Ya eran las 19.00, se estaba acercando la hora de salir y aún no había recibido el vídeo con la prueba de vida. Eso me estaba poniendo muy nervioso, pero tenía que jugármela e ir a por Javier de todas formas. A los pocos minutos, además, me mandaron el vídeo. Javier estaba bien y animado, comentaba que ya le habían dicho que se iba para casa. Inmediatamente reenvié el vídeo a la familia, todo iba según lo esperábamos. Ahora venía la parte más complicada y era la entrega de Javier y el dinero.

A las 20.00 ya estaba en la entrada de la colonia. Ellos sabían que llegaría en una Chevrolet Silverado azul metalizado. Se acercó una

moto con un chico joven y me ordenó que bajara todos los cristales de la camioneta y que le siguiera.

El final había llegado. Ya lo estaba viendo. Javier estaba de pie en el porche de una casa, detrás de una puerta de rejas. Me abrieron y metí la camioneta. Por fin conocería al Yuca, aunque no le vi la cara. Llevaba un pasamontaña de color azul intenso. Javier me miraba y lloraba. Nada más bajar del coche, me cachearon por si llevaba armas, luego le di la mano al Yuca y le dije que lo haríamos rápido, que Javier se montara en mi camioneta y que ellos sacaran el dinero de la parte de atrás, y así ocurrió. Un par de chavales jóvenes sacaron el dinero, lo metieron en la casa y me pidieron que esperara un rato hasta que ellos me dijeran que podía marcharme. Tardaron como unos diez minutos. Estaba claro que querían comprobar que estaba todo el dinero y que no era falso. Antes de irme, el Yuca me dijo que había sido un placer hacer negocios conmigo y que sentían haberle cortado a Javier, pero que muchas veces eso hacía que las familias se movilizaran más rápido. Me senté en la camioneta frente al volante y volvieron a acompañarme hasta la salida. Javier era libre, lloraba sin parar.

Al final, esta es la triste realidad que se vive en los países en los que las personas están deshumanizadas y su mayor éxito consiste en conseguir todo el dinero que puedan de la manera que sea. Aquellos cuatro días fueron una de las experiencias más intensas que viví en Honduras. Pero puedo insistir orgulloso en que, cuando me fui del país, había negociado once secuestros y todos ellos con un resultado feliz.

Y es que, la seguridad, en lugares castigados por índice tan altos de criminalidad, siempre es un buen negocio, pero también muy

peligroso. Conviene recordar también que cuando hablamos de maras, estamos hablando de asesinos sin escrúpulos y que están, por ejemplo, tipificadas como bandas terroristas en Estados Unidos.

Algo que me sorprendió mucho al llegar al país fue cuando me hablaron de las casas locas. «¿Casas locas? —debí preguntar muy sorprendido— ¿Qué es eso?». Pues bien, son casas que los mareros deciden quedarse de un día para otro. Con esto quiero decir que si la mara toca a tu puerta y te dice que esa casa es suya, tienes 48 horas para salir de ella e irte porque nadie podrá protegerte ni tú tampoco querrás poner en peligro la vida de toda tu familia. Muchos seguro que pensaréis que menuda barbaridad y sí, lo es, pero es que las maras son así: si quieren tu casa, se la quedan; si quieren tu negocio, se lo quedan; y si quieren a tu hija, se la llevan. ¿Y por qué los ciudadanos honrados de Honduras no denuncian a la policía? Porque a los cinco minutos, ellos sabrían que has ido a denunciarles y en ese caso, tanto tu vida como la de tu familia pendería de un hilo. Por lo tanto, es mucho más fácil, pero también más doloroso, irse con vida que quedarse y morir. La policía no puede protegerte, y si en el mejor de los casos lo hiciera, serían solo unos días y luego volverías a quedarte solo y desamparado.

Las casas locas, encima, las utilizaban los mareros como centros, donde llevaban a la gente para torturarles, asesinarles y descuartizarles. Y lo digo porque conozco de primera mano lo que son estas casas y he estado dentro de ellas con la policía nacional. De entre tantos casos que vi, el que más horror me produjo fue una persona a la que le habían cortado a cachitos desde los dedos de los pies hasta por encima de las rodillas. Para ello, y para evitar que se

desangrara, le colocaron varios torniquetes en la parte superior de la extremidad. No querían que muriera, querían que la víctima aguantara y padeciera el mayor sufrimiento posible.

Otra de las torturas más extremas que se practica en esas casas es la quema de la cabeza. Ponen acelerantes de la combustión solo en la cabeza y la incendian. Luego la apagan y vuelven a empezar hasta que la persona muere por quemaduras graves en las vías respiratorias. Los ojos, por lo general, revientan y te encuentras un cadáver con el cuerpo intacto y una calavera, o casi, encima del cuello. Lo último que contaré para que los lectores se hagan cargo del tipo de asesinos que son los mareros es su gusto por partirle la espalda a sus víctimas. Las sientan en sillas y las atan para que no puedan moverse, les machacan los dedos con martillos, les sacan dientes y muelas hasta que no queda uno solo en la boca y finalizan arrancándoles las entrañas.

EN EL OBJETIVO DE LAS CÁMARAS

Durante años, y después de salir de España, mantuve un perfil bajo. Eso provocó que algunos aquí dijeran que yo no estaba trabajando fuera y que era todo mentira. Claro, en aquellos años, que un español saliera al extranjero para trabajar en temas de seguridad, la verdad es que resultaba complicado. Haberlos, seguro que los había, pero no se les conocía. Durante meses, me estuvieron llamando de E*n portada*, un programa muy famoso de TVE, dirigido por José Antonio Guardiola, un prestigioso reportero de guerra. Querían hacer un reportaje sobre mi trabajo en Honduras. Les parecía interesante saber qué hacía un

español en uno de los lugares más peligrosos del mundo y protegiendo al presidente del país.

Pasé meses pensando si participaba en el reportaje o no, y un día me decidí a hacerlo después de escuchar en algunos foros de seguridad que yo era un fantasma, que había engañado a la gente con los cursos de Israel y un sinfín de mentiras y descalificaciones más. Aunque esa decisión tenía inconvenientes. El principal es que los malos iban a saber quién soy. Pero también es cierto que Honduras, durante esos años y después de lo que dicen que fue un golpe de Estado, se tuvo que abrir al mundo y uno de los principales atractivos empresariales que ofrecía eran las energías renovables, tanto los parques eólicos como solares. Al poco tiempo de salir en el reportaje de TVE, que titularon «El reino del plomo», me llamaron varias empresas españolas y francesas para contratar mis servicios porque querían invertir allí.

José Antonio Guardiola llegó al país con su equipo, y yo les proporcioné escolta y un vehículo blindado para que se moviera por Honduras de la forma más segura posible. Aterrizaron en Tegucigalpa ya de noche, como todos los vuelos que llegan de Europa, y me llamaron para que nos viéramos en mi restaurante al día siguiente, a la hora del almuerzo. Yo ese día tenía trabajo pero quería saber en qué consistía el reportaje. Cuando llegué, ellos ya estaban sentados en la mesa que les había reservado. Quería invitarles a comer una paella y tengo una foto que inmortalizó ese primer encuentro en el restaurante. Aunque lo más curioso fue otra cosa. Al llegar, me quité los dos subfusiles Heckler & Koch MP5K que, desde el último atentado, siempre llevaba conmigo, cada uno de ellos debajo de un brazo,

colgados con unas sobaqueras especiales que había comprado en Las Vegas.

Al sentarme, y sin ser consciente de lo que estaba haciendo porque era un gesto que realizaba a diario cuando llegaba a almorzar, saqué los dos MP5K y los dejé sobre la mesa, cada uno a un lado. José Antonio y el equipo me miraban como pensando: «Joder, qué está haciendo este tipo». Inmediatamente me di cuenta y puse los subfusiles en una silla. Les pedí disculpas. Lo había hecho de la forma más natural, pero tardaron un rato en que se les quitara la cara de susto.

———— • ————

Los peligros no solo forjan el carácter, sino que también nos enseñan a apreciar cada momento y cada logro.

———— • ————

Me comentaron que querían grabar algo con la policía, el presidente y la rectora de la universidad, y por supuesto, el día a día conmigo, para saber cómo vivía, así como alguna capacitación de escoltas. En aquel momento, yo tenía un contrato de entrenamiento de las fuerzas especiales de la policía nacional, los Cobra, y el director de la policía era muy amigo mío, el general Bonilla, llamado el T*igre* Bonilla, un tipo recio, de 1,90 de estatura, con cara de duro y, sobre todo, muy bregado en la lucha contra las maras. Él me dijo que por supuesto, que les dejarían ir empotrados en alguna patrulla nocturna o en alguna intervención que tuviera que hacer en cualquier colonia conflictiva. El presidente de la República no estaba en el país, pero les atendió el vicepresidente, don Ricardo Álvarez, y la rectora, que les recibió muy

amablemente para explicarles lo ocurrido con su hijo, la repercusión que tuvo en el país y la depuración policial que provocó. El reportaje fue viento en popa y su estreno en España supuso un gran impulso para mi negocio.

Al poco tiempo, llegó a Honduras Jalis de la Serna con su programa E*n tierra hostil*, de Atresmedia, que trataba de las zonas más peligrosas del mundo. Honduras, por supuesto, estaba entre ellas. También les proporcioné un vehículo blindado y un conductor armado para que se movieran seguros por el país.

Durante el gobierno de Mel Zelaya, Honduras se convirtió en el primer centro de acopio de drogas de Sudamérica. La cantidad de vuelos ilegales que entraban era de locos. Los cárteles mexicanos y colombianos habían decidido que el país fuese un gran *hub* para ellos de la distribución de la droga hacia México. Para combatirlo, el gobierno me había contratado. Mi labor consistía en indicar dónde había que colocar los explosivos para volar las narcopistas, desde las que despegaban y aterrizaban los aviones cargados de droga.

Mientras estaba con Jalis y su equipo, recibí una llamada. Tenía que acercarme a hacer uno de estos trabajos y ellos me quisieron acompañar. Por lo general, siempre me desplazaba con varios equipos de fuerzas especiales en helicóptero, llegaba a la zona, decía dónde había que poner los explosivos, los detonábamos y me iba. Eso fue lo que grabaron las cámaras de Jalis y lo que salió en Antena 3 y La Sexta. Sabía que iba a ser peligroso, porque suponía convertirme en la cabeza visible de los que jodían las narcopistas a los traficantes, y en efecto los problemas no tardaron en llegar.

Era 11 de enero y acababa de volver a Honduras después de pasar las Navidades en España con mi familia. Salí de mi casa temprano para ver a un cliente. Los Toyota Land Cruise diésel blindados estaban alquilados y solo me quedaba una Chevrolet Suburban nivel VII, que no me gustaba demasiado conducir. Son enormes y consumen muchísima gasolina, unos 40 litros en ciudad a la hora, hablamos de vehículos con motor de 8.100 cc VORTEC, 780 caballos de potencia, algo más de 1.300 kilos de peso extra por el blindaje y capacidad para doce personas. Me incorporé con mi camioneta blindada a uno de los bulevares, uno de los más famosos y transitados de la ciudad, el Morazán, y ya a esa hora había mucho tráfico. De repente, salió una camioneta de la gasolinera y otra del lado contrario de la calle. Pararon el tráfico en mi sentido y vi que empezaban a bajarse hombres armados. La gente empezó a dejar sus coches vacíos para salir huyendo. Yo intenté golpear al coche de delante y el de detrás, para conseguir hacerme un hueco y escapar también, pero era imposible, porque todo estaba atascado y la mediana tenía demasiada altura como para pasar por encima de ella con la furgoneta.

Todo mi mundo se vino abajo. Venían a matarme. Cerré el coche, cogí el fusil y recliné mi asiento. En muy pocos segundos, mi vehículo recibió una importante lluvia de balas. Como si veinte personas hubieran venido con martillos a golpear tu coche. Literalmente. Pero no se trataba de martillos, sino de impactos de bala. Fue tal la cantidad que, a pesar de llevar cristales blindados de 45 milímetros —nueve cristales, en realidad, de cinco milímetros cada uno—, empezaron a saltar trozos de vidrio y metal al interior. Varios de ellos incluso se me incrustaron y me hirieron el rostro. Llevé metralla en el

pómulo durante un año sin darme cuenta. Solo fui consciente de ello cuando fui al médico, porque tenía una herida que no se me cerraba en la cara, y descubrieron el trozo de metal, me lo extrajeron y me cosieron.

El caso es que, mientras esos tipos hacían todo lo posible por matarme, yo pensaba en mi hijo y en mi madre, y me decía a mí mismo que no quería morir. Tuve mucha suerte de coger la Suburban. De haber tenido una Toyota Land Cruiser en casa, habría salido con ella, y su blindaje de menos categoría me habría matado. Los proyectiles del 7.62 y 5.56 habrían atravesado el nivel III que llevaba, diseñado para ataques con armas cortas y escopetas del 12, pero no para fusiles de guerra como el AK47, con el que seguro que me dispararon, porque es inconfundible el ruido que hace, aunque apostaría lo que fuera a que también hubo otros fusiles implicados en ese atentado como Ar15 o M16.

Tenía que salir de la camioneta y la clave estaba en la parte de atrás. Ese modelo en concreto venía de Irak y contaba con una peculiaridad: el portón trasero no estaba blindado. El vehículo tenía una caja blindada dentro y unas compuertas traseras, antes del portón y de la zona de maletero, que se podían abrir manualmente. Los asientos traseros, además, estaban colocados a contramarcha porque en Irak los escoltas iban sentados mirando hacia la parte trasera para evitar que ningún vehículo se les acercara demasiado por si era un coche bomba. Hasta ponían unos carteles en árabe en la parte de atrás diciendo que estaba prohibido acercarse y que todo vehículo que se acercara más de 100 metros podría ser tiroteado. En caso de no hacer

caso a esta advertencia, los escoltas podían abrir los portones y disparaban al vehículo que venía detrás.

Fui hacia la parte de atrás para utilizar esta ventaja, pero en ese momento cesaron los impactos contra mi coche y empecé a escuchar disparos fuera. Me incorporé y vi cómo una patrulla de la policía militar de orden público estaba disparando contra las otras dos camionetas. Entiendo que la deducción fue sencilla: hay dos *pick-ups* con gente armada disparando contra una Suburban, pues los malos son los que cortan la calle. Ese fue mi momento. Salí por mi puerta con el fusil y empecé un fuego de tiro de 90 grados junto a la policía militar. Conseguimos matar a dos de los asaltantes, que se quedaron en una de las camionetas, mientras que el resto salió en la otra. Yo no me lo podía creer. El tema ya se estaba complicando demasiado. Hasta habían venido a por mí con todo: con tantos hombres, con tantas armas, con todas las balas que durante varios minutos sus fusiles de guerra habían sido capaces de disparar.

Fui al hospital a hacerme las curas y a decidir si me quedaba o volvía a España. Pocos días después, supe que las dos personas fallecidas pertenecían al clan de los Cachiros, una banda de criminales muy vinculados con el cártel de Sinaloa del Chapo Guzmán. Vamos, que eran sus socios en Honduras para suministrar y vigilar las drogas que llegaban al país para el Chapo.

Al salir en el reportaje de Jalis en televisión, que habían emitido diferentes plataformas, y enseñar cuál era mi trabajo, el Chapo Guzmán había decidido que había que matar a ese español que se dedicaba a colocar explosivos en las pistas que utilizaban sus aviones en Honduras. De manera que ya no eran las maras MS13 quienes me

querían matar o las bandas de expolicías por la depuración en el cuerpo que había provocado la rectora. Ahora ya era un cártel, y no uno cualquiera, sino el más poderoso entonces. Mi decisión, sin embargo, fue no marcharme del país y seguir con lo que estaba haciendo. Tenía una empresa de seguridad muy próspera. Me había costado sangre crearla y no la iba a dejar tirada.

El siguiente fue Jon Sistiaga, irunés como yo. Vino a visitarme para el programa L*a mara vida*, de Movistar Plus. Él es también un curtido periodista de guerra que se hizo famoso en la guerra de Irak por el asesinato de su compañero, José Couso, que recibió el disparo de un tanque americano al confundir su cámara con un RPG. Nada más llegar al país, nos reunimos y recuerdo que él me preguntó cómo podían saber si se producía algún asesinato. Yo le contesté que eso era muy sencillo, le di el contacto de las dos mayores funerarias y le aconsejé que ofreciera 500 lempiras —unos 20 dólares— por cada asesinado que les comunicaran, diciéndoles dónde se había producido. A Jon le llamó mucho la atención y yo le expliqué que en Honduras las funerarias son un gran negocio: el primero que llega donde está un cadáver, se lo lleva, y luego la familia tiene que pagarles por ello. En caso de que no tengan dinero, la alcaldía se hace cargo de los gastos, porque antes, la gente pobre enterraba a sus seres queridos en bolsas de plástico negro y en cualquier lado. Pero al entrar como alcalde don Ricardo Álvarez, elaboró un proyecto de muerte digna para que a los menos favorecidos se les facilitara también un velatorio, café, pastas y un ataúd de madera humilde, con el que enterrarlos en el cementerio. Todo ello constituía un gran negocio en una ciudad donde cada día eran asesinadas varias personas.

A la mañana siguiente, Jon me contó que aquello era una locura. El día anterior le habían llamado a la misma hora, de dos lugares distintos, porque en cada uno de ellos acababa de producirse un asesinato.

—Esto es un no parar, nunca había visto nada parecido en ningún otro país que no estuviera en guerra —me dijo alguien tan curtido en mil batallas como él.

—Bienvenido a Honduras —le contesté.

Jon se quedó muy sorprendido, no solo por eso, sino también por el trabajo que yo estaba haciendo, y por mis conexiones dentro del gobierno y con los más importantes empresarios.

Vinieron más productoras de Europa y Estados Unidos. Como la cadena de televisión M6, de Francia, que grabó el capítulo «Gangs du Honduras», de su programa E*nquête exclusive*; la RAI italiana; la CBS Americana, que rodó el reportaje C*entral* A*merican* T*errorist*; y el Canal 21 de El Salvador, que me entrevistó mientras hacía una capacitación con los Tigres, las nuevas fuerzas especiales del presidente Juan Orlando Hernández.

Después del atentado, decidí ponerme mi propia escolta, con personal de mi empresa, y los equipé perfectamente. Por seguridad, nunca sabían el lugar dónde íbamos a ir hasta el mismo instante en que me metía dentro del vehículo. Cada dos meses, además, pasaban la prueba del polígrafo para asegurarme de que no delatarían mis movimientos a los criminales. Confiaba en ellos, porque si no, hubiera elegido a otros, pero nunca terminas de saber ni puedes poner la mano en el fuego por nadie. Entraban también en juego las familias. De nada te vale ser una persona honesta si luego alguien llama a la

puerta de tu casa y te dice: «Sabemos que estás en la seguridad del español y, de ahora en adelante, queremos que nos digas qué es lo que hace y sus rutinas. De lo contrario, regresaremos y mataremos a toda tu familia». El famoso eslogan de plomo o plata es bastante descriptivo y yo no me podía volver a arriesgar. Es más, yo era el que dirigía la caravana y la ruta desde mi coche por medio de una radio. En aquellos meses y hasta mi salida de Honduras, por fin, en 2018, tendría un servicio de seguridad de una docena de personas distribuidas en dos motos de avanzada, un vehículo con cuatro escoltas, mi vehículo blindado con otros dos y un coche que cerraba la caravana con cuatro escoltas más. No me la podía jugar y en caso de que alguien me vendiera, para atacarme iban a necesitar muchos más recursos que la última vez, porque seríamos una docena de hombres armados, algunos de ellos con armas largas.

Honduras me marcó para el resto de mi vida, por lo que viví y por lo que sufrí. Solo yo sé hasta qué punto, pero soy un tipo muy reservado, que no cuenta nunca nada a nadie y que, por lo general, me como yo solo los problemas. No fue fácil vivir casi diez años en un país tan violento, aunque también puedo decir que me llevé buenos amigos y otros que creía que lo eran pero que en realidad estaban ahí por el interés. Ese tipo de gente siempre te la vas a encontrar, porque es difícil conservar ciertos valores y siempre hay personas que intentan tirar por la borda tu trabajo. Otros, en cambio, se acercan a ti para poder aprender, algo que a mí no me molesta. Al revés, me gusta. Yo siempre me mantuve en mi línea y mi trabajo fuera de España me dio un plus para saber que lo podía hacer casi todo y que estaba preparado para ello. Después del último atentado, viví unos añitos

más en Honduras, pero ya siempre con ganas de irme. El problema era saber dónde quería ir y, sobre todo, vender mi empresa antes de salir del país. Lo bueno es que en ese preciso momento recibí la llamada de un importante hombre de negocios español.

CONSEJOS PARA IR A UN PAÍS PELIGROSO

En países como Honduras, el turismo extranjero apenas existe por los altos índices de delincuencia. La mayoría de los extranjeros llegan a las islas de la bahía Roatán, unos lugares preciosos rodeados de cayos. Pero en aquellos años, casi todo el turismo en las costas y montañas de Honduras era centroamericano. El país tiene unas playas lindas y extensas, aunque como ya sabéis, la violencia hace que un extranjero pueda convertirse en víctima en cualquier momento. Por eso quiero dar esos pequeños *tips*, para que podáis evitar cualquier problema, ya sea que os engañen, un robo o algo peor. Sirven para Honduras, claro, pero también para cualquier otro lugar con altos niveles de criminalidad:

➤ Antes de nada, debes informarte bien del país al que vas en las redes sociales o foros de viajeros. Ten en cuenta que, si entras en las páginas oficiales del propio país, te lo pondrán todo de color de rosa y muchas veces eso no ocurre.

➤ Contrata un buen seguro médico, que sea válido para el país al que viajas, y que incluya la posibilidad de regreso en caso de caer enfermo.

➤ Confirma si necesitas alguna vacuna para entrar en el país o solamente es recomendable. Honduras tiene muchos problemas con el dengue hemorrágico, que puede provocar la muerte si no se trata a tiempo. Allí, por ejemplo, muchas personas mueren por no tener los 1.500 dólares que cuesta el tratamiento en un hospital privado, ya que los hospitales públicos no lo pueden costear. También está el chikungunya, otra enfermedad transmitida por los mosquitos. Esto se debe a la suciedad que existe en cualquier parte de las ciudades y al

almacenamiento de agua en recipientes donde los mosquitos ponen sus larvas.

➤ Revisa si vas a necesitar un visado por hacer escala en algún otro país. Antes, por ejemplo, para llegar a Tegucigalpa desde Madrid solo podía ser vía Miami, El Salvador o Guatemala. Pero para viajar por Miami, necesitas el ESTA, un permiso del gobierno de Estados Unidos para entrar al país, aunque ni siquiera salgas del aeropuerto.

➤ No lleves joyas ostentosas, ni ropa demasiado cara.

➤ Intenta también que el teléfono sea lo más normal posible y que tenga solamente las funciones que necesitas.

➤ Lleva dólares en billetes pequeños, de uno y de cinco, porque muchas veces te van a hacer falta para pagar pequeños gastos o propinas a tu llegada.

➤ Nunca saques en público mucho dinero en efectivo.

➤ Procura cambiar siempre a moneda local en lugares seguros, como bancos o en los mismos hoteles. Aunque el cambio sea un poco más caro y en la calle te puedan ofrecer un mejor trato, no tendrás la menor garantía de la autenticidad del dinero o pueden avisar a algún compinche para que te lo quiten luego.

➤ Lleva toda tu documentación duplicada o fotocopiada.

➤ Si vas a necesitar un taxi, recurre a aplicaciones como Uber o similares, en las que los conductores están identificados. En Honduras no existen estas aplicaciones, así que es mejor recurrir a taxistas ya conocidos por el propio hotel.

➤ Siempre que montes en un vehículo, saca una foto de la matrícula y mándasela a una persona de confianza.

➤ Utiliza siempre en tu teléfono una tarjeta SIM del país al que vayas.

➤ No lleves tarjetas de crédito, lleva de débito con una cantidad máxima limitada, y notifica al banco que vas a viajar.

➤ Por supuesto, en un país como Honduras no se debe caminar solo por las ciudades.

➤ Busca y quédate con la dirección y el teléfono del consulado o la embajada de tu país en el lugar que vas a visitar. Una vez que hayas llegado, es interesante llamar y decir que estarás un cierto tiempo y a qué has ido, porque como ya dije, países como Honduras no reciben demasiados turistas.

➤ Antes de salir, deberías inscribirte en el registro de viajeros de exteriores. De esta forma, en caso de una emergencia grave, como un desastre natural o un conflicto armado, podrás ser localizado rápidamente por las autoridades.

➤ Infórmate de las costumbres y de la forma de vida de los lugareños.

➤ En restaurantes, cafeterías o cualquier lugar donde tengas que sentarte, intenta siempre mirar hacia la puerta, y localiza las salidas de emergencia.

➤ Si visitas centros comerciales, tienes que estar atento, porque son un lugar propicio para que te localicen y te sigan los delincuentes, que suelen ir a las tiendas más caras, fijarse en los clientes que entran y buscar luego la oportunidad de asaltarlos.

➤ No te fíes de nadie y valora siempre la situación tú mismo.

➤ Asegúrate, al salir del país, de que tu maleta está perfectamente precintada. Incluso puedes llevar una cinta de doble cara, que venden en internet, y ponerla delante de la persona que te atienda. Eso lo que hace es que, si alguien manipula tu maleta, el precinto se despega y queda una leve capa con impresión sobre ella. Honduras no es un país fabricante de droga, pero sí es un país de donde sale casi toda o parte de la droga que va a México y a los cárteles. No sería la primera vez que a alguien le meten droga en el aeropuerto, sin que esa persona lo sepa, para introducirla ilegalmente en el país de destino final.

CANCÚN, EN EL CORAZÓN DE LOS CÁRTELES

Cancún es una ciudad mexicana ubicada en el estado de Quintana Roo. Cabecera del municipio de Benito Juárez, es la ciudad más poblada del estado con casi un millón de habitantes y está considerada como un destino turístico de talla mundial. Se encuentra dividida en cinco zonas: Isla de Cancún es la primera y más importante zona hotelera, donde se encuentra la mayor parte de las playas y actividades turísticas; la zona urbana, donde habita el grueso de la población; puerto Juárez es la tercera zona y desde ella podemos embarcar y visitar las otras dos zonas: Isla Mujeres, ubicada a solo siete kilómetros, y el asentamiento de Franja Ejidal. Pero detrás de este bello enclave, se encuentra uno de los submundos criminales más crueles: los famosos cárteles mexicanos de las drogas.

A partir de aquí, quiero explicaros cómo terminé en Cancún después de haber vivido tantos años en Honduras y de trabajar en Israel como instructor. En la primera parte, ya os conté cómo una noche conocí a Javier Hidalgo en Ibiza y cómo estuve trabajando con él en España en un momento en el que quería apostar por mi relación de pareja. Es cierto que las cosas entre Javier y yo no terminaron demasiado bien, pero luego conseguimos encauzarlo todo y que quedara una buena amistad entre nosotros.

Retomamos también la relación profesional cuando la compañía aérea de su familia, Air Europa, llegó a un acuerdo con el entonces presidente de Honduras, don Juan Orlando, para que todos los jueves llegara y saliera un vuelo directo desde San Pedro Sula hasta Madrid. Javier sabía que yo me encontraba en el país, así que le apoyé con algunos temas de seguridad y logística. Incluso llegamos a reunirnos

una vez allí, cuando mi atentado estaba aún muy reciente, en una visita que él hizo a Honduras en su avión privado. Nos encontramos en Roatán, en el archipiélago de las Islas de la Bahía, al que también pertenecen los Cayos Cochinos, famosos ahora porque Telecinco graba allí el programa S*upervivientes*. Aunque la llamada definitiva se produjo en septiembre del 2017.

—Hola, José Félix, ¿dónde estás? —me preguntó Javier al otro lado de la línea.

—Hola, Javier —le contesté—, ahora estoy en Ibiza, pero en unos días me voy a Honduras.

—Pues hazme el favor. Antes de irte, quiero que nos veamos para comentarte un proyecto.

—Vale, perfecto, pasado mañana me paso por tu casa al mediodía.

Y así fue como empezó esta nueva etapa de mi vida. El día en cuestión, Javier me estaba esperando en su casa junto a Pablo P*as*, un amigo suyo de confianza que estaría en el nuevo proyecto. Su idea era montar un hotel destinado a la fiesta, con una gran discoteca, más o menos el mismo concepto que el Ushuaia de Ibiza, pero se iba a llamar Melody Maker, marca que él compró hace años de una mítica revista musical inglesa. La otra gran diferencia es que esta vez el hotel de cinco estrellas estaría en Cancún, un paraíso para el turismo, como ya hemos dicho, sí, pero con importantes problemas de seguridad y Javier no terminaba de fiarse, a pesar de que Me by Meliá era quien le alquilaba el hotel y le había dicho que no se preocupara por los cárteles ni por las mafias, que ellos lo tenían todo controlado.

Por lo que me contaron Javier y Pablo, les dije que me apetecía mucho el proyecto. Primero, porque podía suponer mi salida definitiva

de Honduras. Y segundo, porque me gustaba mucho la idea y el reto que suponía. Más aún si estaba solventado el problema de los famosos impuestos que hay que pagar a los cárteles. Pero antes necesitaba un poco de tiempo para vender mi empresa de seguridad en Honduras y hacer todas las gestiones. Lo bueno es que había un posible comprador, un amigo que tenía una empresa mucho más grande dedicada al mismo sector, así que no me costó demasiado rematarlo todo para marcharme de allí. No la vendí por tanto como a mí me hubiera gustado y como creo que valía, pero sí la vendí por un buen precio.

Pasé de empresario a, otra vez, empleado. Esta vez del Grupo Globalia, y con un buen puesto: director de seguridad de los hoteles Be Live en el Caribe. Aunque antes de empezar con el proyecto de Cancún, me pidieron que por favor les preparara un estudio del estado de la seguridad de los hoteles en República Dominicana, Cuba y España, cosa que hice encantado.

Me desplacé a Cancún cuando el hotel aún era un Me By Meliá, para verlo todo desde dentro y analizar las infraestructuras del complejo. Esas mismas Navidades, empecé a ocuparme de la seguridad y a buscar otro concepto distinto del que tenían anteriormente. Cerraron el contrato de cesión del hotel y el negocio empezó a ser dirigido por Be Live Hotels, con el nombre de Melody Maker. La idea era llevar a grandes grupos, cantantes y DJ para que hicieran sonar su música dentro del hotel. Tanto el escenario como el equipo, los llevó desde España la marca Fluge, que fue la encargada de montarlo todo, así como de diseñar un reservado VIP encima de la piscina superior del hotel. El complejo, además, se convertiría en la mayor pantalla del

mundo por vídeo *mapping*, con 7.000 metros cuadrados en 3D, una verdadera locura. Hasta los aviones podrían ver desde el cielo lo que estaba pasando allí cada noche.

Las tensiones que había vivido en Honduras eran tremendas y ahora por fin parecía que empezaba una etapa mejor. O, al menos, más tranquila, así que decidí celebrarlo y, antes de empezar con el trabajo duro, en junio de 2018, organicé un viaje a Estados Unidos con mi hijo Jorel, que ya tenía dieciséis años, y al que había visto muy poco, prácticamente solo en vacaciones, durante mi etapa en Honduras. Le di una sorpresa y nos regalamos recorrer la famosa Ruta 66, desde Chicago hasta Santa Mónica, en una Harley Davidson Electra Glide Ultra Limited. 4.000 kilómetros los dos juntos y solos atravesando todo el país: Illinois, Misouri, Kansas, Oklahoma, Texas, Nuevo México, Arizona y California.

Y voy a permitirme ahora otro lujo: dejar aquí impreso algo que fue muy importante en mi vida, ese viaje, aunque me limitaré a algunos de los lugares increíbles en los que estuvimos mi hijo Jorel y yo:

1. Polk-A-dot Drive In: hamburguesería que lleva abierta más de cincuenta años en Braidwood (Illinois). Entrar allí es como regresar al pasado.

2. Route 66 Hall of Fame and Museum: lugar clave para saber más de la Ruta 66 en Pontiac (Illinois). Allí también se encuentra la caravana del famoso Bob Waldmire, artista y entusiasta de esta ruta, un pedazo de la historia de América.

3. El famoso puente Old Chain of Rocks en San Luis (Misuri).

4. La gasolinera de Gary's Gay Parita, en Ash Grove (Misuri), al frente de la cual se encuentra el gran George, y la gasolinera de Cars on the Route, en Galena (Illinois), donde se encuentran los coches en los que se inspiraron los de la película C*ars*.

5. La Blue Whale, una gigantesca ballena azul instalada en un lago en Catoosa (Oklahoma).

6. El City Meat Market, en Erick (Oklahoma), donde nos encontramos a un tipo muy divertido llamado Harley, y la Bug Farm, en Amarillo (Texas), granja que tiene cinco Volkswagen Escarabajo semienterrados y llenos de grafitis.

7. Cadillac Ranch, también en Amarillo (Texas) y también con coches semienterrados llenos de grafitis, pero esta vez son diez Cadillacs y no Escarabajos.

8. Relativamente cerca de allí, en Albuquerque (Nuevo México), se encuentran muchas de las localizaciones de la serie B*reaking* B*ad*.

9. Los pueblos de Isleta y Gallup, en Nuevo México, y al cruzar a Arizona, encontramos paisajes que parecían salidos de las pelis del oeste.

10. El WigWam Motel, en San Bernardino (California), donde puedes dormir en los famosos tipis de los indios, pero con las comodidades del siglo XXI.

11. Antelope Canyon, Horseshoe Bend, el Gran Cañón y Willians, todos ellos en Arizona, son de obligada visita.

11. Llegados a este punto de la ruta, nos desviamos a Las Vegas, para descansar cinco días allí, ver varios eventos de la UFC y visitar a la familia Álvarez, unos amigos cubanos.

12. Tampoco nos perdimos el bar de carretera Bagdad Cafe, en Newberry Springs (California); el restaurante Peggy Sue´s 50´s Diner, en Yermo (California); y el pueblo Oatman (Arizona).

Y vayamos ya con lo que ocurrió en Cancún. Cuando me incorporé, después de ese viaje maravilloso, yo ya había visto cómo funcionaba el país y hablé con Javier para comunicarle que iba a necesitar ayuda y gente española de confianza. Me dijo que adelante y me puse en contacto con Francho, un muy buen amigo al que conocí en San Francisco, en los campeonatos de jiu-jitsu sin kimono; Pablo, otro amigo que estaba trabajando en Pachá Ibiza; y Vicentito Roselló, jefe de seguridad en Pachá. Ellos estarían conmigo toda la temporada y también me llevé a un policía municipal que había trabajado para mí en Tegucigalpa, muy serio y buena persona. En Honduras ya lo tenían casi acorralado y más temprano que tarde la mara terminaría asesinándolo, así que le dije. «Vente a Cancún y empiezas una nueva vida aquí».

Estaba claro que el proyecto iba a ser un éxito con grandes artistas actuando allí, como J. Balvin, Afrojack, Nervo, Paris Hilton, Don Diablo, Maná, Miguel Bosé, Steve Aoki, David Guetta, Tiësto… Se organizó un espectacular despliegue de artistas internacionales y se planificó la seguridad al detalle. Todo iba perfecto, nadie nos había molestado, pero estábamos haciendo demasiado ruido en Cancún y a una persona vinculada al crimen organizado, y más en concreto a un cártel, no le

gustó la idea de que nos fueran tan bien las cosas, ya que perjudicábamos sus negocios de venta de bebida a extranjeros en el *downtown*. Pidió tener una reunión con el director del hotel y la empresa para evitar males mayores. Su planteamiento fue muy claro: le parecía bien que otras empresas de gran nivel funcionaran en Cancún, como el Melody Maker, pero su negocio no podía verse afectado. De alguna manera, lanzó una amenaza y era que debíamos acabar los conciertos a las doce de la noche como muy tarde para que luego la gente siguiera la fiesta y la borrachera en sus locales. Estaba claro que teníamos que hacerle caso para evitar problemas con él y, sobre todo, con quien le respaldaba.

Los primeros eventos transcurrieron sin el menor percance. Se puso en la calle a las personas que intentaban vender drogas dentro del hotel y hubo alguna pelea entre clientes, algo habitual en estos lugares, pero nada más.

Sin embargo, algo ocurrió el 30 de diciembre de 2018. Recibí una llamada del jefe del privado, y me dijo que había atendido a unas personas pensando que eran clientes que querían reservar una mesa en el VIP, pero resultó que no eran clientes como tal, sino que se trataba del comité de bienvenida del Cártel de Jalisco Nuevas Generaciones (CJNG), el cártel más sanguinario y peligroso del país entonces. Ellos controlaban la venta de droga en toda la playa de la zona hotelera por medio de los vendedores ambulantes. Este comité de bienvenida le dijo a Álvaro, el jefe del privado, que se habían enterado de que en los eventos anteriores hubo gente vendiendo drogas y que eso no lo podían consentir, que los únicos que podían vender droga en la zona hotelera eran ellos, y que, a partir del

siguiente concierto, en enero, lo dejásemos en sus manos. Álvaro les contestó que él no estaba autorizado para dar ese permiso y que hablaría con su superior, ante lo que los emisarios del cártel insistieron en su postura: a ellos les daba igual quién mandara, pero a partir del próximo evento, el negocio de la venta de drogas dentro del local iba a ser suyo y solo suyo. Como despedida, le pidieron su número de teléfono para volver a hablar con él al día siguiente.

Álvaro me llamó en cuanto se fueron los mafiosos. Estaba muy asustado. Decía que no pensaba volver a trabajar. Yo le tranquilicé y le pedí que, cuando se pusieran en contacto con él, les diera mi teléfono y que yo hablaría con ellos. Y así fue. En la mañana del 31 de diciembre recibí la llamada del cártel para convocarme a una reunión el 1 de enero. Poco antes de la hora acordada, ellos se pondrían en contacto conmigo para indicarme el lugar donde nos íbamos a ver. Yo esto no se lo comenté a mis amigos ni a mi familia, pero sí a un jefe de la policía federal que solía ayudarnos con la seguridad de los eventos y a Pablo. A este último, le comenté también que le mandaría por WhatsApp la localización del lugar donde me citaran.

Llegó la hora y me dirigí hacia el punto de encuentro que ellos habían fijado. Era un camino de tierra sin salida y allí no había nadie, solo casas destruidas a ambos lados. No me se ocurre un lugar más siniestro. Unos kilómetros antes, me había fijado que me seguía una moto, pero después desapareció y no le di más importancia al tema. De manera que estaba allí parado dentro del coche y volvió a aparecer la misma moto. Se detuvo detrás de donde había aparcado. Miró el coche, me miró a mí, miró todo lo que había a nuestro alrededor y, a los pocos segundos, arrancó y volvió a desaparecer. Acto seguido,

recibí una nueva ubicación, en la otra punta de Quintana Roo, a poco más de una hora. Volví a hablar con Pablo y le mandé la nueva ubicación.

Al llegar, me encontré una zona de chalés, pero situada en una rotonda sin salida. Me quedé esperando de nuevo, hasta que recibí otro mensaje con otra ubicación muy cercana a la primera. Confiaba en que esta ya fuera la última y que pasara lo que tuviera que pasar, así que me puse en marcha, casi de vuelta al punto de inicio. Según me acercaba por un camino de tierra, me encontré con policías muertos. En México llaman así a los obstáculos colocados en la vía a propósito para que los coches frenen y pasen despacio. Justo en ese momento, vi que se acercaba la moto por detrás. Eran ellos.

Yo circulaba a muy baja velocidad. El motorista se acercó, me indicó que bajara la ventanilla y me dijo que guardara el móvil en la guantera, que pusiera las dos manos en el volante, siempre a las doce en punto, sin moverlas ni quitarlas de ahí para que ellos pudieran verlas, y que le siguiera. Después de algo más de diez minutos, llegamos a una casa aislada, me abrieron la verja y me ordenaron que pasara. Ya dentro, me explicaron lo que tenía que hacer: no bajarme del coche hasta que me lo dijeran y no mover tampoco las manos del volante. Al final, apareció uno de los que estuvo el día 30 en el hotel. Le reconocí porque las cámaras de seguridad le habían grabado y, desde luego, no era mexicano, parecía más bien salvadoreño por el acento.

—Baja del coche —me dijo. Me fijé en que el tipo en cuestión llevaba una pistola Colt 1911 en el estómago con el martillo accionado —. ¿Te gusta la pistola? —me preguntó.

—Sí, es una Colt 1911 .45 ACP —le respondí.

—Ya sabemos que te gustan las armas, Joselito, y ahora que te revisen.

La que me cacheó fue una chica y, por la forma de hacerlo, podía intuir que era policía o que había estado en la policía. Al comprobar que no llevaba nada, empezamos a hablar.

—Joselito, me caes bien, y los tienes bien puestos por venir —comentó.

—¿Y eso?

—Me caes bien porque estás aquí y porque al 99 por ciento de las personas a las que decimos de venir a hablar no vienen.

—No tengo nada que esconder, amigo —contesté—, pero lo mejor es que vayamos al grano.

—Así es, Joselito, vamos directo al problema. Queremos 200.000 dólares al mes por impuesto de piso. Y sabemos que en los eventos que habéis realizado, ha habido gente vendiendo drogas y no vamos a consentir que nadie ocupe nuestra zona. Todos deben pagar un peaje y solo nosotros podemos vender en toda la zona hotelera.

—No es así, nadie ha vendido drogas y al que se le ha pillado, se le ha sacado y se le ha llevado a la policía. Además, te diré por qué, porque solo tenemos dos baños gigantes debajo de la piscina, uno de hombres y otro para las mujeres, y si hubiera gente vendiendo en los baños, nos habríamos dado cuenta. O si alguien se hubiera acercado a los clientes o hubiera entrado en los baños con ellos. Tengo seguridad puesta ahí y yo voy a menudo.

—Me da igual dónde las vendan, lo que te estoy diciendo es que las venderemos nosotros.

—Eso no me corresponde a mí, tendré que consultarlo con la empresa en Madrid y que ellos decidan. Pero de antemano, te digo que por mi parte va a ser que no.

—Esperamos que los güeritos de España sean más inteligentes que tú. A parte, te diré algo: hiciste bien en venir, en estos casos solo existen tres posibilidades y te las voy a explicar. La primera es que no hubieras venido y te hubiéramos ido a buscar. La segunda, que además de no venir, hubieras ido a denunciarnos, y ahí lo hubieras pasado mal. La siguiente y última, *bye*, *bye* y lárgate del país inmediatamente, espero y deseo que tus jefes sean más sensatos que tú, y recuerda que Dios pone a cada uno en su sitio.

—Pues será tu Dios, porque yo no tengo ningún dios.

—Está bien, te llamaremos mañana y esperamos una respuesta afirmativa.

Salí de allí con muy mala impresión y, por supuesto, llamé a Javier Hidalgo, que estaba al tanto de la situación, para que supiera lo que había pasado.

—Hola, Javi, ya terminé de hablar con esos hijos de puta.

—¿Qué ocurrió? —me preguntó.

—Pues muy sencillo, quieren 200.000 dólares al mes por impuesto de piso y, además de eso, vender drogas en todos los eventos que hagamos.

—Joder, no jodas. ¿Y qué crees que debemos hacer?

—No es mi negocio. Desde luego, yo ya les dije que, por mi parte, eso no podría ser, pero que lo tenía que consultar con la dirección.

—Déjame un tiempo para ver qué hacemos, lo tengo que hablar aquí con la familia y también con la gente de México.

—Ya, pero mañana están esperando una contestación y me llamarán por la mañana.

—Pues diles que no me has localizado, que es Año Nuevo.

—Bueno, esta gente no es idiota, y no se les puede vacilar, pero si quieres, yo les diré que no te he localizado.

—Vale, perfecto, muchas gracias, José Félix, mañana llámame en cuanto hablen contigo.

—Claro, así lo haré.

Al día siguiente, recibí la llamada.

—Hola, Joselito, ¿qué te dijeron en Madrid?

—Lo siento mucho, pero me ha sido imposible encontrar al CEO para explicarle. Es Año Nuevo y no sé dónde estará.

—A ver, mal chingado, mal parido, pinche retrasado, atontado, os vais a enterar, dile al estúpido de tu jefe y a todos sus güeritos que tengan mucho cuidado cuando vengan a Cancún.

Llamé a Javier. Le conté lo que había ocurrido y que habían amenazado a todos los directivos de Madrid y, por supuesto, a mí. Me habían avisado de que no saliera del hotel porque iba a pasarlo muy mal.

Compré como material de seguridad del hotel un AR15 y varias pistolas con un permiso especial del gobierno por lo que había pasado. Cuando un cártel como el de CJNG te amenaza, hay que tomárselo muy en serio, y por mis conversaciones con ellos, era evidente que conocían hasta el inventario de habitaciones ocupadas por semana. Sin duda, tenían a alguien dentro de la empresa que les facilitaba toda esa información. Me reuní con mis amigos y les expliqué la situación. El tema estaba muy complicado y no quería que

tuvieran ningún problema. El que quisiera, podía irse. El marrón era mío, pero por suerte todos se quedaron y me ayudaron.

A los pocos días, ya tenía el AR15 y varias Glock 19. Cada noche, me asignaban diez habitaciones distintas y yo elegía dónde iba a dormir. A la mañana siguiente, decía qué habitación había usado para que la limpiaran. El problema era que, cuando los del cártel querían ir a buscar a alguien a un hotel, lo hacían de noche y presionaban en la recepción lo que fuera necesario para dar con esa persona. Eso era a lo que yo no podía arriesgarme, así que si ellos se presentaban, nadie sabría dónde estaba porque podría encontrarme en cualquiera de esas diez habitaciones.

Vivir así es duro y más todavía no poder salir en dos meses del hotel. Y eso que yo había pensado que, después de Honduras, por fin iba a poder estar en paz y tranquilo, en un lugar bello como Cancún y con playas hermosas donde poder descansar. Pero nada, volví a meterme en la boca del lobo. Al fin y al cabo, México, para mí, es el país más peligroso del mundo por muchos motivos. Sobre todo, porque la corrupción es total en todas las esferas y tienes muy poco margen para hacer nada. Pero, al final, una situación tan desesperada como aquella se acabó resolviendo.

Resulta que, al acabar uno de los conciertos, me llamó la seguridad para avisarme de que había una persona violenta que quería subir a las habitaciones con un cliente del hotel, y eso estaba prohibido. Al llegar, me encontré a un tipo con pinta de mafioso, con esos típicos colgantes de oro y una especie de bolso de marca colgado. Me presenté y le expliqué que aquello no podía ser.

—¿Tú eres el que me vas a prohibir subir con mi amigo a su habitación? —me preguntó.

—En teoría, sí, porque usted no es cliente —le contesté.

El tipo hizo amago de girarse para ir hacia al ascensor, pero yo le sujeté por el bolso y el bolso se rompió. Cayó de él un bulto muy bien empaquetado. Me habría jugado mi sueldo a que ahí había como mínimo un kilo. Se me encaró y volvió a amenazarme.

—Tú no sabes quién soy yo —me soltó—. Y claro que voy a subir. Tú no eres nadie para impedírmelo ni para detenerme.

Apareció entonces mi amigo de la policía federal y vio toda la movida.

—Mira, no voy a ser yo el que te detenga, va a ser él —le contesté señalándole al policía.

Se lo llevaron detenido por posesión de cocaína y, al día siguiente, mientras estaba comiendo en el restaurante, se me acercó una chica bien vestida y me dejó un número de teléfono.

—Me mandan dejarte este teléfono. Hoy a las siete tienes que llamar urgente a don Marco antes de que se cierre definitivamente el hotel —me dijo, y desapareció casi como había venido.

Sabía que eso podía ocurrir. No era tan difícil. Ya había pasado en años anteriores en otros establecimientos que habían baleado desde el mar con una moto de agua. Si pasaba en el nuestro, desde luego, el hotel tendría que cerrar una temporada. Llamé a Javier para explicarle que habían vuelto a la carga después de lo que sucedió la noche anterior, y que teníamos que buscar una solución para que no se acabara el negocio. Le propuse la posibilidad de que vendieran drogas en la playa y yo habilitaría una zona para que salieran los clientes que

quisieran comprarlas. Eso fue lo que le comenté a don Marco cuando le llamé a las siete.

—Buenas tardes, don Marco.

—Sí, eres Joselito, ¿verdad? —me preguntó de forma muy seca.

—Sí, un placer saludarle.

—El mío no es un placer, pero vamos a intentar ponernos de acuerdo. Me estás dando muchos dolores de cabeza y quiero que todo esto termine bien. La persona que detuvieron ayer trabaja para mí y no quiero que ocurra nunca más, por el bien tuyo.

—Usted dirá.

—¿Cómo podemos terminar con el problema de mi producto en el hotel?

—Creo que tengo la solución para ambos.

—Dime cuál es esa solución.

Le expliqué mi plan para que siguieran sin vender drogas dentro del hotel, pero sí pudieran hacerlo en la playa y, de esa forma, evitar complicaciones policiales.

—Déjame que lo estudie y mañana te volveré a llamar yo —me contestó don Marco después de escuchar muy atento mi propuesta.

—Pero también está el impuesto de piso. Ustedes conocen perfectamente los números del hotel. Es un negocio nuevo con una nueva imagen y encima sigue en construcción. Voy a hacerles un planteamiento económico mensual más ajustado a la realidad y si usted tiene compromisos con alguien, podríamos también facilitarle una zona VIP con unas botellas de invitación.

—Mañana te llamaré a la misma hora y te digo si cerramos el acuerdo para tener una amistad duradera —se despidió don Marco.

Parecía que podía empezar a arreglarse el tema. El tipo que se había llevado la policía detenido por posesión de cocaína pertenecía al mismo cártel. Entendí que no llegó nunca a las dependencias policiales y que debieron soltarle por el camino, pero se lo estaba poniendo difícil. Yo sabía que no me iban a matar, sería un escándalo matar al director de seguridad de un hotel español y más del Grupo Globalia, con muchos intereses en el país por los vuelos de Air Europa a Cancún y México DF, pero sabía también que en cualquier momento me podrían pillar y darme la paliza de mi vida.

Volví a llamar a Javier para explicarle que el que me había contactado era el jefe del cártel en Quintana Roo y lo que habíamos hablado: las condiciones que ya había pactado con él y que ahora estábamos a la espera de que nos dieran una respuesta. La verdad es que yo estaba como loco ante la posibilidad de que aceptaran porque no estaba llevando nada bien el tener que estar en el hotel sin poder salir y, encima, todo el día armado.

Al día siguiente, don Marco me llamó y me dijo que aceptaba, que quería ver mi compromiso con él y que lo pactado se cumpliera. Aquello me tranquilizó y, a la vez, me dio un poco de miedo: dar tu palabra a un cártel y luego incumplirla puede ser muy peligroso. Pero la cosa salió bien. En cada evento, dejaba entrar a diez conseguidores y los clientes salían a comprar droga a la playa, donde les esperaban los vendedores con gorras negras. Al final, tenía un contacto casi semanal con don Marco y el trato era cordial. Incluso me decía que, si surgía algún problema con alguien, no dudara en decírselo a él.

Acababa de solucionar un gran problema y, a partir de ese momento, pude realizar mi trabajo con mucha más tranquilidad. Uno de mis

proyectos en Centroamérica, México y el Caribe fue una propuesta muy interesante llamada «Ni una más». ¿En qué consistía? Era sencillamente un programa de ayuda a mujeres víctimas de la violencia de género. Actualmente en España se asesinan una media de cincuenta mujeres al año, en manos de asesinos machistas, pues imaginaros lo que esto podía suponer en un país como Honduras con siete millones de habitantes, siete veces menos población que España, pero con veintiocho mujeres asesinadas al mes, una mujer muerta cada veinticinco horas en 2010, que es cuando yo comencé el programa gratuito. En 2019, cuando estaba en México, asesinaron allí a más de mil mujeres al año. En todos los países en los que estuve, hice cursos de autodefensa y, sobre todo, para fortalecer a la mujer ante una situación violenta, porque no debían dejarlo pasar, debían actuar o serían unas víctimas más entre tantas otras. En México, trabajé para una ONG llamada Centro Integral de Atención a la Mujer (CIAM). Los cursos fueron un éxito en diferentes partes del país, como el estado de Colima, Manzanillo, Ciudad Juárez, Tijuana, Cancún y México D.F.

La etapa en Cancún terminó porque era imposible trabajar siempre bajo la presión de la corrupción política y de los cárteles, y debido a varios incumplimientos en el contrato de alquiler del hotel. Se decidió el cierre a finales del 2019. Entonces yo ya llevaba unos cuantos meses en República Dominicana montando un plan de seguridad para los cuatro hoteles que tenía el Grupo Globalia en el país caribeño. Hasta el cierre completo y el traspaso del establecimiento de Cancún, mis amigos españoles regresaron a casa y se quedó allí solo Sandoval, el policía hondureño.

Un mal día, me llamó el jefe de seguridad que había dejado allí y me dijo que Sandoval no había regresado y que llevaba ya más de cinco días sin dar señales de vida. No respondía a la radio del trabajo y fueron a ver qué pasaba al lugar donde vivía, pero había desaparecido sin llevarse ni siquiera su ropa. Esa misma semana, volví a Cancún para saber qué le podía haber ocurrido y me mandó llamar don Marco. Sabía que estaba allí y quería hablar conmigo. Me citó en un local del centro, en una clínica odontológica. Me presenté a la hora establecida y me pasaron a su despacho, donde me dijo que tenía malas noticias para mí, que le habían mandado un vídeo en el que se veía cómo decapitaban y torturaban a una persona parecida a Sandoval. Le llegaba del cártel rival, que en Cancún era el del Norte. Al ponérmelo, la verdad es que no pude mirarlo. Fingí que lo miraba pero mis ojos estaban en otro lugar. No me sentía preparado para contemplar aquella monstruosidad. Fue uno de los momentos más delicados que he vivido, un momento de mucha frustración y rabia. Me sentía impotente. Don Marco me miraba y no decía nada. Estaba a punto de llorar. Después de aquel momento, he llorado muchas veces al pensar lo que tuvo que sufrir Sandoval, sin tener además ninguna culpa de nada. Solo era un simple trabajador. La aventura caribeña se había teñido de sangre y eso me dolía mucho. Sandoval dejó mujer e hijo en Honduras.

—Joselito, tienes la posibilidad de vengarte —me dijo don Marco.

—¿Cómo?

—Muy sencillo, quédate aquí conmigo y entrena a mis chicos.

—¿A qué se refiere, don Marco?

—Solo tendrías que entrenar a mis hombres en el manejo de armas y en medidas de seguridad.

—Pero ahora mismo ya estoy en otro país trabajando.

—Sí, lo sé, estás en Punta Cana, pero yo te ofrezco lo que ellos no te pueden ofrecer, mira la chequera y pon los ceros que quieras por tu trabajo. —Al decir esto, don Marco me acercó un cheque en blanco para que yo escribiera la cifra que quisiera por mi trabajo con ellos, con el cártel de Jalisco Nuevas Generaciones.

—Déjeme que me lo piense y hable con Javier Hidalgo, es mi amigo y no me gustaría defraudarle.

—Perfecto, cuando lo tengas claro, avísame y empezamos a trabajar juntos.

—Muchas gracias, don Marco, se lo agradezco de corazón.

Salí de aquella reunión muerto y roto. Por unos instantes, pensé en regresar y trabajar para ellos por el asesinato de mi amigo. Pero no pude. Sabía que terminaría como él, asesinado por el mismo cártel, por los cárteles rivales, o detenido y enviado a prisión. Mi vida siempre ha servido para proteger al más débil y aquello sabía que no iba a funcionar de esa manera. Aunque es verdad que en cada país que he estado siempre me han intentado comprar, algunos de la forma más descarada y otros, mucho más discretos. Aprovecharé este momento para contar lo que me ocurrió en Honduras cuando acababa de llegar. Inmediatamente se corrió la voz de que el jefe de seguridad del Partido Nacional y del presidente, don Porfirio Lobo Sosa, era un español. Recibí una llamada del secretario de un empresario. Decía que su jefe se quería reunir conmigo para temas de trabajo, que tenía una empresa de seguridad y que quería capacitar a todos sus empleados.

La reunión fue en el Hotel Marriot, a las diez de la mañana. Pero siempre me gusta saber con quién me reúno y a esta gente no la conocía de nada, por lo que llegué al *parking* subterráneo y esperé a ver quiénes entraban a esa hora. A las 09.50 llegaron tres Chevrolet Suburban negras. No se bajó nadie de ellas y entendí que al jefe le habían dejado en la puerta del hotel. Anoté por si acaso las matrículas de las tres camionetas. Subí en el ascensor al vestíbulo y allí me estaban esperando. No les puse cara, porque no les conocía, pero se me acercó una persona y me preguntó si era José Félix.

—Afirmativo —respondí.

—Sígame, por favor.

Me estaban esperando en una sala de reuniones privada. Me entregaron la tarjeta de un empresario exportador de plátanos, café y tabaco. Empezamos a hablar y me explicaron un poco cuál era su negocio.

—¿Y qué necesitan de mí para su personal de seguridad? —les pregunté.

—Querríamos que capacitara a cien personas de nuestra empresa de seguridad en el uso de armas largas de guerra.

—Les prepararé un presupuesto y se lo mandare sin falta.

Lo haríamos todo en la zona de la Moskitia, que es el segundo bosque más grande de Mesoamérica. Compartido por Nicaragua y Honduras, tiene 22.568 kilómetros cuadrados y se trata de una remota zona de montañas y llanuras, un área habitada por tribus indígenas como los miskitos, mayangnas, garífunas, pech y tawahkas. Pero esta bella selva se está muriendo y es el crimen organizado quien la está matando. Primero llegaron las drogas, cuando los traficantes

convirtieron las costas y los bosques de la región en un corredor para la cocaína. Luego vinieron los propios traficantes, que financiaron a invasores para que talaran miles de hectáreas de bosque y cercaran vastas extensiones de terreno con alambre de púas y carteles en los que pone: «Guardias armados». Mientras, la población indígena miskita de la región ha quedado atrapada entre los traficantes y un estado indiferente, en una situación de pobreza extrema.

Conocía la situación de esta zona inhóspita, así que le mandé las matrículas a mi amigo, el comisario Martínez Madrid. Poco después, me dijo que me olvidara, que eran narcos y tenían a un jefe norteamericano que estaba buscado por la DEA y por ellos mismos, la policía hondureña, pero que tenía importantes conexiones con altos mandos corruptos, que le abrían todas las puertas y podía moverse sin problema por el país. Por supuesto, no les mandé ninguna propuesta ni volví a saber nada más de ellos.

Pero volvamos a Cancún para contar mis últimos coletazos allí. El día antes de salir, llamé a don Marco y decliné su oferta. Era mucho mejor que saliera del país y empezara en otro lugar nuevo. Había dejado Honduras, un sitio terrible en aquella época, lleno de sangre y de odio, para irme a otro destino supuestamente más tranquilo, pero también acabó todo lleno de sangre y de odio. Ahora quería cambiar de aires y empezar de nuevo. Me habían ofrecido trabajar en la República Dominicana —de hecho, ya estaba allí— y aquello parecía mucho más tranquilo y muy turístico.

Aunque volvería a México un par de años más por temporadas, para impartir allí mis cursos de ayuda a mujeres maltratadas. Conocí incluso al gobernador del estado de Colima, que terminó siendo el

director de la procuraduría general de la República Mexicana. La procuraduría en México tiene su propia policía, fuerzas especiales y un equipo de protección de personas. Me llamó para ver sus instalaciones en México D.F., con una equipación de primer nivel: una galería de tiro de las más modernas que jamás he visto y una casa de fuego de tres plantas para las fuerzas especiales. Hice para ellos una demostración de tiro de combate israelí y del uso de Hand Sock, una herramienta muy contundente desarrollada por el coronel Amnon Maor. Al final conseguí un contrato de dos años, por el que tendría que regresar quince días cada seis meses para adiestrarles en tiro de combate, defensa personal y Krav Maga.

CÓMO EVITAR VOLVER PELADO A TU HOTEL

Mis recomendaciones para cerrar el apartado dedicado a México van a ser parecidas a las que expliqué en el bloque de Honduras. La preparación y lo que debemos de hacer es muy similar. Cancún, evidentemente, no es Honduras, pero es también peligroso porque quienes mandan en el país son los famosos cárteles de las drogas.

Cancún es un destino turístico de primer nivel, en el que entras en fantásticos hoteles de cinco estrellas con todo incluido, en los que no falta nada. Eso puede dar una mayor sensación de seguridad, pero se trata de algo ficticio, ya que los cárteles y las bandas de delincuentes acechan en la ciudad las veinticuatro horas del día. Salir de fiesta en Cancún, si no tienes cuidado, puede hacer que vuelvas pelado al hotel. A los delincuentes les encantan los turistas, los ven como presas fáciles y saben que se irán pronto y ni siquiera se molestarán en denunciar, así que sienten que pueden quitárselo todo. Cancún es un lugar perfecto si tu intención es llegar al país, salir del aeropuerto, que te esperen en un autobús para llevarte al hotel y permanecer todo el tiempo allí dentro, o hacer excursiones muy controladas que te ofrece ese mismo establecimiento. Pero si no es así y quieres practicar un

tipo de turismo más activo o independiente, te voy a dejar a continuación una serie de consejos a tener en cuenta:

➤ Mucho cuidado cuando estés en la playa con los vendedores ambulantes, todos son trabajadores del cártel que manda en la zona.

➤ Si vas a salir del hotel a pasear o a conocer la ciudad, utiliza un taxi que te facilite el hotel o que resulte conocido. No te subas a cualquier vehículo, los secuestros están a la orden del día en los taxis piratas.

➤ Aun utilizando un taxi recomendado, sácale una foto a la matrícula y mándasela a alguien de confianza. Procura también que ese mismo taxi te vuelva a recoger en el mismo lugar a la hora que le indiques.

➤ No contrates excursiones fuera del hotel. Puede que sean mucho más baratas pero gran parte de ellas están controladas por las mafias. Su calidad es mucho peor y ni siquiera cuentan con un seguro como las oficiales de los hoteles.

➤ No te dejes engañar por el aspecto de nadie. Los delincuentes a veces utilizan a personas ancianas como cebo para que se quejen y lleven a alguna zona negra a los turistas bienintencionados que intentan ayudarles. ¿Qué es una zona negra? Un lugar por el que no pasa nadie y, por lo tanto, perfecto para cometer cualquier delito.

➤ En el hotel, el primer día antes de salir, haz varias fotos del interior de tu maleta o de los armarios si ya has sacado la ropa. Es la forma más sencilla de revisar, cuando vuelvas, si ha habido algún cambio o alguien ha manipulado tus pertenencias, lo que podría acabar convirtiéndose en un robo. Si observas algo extraño o que no te dé buena espina, baja a hablar con el responsable del hotel y explícaselo.

PASAR LA PANDEMIA EN REPÚBLICA DOMINICANA Y HAITÍ

Hablaremos ahora de la isla de La Española, en la que conviven dos países: la República Dominicana, que ocupa el 63 por ciento de la superficie, y Haití, uno de los estados más pobres del mundo, que ocupa el otro 37 por ciento. Está situada en el mar Caribe, entre las islas de Cuba y Jamaica, al oeste, y la de Puerto Rico, al este. Se trata de la segunda isla más grande por extensión del archipiélago de las Antillas Mayores y fue el primer territorio español en el Nuevo Mundo, ya que Cristóbal Colón desembarcó allí en su primer viaje, en 1492.

A finales de 2019, sobre el mes de septiembre, me mandaron a la República Dominicana para que supervisara los cuatro hoteles y la empresa de seguridad que Javier Hidalgo tenía en la isla. La empresa contaba con unos doscientos cincuenta empleados en muy malas condiciones, por lo que intenté cambiar esto para que la firma empezara a realizar más servicios fuera de los establecimientos de la cadena Be Live Hotels. Comencé con un cambio estructural y pidiendo uniformes nuevos para los guardias. En ese momento, la empresa estaba muy mal gestionada y lo que me entregaron fue una auténtica basura. Pero si de algo sabía yo, era de dirigir una empresa de seguridad.

Hablé con Javier y le dije que tenía que invertir o no sacaría ningún beneficio. Lo primero, y fundamental, era capacitar al personal. Para ello, iba a necesitar una zona de entrenamiento. Una vez que la tuve en Cumayasa, en unos terrenos de la familia, quisimos preparar un proyecto increíble: con un cuartel, una pista de conducción de 4x4, varios campos de tiro, etcétera. Pero nunca se llegó a montar y me tuve que buscar la vida para hacer yo un polígono de tiro y una pista para los todoterrenos. Aunque faltaba algo fundamental: las armas, lo que

no es nada fácil de conseguir en ese país por los precios que tienen desde que hace años se prohibió su importación. De manera que o las traían militares de alta graduación, los únicos con autorización para ello, o había que recurrir a la mafia y a sus precios disparatados. Pondré un ejemplo: una pistola Glock vale en Estados Unidos unos 600 dólares. Esa misma arma, en República Dominicana, cuesta 7.000 dólares. También es cierto que, al final, se acababan convirtiendo en activos de la empresa, ya que nunca iban a bajar de precio. Más bien al contrario: subían más y más, ya que esa ley se hizo para imposibilitar que las personas comprasen armas. Y es que, la Constitución, de forma parecida a lo que ocurre en Estados Unidos, permite a sus ciudadanos tener armas, pero con esos precios muy pocas personas pueden adquirir una, ya que el sueldo medio allí es de unos 400 dólares al mes.

Dicha falta de inversión hizo que la República Dominicana acabara convirtiéndose en una cárcel para mí. Y una cárcel de la peor especie, ya que estaba en un lugar donde podía haber realizado un trabajo increíble. En el país hacía falta seguridad y apenas tenían conocimientos sobre el tema, lástima que la ausencia de medios acabara echándolo todo a perder. Pero no adelantemos acontecimientos porque permanecí allí hasta el 1 de octubre de 2023 y en ese tiempo ocurrieron muchas cosas. La más importante a nivel global seguramente fue la pandemia, que a mí me pilló en República Dominicana.

Justo esa semana tenía que regresar a España, porque el acuerdo que había firmado implicaba veinte días al mes en la República Dominicana y diez de descanso en casa. Pero muy pronto me di cuenta

de que todo empezaba a complicarse más de la cuenta. Sabía que, si regresaba a España, luego iba a ser complicado volver otra vez a República Dominicana, así que decidí quedarme en Punta Cana y, tal y como me temía, a los pocos días estalló todo y el mundo entero se paró por el COVID. Las autoridades dieron unos plazos para que salieran todos los turistas que en ese momento estaban en el país y el 17 de marzo de 2020, la República Dominicana cerró las fronteras del país. Yo me quedé para hacerme cargo de los hoteles de la compañía. Permanecerían cerrados, de manera que tendría que duplicar la seguridad para evitar los robos y el pillaje.

El país se paró y eso significaba que iba a haber muchas necesidades, porque allí la mayoría de las personas viven al día, sin unos ahorros a los que recurrir ni unas autoridades que puedan ofrecerles una ayuda. Fueron momentos complicados, con guardias enfermos de COVID, falta de mano de obra e imposibilidad de encontrar mascarillas. Si en Europa resultaba difícil conseguirlas, imaginaos en un país como República Dominicana. Solo las élites disponían de ellas. Aunque yo, por suerte, tenía una mascarilla de neopreno que había comprado en Estados Unidos para los entrenamientos, y eso fue lo que me salvó, limpiándola a diario con alcohol.

Trabajaba casi siempre de noche porque era entonces cuando los delincuentes salían a robar. Se trataba, por lo general, de haitianos armados y peligrosos. Durante una de las inspecciones a uno de los hoteles, observé cómo en el lateral de uno de los muros había una camioneta. Pregunté a los empleados de seguridad y ellos no sabían nada. Imaginaos un hotel con mil doscientas habitaciones, todas ellas

en edificios de dos plantas, la planta baja y la primera. Tenía claro que habían entrado a robar, pero ¿dónde estaban? Hablé con el supervisor y le dije que viniera solo él. Nos pusimos a buscar. Parecía evidente que iban a ir a por los aparatos electrónicos, como las televisiones. Pero eso ya lo habíamos previsto nosotros y, al cerrar los hoteles, se habían retirado todas de las habitaciones. Los ladrones eso no lo sabían y para buscar tenían que encender la luz, cuando las órdenes era que estuviera todo apagado para evitar gastos innecesarios. Eso, al menos, nos daba una ventaja a la hora de buscarles y detectar a alguien. Yo, además, tenía un visor nocturno que había comprado en Miami, de la marca ATN, una de las mejores del mundo.

Cogí el coche, fui a buscar el visor y dos escopetas del 12. Justo en la parte más alejada del vestíbulo del hotel, ya casi pegando a la playa, detecté una luz minúscula y a tres hombres moviéndose, uno de ellos llevaba una escopeta en la mano. Conocía muy bien la zona, así que decidí dejarles hacer lo que quisieran dentro del hotel y esperarles donde habían dejado el vehículo, en el lateral. Fue ahí donde los vi llegar, con las manos llenas de radiodespertadores de las habitaciones. Era lo único que se había dejado por su bajo coste, pero la situación podría ponerse tensa en cualquier momento. Le dije a mi supervisor que se situara entre la maleza del camino y cuando oyera un disparo mío, disparara a la rueda del vehículo.

El único que tenía una escopeta la llevaba encima de las radios que había robado, así que no le iba a resultar sencillo manejarla. Pegué un tiro al aire, dándoles el alto y ordenándoles que se tiraran al suelo, mientras el supervisor disparaba también a la rueda del vehículo y gritaba lo mismo. Terminaron detenidos por la policía turística, que

nos agradeció mucho que les hubiéramos pillado porque estaban haciendo robos muy serios. Habían asaltado varias casas e incluso habían utilizado la violencia al asesinar de un disparo a un perro que había dentro de un chalé.

Los aeropuertos, como he dicho antes, cerraron el 17 de marzo del 2020 a nivel mundial y la reapertura de España no se produjo hasta el 21 de junio. Ese mismo día volví a casa. Estaba desesperado porque mi madre me había contado que la vecina había visto a tres personas entrar en mi casa. Mi hogar había sido okupado y lo sabía desde finales de marzo. Menuda tortura e impotencia todos esos meses sin poder hacer nada y, mucho menos, meter en un problema a nadie. Consulté a varios amigos policías y ertzainas, y todos me aconsejaron lo mismo: no denunciar porque iba a tirarme dos años como mínimo sin la casa, por cómo está la situación ahora mismo y porque este gobierno favorece la ocupación y prohíbe los desahucios. Pero yo lo tenía claro: resolvería el problema en cuanto volviera a pisar suelo español.

Llegué a un aeropuerto fantasma, un domingo por la mañana, directo desde Santo Domingo, y la verdad es que se me encogió el corazón. El mundo se había parado y morían miles de personas cada día, entre ellos amigos míos. Daba la impresión de que todo se estaba acabando. Pero mi misión era llegar a Irún y sacar de mi casa a los okupas. Aparecí sobre las seis de la tarde. Aún debía esperar a la madrugada para entrar en mi casa. Durante esas horas, permanecí fuera, a una distancia prudente, aparcado y mirando a la puerta de mi hogar. Tengo que decir que no es un piso, sino un adosado, al que se accede desde la calle. Sobre las diez, vi entrar a una persona. Mi madre

ya me había dicho que habían visto a tres hombres, que entraban y salían de continuo. Yo seguí esperando fuera, en mi coche. Tenía que esperar para pillarlos a la hora justa, sobre las cuatro de la madrugada, el momento en el que el sueño es más profundo, y así fue.

———— • ————

La seguridad es un estado de conciencia.

———— • ————

Salté la valla de mi casa. El ventanal de la terraza tenía una pestaña que no funcionaba bien. Cuando se movía la ventana varias veces, saltaba. Me imaginé que ellos no se habrían dado cuenta de eso, ni mucho menos se habrían preocupado por arreglado, y, en efecto, acerté: el ventanal se abrió a la primera y puede entrar en mi casa. Estaba todo sucio y desordenado. En la planta de abajo tengo el salón, la cocina, un baño y una habitación. Lo revisé y no había nada más que suciedad. Todo estaba tirado por el suelo. En la segunda planta, hay tres habitaciones y un cuarto de baño grande. Nada más subir, me metí en la primera habitación, justo al lado de la escalera, y no había nadie. También ese baño estaba asqueroso. Un poco más adelante, se encuentra mi habitación. Podéis haceros una idea de la falta de higiene, pero tampoco había nadie durmiendo en ella. La última habitación era la más pequeña y ahí debía estar el tipo que había visto entrar sobre las diez.

Bingo. Me encontré a aquel tipo, durmiendo encima de un colchón puesto sobre la tarima. Me acerqué muy despacito y golpeé el colchón pegando unas patadas. El hombre abrió los ojos. No sabía qué estaba ocurriendo.

—Levanta —le dije, y él se levantó, aún estaba casi dormido y con cara de susto.

—¿Qué ocurre? ¿Qué quieres? ¿Quién eres? —preguntó.

—Soy el dueño de la casa —le expliqué, y mientras se lo decía, metí mi mano debajo de su axila y lo giré hacia mí con fuerza. Mis brazos, casi de forma automática, fueron hacia su cuello. Le estaba aplicando un mataleón, una estrangulación muy potente. Si estás entrenando y alguien te lo hace, sabes de sobra qué técnica es y en qué consiste. Pero si no, piensas que tu vida se va a acabar en ese preciso instante, y eso fue lo que a él le ocurrió. Aquel okupa se meó encima antes de perder el conocimiento.

Soy cinturón negro de judo y de *brazilian jiu-jitsu*. Sé muy bien cómo hacer este tipo de estrangulaciones y, sobre todo, cuándo hay que parar. La clave está en ver cuándo la persona deja de resistirse y de intentar librarse a toda costa. Si esa presión desaparece, es que el tipo ya está inconsciente. Aunque si te pasas, puedes acabar matándolo. A mí, por supuesto, no me pasó esto último. El tipo se quedó dormido y, muy suavemente, lo volví a tumbar en la cama. Me senté a su lado, lo incorporé y le di unos pequeños tortazos para que se espabilara y se fuera de mi casa lo antes posible. Él se despertó, mientras yo le sujetaba de los hombros.

—Amigo, tienes dos minutos para abandonar esta casa —le dije—. Si eso no ocurre, lo siguiente que te va a pasar es que no volverás a respirar nunca más.

Lo entendió de maravilla y a la primera. Se había metido en la casa equivocada. Él no sabía aún qué había ocurrido pero un tipo de 110 kilos de peso y con muy mal carácter le había dormido y él se había

meado encima. Aquello no era de broma, debió pensar el okupa. Su respuesta a todo era: «Sí señor, sí señor». Aquel hombre, de unos cuarenta años, salió en menos de esos dos minutos que le había dado. Recogió el teléfono, el cargador, un pantalón y los zapatos que llevaba en la mano. No quiso ni vestirse. Escapó en calzoncillos a las 04.10, y nunca más volví a saber de ellos. Entiendo que a los otros que solían dormir en mi casa les avisaron de lo que había ocurrido. Esperé a que fueran las nueve para llamar a un cerrajero y a mi amigo José Castro, de Sabico, para que me instalara una alarma. También dejé a una pastora belga Malinoise, llamada Nina, que tenía adiestrada en Irún mi buen amigo el Ruso.

Poco a poco, con el fin de la pandemia, todo volvió a su curso, pero yo seguía sin tener claro cuál era mi rol en la República Dominicana. Los estudios de seguridad que elaboraba y mis consejos terminaban en saco roto. Todo el material que tenía era una auténtica basura y ni siquiera contaba con un sistema electrónico en condiciones, que siempre resulta fundamental en este tipo de negocios, donde los robos ocurren a diario, y con el personal de seguridad se podía contar poco. Muchas veces, hasta estaban ellos mismos implicados en esos delitos para sacarse unos pesos. La seguridad, al fin y al cabo, está muy mal pagada, la de los trabajadores y la de las empresas, los empresarios buscan lo más barato y así resulta muy difícil que no terminen surgiendo problemas.

Tenía que empezar a buscar otras alternativas para seguir con mi forma de entender la seguridad porque ya sabía que no iba a contar con el apoyo del dueño. Fijaos cómo sería el tema, que hasta monté unas oficinas, lo que me costó un trabajo descomunal, para presentar

y renovar todos los papeles necesarios y que la empresa estuviera en regla, y constituida de acuerdo con lo que marca la ley, ya que el anterior gestor se manejaba a base de sobornos, pero yo no pensaba sobornar a nadie. Así que lo organicé todo en la última planta del edificio que tiene el Grupo Globalia en el centro de Santo Domingo, y a los pocos meses me lo desmantelaron para poner un servicio de teleoperadores que terminó cerrando muy poco después.

Veía que mi trabajo valía para poco y que las noches que dedicaba a realizar inspecciones con el personal de seguridad lo único que me traían eran problemas debido a mi fuerte carácter y a mi nivel de exigencia. Durante esa temporada, pude cerrar varios contratos con los militares de las fuerzas especiales dominicanas para enseñarles el uso de las armas con el sistema de combate israelí, y gracias a ellos empecé también a trabajar con la policía nacional de Haití, país que visitaba una semana cada tres meses para instruir a sus agentes en Puerto Príncipe.

Una vez quise llegar por vía terrestre allí, a la capital. Me habían avisado de que era peligroso, pero quería ver el país, porque siempre viajaba en un vuelo comercial. Ahora puedo decir que lo que vi fue algo que no es normal en absoluto en un mundo civilizado. En un pueblo llamado Thomonde me encontré con varias personas calcinadas y que colgaban de sendos postes de la luz. Parece ser que eran dos ladrones a los que habían pillado en el pueblo. Aquello me pareció de locos. Haití es un país famoso por su culto a los muertos y por la práctica del vudú. Intentan resucitar a las personas fallecidas por medio de la magia negra y los sacrificios. Por lo que me contaron luego, esas dos personas que vi calcinadas quizá no fueran ladrones,

sino que habían ofrecido sus cuerpos al mal para devolver la vida a una persona muerta muy influyente.

Aunque esta no sería la última vez que me adentraría por carretera en Haití, lo que implicaba siempre tener mucho cuidado con las bandas de criminales muy peligrosas que andaban por ahí sin el más mínimo control. En esos momentos, la ONU estaba dentro del país, después del asesinato del presidente Jovenel Moïse el 7 de julio del 2021, por parte de un grupo de veintiocho mercenarios extranjeros, la mayoría de ellos de nacionalidad colombiana. El país se había vuelto un caos y hasta las Naciones Unidas tuvieron que salir por la brutalidad generalizada, la brujería y, sobre todo, la dictadura que ejercían las bandas criminales capitaneadas por un tipo peculiar, al que llamaban Babekyou, lo que podríamos traducir al español como «Barbacoa». Era un expolicía y líder paramilitar, cuyo nombre real era Jimmy Chérizier. En la actualidad es el líder más potente de Haití y manda sobre la familia G9 y aliados, un grupo formado por los nueve grupos armados de pandilleros más violentos. Con base en Puerto Príncipe, a este asesino se le atribuyen numerosas masacres a gran escala en la zona metropolitana de la capital.

Un amigo mío estaba entonces trabajando para Naciones Unidas y me pidió que entrara en Haití para efectuar un rescate. Debía sacar del país a una mujer de origen canadiense con sus dos hijas. Se habían quedado atrapadas en una localidad a las afueras de Puerto Príncipe. Estamos hablando del mes de noviembre del 2021, cuando la anarquía ya imperaba en el país y Barbacoa tenía el control de la capital. Le dije que si alguien los llevaba a un punto determinado de la ciudad, yo me encargaría del resto y sacaría a la familia hacia la República

Dominicana, donde ya estaría todo arreglado porque los ciudadanos canadienses no necesitan visado para entrar en el país.

Para realizar este trabajo, llamé a varios compañeros míos de Israel. Entraríamos en Haití sin armas y, una vez dentro, un oficial amigo me suministraría tres fusiles FN. La idea era tener dos vehículos de la zona con aspecto muy viejo para poder sacar a las tres personas. Llegó el día del rescate y había que hacerlo todo en una sola jornada. La entrada fue por Jimani hasta Puerto Príncipe. En el coche de delante, iba un local conduciendo y yo a su lado, y en el de detrás, mis otros dos compañeros. En el distrito de Croix-des-Bouquets, nos estarían esperando en un hostal muy discreto llamado Duval. Para mí, lo más peligroso era la recogida en ese distrito por esas calles tan angostas. Pero también es verdad que el mayor peligro estaba dentro de la capital. La misión, en cualquier caso, suponía muchos riesgos. A las siete en punto de la mañana ya estábamos en posición, cerca del hostal, revisamos los alrededores y a las 07.15 mi conductor se acercó y bajó a la familia canadiense a la planta baja.

La recogida fue rápida. Estaba amaneciendo y había pocas personas en la calle. La mujer y las niñas se montaron en mi coche y salimos de allí, pero la vuelta no la haríamos por el mismo lugar. Decidí salir de la carretera 8 y coger la 121 hasta casi la costa. Era el lugar elegido para pasar a República Dominicana con ayuda de los militares. No se trataba de ningún puesto fronterizo para evitar los problemas que podía suponer de salida de Haití, ya que esos puntos estaban controlados por una policía que destacaba por su alto nivel de corrupción. No hubo problemas al entrar, por ser extranjeros y no necesitar visa. Nos bastó una carta de la ONU, en la que decía que

éramos observadores. Para salir, en cambio, prescindimos de cualquier formalidad y recurrimos a varios botes que nos fueron a buscar, remontando el río, cerca del puesto fronterizo de Pedernales. Conseguimos llegar a la República Dominicana y la misión transcurrió sin un solo tiro ni herido, gracias a mis contactos en la policía y a otras personas legales. En menos de ochos horas y con total éxito, sacamos a la familia canadiense, con los que aún sigo manteniendo una excelente relación.

Mis días en la República Dominicana estaban a punto de acabar. Yo no me sentía feliz con el trabajo que me habían encomendado, sobre todo por la falta de ayuda. Me dolía ver cómo se perdía una oportunidad de oro al tenerme allí y no utilizarme para desarrollar la empresa de seguridad. Pero estaba claro que ese no era el objetivo del dueño, por lo que empecé a hacer trabajos esporádicos en Estados Unidos, al tener varios aeropuertos internacionales cerca y muy bien comunicados, en los que cada día despegaban y aterrizaban muchos vuelos procedentes de ese país. Durante algo más de un año, estuve simultaneando, en mis días libres, mi trabajo habitual con encargos para diferentes artistas y famosos de Estados Unidos. Me contrataban las discográficas y las operadoras de televisión como Netflix, pero eso ya lo contaré en el siguiente y último capítulo.

Mientras, mi frustración en República Dominicana no paraba de crecer. La gente me decía que tenía mucha suerte de vivir en Punta Cana, que aquello era un paraíso y que no podía quejarme. Yo les respondía que sí, pero para venir de vacaciones y no salir del hotel con el todo incluido. Vivir allí todo el año, en cambio, a mí me parecía una auténtica basura. Por lo menos para alguien que odia la corrupción, y

allí la corrupción está metida hasta la médula en todos los estratos sociales, desde la policía hasta la judicatura, y lo digo por experiencia propia y por los sucesos que me tocó vivir en ese país.

Voy a contar alguno de ellos para que resulte ilustrativo, sobre todo para los extranjeros. La mayoría de los dominicanos, cuando ven a un turista, no ven a una persona, sino un billete de 100 dólares caminando o conduciendo un vehículo por sus pueblos y ciudades. Ocurre como en la mayoría de los países de Latinoamérica, los políticos son los únicos que ganan dinero y se enriquecen, mientras el pueblo lo pasa mal, y eso es por el estado tan demencial de corrupción que corre por sus entrañas y que ya es muy difícil de atajar.

Cuando tú vas conduciendo por una autovía, desde Punta Cana hasta Santo Domingo, por ejemplo, cada pocos kilómetros tienes una patrulla de motoristas con las famosas pistolas radar de las películas norteamericanas. Eso implica que debes respetar el límite de velocidad máxima porque si no, te van a acribillar a multas. Pero incluso sabiendo que eso ocurre, y que en mi caso siempre que hacía ese recorrido ponía el límite de velocidad del coche en 100 kilómetros por hora, no evitaba que me pasara. Muchas veces me paraban diciendo que iba a 135 kilómetros por hora, lo que era un absurdo, como era un absurdo también discutir. El policía sabía que era mentira y yo sabía que lo único que querían era dinero, y que el resto les daba igual. Por eso no iba a conseguir nada más que perder el tiempo y frustrarme. Bastaba que vieran que dentro del coche no iba un dominicano, que podría ser perfectamente un policía, un militar, un abogado o vete tú a saber. Si era un turista o un extranjero, tendría que tragar, porque si no les pagaba la mordida, se arriesgaba a que le

retiraran el carné de conducir y que luego tuviera que ir a recogerlo a tráfico o a la posta policial, después de pagar la multa con unas tasas en el banco, lo que suponía perder el día entero en hacer todo ese tipo de papeleo. La mordida, en cambio, oscilaba entre los 1.000 y los 2.000 pesos, lo que hacía que te fueras de allí odiando a todos esos corruptos y que cada día la vida fuera más complicada. Y así con todo en general, de manera que, si yo tenía que comprar cualquier cosa, mandaba a mi supervisor porque sabía que a mí me iba a costar el doble o el triple.

Mi salida del país fue, oficialmente, el 1 de octubre del 2023, cuando decidí volverme a España y ayudar a mi hijo, que tras estudiar un grado de producción musical empezaba su carrera como DJ y quería hacer su propia música. No lo había visto crecer por estar siempre fuera del país y ahora sentía la obligación de regresar a casa para ayudarle y apoyarle.

SOBREVIVIR A UN PARAÍSO FALLIDO

Pues sí, la República Dominicana es un país caribeño de hermosas playas y bonitas fotos de palmeras. Aunque personalmente prefiero España, donde creo que tenemos playas y paisajes mucho mejores, y, por supuesto, con mucha más seguridad que el país caribeño. Pero entiendo ese rollito de viajar a lugares paradisíacos. Luego, cuando llegas, te encuentras con la triste realidad de aguas sucias; playas en mal estado que solo cuidan los hoteles, como pequeños reductos de limpieza; y un país tercermundista en infraestructuras. Las cosas bellas que tienen las sobreexplotan y terminan llevándolas a la destrucción. Como, por ejemplo, la fauna de las piscinas naturales, que están llenas de estrellas de mar, pero muchos turistas las tocan, las sacan del agua y se mueren. Con lo cual, cada vez hay menos estrellas de mar en isla Saona, un paraje natural destruido por la codicia del hombre, por las

excursiones legales y por las muchas más ilegales, que llenan la zona de turistas.

Al ser República Dominicana una zona parecida a Cancún, recomendaría lo mismo que ya expliqué en el capítulo anterior, pero aquí pondré algún consejo más específico para este país:

➤ En caso de sufrir un accidente por la noche contra una motocicleta que va sin luces, no te detengas. En ese país, la policía no tiene los instrumentos necesarios, ni las unidades de investigación, para demostrar que la motocicleta iba sin luces por una autovía y que el golpe fue por ello. Lo primero que harán si hay heridos o algún muerto, será detenerte, y llevarte a una posta policial, donde se frotarán las manos y te tendrán detenido en una celda de cinco metros por cinco, sin baño, y nada más que un pequeño agujero en una esquina de la celda, que les permitirá a todos tus compañeros mirar cómo haces tus necesidades. Esos compañeros serán, por supuesto, delincuentes, aunque habrá también cucarachas. Y así hasta que llegue el fiscal por la mañana y te tome declaración. Luego, la policía te aconsejará que busques un buen abogado para evitar tener que ir a prisión preventiva. Como, por ejemplo, el centro de corrección y rehabilitación de Anamuya, en la zona de Higüey, donde casi todos son presos preventivos que viven en situaciones infrahumanas. Un cacho de suelo en un pasillo, para dormir, le puede costar 100 dólares el día a un extranjero. Aparte de los abusos y violaciones, y olvídate de comer. Si en el centro hay mil reclusos, sirven comida para quinientos, el que llega come, y el que no llega, no come, y tendrá que comprar la comida a precio de restaurante con estrella Michelín. La otra opción es un abogado que te pedirá la oportuna mordida para saciar su ambición y la del fiscal. De esta forma, al menos, saldrás de la cárcel. O, mejor todavía, no llegarás a entrar en ella. Y olvídate de hacerte el fuerte y decir que no eres el culpable, porque eso les importa una mierda. Solo quieren tu dinero y después de pasar una noche en el suelo y rodeado de algún asesino o narco, que te dice cuánto le gusta el calzado que llevas, al día siguiente pagas lo que sea por salir. Lo sé de buena mano porque conozco unos cuantos casos así en diferentes partes del país. Uno, en concreto, le pasó a un amigo mío, policía

autonómico en Cataluña. Le gustaba recorrer los países como mochilero, alquiló un coche a una persona allí y, en un control de la policía, le revisaron el vehículo y encontraron un arma. Él contó la verdad: que había alquilado el coche. Llamaron al propietario y este entregó la documentación del arma. Al terminar, les preguntó si podía continuar el camino y le dijeron que no, que se iba detenido y tendría una cita con la fiscalía. Él no se lo podía creer. Le acusaron de tenencia ilícita de un arma, cuando el dueño de la camioneta había reconocido que era suya y que la había dejado olvidada debajo del asiento. Mi amigo, durante varios días, se negó a llegar a un trato, e incluso dijo que era policía en España, pero no les importó nada. Al final, tuvo que pagar un peaje de 3.000 dólares por salir de allí y no arriesgarse a ir a un penal.

➤ No contrates ninguna excursión, por muy barata que sea, distinta de las que te ofrece el hotel. Las otras no tienen ninguna garantía ni seguro y en caso de sufrir un accidente, te dejarán tirado en cualquier lado.

➤ Mucho cuidado con tus maletas para que no te metan nada y no recojas nada que te entregue ningún desconocido.

➤ No compres corales ni conchas de caracolas porque es ilegal sacarlas del país. Asegúrate bien de qué cosas no puedes sacar de la República Dominicana y también de las que es legal meter en España.

➤ Consulta al personal del hotel cuáles son las zonas peligrosas en las que es mejor no adentrarse.

➤ Lleva encima una copia del pasaporte o de la documentación, y deja el original en el hotel.

➤ No dejes tus pertenencias sin vigilancia en la playa u otros lugares.

➤ No visites sitios desconocidos y aislados, por muy bonitos que te digan que son. Y mucho menos por la noche.

➤ Lleva el dinero justo en efectivo y procura salir sin joyas.

➤ En los bares, vigila siempre la bebida para que no te echen nada.

➤ Evita los chollos porque podrían ser un engaño y salirte luego muy caros.

➤ Siempre es recomendable llevar un pequeño botiquín de emergencias con lo básico: tiritas tipo segunda piel, kit para heridas y ampollas, analgésicos y antiinflamatorios, antibióticos, protector de estómago, repelente y antídoto para picaduras de mosquitos y otros insectos, pastillas para el mareo, pomada para golpes, protector solar y *aftersun*, laxantes y antidiarreicos, tapones para los oídos, pastillas potabilizadoras de agua y, a ser posible, un torniquete. Es muy aconsejable que aprendas a utilizar este último elemento: te puede salvar la vida e incluso tú puedes salvar la vida a otra persona.

CUARTA PARTE
ESTADOS UNIDOS,
EN BUSCA DE NUEVAS OPORTUNIDADES

FAMOSEO, PRIVACIDAD Y SEGURIDAD

Siempre me llamaron la atención los Estados Unidos de América. Antes de mi llegada a Honduras, solo había estado una vez, capacitando a la policía de una localidad de Florida, con International Security Academy. Se trataba de lo mismo que hacíamos en Israel, pero nuestra meta era que los policías entendieran la importancia del trabajo en equipo. Por lo general, el policía americano es grande y musculoso, pero para los ejercicios de resistencia, como por ejemplo mover un vehículo policial empujándolo un kilómetro, empezaba a muy buen ritmo, pero terminaba roto. Ese fue mi primer viaje al país. Después de instalarme en Honduras, Estados Unidos se convirtió en mi zona de descanso. Para mí era más cómodo irme allí que venir a España y desde 2009 comencé a viajar de forma muy asidua, casi cuatro o cinco veces al año, sobre todo a Las Vegas, que fue la primera ciudad que visité estando en Honduras. Siempre quise conocer ese lugar. También influyeron los combates de la UFC. De hecho, fue uno de ellos el primer gran evento al que asistí en directo en el MGM Grand Garden Arena, un enorme hotel donde se organizan grandes acontecimientos deportivos. Tiene una capacidad para 16.800 personas. Aunque en la actualidad este tipo de eventos se celebran en el T-Mobile Arena, situado en el centro neurálgico de la ciudad y muy

cerca de todos los hoteles importantes de la Main Street. Su capacidad es de 20.000 personas. Se empezó a construir en el 2014 y lo terminaron en 2016. Durante todos estos años y hasta la fecha, he visto en directo y de forma presencial cuarenta y ocho eventos de la UFC. Creo que no hay nadie en España que haya visto más que yo. Además, he comprado en cada uno de estos eventos los pósters firmados por los luchadores y los tengo todos enmarcados.

Estados Unidos resultaba también muy atractivo para mí desde el punto de vista profesional. Al fin y al cabo, se trata de un país donde el paro ronda el tres por ciento y cualquier persona con ganas de trabajar sale adelante sin ningún tipo de problema. Al conocer el lugar y a bastante gente, mi meta desde 2022 fue quedarme allí cuando consiguiera salir de la República Dominicana.

En Honduras fui uno de los responsables de chequear y limpiar habitaciones, salas de reuniones, fiestas, restaurantes, retretes o cualquier otro lugar donde se desplazara el presidente. Por ello, tuve que comprar bastante material electrónico para detectar cámaras ocultas o micrófonos. Esa es una de las principales tareas que hay que realizar cuando se trata de proteger la privacidad de un cliente.

Cuando aún estaba en la República Dominicana, recibí la llamada de una productora española, que tiene acuerdos con Netflix, y que estaba preparando la segunda temporada del *reality* sobre Georgina Rodríguez, la mujer de Cristiano Ronaldo, el jugador de fútbol. Era septiembre del 2022 y me preguntaron si me podría desplazar hasta Las Vegas para estar con ella y todo el equipo. La grabación sería la semana del 13 de noviembre. A Georgina la habían invitado para que entregara un premio en los Latin Grammy. Iban a contar con la ayuda de mi gran

amigo Pablo Navascués, pero también necesitarían a alguien más. Dije que sí sin dudarlo. Yo llegaría, desde la República Dominicana, un par de días antes de que apareciera Georgina y Pablo estaría allí la víspera con todo el equipo de producción. La primera temporada de la serie había sido un gran éxito, así que Netflix tenía mucho interés en la segunda.

Mi experiencia en Honduras y, sobre todo, mi labor allí encontrando todo tipo de dispositivos escondidos, me daba una oportunidad de trabajo que aún no estaba desarrollando nadie. Ese iba a ser mi nuevo objetivo. Sé muy bien que todos los empleos que he tenido y todo el tiempo que he estado en ellos no hubieran sido posibles de no haberme movido y de haber estado siempre en el mismo lugar. También conozco de maravilla la importancia de que te recomienden y hablen bien de ti las personas para las que has trabajado. Si vendes algo que funciona, la gente lo compra, y si encima funciona muy bien, lo van a divulgar entre amigos y personas de su entorno, y eso te va a proporcionar nuevos clientes.

Mi trabajo con Georgina fue sencillo. Utilicé todo el material del que disponía para evitar que la grabaran en cualquier sitio, como las habitaciones del hotel o los camerinos de los Grammy, donde además tendría que cambiarse de ropa una vez. La noche de la presentación de los premios, del pase por la alfombra roja y la cena, un día antes de la entrega, nos avisaron de que no podría entrar la seguridad porque había demasiado VIP e iba a ser si no, una locura, con tanto escolta en el recinto. Lo hablé con ella y le dije que, debido a su fama, la iban a volver loca con tanto selfi y tanto abrazo. Yo, en cambio, podría quitarle a la gente de encima de la forma más educada, diciéndoles

que, por favor, nos disculparan, pero teníamos que marcharnos porque nos estaban esperando. No nos lo permitieron.

Me acerqué, de todas formas, a ver cómo estaban montando el dispositivo y, como siempre, encontré una zona por donde podríamos meternos Pablo y yo con ella y pasar desapercibidos. Nadie se dio cuenta ni nos identificó. Hasta nos pusimos a cenar cerca de Georgina porque entre los más de mil invitados algunos fallaron y sus huecos en las mesas habían quedado libres. Parece que nadie controló eso demasiado. Después de la cena, Pablo y yo nos retiramos a la parte de atrás del salón, donde estaban todos los invitados viendo el espectáculo, así como los artistas que iban pasando para felicitar al cantante mexicano Marco Antonio Solís, que había recibido un premio especial.

Solo cuando ya estaba terminando todo, se nos acercaron varias personas de seguridad a preguntarnos dónde estaban nuestros pases. Les dijimos que no los teníamos y que nadie nos los había pedido. Al evento ya le quedaba muy poco y preferimos esperar allí para salir con Georgina a una zona que ya estaba establecida, pero la seguridad seguía insistiendo en que teníamos que marcharnos. Pedí hablar con la persona responsable, que estaba allí escuchándolo todo.

—Hola, soy yo —me contestó.

—Ya nos conocíamos de antes. Al entrar con Georgina —le recordé —, le di la mano y usted me saludó. ¿Me podría decir por qué no me pidió entonces la acreditación o simplemente luego, al entrar? Me la podía haber solicitado antes y, sin ningún problema, hubiera esperado a mi clienta en el vehículo. Pero el problema no fue mío, ha sido de ustedes por montar un mal dispositivo con solo un control de entrada.

—Está bien, pueden quedarse aquí esperando. Como quieran —dijo con cierto tono molesto, se dio media vuelta y desapareció.

El trabajo durante esa semana con Georgina en Las Vegas resultó muy curioso y todo un éxito. Si menciono aquí su nombre es porque todo lo que estoy contando es público y se puede ver en Netflix. Pero al resto de artistas con los que trabajé evitaré nombrarlos porque nunca he aparecido con ellos en ningún lado. El caso es que, a raíz de ese encargo, me empezaron a contratar para asegurar la privacidad de cantantes latinas de primer nivel. En verano del 2023, trabajé con varias de estas artistas entre Los Ángeles, San Francisco y Las Vegas.

Durante la gira de una de ellas, tuvimos un problema justo el último día en Los Ángeles, donde había actuado tres días seguidos. El caso es que su mánager me avisó y me comentó que había recibido amenazas de una seguidora loca, a la que habían tenido que denunciar por acoso y que hasta había intentado pegar a la cantante por la calle, pero sus escoltas estuvieron rápidos de reflejos y pudieron evitarlo. En esta ocasión, el tema parecía más serio porque la acosadora aseguraba haber comprado un arma para matarla. Yo, en esta ocasión, me limité a revisar habitaciones, camerinos y vehículos que iba a usar ella. Al terminar, precintaba las zonas con una cinta adhesiva de doble cara porque, en caso de que alguien quisiera manipularla, se quedaría la huella marcada.

———— • ————

La prevención es la mejor forma de protección:
actuar antes de que toque curar.

———— • ————

Procuraba no meterme en la seguridad personal de la artista, porque no me habían contratado para eso, pero la amenaza parecía real y la acosadora en efecto existía. Sobre las diez de la mañana, recibí una llamada de la mánager y me pidió que, por favor, fuera al SoFi Stadium, en Los Ángeles, junto a Bred, el jefe de seguridad del estadio, y a la famosa cantante para buscar otra posible entrada al estadio. El problema era que los dos días anteriores había entrado por el mismo sitio y ahora había que cambiarlo. Después de varias horas, encontré otra manera de acceder y aproximarse al estadio. En este caso, ya no sería con coche, sino con un helicóptero, aterrizando en una zona habilitada cerca y luego la introduciríamos por un lateral exclusivo y cerrado al público. Aun así, y para despistar, dejaríamos un señuelo: los coches y la caravana de la cantante se acercarían al estadio como si ella fuera dentro, mientras que el helicóptero se lo dejaría un buen amigo suyo, empresario de Los Ángeles. A la diva no le gustó mucho lo de subir y bajar en varios ascensores, pero esa era la única forma de llegar a la zona de los camerinos.

Todo fue un éxito y se pudo realizar sin ningún tipo de problema el último concierto de su gira en Los Ángeles. Me salieron varios trabajos similares, así como contratos para fiestas privadas en mansiones de Los Ángeles. Allí te podías encontrar de todo: gente muy rica, famosos, artistas y hasta políticos. Los que realizan estas fiestas buscan la máxima privacidad y eso es lo que yo les di. Entre mis funciones, estaba que todo el que asistiera me dejara su teléfono unos segundos para precintar la cámara de fotos. La manera de hacerlo era también con una cinta de doble cara. En caso de intentar quitarla, quedaría una pequeña película opaca que evitaría sacar fotos, y en caso de quitar

esa película, nos daríamos cuenta a la salida de que había sido manipulada. Además, solían establecerse controles en la entrada con varias puertas detectoras de metales y focos de luz negra para evitar que se pudiera meter cualquier cámara oculta en gafas, relojes, colgantes, bolsos, etcétera. Los focos estaban colocados discretamente frente de la entrada y en los laterales, para cubrir el contorno de la persona. Si alguien llevaba algo oculto, las lentes empezarían a parpadear insistentemente con un brillo. Esto solo ocurre con las lentes de las cámaras. Las joyas no reaccionan a la luz negra. También solía colocar invitados ficticios dentro de las zonas más sensibles de la casa y varias cámaras de seguridad.

NO PERMITAS QUE NADIE TE ESPÍE

Todo el trabajo que realicé en Estados Unidos fue de vigilancia y contravigilancia. Tenía, entre otras funciones, que encontrar esos dispositivos electrónicos avanzados para la captación de sonido e imágenes. Algo que me interesaba especialmente porque siempre he creído que la privacidad es lo más importante para una familia o una persona, porque sin ella estás totalmente vendido a los chantajes y a la manipulación que puedan efectuar de la información.

Mi trabajo en este campo ha estado enfocado a políticos y artistas, por lo que mi equipo era muy sofisticado. Todo lo compraba en Israel y estaba avalado por el inmenso prestigio que tiene este país en cualquier tema relacionado con la seguridad. Podía realizar barridos de frecuencia, detectar cámaras o microcámaras ocultas, micrófonos y, sobre todo, saber si nuestras líneas de internet o telefónicas estaban intervenidas.

A continuación, daré unos pequeños consejos para saber si estamos siendo seguidos, grabados o intervenidos. Todo ello de una manera sencilla y económica.

Micrófonos

¿Dónde podemos encontrar micrófonos ocultos? Pues en cualquier parte, desde una habitación de hotel hasta en nuestra propia casa o en el coche. ¿Y qué señales nos indican que algo no está bien y debemos empezar a mosquearnos? Os voy a dar unos ejemplos ante los cuales yo empezaría a tener dudas, porque no hace falta ser un VIP para sufrir uno de estos ataques contra la privacidad. Hoy en día un micrófono lo puede poner cualquiera, empezando por nuestra propia pareja.

Desconfía si detectas interferencias extrañas en tus dispositivos electrónicos o en los que hay cerca de ti. Por lo general, los micrófonos ocultos, en especial los inalámbricos, pueden causar perturbaciones en la señal de radio y de televisión, así que es posible que te estén espiando si empiezas a ver o notar zumbidos, crujidos, voces extrañas o cualquier otro tipo de interferencia en estos aparatos electrónicos. Sí que es cierto que esto es más frecuente en los dispositivos de baja calidad o que han sido mal instalados.

También sospecha de objetos que aparecen de pronto y no son tuyos, que han cambiado de lugar o que no pintan nada donde están, como una tostadora en el salón de casa. O si las paredes tienen daños. Y mucha atención a los techos o las lámparas de gran volumen. En el mobiliario también suele ser muy común colocar dispositivos de vigilancia, al igual que en las plantas. Recuerda, en cualquier caso, que el diminuto tamaño de los micrófonos actuales permite instalarlos casi en cualquier parte, así que presta mucha atención a cualquier cambio en tu casa, tu lugar de trabajo, tu vehículo, etcétera.

Métodos caseros para detectar micrófonos espías

➤ Lo primero que tienes que hacer es una inspección minuciosa. ¿Y cuál es la mejor forma para realizarla sin olvidarte de ningún rincón? Es muy sencillo, se empieza de abajo arriba y siempre en 360 grados. Incluso puedes dividir la habitación en dos partes para no dejarte nada. Usa para ello, por ejemplo, una silla como referencia y todo lo que haya entre el suelo y el asiento lo revisas girando sobre ti mismo

hasta completar una vuelta de 360 grados. Luego pones otra referencia más alta, desde el asiento de la silla hasta el final de una estantería, por ejemplo, y repites la operación. Y así hasta llegar arriba del todo, sin olvidarte por supuesto del techo. Esta es la única manera de que no existan los famosos *stichs* o zonas opacas, que muchas veces los criminales buscan para colocar esos dispositivos, conscientes como son de que las personas no expertas no saben realizar rastreos profesionales. No te olvides tampoco de revisar enchufes, sistemas de aire acondicionado, aparatos electrónicos, plantas, libros y lámparas del techo.

➤ Otro medio que puedes usar es un detector de señales de radio porque todos estos aparatos funcionan por frecuencias y usan estas señales para transmitir el audio creando un campo electromagnético. Los detectores buenos suelen ser caros, pero existe un viejo truco casero: coge una radio sencilla de las de toda la vida, ponla primero en FM y recorre con ella todos los rincones del lugar donde creas que hay un micrófono. Ponla luego en AM y repite la operación. En el momento en el que se acerque a un micro, empezará a emitir interferencias. También existen detectores asequibles de señales que se pueden comprar a buen precio para trabajos domésticos y no profesionales.

➤ Otra prueba que se puede realizar es la del eco y la retroalimentación de las señales que lanza el micro oculto. La prueba consiste en llamar a tu teléfono móvil desde otro dispositivo cualquiera y tener los dos teléfonos con el altavoz encendido. Si hay algún dispositivo espía, por ejemplo, en el salón, es probable que provoque una retroalimentación de audio o un eco en la llamada que se está produciendo. Pero debes tener en cuenta que este método no es infalible. Es solo una herramienta más para efectuar una primera comprobación.

Cámaras

Las cámaras, al igual que ocurre con los micrófonos, hoy en día las podemos encontrar en cualquier parte porque las hay más pequeñas que el botón de una camisa: duchas de gimnasio, cuartos de baño, habitaciones de hotel, tu casa, tu portal, etcétera. En algunos casos se utilizan con fines legítimos, si por ejemplo tú las instalas de forma libre en tu domicilio, con el conocimiento de todas las personas que viven contigo, por motivos de seguridad. O si recurres a ellas para vigilar a la cuidadora o cuidador de tus hijos. En otras ocasiones, su uso no resulta tan ético, e incluso puede vulnerar la ley, porque no respeta la privacidad de las personas, lo que se convierte en un tema especialmente delicado para los personajes públicos, en torno a cuyas vidas existe un gran interés: políticos, artistas, deportistas...

Aunque, en realidad, a nadie, por más anónimo que sea, le gusta que le graben en el baño de un hotel para subir luego esas imágenes a internet o la *dark web*, chantajearle, pillarle en una mentira o infidelidad, e incluso gastarle una broma de mal gusto. Recuerda, por supuesto, que todas estas violaciones de la intimidad son ilegales y debes denunciarlas inmediatamente.

Si crees que te están grabando, empieza por hacer una inspección visual minuciosa, como ya te he explicado en el apartado de los micrófonos: desde el suelo hasta el techo, colocando distintas referencias para la altura y en modo 360 grados. Para revisar una habitación de hotel, por ejemplo, necesitarías unos quince minutos como máximo.

Si no dispones del material adecuado, que es lo más común, utiliza tu intuición y trata de ponerte en el lugar del espía: si tú tuvieras que colocar una cámara, ¿dónde la situarías? Por lo general, los mejores puntos suelen ser las esquinas, las cortinas por sus dobleces, los techos, estantes e, incluso, en los cuartos de baño. A veces, un simple ambientador puede esconder una cámara. Pero la ventaja para detectarlas, frente a los micrófonos, es que necesitan tener el campo visual libre. No puedes, por ejemplo, esconderla debajo de un sofá o una cama, ni detrás de un espejo o un cuadro, porque no se vería nada, mientras que el micrófono sí podría captar una conversación desde ahí.

Este tipo de cámaras, por lo general, tienen dos elementos que pueden estar separados: la lente y el cuerpo. Lo primero es, por así decirlo, la parte más pequeña, el ojo con el que ve. Mientras que lo segundo necesita una fuente de alimentación y un sistema de almacenamiento por cable o mediante una conexión inalámbrica.

Estos son algunos de los escondites más frecuentes donde suelen instalarse:

- Detectores de humo
- Estantes
- Bolígrafos
- Ganchos para la ropa
- Relojes
- Lámparas
- Juguetes de peluche
- Pequeños agujeros en la pared
- Ordenadores
- Ratones de ordenador
- Cargadores del móvil
- Libros
- DVD
- Regletas de enchufe
- Elementos decorativos en las paredes o estanterías
- Cortinas
- Enchufes eléctricos

Hay evidentemente muchas más opciones y los profesionales que se dedican a instalar este tipo de cámaras suelen ser muy creativos, así que estas son solo unas cuantas posibilidades para que te hagas una idea de los lugares donde debes mirar.

Ten en cuenta también que nunca sabes la cantidad de cámaras que pueden haber colocado, por ejemplo, en una habitación. Lo mismo encuentras una, pero puede haber tres más.

Ahora voy a dar algunas ideas para detectar estas cámaras espía. Empezaré con las más sencillas y terminaré con las más sofisticadas.

La primera práctica consiste en escanear mentalmente una habitación cada vez que entras en ella: ¿se ha movido algún objeto o no está en el lugar que le corresponde? ¿Hay algo que no pegue con el entorno? ¿Hay marcas de manos o huellas que antes no estaban? Si encuentras algún dispositivo extraño, mira en Google su marca y modelo para comprobar que no se trate de una cámara oculta.

En los espacios desconocidos, como habitaciones de hotel o un alojamiento turístico, mira los relojes, detectores de humo, aparatos de aire acondicionado, salidas y filtros de aire... Desconfía, por ejemplo, si ves dos detectores de humo cerca el uno del otro. Examina todos los dispositivos electrónicos e incluso desenchúfalos, aunque eso no va a apagar una cámara necesariamente si va con baterías. Comprueba los espejos en los baños si no van empotrados en la pared y están huecos por detrás.

También existen las linternas de luz negra. Al apagar todas las luces y revisar con ellas, suelen salir reflejados unos destellos de las lentes ocultas. Solo tienes que mover la luz despacio y buscar esos reflejos. Con unas gafas de espejo naranja, se aprecia con mucha más precisión el reflejo de la lente oculta.

Otra opción es usar la cámara de tu *smartphone*. La mayoría de las cámaras de vigilancia emiten luz infrarroja mientras funcionan. Tú eso no vas a poder verlo, pero tu teléfono te puede ayudar. Haz la prueba, antes de nada, para asegurarte de si la cámara de tu móvil detecta ese infrarrojo: coge cualquier aparato de control remoto, apunta su led frontal hacia tu cámara y presiona un botón. Si ves una ráfaga de luz púrpura o blanca dentro del led, esto te confirma que tu teléfono puede detectar infrarrojos. En ese caso, apaga todas las luces y haz la inspección a oscuras. Usa la cámara de tu teléfono para detectar los infrarrojos. Si descubres puntos parpadeantes blancos o púrpuras, es probable que sea la lente de una cámara oculta. Recuerda que la mayoría de las cámaras de los teléfonos detecten el infrarrojo, pero solo si usas para ello la cámara frontal.

Si la cámara oculta es inalámbrica, la red wifi te puede avisar de su presencia. Este sistema es bastante limitado, la verdad, pero no pierdes nada por intentarlo. Para ello vas a necesitar instalar en tu móvil una aplicación de escáner de red. Hay muchas disponibles, tanto en Google Play como en la App Store. Elige la que tenga mejores valoraciones. Esto te ayudará a ver todos los dispositivos conectados que tienes a tu alrededor. Por defecto, la mayoría de las cámaras ocultas aparecen nombradas como IPCamera y muchos usuarios no lo cambian. También deberías conectarte a una Cyberghost VPN cuando uses la red wifi de un hotel o cualquier lugar público. Eso te protege con un cifrado militar de los fisgones de las redes y hasta de los *hackers* que podrían causarte más de un disgusto.

Una llamada telefónica, igual que en el caso de los micrófonos, podría servirte para detectar las interferencias provocadas por una cámara oculta, ya que suelen emitir ondas de radio, y pueden perturbar la señal de tu móvil. Desconfía, por lo tanto, sin oyes zumbidos, crujidos, escraches o cualquier otro tipo de interferencia. O llama a un conocido y pídele que no cuelgue, mientras tu rastreas y recorres la habitación con el altavoz encendido para ver de dónde provienen las interferencias. Aunque esto no es infalible, ya que no todas las cámaras emiten ondas de radio.

Hay, además, aplicaciones para el móvil que detectan cámaras ocultas y lo que hacen es captar la frecuencia de radio, los infrarrojos, la detección de brillo de las lentes y el escaneo de redes. Vamos, todo lo que te estoy explicando aquí, pero reunido en una sola aplicación.

Y ya, por último, podrías usar un detector de RF, que es una manera efectiva de confirmar la presencia de dispositivos de grabación secretos. Son extremadamente sensibles a las ondas de radio que emiten las cámaras inalámbricas. Suenan, y suenan cada vez más fuerte a medida que se acercan a la fuente de las señales, es decir, a la cámara oculta. Puedes comprar estos aparatos en Amazon sin ningún tipo de problema y a buen precio. Se trata de una excelente inversión si viajas con frecuencia, quieres estar tranquilo y no enfrentarte el día de mañana a ninguna sorpresa. Recuerda que la *dark web* es un verdadero problema, un submundo de degenerados capaces de vender de

todo con la máxima impunidad. Y ese «todo» también puede incluir tu intimidad.

Espero que todos estos consejos te sirvan de ayuda porque lo más valioso que tenemos es nuestra privacidad, y cuando alguien la viola, cuesta mucho regresar luego a la normalidad.

EPÍLOGO
VOLVER A LA ACCIÓN EN VALENCIA

Espero y deseo que todos mis consejos os sirvan y que hayáis disfrutado con mis aventuras. Como os dije al principio, algunos nombres los he cambiado y no son reales para proteger la intimidad de determinadas personas. Pero, en otros casos, hasta he aparecido en reportajes y fotografías con ellos, por lo que asumo que nuestra relación ya no es un secreto y está a la vista del público en general.

Con esto os he contado una parte muy importante de mi vida, pero no toda, porque aún tengo mucho por vivir. En octubre de 2023, me volví a instalar en España porque tenía que dar un paso importante en mi vida: ayudar a mi hijo, ya con veintiún años, en su carrera musical. Tengo muchos amigos en este ámbito que espero que le apoyen para que todo el mundo conozca su talento. Desde entonces, la verdad es que no ha sido fácil habituarme a una vida tranquila sin estar en el filo de la navaja. España es un país seguro y no tiene los problemas tan graves que tienen el resto de los sitios donde he pasado los últimos veinte años trabajando. En este tiempo he intentado aclimatarme y de alguna manera he seguido asesorando a personas en temas de seguridad y, sobre todo, saliendo como tertuliano en muchas cadenas de televisión. Voy muy a menudo a hablar de temas de seguridad a H*orizonte*, en Cuatro, con Iker Jiménez y Carmen Porter, su mujer. Ellos me acogieron como uno más de su familia milenaria. También salgo con frecuencia en E*spejo público*, con Susanna Griso, y en programas de La Sexta, como M*ás vale tarde*.

Desde mi regreso, todo ha sido una vida de adaptación, pero también he vivido momentos de acción. Un 29 de octubre del 2024 me levanté escuchando en las noticias de una DANA, las gotas frías de toda la vida que he vivido muchas veces en países tropicales de climas extremos. Aquel día vi por televisión lo que estaba ocurriendo en Valencia, Aragón, Castilla-La Mancha, Andalucía y Cataluña. Me fui a la cama sabiendo que varios ríos se habían desbordado, pero me levanté con imágenes dantescas e inesperadas de Valencia, que me trajeron de golpe recuerdos de varios episodios ocurridos en Honduras, donde las famosas lluvias tropicales son capaces de arrastrar poblaciones enteras y sepultar a personas.

A las ocho de la tarde me llamaron unos amigos, la mayoría mossos pertenecientes a un sindicato policial, USPAC, que se dedica a ayudar en catástrofes. Ellos se hacen llamar BlueForce. Su presidente, David, me dijo que se iban para Torrent, donde estaban en contacto con su policía local para organizarse y llegar a Paiporta, la zona cero de la catástrofe. Me contó que llevarían dos furgonetas de 3,5 toneladas cargadas con material de emergencia y que la situación era muy complicada, con las autoridades desbordadas. Fue entonces cuando yo también decidí unirme a ellos. Iker Jiménez, que estaba hablando de lo ocurrido en su canal de YouTube L*a estirpe de los libres*, no tardó en llamarme y preguntarme qué estaba ocurriendo allí. Se lo resumí en que la situación era grave. Al día siguiente, cuando yo ya estaba con los BlueForce ayudando en estos pueblos, Iker y su equipo decidieron hacer su programa H*orizonte* en Paiporta. Hasta el último momento no supimos si íbamos a poder transmitir en directo, ya que no había ni luz ni internet, pero Ángel Gaitán, colaborador del programa y popular

tiktoker, y un amigo suyo experto en tecnología consiguieron conectar una antena *starlink* desde un edificio y ser los primeros en emitir desde allí. Aquella noche fue muy fuerte en lo periodístico.

Lo que encontramos fue una zona de destrucción total y escenas que parecían sacadas de la popular película L*a purga*. La primera noche vi cómo se detenían a varias personas por robo y pillaje. Al día siguiente, nos topamos con una pareja de guardias civiles, de barro hasta las orejas, que habían dejado allí de pie con solo un bocadillo y una botella de agua desde las siete de la mañana hasta la una de la madrugada, cuando llegaron unas patrullas de los GRS de Valencia y se los llevaron. La DANA había arrasado con todos los vehículos del cuartel de la Guardia Civil y de la policía local, los delincuentes campaban a sus anchas por las calles destruidas y por sus comercios y los dos agentes estaban allí porque los vecinos habían escuchado cómo varios individuos intentaban robar dos bancos cercanos. No tardaron en organizarse patrullas de vecinos que acompañaban a las mujeres cuando la luz del día se iba y estas ciudades se sumían en la oscuridad, donde los delincuentes campaban a sus anchas.

El programa de H*orizonte* le abrió los ojos a miles de españoles que no sabían la cruel realidad de la catástrofe y que vieron en directo lo que nadie les había contado: a personas en balcones gritando ayuda porque no podían salir a la calle y necesitaban agua y comida. Llevaban más de cuarenta y ocho horas sin productos de primera necesidad. Todo ello mientras la ministra de Defensa, Margarita Robles, afirmaba por televisión que era imposible llegar a la zona. Y es verdad que la circulación era un desastre; los atascos y el mal estado de las carreteras eran una locura. Para hacer 4 kilómetros tardamos

cinco horas… Pero el caso es que yo estaba en Paiporta junto a la gente de BlueForce y el equipo de H*orizonte*, que estaba transmitiendo su programa en directo. ¿Cómo era posible que en cuarenta y ocho horas no hubiera llegado ayuda del resto de España ni del Ejército y nosotros lo hubiéramos conseguido con vehículos normales? La respuesta no era fácil: no era por falta de capacidad, sino de voluntad. He visto escritos de los sindicatos de la Policía Nacional y la Guardia Civil de distintas fuerzas solicitando poder llegar y ayudar al Ministerio del Interior el mismo 31 de octubre. Unidades como la UIP, UPR, GAR, GRS y un largo etcétera estaban listas para llegar inmediatamente, pero la respuesta fue «NO».

Aunque Ángel Gaitán consiguió llevar cinco furgonetas más desde Madrid cargadas de agua y alimentos para repartir, la desolación era brutal y parecía que nada iba a cambiar en mucho tiempo... Sin embargo, el viernes 1 de noviembre la zona cero se convirtió en el destino de la solidaridad de miles de españoles que se tiraron a las calles sin equipación ni utensilios adecuados para ayudar al pueblo valenciano. Jamás se había visto nada igual, mientras que la ayuda estatal y autonómica seguía brillando por su ausencia.

Me cuesta mucho entender la falta de empatía frente a un pueblo que estaba sufriendo así, y espero que la justicia ponga sobre la mesa qué es lo que falló y por qué en pleno siglo XXI tuvieron que morir más de doscientas veinte personas por algo que, según muchos técnicos, se podría haber evitado si se hubieran construido las presas y obras necesarias y, sobre todo, se hubieran limpiado adecuadamente los cauces y los barrancos —es triste saber que hubo gente que murió por los tabiques que hicieron las famosas cañas que todos conocemos y

que hemos visto en muchos ríos de España—, aparte de si se hubiera respondido adecuadamente a la catástrofe.

Ese mismo viernes regresamos a casa después de dejar todo el material, pero con la firmeza de que regresaríamos dos días después en una caravana de más de ciento cincuenta vehículos llenos de ayuda para los damnificados. Tampoco entonces lo tuvimos fácil: nos habían prometido las autoridades unos lugares para poder dejar la mercancía y así evitar el pillaje y los robos, pero al llegar a la zona nadie sabía nada y solo gracias a un conocido de Iker y Carmen, un doctor que tenía varios almacenes, pudimos dejar todo el material con seguridad. Usamos uno de esos almacenes para bajar el material e ir entregándolo durante toda la semana. Además, colocamos farolas con placas solares para que donde no había luz, la hubiera, pero ni aun así desistieron los malos, que las robaban. Nos intentaron boicotear todo lo que hacíamos, pero no nos rendimos. La rendición nunca ha sido una opción para mí.

QUÉ HACER EN CASO DE UNA RIADA

A continuación, os cuento lo que nos ha enseñado la tragedia de la DANA y la manera adecuada de protegerse contra estas fuerzas imparables de la naturaleza si la riada te sorprende dentro de tu vehículo, como le ocurrió a una buena parte de los fallecidos en Valencia. Es muy fácil verse arrollado por el agua en pocos segundos ante una crecida:

➤ La primera forma de atacar estas situaciones es no perder la calma, y controlar la situación. La histeria es mal compañero de viaje, ya que te anula y no te deja ni pensar ni actuar correctamente. Hay que respirar y tranquilizarse para poder resolver problemas complicados.

➤ En el caso de que el vehículo no esté totalmente inundado y se encuentre fijo, sin moverse, lo primero es abrir la ventanilla para poder salir y subirse encima del techo del vehículo a la espera de que te puedan sacar.

➤ Si el agua ya ha cubierto todo el vehículo y tus ventanas están cerradas, aun estando parado, no podrás abrir las puertas ni las ventanas, salvo que el coche sea antiguo y se abran de forma manual, de modo que tendrás que esperar a que haya la misma presión dentro y fuera. En estos casos, siempre es interesante llevar un utensilio punzante, ya que intentar romper un vidrio de una puerta es sumamente difícil. Si no tienes nada a mano, se aconseja quitar los reposacabezas del asiento y con los hierros que llevan, que suelen terminar en punta, intentar reventar las lunas con golpes fuertes y secos.

➤ En caso de que el vehículo esté inundado y sea arrastrado por la corriente, la puerta es la otra vía por donde se puede escapar, pero también solo se podrá abrir si las presiones del exterior y del interior se igualan. Teniendo una pequeña bolsa de aire dentro del vehículo hay una posibilidad de salir por la puerta, siempre intentando abrir la que no esté sometida directamente a la presión y al arrastre de la corriente.

➤ Otro de los puntos que podemos usar para salir es la luna delantera. Esta es la última opción, ya que se trata de la más complicada de realizar. Solo es posible desmontar una luna delantera haciendo presión con tus piernas en una de las esquinas y presionando con tu espalda en el asiento. Si intentas hacer esta maniobra desde el centro, te será imposible. Debes de buscar una posición cómoda, donde tu espalda esté sobre el asiento y con tus piernas puedas hacer presión o golpear duramente con tus pies la misma zona.

➤ En caso de que se consiga salir, inmediatamente hay que nadar hacia la superficie e intentar buscar algún lugar donde sujetarse. Nunca intentes nadar a contracorriente: te cansarás y no conseguirías

nada. Siempre a favor y tratando de llegar a orillas o zonas donde poder aguantar hasta tu rescate.

AGRADECIMIENTOS

Al final, no recordaremos las palabras de nuestros enemigos,
sino el silencio de nuestros amigos.
Martin Luther King Jr.

Quiero dedicar estas últimas palabras a la mujer que más he querido en esta vida, mi amiga y mamá. Doña Sagrario no lo tuvo fácil y solo conoció el trabajo duro e incansable con jornadas de dieciocho horas para que su hijo tuviera siempre lo mejor y jamás nadie pudiera echarle nada en cara. Ella fue mamá y papá coraje a la vez.

No me considero un héroe, soy una persona normal, pero por las circunstancias de la vida y por mi trabajo, emprendí un camino emocionante y muchas veces peligroso. Puede que mi familia al leer este libro y muchos amigos alucinen, porque no saben nada o saben muy poco de lo que he vivido. Mi difunta mamá se fue sin conocer muchas de las cosas por las que he tenido que pasar porque no quería darle disgustos.

Mi padre, como ya os he contado, fue una persona que jamás se preocupó por mí. Muchas veces lo he hablado con amigos separados y les digo que los niños son muy listos. De pequeños, les puedes engañar, pero cuando crecen, eso es imposible. Esa llamada de tu padre preguntando por ti, para ver qué tal te encuentras o si necesitas algo, eso nunca ocurrió con mi padre. Yo de mayor hubiera entendido la situación si él hubiera mostrado un mínimo de responsabilidad conmigo. Pero jamás la tuvo, ni siquiera con mi madre, a la que nunca

llamó para saber si yo necesitaba algo ni para darle una miserable peseta, y luego un miserable euro. Eso es algo que nunca le perdonaré. Por eso le ignoré hasta el día de su muerte, cuando mi madre me obligó a ir a Burgos a su entierro y yo fui por ella. Quiero pensar que mi madre, a pesar de haber sido traicionada, seguía enamorada de aquel hombre que nos abandonó e ignoró.

Recuerdo ahora también a mis abuelos, los padres de mi padre, doña María y don Celedonio, grandes personas que siempre me trataron como a un nieto más. Y, por supuesto, a mis tíos Fernando y Miguel Ángel. Haré una mención especial de Fernando porque quiero que quede reflejado que fue él quien cuidó de mis abuelos hasta el final. Sobre todo, de mi abuela, que terminó en una residencia de ancianos. Él la atendía a diario y yo se lo agradezco de corazón.

Después de la muerte de mi padre y de toda una vida trabajando, en el testamento solo tenía 10 euros de herencia para repartir entre mi hermano, la mujer de mi padre y yo. A mi padre, en esos últimos instantes, le obligaron a despojarse de todo lo que tenía para que yo recibiera lo mínimo. Aunque de haber existido más dinero, seguro que yo tampoco habría aceptado ni un solo euro de ese padre que nunca me dio nada. O lo habría donado a alguna asociación de ayuda a los niños con cáncer. Nunca necesité su dinero y después de muerto tampoco. Fue un grave error por parte de mi hermano seguir las pautas de su madre, puro veneno. Habríamos podido ser ahora hermanos y hablarnos como tal. Los hijos, en definitiva, no deben cargar con las culpas de los mayores. Yo jamás le habría permitido a mi madre hacer eso y dejar sin nada a mi hermano, aunque nunca habría sido necesario conociendo a doña Sagrario, siempre bondad y ternura.

Quiero dejar todo esto reflejado en mi primer libro porque quiero que sea una suerte de testigo que perdure toda la vida.

Tampoco podría terminar este libro sin AGRADECER, con mayúsculas, todo el apoyo que he tenido de mi amigo, más que amigo, mi hermano, Luis Miguel Santano Clavero. Gracias por haber estado cada día pendiente de mi madre, gracias por ayudarme a que yo pudiera sentirme más tranquilo fuera de España y gracias por ser tan buena persona. No conozco a nadie con el corazón de Milito, que ha estado conmigo siempre y al lado de mi madre hasta el último minuto de su vida.

Al final me he quedado únicamente con mi hijo, al cual adoro, y con bellas personas, como su madre, Nasti, y el resto de mi familia, como mis primos. Pero si al final he regresado a España, ha sido para apoyar a mi hijo, para que sea una persona de bien y que jamás haga el mal. Mi meta y la de su madre siempre ha sido que se convirtiera en una gran persona y así está ocurriendo.

Amigos, muchas gracias por haber leído hasta este punto mi primer libro. No soy licenciado en nada, saqué el graduado escolar, terminé la FP1 rama mecánica y, como ya os conté, me fui de voluntario al servicio militar. Necesitaba trabajar y ayudar a mi madre en casa con dinero, así que escribir estas palabras y este libro es para mí una gran satisfacción y un triunfo más, quizá el más íntimo de todos, y el que, de alguna forma, me da más seguridad y me devuelve al origen.